
Adelaide Sinclair
Miedo a Perderte Otra Vez
AMOR RECUPERADO III

Miedo a Perderte Otra Vez

AMOR RECUPERADO III



Créditos iniciales:

Título: Miedo a perderte otra vez (Amor Recuperado 3)

Autor: Adelaide Sinclair

Primera edición: octubre 2025

***Creative safe number*: 2510013199373**

Servicios editoriales: A.A.A

Reservados todos los derechos.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo
Libros publicados hasta el momento:
SERIE REGENCIA 1:
SERIE AMOR RECUPERADO

Novela dedicada a todas las personas que han creído en mí durante todos estos años. Muchas gracias por haber estado a mi lado.

Introducción



Londres, diciembre de 1810

La noche se extendía sobre el lugar y un carruaje avanzaba por el camino sin detenerse. Dentro, el joven Everton no encontraba reposo. Los hombros tensos y las manos abiertas sobre las rodillas delataban la impaciencia que lo consumía, como si la sola voluntad bastara para acortar el camino. Aquella no era una noche cualquiera. En unas horas, Felicity sería su esposa. El pensamiento tenía algo de plegaria y de juramento; lo repetía como un conjuro para ensayar la felicidad, igual que un hombre que acercaba los dedos al fuego y los retiraba con miedo a quemarse.

El carruaje se mecía con el vaivén de las ruedas sobre la tierra y ese ritmo lo devolvía, una y otra vez, al recuerdo de la última tarde en que la había visto. Ella, envuelta en un chal ligero, había temblado sin frío cuando él rozó con los dedos la comisura de sus labios. Fue un gesto mínimo y, sin embargo, en ese temblor cabía todo lo que se habían prometido sin palabras: la urgencia, la fe, la imprudencia sagrada de dos jóvenes dispuestos a desafiar al mundo.

Se dejó caer la espalda contra el tapizado. El peso del abrigo le oprimía el pecho, pero no quiso aflojar el cuello. Algunas formalidades eran armaduras y aquella noche las necesitaba todas. Había crecido esquivando dudas ajenas, esas que otros depositaban en su sangre como si supieran de qué estaba hecha. Había escuchado frases veladas, la cautela al pronunciar su apellido, el repaso innecesario de su árbol familiar en cada presentación.

Hastings… el muchacho de tez morena. No era una acusación, solo un recordatorio. A su madre nunca le importó. La condesa, con la serenidad de quien no discutía lo evidente, lo había traído al mundo en la residencia de campo y lo había amado con naturalidad. Pero la gente, a falta de certezas, fabricaba historias como quien mezclaba agua y harina para ensuciarlo todo.

El carruaje se agitó al caer en un bache y crujió con un lamento de madera. El cochero, arriba, chasqueó las riendas y el ritmo volvió a hacerse regular. Jackson respiró hondo. Tenía la boca seca. Rozó el bolsillo interior de la levita y comprobó que el anillo seguía allí. Se lo entregaría cuando hubiesen pronunciado los votos. Lo imaginaba en su dedo, un resplandor discreto sobre la piel que había acariciado con el respeto ansioso de quien temía romper lo sagrado. A veces, en noches silenciosas, había ensayado aquella escena: se inclinaba, ella le tendía la mano, y el metal descansaba sobre su piel como si hubiese aguardado siempre ese lugar.

—Mi esposa… —murmuró entonces, y la palabra, pesada de dulzura, ya no sonó a ensayo sino a sentencia.

El aire se espesó de humedad. Una ráfaga golpeó contra el cristal un puñado de hojas, y la luna se ocultó tras un paño de nubes. Jackson se inclinó hacia adelante. No sabría explicar por qué, pero la oscuridad repentina, la manera en que el bosque perdió su contorno, lo puso en guardia. No era miedo, no todavía; era esa sospecha instintiva que se encendía cuando el silencio resultaba demasiado perfecto. El carruaje, sin embargo, prosiguió su marcha, y él trató de apartar la inquietud aferrándose al recuerdo de Felicity esperándolo en la posada. Se la imaginaba con la capa echada sobre los hombros, el rostro encendido de audacia, las manos apretadas en el regazo. Esperaba, confiada, porque el amor que compartían era más fuerte que cualquier temor.

El cochero tiró de las riendas con un gesto brusco. El golpe de la parada lo clavó contra el asiento. El pitido agudo de los caballos revelaba su nerviosismo. Jackson corrió la cortinilla.

Nada.

Nada salvo una oscuridad más densa que la de un instante antes, como si alguien hubiese tendido una cortina sobre la noche.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alzando la voz.

No hubo respuesta. Escuchó pasos sobre la tierra húmeda, un roce metálico y la presión del carruaje ladeándose hacia la derecha. Jackson apoyó la mano en la portezuela. La abrió.

Tres hombres aguardaban en la penumbra, cubiertos con capas oscuras. Uno, más retrasado, ocultaba el rostro bajo un pañuelo.

—Buenas noches, milord —dijo el primero con ironía.

Jackson bajó el peldaño con la determinación encajada en el cuerpo. No pensó en retroceder. La humedad del aire le golpeó en la cara como una bofetada. Vio el brillo de una hoja corta y calculó la distancia, la respiración, el ángulo.

—Apartaos del camino.

La respuesta fue un puñetazo seco. El labio le estalló y el sabor metálico inundó su boca. Trató de avanzar, pero otro golpe le buscó el pómulo y le arrancó un destello blanco en la mirada. Retrocedió medio paso; alguien lo agarró por la solapa y lo derribó.

—Aléjate de la hija del barón —gruñó la voz.

El cochero se movió arriba y el carruaje crujió con su peso. Los caballos relincharon, los cuerpos forcejearon. Jackson no alcanzó a ver qué ocurría, porque una bota le hundió el costado con violencia. El dolor lo atravesó como un hierro candente. Aun así, logró golpear a uno de ellos y escuchó un gemido de sorpresa. El hombre respondió con una patada brutal en el muslo.

—No basta con unas costillas rotas —gritó el del pañuelo —. Debe dejar de respirar.

Respirar. La palabra encendió la cólera de Jackson. Se incorporó sobre un codo, atrapó la muñeca que blandía la hoja y tiró con fuerza. Consiguió desequilibrarlo lo suficiente para ponerse a medias en pie. Sonrió, sin aliento, con un humor amargo.

El tercer hombre dio un paso y descargó sobre su sien el nudo duro de una empuñadura. El cráneo le estalló con un zumbido apagado, el suelo se inclinó bajo sus pies y el bosque se convirtió en una mancha.

—Felicity… espérame—susurró antes de que la violencia lo derribase de nuevo.



La oscuridad se fue retirando despacio, como si una pesada cortina dejara entrar la luz a intervalos. Hastings abrió los ojos con un esfuerzo doloroso y se encontró en una habitación desconocida, aunque el aire le resultaba vagamente familiar. El techo bajo, las molduras sencillas y el murmullo del campo tras la ventana no eran los de Londres.

Trató de incorporarse, pero un dolor agudo en el costado lo obligó a soltar un gemido. Tenía el cuerpo vendado, las costillas sujetas con firmeza, y cada movimiento le recordaba que había sido brutalmente golpeado.

—Milord —oyó a su lado.

Un lacayo de rostro conocido, Weston, se adelantó con una jarra de agua en las manos. La voz grave y contenida del hombre fue el primer ancla en medio de la confusión.

—¿Dónde… dónde estoy? —preguntó Jackson, con la garganta seca.

—En Greystone Manor, señor. Lo trajeron aquí después de… —Weston dudó un instante, bajando la vista—. Después de encontrarlo en el camino.

Jackson bebió con avidez el agua que le ofrecían. El frescor le devolvió un mínimo de claridad, y con ella vino el recuerdo. Primero fragmentos: el carruaje, la luna, el brillo de un arma, el sabor metálico en la boca. Después, con un golpe de realidad, la certeza de lo que había sucedido. Había sido asaltado.

Un escalofrío le recorrió la piel al recordar lo más importante: esa misma noche debía encontrarse con Felicity para huir juntos. Gretna Green, el matrimonio, la vida nueva que los aguardaba… Todo se precipitó en su memoria como una avalancha.

—¡Felicity! —se obligó a incorporarse de golpe, aunque el dolor lo dobló sobre la cama. Sujetó la muñeca del lacayo con desesperación—. ¿Dónde está? ¿Dónde está ella?

Weston titubeó, y ese silencio fue peor que cualquier golpe.

—Milord… Lady Felicity ya no se encuentra en Londres.

El mundo pareció detenerse. Jackson sintió cómo la sangre se le helaba en las venas.

—¿Qué significa eso? —La voz le salió ronca, casi irreconocible.

—El barón la sacó de la ciudad pocos días después de… aquella noche. Nadie supo adónde, pero se habla de que viajó a Irlanda. Y que… —el lacayo bajó aún más la voz— que se ha unido en matrimonio con un duque.

—En Irlanda… casada con otro —repitió Jackson, incrédulo.

La voz se le quebró en la garganta y de pronto, como si un resorte se hubiera roto dentro de él, apartó de un manotazo las mantas y se incorporó con violencia.

—¡No! —rugió, con el rostro enrojecido, los ojos inflamados por una furia que no sabía si era dolor, desesperación o ambas cosas a la vez—. ¡No permitiré que me la arrebaten!

Weston dio un paso hacia él, intentando detenerlo, pero Jackson ya había puesto un pie en el suelo. El esfuerzo le arrancó un gemido que le desgarró la boca, pero no cedió.

—¡Búscala! —ordenó con una voz que resonó en la estancia como un trueno—. ¡Quiero que la encuentres, que remuevas cielo y tierra, que nadie descanse hasta que descubramos dónde se la han llevado!

Apoyó el peso en la pierna derecha y entonces lo sintió: un dolor insoportable, como si la tibia se quebrara de nuevo bajo su piel. El grito le brotó sin que pudiera contenerlo, y el cuerpo, traicionero, lo lanzó de rodillas contra el suelo. Las tablas crujieron con el impacto y el vendaje se le empapó de sudor.

—¡Señor! —Weston corrió hacia él y trató de sujetarlo por los hombros. Jackson lo rechazó primero, con la soberbia del que aún quiere luchar, pero enseguida la realidad lo venció. La pierna no respondía, las costillas ardían con cada respiración y la cabeza le daba vueltas. Aun así, agarró al criado por la muñeca, con más fuerza de la que el hombre esperaba.

—Prométemelo… —jadeó—. Prométeme que la buscarás, que no te detendrás hasta hallarla.

Weston asintió con un gesto solemne, casi como si fuese un juramento.

—Lo juro, milord. Haremos cuanto esté en nuestras manos.

Jackson cerró los ojos y se dejó ayudar de vuelta a la cama. El dolor lo obligó a soltar un gruñido que hizo apretar los dientes al lacayo, como si compartiera con él la misma herida. Lo acomodó entre las sábanas y se inclinó para cubrirlo con la manta.

—Descanse, señor. Déjelo todo en mis manos.

Cuando Weston se marchó, cerrando la puerta tras de sí, Jackson quedó a solas con el silencio y con el tormento que ningún vendaje podría aliviar.

Se llevó una mano temblorosa a la frente. La imagen lo asaltó sin piedad: Felicity aguardando en la sombra de Londres, abrigada contra la humedad, con los ojos fijos en el camino, esperando a que apareciera el carruaje que debía llevarlos a la libertad. La vio morderse el labio, mirar la calle una y otra vez, convencida de que cada ruido era él. Y luego, la espera alargándose como un suplicio. El instante en que su corazón se quebró porque comprendió que no llegaría.

«¿Qué habrá sentido?» El pensamiento lo desgarró. «¿Habrá creído que la engañé? ¿Que nunca tuve intención de cumplir mi promesa?».

El dolor en la pierna y en las costillas era nada comparado con ese otro que no podía mitigar. Porque no era solo la pérdida: era la mancha de una traición que no había cometido, pero que ella, la única mujer que amaba daba por cierta.

«Si tengo que arrastrarme hasta el infierno para recuperarte, lo haré. *Porque nunca dejaré de amarte*».

Capítulo 1



Londres, febrero de 1817

El carruaje avanzaba despacio por las calles empedradas, envueltas en una niebla que difuminaba los contornos hasta volverlos irreconocibles. Felicity apoyó la frente contra el vidrio frío y dejó que el aliento empañara el cristal antes de apartarse. Londres. Habían pasado siete años desde la última vez que lo había visto, y ahora regresaba convertida en otra mujer.

Atrás quedaba la campiña donde había vivido como duquesa, la rutina serena de los últimos años y un título que ya no le pertenecía. El sobrino de su esposo había heredado lo que cargaba el peso de un nombre y de unas tierras, mientras a ella le quedaba suficiente fortuna para no depender de nadie. No era la pobreza lo que la traía de vuelta a la capital, ni tampoco la ambición de ocupar salones brillantes. La empujaba algo más íntimo y urgente: la necesidad de rehacer su vida en un lugar que, pese a las sombras, aún podía ofrecerle compañía, sociedad y oportunidades.

El traqueteo de las ruedas la obligó a incorporarse. Alisó el pliegue del abrigo con un gesto distraído y se miró en el reflejo empañado del cristal: los mismos ojos, aunque más firmes; la misma boca, ahora menos dispuesta a sonreír sin motivo. No era la muchacha que partió con prisa y lágrimas, sino una viuda joven que regresaba para reclamar, al menos, un poco de normalidad.

La ciudad emergía poco a poco entre jirones de bruma: faroles vacilantes, fachadas ennegrecidas, la humedad persistente

que impregnaba hasta la ropa. El Támesis no se veía, pero se adivinaba en el aire metálico que raspaba la garganta. Felicity cerró los ojos un instante. Pese a todo, aquel frío le resultaba familiar. Londres no ofrecía calidez, aunque sí la certeza de que allí podría empezar de nuevo.

«He sobrevivido hasta ahora. También sobreviviré aquí».

El carruaje giró la última esquina y se detuvo ante la residencia de los Chatham. Felicity contuvo el aliento. Hacía años que no cruzaba ese umbral, y la fachada, cerrada y severa, parecía haber aguardado intacta su regreso. Su padre ya no estaba; la casa, vacía de voces, le devolvía un silencio casi solemne.

Se quedó inmóvil unos segundos, la mano enguantada sobre la portezuela. No era la misma joven que había partido entre promesas. Ahora volvía sola, con dignidad, con la intención de vivir como correspondía a su nombre y a su fortuna.

Al fin descendió. El frío le rozó el rostro con un soplo húmedo, y la piedra de la fachada, gris y callada, la observó sin compasión. No buscaba compasión. Buscaba paz. Y quizá algo más, algo que aún no se atrevía a nombrar.

Con paso sereno avanzó hacia la entrada. El pasado quedaba detrás, aunque no olvidado. Londres sería escenario de su nueva vida, y estaba decidida a ocupar su lugar. Y, por encima de todo, había vuelto porque no podía permitir que su madre afrontara la enfermedad en soledad. No esta vez.

La aldaba resonó grave contra la madera y el sonido reverberó en el aire húmedo de la noche. Un instante después, la puerta se abrió hacia dentro con precisión ceremonial. Lyon, el mayordomo de la familia Chatham desde hacía décadas, apareció en el umbral. Había encanecido mucho más de lo que Felicity recordaba; las arrugas profundas marcaban un rostro en el que la disciplina luchaba por ocultar la emoción.

—Milady… —se inclinó con una reverencia solemne, aunque la voz le tembló apenas al pronunciar el título—. Bienvenida

a casa.

El corazón de Felicity latió con violencia. No permitió que se le notara. Sujetó el velo que le cubría parte del rostro y avanzó con paso firme hacia el interior. El olor a madera encerada y a cera derretida impregnaba el vestíbulo, como si la casa misma hubiese querido presentarse digna ante su regreso.

Tras ella apareció Agnes, la doncella que la había acompañado desde la campiña. Joven aún, con la tez sonrosada por el frío del viaje, cargaba con un par de hatillos. Se inclinó torpemente ante Lyon, deseando mostrarse diligente.

—Deja el equipaje en la entrada —ordenó Felicity con calma, sin apartar los ojos del mayordomo—. Que todo sea llevado a mi alcoba cuanto antes.

Agnes asintió, agradecida de poder descargar al fin el peso. Lyon se ocupó de dar instrucciones con un gesto breve a otro criado que aguardaba en silencio.

—Señora —prosiguió él, acercándose con un aire casi protector—, el viaje ha debido de ser agotador. Quizá desee descansar y que le preparemos algo caliente antes de…

—Quiero ver a mi madre —lo interrumpió Felicity. La firmeza en su voz no dejaba lugar a réplica.

Un destello de compasión cruzó el rostro del mayordomo.

—Lady Chatham duerme inquieta, milady. El médico estuvo esta tarde y dejó instrucciones para mantenerla tranquila.

Felicity inspiró con fuerza, como si la sola mención del médico aumentara su ansiedad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, apretando con fuerza los pliegues de sus guantes.

—Que su estado es delicado, señora. Ha perdido peso y fuerzas en los últimos meses. Apenas come, aunque lo intenta por complacer a quienes la cuidan. El doctor afirma que… —Lyon vaciló,

buscando palabras menos crueles— que lo mejor es proporcionarle calma y compañía.

La determinación se endureció en el rostro de Felicity.

—Eso tendrá. —Alzó el mentón con gesto orgulloso, tan parecido al de su padre, aunque en ella había una dulzura contenida que lo transformaba—. No volverá a estar sola.

Lyon inclinó la cabeza en señal de respeto, ocultando la emoción que le nublaba los ojos. Durante años había servido a un barón implacable y había presenciado cómo aquella mujer —la madre de Felicity— era reducida al silencio y al olvido dentro de su propia casa. Ver ahora a la hija regresar con tanta determinación era casi un acto de justicia tardía.

Mientras avanzaban, los pasos de ambos resonaban en el suelo encerado. Felicity no pudo evitar recorrer con la mirada las paredes del pasillo: los tapices habían sido restaurados, las lámparas relucían con brillo nuevo, los retratos familiares la observaban con ojos apagados que parecían juzgar cada uno de sus gestos. Durante años, esas mismas paredes habían sido testigos del desprecio de su padre hacia su madre, de la rigidez con que la trataba, de la forma en que había decidido su destino sin pedirle jamás su opinión.

El recuerdo pesaba, pero no tanto como el que la aguardaba al final del pasillo.

—¿Y cómo la trata la enfermedad? —preguntó Felicity en voz baja, consciente de que cada palabra le costaba esfuerzo.

—Se fatiga pronto —respondió Lyon con un tono contenido—. Apenas tiene apetito. Hay días en que apenas logra incorporarse, otros en los que parece recuperar fuerzas, aunque el alivio dura poco. El doctor dice que… —guardó silencio un instante, como si midiera las palabras— que debemos prepararnos.

Felicity apretó con más fuerza el pañuelo que llevaba en la mano. La crudeza de esa frase no necesitaba ser completada.

Llegaron ante la puerta. Era la misma de siempre, de roble oscuro, con la aldaba tallada en forma de flor marchita. Felicity

detuvo el paso, inspiró hondo y apoyó la palma sobre la madera. Por un segundo, no se atrevió a empujar. El recuerdo de su madre era todavía el de una mujer con mejillas redondeadas, voz cálida y manos suaves que sabían calmar el dolor de una hija frente al rigor del padre. Temía que al abrir esa puerta, ese recuerdo se rompiera para siempre.

Finalmente, empujó. El sonido de las bisagras fue casi un lamento.

La alcoba estaba sumida en una penumbra acogedora, iluminada apenas por un par de lámparas de aceite y el resplandor tenue de la chimenea. El aire tenía un olor a lavanda y medicinas, mezcla inquietante de hogar y enfermedad. Sobre la cama, el cuerpo de lady Chatham reposaba como una sombra más entre las colchas claras.

Felicity dio un paso al interior y se detuvo en seco. El impacto fue brutal, como si el aire de la alcoba se le hubiese clavado en el pecho.

El corazón se le encogió al verla. Aquel cuerpo que en su memoria conservaba redondeces maternales, una presencia fuerte y cálida, se había consumido hasta la fragilidad. Las mejillas, antes sonrosadas, ahora eran un dibujo afilado sobre una piel traslúcida; las manos descansaban sobre la colcha, delgadas, con venas azuladas y dedos huesudos que parecían a punto de quebrarse. Un leve temblor agitaba su pecho en cada respiración.

Avanzó despacio, con la sensación de que cada paso podía romperla más a ella que a la enferma. Se inclinó sobre la cama y tomó una de aquellas manos. El frío de la piel le atravesó la suya, y un estremecimiento la recorrió de arriba abajo.

—Madre… —susurró, apenas un hilo de voz.

Los párpados de lady Chatham se abrieron con esfuerzo. Los ojos, en otro tiempo brillantes, la miraron velados por el cansancio, pero en cuanto reconocieron el rostro de su hija, una chispa de emoción los iluminó.

—Mi niña… —murmuró, y el sonido fue tan leve que apenas se distinguía del crepitar de la leña.

El pecho de Felicity se contrajo con violencia. Las lágrimas le nublaron la vista y apretó aquella mano contra su mejilla, como si quisiera devolverle el calor con su propio cuerpo.

—Estoy aquí, madre. Ya no está sola.

Pero en el instante en que pronunció esas palabras, un aguijón de culpa le perforó la conciencia. Porque sí había estado sola. Su madre le había escrito durante todos esos años, cartas con frases cortas y afectuosas, siempre cuidadas, siempre con un matiz entre líneas que ella, ocupada en protegerse de su propio dolor, no había querido leer. Palabras como *me canso pronto* o *me siento más frágil estos días* habían quedado sin respuesta o con una contestación fría, protocolaria, nunca con la ternura que su madre merecía. Había levantado un muro de hielo en torno a su corazón y en ese muro también había quedado atrapada la única mujer que la había amado de verdad.

La culpa la mordió con saña. Se inclinó más, acariciando con el pulgar aquellos dedos que parecían de cristal.

—Perdóneme —susurró con un temblor que le sacudió el cuerpo entero—. Perdóneme por no haber estado antes.

Lady Chatham esbozó una sonrisa débil, apenas una sombra en los labios resecos.

—Ya no importa —susurró, y cerró los ojos como si esa certeza le bastara para descansar.

Felicity sintió un nudo en la garganta tan grande que casi la ahogó. Se sentó en la silla junto a la cama, sin soltar la mano de su madre, y dejó que el recuerdo la asaltara: aquella mujer gorda y risueña que una vez había llenado la casa con su risa baja, aquella que la protegía con palabras suaves cuando su padre levantaba la voz, aquella que había soportado desprecios sin rebelarse para darle a su hija, en cambio, toda la ternura que le era posible. Y ella, ¿qué había hecho? Escapar, huir, encerrarse en su propio dolor hasta

olvidar que su madre también sufría, que también necesitaba ser rescatada.

El fuego de la chimenea crepitó, y el eco de las brasas le recordó un juramento que se había hecho al bajar del carruaje: no volver a llorar por nada que no mereciera sus lágrimas. Pero allí, junto a esa cama, comprendió que había causas sagradas para las lágrimas, y una de ellas era aquella mano que ahora sostenía.

Se inclinó de nuevo, apoyó la frente sobre los dedos delgados de su madre y dejó que una lágrima callada cayera sobre ellos. No sería la última.

Capítulo 2



La claridad del amanecer se filtraba tímida entre los pliegues de las cortinas, un resplandor grisáceo que fue borrando la penumbra de la alcoba poco a poco, como si temiera profanar el descanso de quienes dormían. Felicity abrió los ojos despacio, aturdida por la rigidez de su cuello. Había pasado la noche en la silla junto a la cama, sin apartar en ningún momento la mano de su madre de entre las suyas.

El calor de la chimenea se había extinguido y el aire olía a madera húmeda y a lavanda marchita, ese aroma persistente que desde la tarde anterior impregnaba cada rincón de la estancia. Suspiró, incorporándose un poco en el asiento, y se obligó a soltar la mano de lady Chatham con la delicadeza con la que se desprende un pétalo de su tallo. La piel de su madre seguía fría, tan frágil que parecía a punto de quebrarse, pero su respiración era acompasada, un murmullo débil que bastaba para infundirle esperanza.

Durante un instante se limitó a contemplarla. El rostro de la mujer, antaño redondo y luminoso, había adelgazado hasta convertirse en un mapa de huesos y sombras. Sin embargo, en esa quietud había algo solemne, como si la enfermedad, al despojarla de fuerza, le hubiera otorgado cierta dignidad sagrada. Felicity sintió un nudo en la garganta. Una punzada de culpa la atravesó con la crudeza de una verdad imposible de negar.

«Me necesitabas y yo no estaba. Elegí proteger mi dolor en lugar de atender al tuyo».

El pensamiento le cayó como plomo en el pecho. Recordó las cartas recibidas, tan breves, tan discretas en su petición de ayuda, y recordó también sus propias respuestas, secas, casi frías, escritas con la distancia de quien intenta salvaguardar un orgullo inútil. Si entonces hubiese prestado atención, si hubiera leído entre líneas la fatiga oculta tras aquellas palabras sencillas, quizá no habría dejado que los años pasaran tan despiadados.

Se inclinó para acomodar la colcha sobre los hombros de su madre, asegurándose de que el tejido la protegiera del frío matinal. Luego permaneció así, de pie junto a la cama, como si buscara con su sola presencia reparar el abandono de los años.

El murmullo de la ciudad empezaba a despertarse tras los muros de la casa. Carruajes rodaban en la distancia, algún vendedor madrugador pregonaba su mercancía y un gallo despistado cantaba en el patio trasero. Todo contrastaba con la calma opresiva de la alcoba, donde solo se escuchaba la respiración entrecortada de su madre y el latido acelerado de su propio corazón.

Felicity cerró los ojos un instante. La emoción amenazaba con desbordarla, pero se contuvo. Había llorado la noche anterior y las lágrimas no podían convertirse en su único lenguaje. Si de verdad quería cuidar de su madre, debía recuperar la firmeza que el tiempo y la adversidad le habían enseñado a fingir.

Apoyó de nuevo la mano sobre la de ella, más para darse valor que para infundirlo, y permaneció así hasta que la claridad terminó de llenar la habitación. Entonces, con cautela, retiró los dedos y se inclinó para besarle la frente.

—Descansa, madre —susurró, con una dulzura rota por la culpa.

La mujer no se movió, pero un leve suspiro escapó de sus labios, como si la voz de su hija hubiera alcanzado a colarse en el sueño.

Felicity recogió su chal de la silla, lo acomodó sobre los hombros y, tras un último vistazo, se encaminó hacia la puerta. No

se trataba de alejarse: se trataba de empezar a actuar. Londres la había devuelto a esta casa no para observar, sino para sostener lo que aún quedaba.

Con paso silencioso, abrió la puerta y salió al pasillo, procurando que las bisagras no interrumpieran el sueño de su madre. La luz del día se derramaba ahora por los corredores, distinta de la penumbra de la noche anterior. Todo parecía igual y, sin embargo, todo era diferente.

Cerró la puerta con cuidado y se quedó un instante detenida en el pasillo, acostumbrando la vista a la claridad tenue de la mañana. La luz entraba oblicua por los ventanales altos y dibujaba franjas pálidas sobre la alfombra; en el aire flotaban minúsculas partículas de polvo que parecían danzar al compás de un silencio recién despertado. La casa, que la noche anterior le había parecido un recinto de sombras, respiraba ahora con otra cadencia, más amable, aunque igual de solemne.

Felicity se alisó el cabello con la palma de la mano, ajustó el chal sobre los hombros y empezó a caminar. Sus pasos, amortiguados por la moqueta, apenas dejaban rastro. A medida que avanzaba, el corredor se abría a recodos conocidos: una consola con mármol veteado, un ramo de laurel fresco en un jarrón de loza, un reloj de pared cuyo péndulo marcaba un ritmo grave, como si quisiera recordarle que el tiempo seguía su curso con o sin su permiso.

Al bajar la escalera, distinguió la figura de Lyon esperándola en el vestíbulo. El mayordomo, erguido como una estatua de dignidad, se inclinó en cuanto la vio aparecer. El cabello gris y las arrugas en torno a los ojos evidenciaban los años de servicio, pero en su porte permanecía intacta la disciplina de siempre.

—Buenos días, milady —dijo con voz grave, aunque modulada por un respeto que rozaba la ternura—. ¿Ha logrado descansar algo?

Felicity negó con un leve movimiento de cabeza mientras acomodaba un pliegue de la falda.

—No demasiado. He pasado la noche junto a ella.

Lyon inclinó la cabeza, aprobando en silencio esa devoción.

—Su presencia le devuelve la paz que había perdido, señora. Desde que el barón falleció, la situación de lady Chatham se volvió… complicada. Demasiado silencio, demasiada soledad. —Bajó un instante la mirada, como si la prudencia le aconsejara no añadir más—. Su regreso lo cambia todo.

Felicity percibió en sus palabras un matiz de reproche hacia el pasado, aunque envuelto en la cortesía de un servidor fiel. No lo culpaba: ella también había sentido ese pinchazo de culpa al ver el deterioro de su madre.
—No volverá a estar sola —replicó con firmeza—. No mientras yo permanezca aquí.

El mayordomo asintió, satisfecho, y aguardó con las manos entrelazadas a la altura del vientre. Felicity, en cambio, avanzó hasta el centro del vestíbulo y alzó la vista hacia la lámpara de cristal que colgaba del techo, inmóvil sobre el aire frío de la mañana. Respiró hondo, como si aquel respiro fuese una declaración.

—Lyon, tráigame una taza de café. Lo tomaré en el despacho de mi padre.

El rostro del mayordomo no se alteró, aunque un destello de sorpresa brilló en sus ojos.

—Así se hará, milady.

Ella esbozó una leve sonrisa irónica, apenas un roce en los labios.

—Si hay un lugar en esta casa donde todavía habitan sus sombras, es allí. Y ya es hora de enfrentarlas.

Lyon inclinó la cabeza en silencio, comprendiendo más de lo que sus palabras decían.

El despacho del barón aguardaba al final del corredor, silencioso y solemne, como un mausoleo dedicado a la memoria de un hombre que había ejercido poder incluso con la mirada. Felicity se detuvo ante la puerta, posó la mano sobre la aldaba y dejó escapar un suspiro contenido. Durante años, aquel umbral había representado la frontera de su obediencia: una vez dentro, todo lo que ella sentía o pensaba se diluía bajo la voluntad de su padre. Esa mañana, sin embargo, no entraba como la hija dócil, sino como una mujer que había sobrevivido a mucho más de lo que él jamás habría imaginado.

Empujó la puerta. El sonido de las bisagras se arrastró en el aire con un eco áspero, casi un quejido. La estancia estaba desnuda, despojada de la presencia que la había dominado durante décadas. Los estantes, vacíos; los cajones, abiertos; la alfombra, cubierta por varias cajas apiladas en las que se amontonaban documentos, legajos amarillentos y algunos objetos personales. Ya no quedaba el olor acre de tabaco ni el perfume a papel viejo: solo persistía un aire frío, limpio en exceso, que acentuaba la sensación de vacío.

Felicity dio unos pasos al interior. Cada crujido de sus botas sobre la alfombra parecía resonar con un peso que no le pertenecía, como si la casa misma se empeñara en recordarle lo que una vez fue. Se acercó al escritorio. Había sido el trono de su padre, la pieza desde la cual dictaba órdenes, cerraba tratos y decidía el destino de todos los que dependían de él. Ahora era solo un mueble de caoba, pulido y sin alma, con la superficie libre de papeles, esperando otra mano que lo reclamara.

Apoyó los dedos sobre la madera y una oleada de recuerdos la asaltó con brutalidad. Volvió a escuchar la voz de su padre, seca, implacable, recordándole que era una mujer y que, como tal, su valor residía únicamente en el matrimonio que pudiera concertar. Volvió a ver el gesto altivo con que despreciaba a su

madre, reducida a una sombra en los salones, ignorada salvo para recordarle su incapacidad de haberle dado un heredero varón. Y se vio a sí misma, de pie frente a este mismo escritorio, recibiendo la noticia de su destino: casarse con un hombre al que apenas conocía, porque así lo dictaba la conveniencia.

Un escalofrío le recorrió la piel. Se apartó bruscamente y, sin pensar, abrió una de las cajas. Documentos, cartas, recibos. Los tomó entre las manos y, de pronto, sintió que le ardían como brasas. Con un gesto irrefrenable, los dejó caer sobre la mesa. El sonido seco del papel al esparcirse fue como un disparo. Abrió otra caja y volcó el contenido con violencia: plumas, un tintero, varios legajos se desparramaron por el suelo.

La respiración se le agitó. Una ira contenida durante años se abría paso en oleadas, obligándola a arrancar de los cajones lo que aún quedaba dentro. Cada objeto que caía, cada papel que se arrugaba bajo su mano, era un grito contra los años de humillación, contra la fría indiferencia de un padre que nunca la consideró más que una pieza en su tablero.

—Me usaste —murmuró entre dientes, con el rostro encendido—. Me trataste como un medio para alcanzar tus fines y nunca como tu hija.

El sonido de la puerta abriéndose la sacó de ese arrebato. Lyon apareció en el umbral, llevando una bandeja con una taza de café recién servido. Se detuvo al ver el desorden: los papeles esparcidos, la pluma caída, el tintero derramado en el suelo. El rostro del mayordomo, por lo general imperturbable, se contrajo apenas, en un gesto de desconcierto.

Felicity respiró hondo. La ira se transformó de golpe en una calma glacial. Se recompuso en un instante, como quien se coloca una máscara. Se giró hacia Lyon, caminó con elegancia hasta él y tomó la taza con un movimiento delicado.

—Gracias, Lyon —dijo, con una serenidad que desmentía el caos a su alrededor.

El mayordomo inclinó la cabeza, esperando alguna explicación que no llegó. Felicity dio un sorbo al café, despacio, saboreando el amargor como si en él encontrara la firmeza que necesitaba. Luego apartó un mechón de cabello de su frente y avanzó hasta el centro de la estancia, contemplando la devastación que había provocado.

—Escúcheme bien —ordenó, con voz firme—. Todo lo que pueda venderse, véndalo. Lo que no sirva, quémelo sin contemplaciones.

Lyon abrió la boca, pero ella alzó una mano, cortando cualquier objeción.
—Los documentos, sin embargo, apílelos sobre la mesa. Los revisaré personalmente antes de decidir qué hacer con ellos.

El mayordomo la observó con atención, sorprendido por la fuerza con que pronunciaba cada palabra. Había servido a su padre durante años, había obedecido a un hombre autoritario hasta la extenuación, pero nunca lo había visto imponer su voluntad con la naturalidad con que lo hacía ahora la hija.

Felicity se giró hacia él con un aire de calma renovada.

—Esta ya no es la casa del barón, Lyon. Es la mía. Y no toleraré que sus sombras sigan gobernándola.

Un silencio solemne siguió a sus palabras. Lyon asintió, con un respeto que rozaba la reverencia.

Ella se permitió una última mirada al escritorio, a las cajas, al caos de papeles en el suelo. Luego dio un sorbo más al café, se enderezó y caminó hacia la puerta. Cada paso era una declaración: había tomado posesión del lugar, había reclamado lo que le pertenecía por derecho y por voluntad.

Al salir al pasillo, el aire le pareció más ligero. Por primera vez desde su regreso, sintió que la casa no la oprimía, sino que la acogía bajo un nuevo signo. El de ella.

Capítulo 3



La mañana había avanzado con una calma engañosa. Felicity estaba sentada en la pequeña salita que se abría al vestíbulo, un lugar discreto, elegido adrede para no perturbar el descanso de su madre. Sobre la mesa baja se amontonaban varias cartas que había dejado sin abrir la noche anterior: facturas pendientes, notas de antiguos conocidos que apenas recordaba y alguna misiva con sello provinciano que no despertaba más que una vaga indiferencia. Pasaba los dedos por el papel sin llegar a leerlo, como si la sola textura le bastara para distraerse del peso que llevaba dentro.

El crujido de pasos sobre la tarima la hizo alzar la cabeza. Lyon apareció en el umbral, erguido como siempre, con el porte grave de quien lleva toda una vida midiendo las palabras antes de pronunciarlas. Llevaba entre las manos una pequeña libreta de cuentas.

—Milady —dijo con voz pausada—, he revisado los frascos que el doctor dejó en la alcoba de lady Chatham. Algunos tónicos se han agotado ya y sería conveniente reponerlos cuanto antes. Había pensado enviar a un muchacho a la botica.

Felicity alzó una ceja con una expresión apenas irónica. Intuyó lo que realmente quería: su aprobación… y, de paso, la bolsa para pagar.

—¿Cuánto se necesita? —preguntó, apartando las cartas a un lado.

—No es una suma excesiva, señora. El boticario ya conoce la receta y la prepara con rapidez.

Durante unos segundos, Felicity no respondió. Miró a través de la ventana: los rayos de sol se filtraban entre las cortinas, dorando el polvo suspendido en el aire. Era la primera vez, desde su regreso, que Londres le ofrecía un día limpio, sin lluvia ni bruma sofocante. Un impulso la recorrió, tan inesperado como liberador.

—No, Lyon. No será un muchacho quien vaya. Iré yo misma.

El mayordomo apenas se permitió una pausa, lo justo para contener la sorpresa.

—¿Desea que prepare el carruaje, milady?

Felicity negó despacio, y el gesto tuvo algo de desafío silencioso.

—No hace falta. El tiempo acompaña y no me vendrá mal caminar un poco. Indique a Agnes que se prepare para acompañarme.

Lyon inclinó la cabeza, ocultando bajo la solemnidad de su porte una mezcla de aprobación y recelo. Era consciente de que, tras cuatro días recluida en la casa, la señora necesitaba aire y movimiento, aunque tampoco ignoraba lo mucho que los curiosos de la ciudad disfrutarían al ver reaparecer a la hija del barón en las calles de Londres.

—Así se hará, señora. Daré las órdenes oportunas.

Felicity se puso en pie. Alisó con calma el faldón de su vestido y recogió los guantes que había dejado sobre la mesa. Mientras lo hacía, sintió cómo una energía distinta se instalaba en su cuerpo. La rutina de la enfermedad, de los susurros apagados en torno a la alcoba de su madre, le había oprimido el pecho durante días. Tal vez una simple visita al boticario no pareciera gran cosa, pero para ella significaba recobrar un respiro de libertad.

—El sol brilla hoy —murmuró, más para sí que para Lyon —. Quizá sea buen augurio.

El mayordomo guardó silencio, como si las palabras de su señora no necesitaran respuesta. Solo cuando ella se encaminó hacia el vestíbulo añadió con respeto:

—Permítame, milady, que al menos disponga de un criado que las acompañe hasta la botica. Londres no siempre es indulgente con las damas que caminan solas.

Felicity se detuvo un instante y lo miró de soslayo. En aquellos ojos fieles se adivinaba la preocupación sincera, no la imposición. Cedió con un gesto breve.

—Muy bien. Pero nada de carruajes ni de escoltas innecesarios. Solo Agnes y un criado discreto. No quiero llamar más la atención de la que ya despierta mi regreso.

Lyon inclinó la cabeza, ocultando bajo la solemnidad de su porte una mezcla de aprobación y recelo. Era consciente de que, tras cuatro días recluida en la casa, la señora necesitaba aire y movimiento, aunque tampoco ignoraba lo mucho que los curiosos de la ciudad disfrutarían al ver reaparecer a la hija del barón en las calles de Londres.

—Así se hará, señora. Daré las órdenes oportunas.

Con esa promesa, Lyon cerró discretamente la puerta tras de sí. Felicity permaneció un instante en silencio, con el eco de sus pasos disipándose por el pasillo, y volvió a fijar la vista en el documento que había dejado a medias sobre la mesa. El papel, aún en blanco en su mayor parte, la reclamaba de nuevo: había cosas que debía dejar resueltas antes de salir.



El aire de la mañana la envolvió apenas cruzó el umbral. Había una claridad distinta a la que recordaba: la luz, aunque tenue,

bañaba los tejados con un resplandor dorado que arrancaba reflejos a las chimeneas. Felicity descendió los escalones del pórtico con paso firme, mientras Agnes la seguía con gesto reverente, ajustándose el chal sobre los hombros.

Un criado discreto, designado por Lyon para velar por ellas, cerró la puerta tras salir y se situó unos pasos detrás, sin invadir la conversación ni llamar la atención. Su sola presencia bastaba para disuadir cualquier descortesía.

No habían dispuesto carruaje, y el cochero, acostumbrado a obedecer sin preguntar, las observó con una mezcla de desconcierto y respeto. Felicity inclinó apenas la cabeza en señal de que no era necesario seguirlas, y emprendió el camino por la acera adoquinada.

El aire estaba fresco, impregnado de humo de leña y del olor acre de las caballerías que pasaban al trote por la calzada. Carruajes de diversos tamaños iban y venían, algunos con los emblemas de casas nobles pintados en los costados, otros con el aspecto más modesto de los comerciantes. A lo lejos, un pregonero anunciaba telas llegadas de la India, y un vendedor de flores agitaba su cesta entre los transeúntes, esparciendo un aroma leve de jacintos y narcisos.

Felicity avanzaba despacio, casi saboreando cada detalle, como si Londres fuese un escenario nuevo y no la ciudad que había abandonado años atrás. Reconocía algunas fachadas ennegrecidas por el humo, pero otras se alzaban remozadas, con escaparates más amplios y cortinas que dejaban entrever mercancías cuidadosamente dispuestas. Todo le hablaba de un tiempo transcurrido sin ella, de una ciudad que había seguido latiendo sin detenerse por sus ausencias.

Agnes caminaba un paso detrás, en silencio, con la mirada alerta, mientras el criado cerraba la marcha con una discreción aprendida. Felicity, sin embargo, no parecía incómoda. Había pasado demasiados años confinada en la campiña, con paisajes siempre iguales y silencios demasiado largos; aquella vitalidad de Londres,

con su bullicio ordenado y sus múltiples voces, la reconfortaba de un modo inesperado.

Se detuvo un instante ante una tienda de encajes. El escaparate mostraba pañuelos bordados con filigranas delicadísimas, cintas de seda en tonos pastel y un vestido de muselina dispuesto en un maniquí de madera. Recordó, de golpe, los años en que su padre la llevaba de escaparate en escaparate, evaluando la conveniencia de cada compra según las alianzas que podía sellar. Entonces, aquellas telas no eran adornos, sino piezas de un tablero en el que ella jugaba el papel de moneda de cambio.

«No más», pensó, apartando la mirada. Ahora sus pasos no los guiaba la imposición de un hombre, sino su propia voluntad.

El sol, tímido aún, arrancaba destellos en los charcos de la última lluvia. Felicity caminó esquivándolos con una gracia natural, sujetando la falda con un gesto apenas calculado, mientras Agnes la imitaba con torpeza y el criado se mantenía vigilante a pocos metros. A cada esquina, un detalle la sorprendía: un nuevo café en el que se reunían caballeros a leer los periódicos, una librería con títulos encuadernados en piel expuestos al público, un grupo de niños harapientos que corrían tras un perro callejero con risas desentonadas pero llenas de vida.

No era la ciudad perfecta ni mucho menos amable, pero era Londres, y la fuerza que palpitaba en sus calles la devolvía al presente con una intensidad que la conmovía.

Al doblar por una callejuela menos transitada, distinguió el rótulo del boticario: un cartel de madera pintado con un mortero y una balanza, oscilando levemente con la brisa. Las ventanas mostraban frascos alineados, algunos con líquidos ámbar, otros con polvos blanquecinos o raíces secas suspendidas en bolsas de lino.

Felicity respiró hondo y, con un gesto imperceptible, apremió a Agnes a seguirla. El criado aguardó fuera del local, como correspondía a su función. Felicity estaba dispuesta a entrar, pero se detuvo al advertir que no eran las únicas en busca de remedios aquella mañana.

El sonido de la campanilla anunció su entrada al boticario. El aire, impregnado de hierbas secas y aceites resinosos, la envolvió de inmediato, una mezcla acre y dulzona que se pegaba al paladar. Agnes se detuvo un paso detrás, conteniendo un gesto de incomodidad, mientras Felicity avanzaba con calma, como si aquel lugar formara parte de un ritual necesario.

El interior estaba iluminado por lámparas de aceite colocadas a intervalos, cuyo resplandor dorado se reflejaba en los frascos alineados tras el mostrador. Los estantes de madera oscura rebosaban tarros de vidrio con etiquetas manuscritas, saquitos de lino anudados con cordel y cajitas de metal que contenían polvos y pastillas de origen incierto. El murmullo de las voces y el roce de las telas creaban un rumor contenido que se quebraba de vez en cuando con la tos de algún cliente.

Felicity se detuvo con naturalidad al advertir que debía esperar. Había al menos tres personas delante de ella. Una dama vestida de verde oscuro, con un velo ligero sobre el rostro, sostenía en las manos una receta cuidadosamente doblada; junto a ella, un caballero de mediana edad, con gesto de impaciencia, tamborileaba los dedos sobre el bastón de caoba, como si cada minuto robado a sus ocupaciones fuese un ultraje. Más cerca del mostrador, una mujer humilde, con un niño descalzo cogido de la falda, hablaba en voz baja con el boticario, quien rebuscaba en un cajón hierbas para preparar una tisana calmante.

Felicity los observó en silencio, con esa mezcla de distancia y atención que había aprendido en los salones de la aristocracia. Su posición en la fila no la incomodaba; al contrario, agradecía aquel instante de quietud, como si la obligara a mirar más allá de su propio dolor. La mujer del niño le inspiró una punzada de ternura: el pequeño, con las mejillas encendidas y los labios resecos, se acurrucaba contra el regazo de su madre con un cansancio que parecía impropio de su edad. Ella acarició con suavidad la nuca del niño mientras esperaba el remedio, y esa simple caricia, cargada de ternura, despertó en Felicity un recuerdo demasiado cercano.

«Si yo hubiera…» El pensamiento la atravesó como una cuchillada, y lo sofocó al instante. No podía permitirse evocarlo allí, rodeada de desconocidos.

Agnes se movió ligeramente a su lado, con las manos unidas sobre el regazo del delantal, los ojos fijos en los estantes como si así evitara la tentación de hablar. El silencio entre ambas era natural; no necesitaban palabras. Felicity sabía que su doncella aguardaba paciente, tan discreta como lo había sido durante el viaje, pero atenta a cualquier gesto suyo.

El boticario despachó por fin a la mujer humilde, que salió con paso apresurado tras dedicar una breve reverencia a quienes aguardaban. El niño apenas tuvo fuerzas para levantar la vista hacia ellas. Felicity sintió la urgencia de tenderle la mano, pero se contuvo. Sabía que no podía salvar a todos, y menos aún en un boticario de Londres.

El caballero del bastón avanzó con aire resuelto, dejó caer unas monedas sobre el mostrador y pidió un ungüento para el reuma. Su voz era seca, acostumbrada a dar órdenes, y el boticario lo atendió sin levantar la vista, despachándolo en cuestión de segundos. Luego fue el turno de la dama del vestido verde, que entregó su receta con una inclinación de cabeza apenas perceptible y esperó con gesto altivo a que le prepararan las dosis.

Felicity permanecía quieta, pero su mente no dejaba de observar. Era como si el boticario fuese un espejo de la ciudad: lo humilde y lo poderoso, lo urgente y lo superfluo, todos reunidos bajo un mismo techo, con la misma necesidad de alivio. En esa diversidad se advertía un orden silencioso, y ella, que durante años había intentado negar la vida de Londres, empezaba a comprender que aquel bullicio también era parte de lo que había perdido.

Cuando al fin el boticario levantó la vista hacia ella, Felicity avanzó con la seguridad de quien no duda de su lugar en el mundo. El murmullo de los frascos al entrechocar la acompañó hasta el mostrador, donde aguardaba el momento de hablar.

Capítulo 4



Cuando al fin el boticario levantó la vista hacia la recién llegada, la observó con la cortesía rutinaria que se debía a cualquier dama de porte distinguido. Sus ojos, fatigados tras horas de medir polvos y ordenar frascos, no la reconocieron de inmediato; solo percibió la elegancia natural, la compostura de la doncella que la acompañaba y la discreta presencia de un criado que aguardaba junto a la puerta.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó, acomodándose las gafas que le resbalaban por la nariz.

La dama avanzó con paso seguro hasta el mostrador y extendió la receta que había recibido del médico.

La campanilla de la puerta sonó en ese preciso instante. Una ráfaga de aire frío se deslizó por el local, y dos mujeres cruzaron el umbral con la seguridad de quienes jamás pasan inadvertidas. La primera, alta, envuelta en capa oscura, poseía un mentón decidido y esa mirada capaz de pesar sin herir. La segunda, con abrigo claro, mostraba unos ojos amplios donde convivían la sorpresa y el juicio. Eran la marquesa de Huntingdon y la vizcondesa de Ashbourne. No conocían a la mujer que aguardaba en el mostrador; solo sabían de ella por los relatos de sus maridos y por un nombre que, durante años, había ardido como una herida en el corazón de otro hombre.

—Son para lady Chatham —dijo la recién llegada con serenidad. La voz, aunque contenida, vibraba con un trasfondo de

intención—. El médico ha asegurado que estos tónicos le devolverán parte de las fuerzas.

El boticario se detuvo en seco. El nombre resonó con fuerza en su memoria, enlazando de inmediato los rumores que Londres había repetido en voz baja durante años. Alzó la vista hacia aquella mujer como si la viera por primera vez, y la sorpresa se dibujó sin disimulo en sus facciones.

—¿Lady… Chatham? —murmuró, incrédulo—. ¿Es usted la hija de la baronesa?

Ella se irguió aún más, sin apartar la mirada. La certeza de haber sido reconocida no la intimidaba.

—Sí.

El silencio fue breve, pero pesado. Agnes, unos pasos atrás, corrigió instintivamente la postura; el criado, junto a la puerta, permaneció inmóvil, alerta. El boticario recuperó la compostura con una reverencia contenida.

—Ruego me disculpe, milady. No la había reconocido al instante. —Se giró hacia los estantes—. Prepararé lo necesario de inmediato.

Se oyeron entonces el roce de vidrio contra madera y el golpeteo cadencioso del mortero. El aire se impregnó del olor penetrante de las hierbas: lavanda, salvia, la amargura limpia de la quina. La balanza, inmóvil sobre el mostrador, parecía prometer justicia en sus platillos. Felicity lo observó en silencio, pensando cuán distinto sería el mundo si la vida pudiera medirse con esa misma exactitud.

El hombre volvió a inclinar la cabeza, turbado por su torpeza inicial.

—Aquí tiene, milady. El cordial facilitará el descanso. La corteza amarga conviene diluirla: dos cucharadas al caer la tarde bastarán. He añadido también una tisana de tilo para cuando la inquietud no deje reposar al alma.

Ella depositó sobre la mesa una bolsa de cuero, sobria.

—Asegúrese de que no falte nada. Volveremos cada semana.

—Así se hará, milady.

Agnes dio un paso adelante para tomar el estuche, pero fue su señora quien lo recogió con mano firme. El criado abrió la puerta sin orden expresa. La dama cruzó el umbral sin volver el rostro hacia las recién llegadas. La campanilla anunció su salida, y la claridad de la calle borró su silueta.

El silencio que siguió duró lo justo para sentir el propio pulso. Entonces las dos damas se miraron. No necesitaron palabras para reconocer la trascendencia de lo que acababan de presenciar. Avanzaron hasta el mostrador, y fue la marquesa quien, con cortesía firme, habló primero.

—Perdone la intromisión —dijo Emily—. ¿Podría decirnos quién era la señora que acaba de salir?

El boticario vaciló apenas un segundo. La discreción era parte de su oficio, pero reconocía en aquellas clientas el peso de un linaje que se respeta y se obedece.
—Pidió medicinas para lady Chatham —respondió al fin—. Era su hija.

Violet soltó un aliento que no llegó a convertirse en suspiro. Sus ojos grandes brillaron de pronto, desbordados por una emoción contenida.
—Entonces… era ella.

—Desde hace unos días viene en persona —añadió el boticario—. Antes lo hacía el mayordomo.

Emily inclinó la cabeza, con ese gesto suyo que nunca humilla y, aun así, arranca respuestas.

—¿Y la baronesa? ¿Cómo se encuentra?

El hombre bajó la voz, sin caer en indiscreción vulgar.

—Débil. Apenas come, apenas duerme. El doctor evita darle un nombre a la dolencia: a veces, un nombre pesa más que la

fiebre.

—Hace usted bien en proveer lo necesario —aprobó la marquesa—. Se lo agradecemos.

No compraron nada. No por descortesía ni por prisa: el instante no admitía llenar el mostrador de fruslerías. Agradecieron con un leve gesto, salieron a la calle y el aire frío las envolvió con olor a carbón y pan tostado.

Caminaron un tramo en silencio. Solo cuando doblaron la esquina, Violet habló en voz baja, como si necesitara escuchar la certeza de su propia intuición.

—Era ella. No me preguntes cómo lo sé. El modo de sostener el estuche… la forma en que aguardaba sin impaciencia. «Así espera quien sostiene sola una casa entera».

Emily asintió con gravedad.

—Ahora entiendo por qué él nunca dejó de pronunciar su nombre. Los relatos eran hondos, pero verla… ver es distinto.

El bullicio de la ciudad las rodeaba: carruajes, pregones, el ladrido de un perro perseguido por niños. Londres seguía su curso, ajeno a lo que había sucedido en una botica cualquiera. Para ellas, en cambio, el mundo acababa de cambiar de eje.

—Debemos decírselo —dijo Violet, fijando la vista en el adoquinado—. No puede enterarse por terceros.

—Y no lo hará —replicó Emily—. No mientras tengamos voz. Esto no viaja en una carta. Se dice en un despacho, con la puerta cerrada.

—Alexander sabrá cómo empezar —murmuró Violet—. Ezra medirá las palabras. Y, aun así, a Jackson le dolerá como si lo desgarraran.

—Le dolerá —convino la marquesa—, y, sin embargo, será el primer dolor que le devuelva esperanza.

Caminaron otro trecho en silencio. El aire traía un soplo metálico con olor a río. Una modista agitaba un volante frente a su

aprendiz, un anciano cerraba los ojos al sol tibio. La ciudad no se conmovía; ellas, sí.

—Detente en un detalle —añadió Emily—. Podría haber enviado a un criado con una bolsa. Pero vino ella. Pagó sin preguntar y aceptó la amargura de la quina sin fruncir el gesto. Eso no lo hace quien busca exhibirse, sino quien ha decidido ocuparse de lo suyo.

Violet apretó los labios.

—Y eso será una bendición y una herida para él.

Detuvieron un coche de alquiler. Subieron sin prisa. Dentro, el cuero olía a uso reciente. El traqueteo de los caballos acompañó su silencio hasta que Violet, con la frente apoyada en el vidrio, se atrevió a preguntar:

—¿Crees que estará preparado?

—Nadie lo está —contestó Emily con calma—. Para ciertas verdades, nunca. Pero quizá haya llegado el momento de que recupere lo que perdió.

Los ojos de Violet se humedecieron, aunque sonrió con dulzura.

—O, al menos, de que le devuelvan la oportunidad de amar sin miedo.

La marquesa asintió despacio.

—Nadie merece más que él pronunciar de nuevo su nombre sin dolor.

El coche siguió avanzando por las calles húmedas de Londres. Afuera, la ciudad se mantenía imperturbable; dentro, en el silencio compartido de dos mujeres leales, latía la certeza de que esa noticia no era un rumor cualquiera, sino la chispa capaz de reavivar un amor que nunca había muerto.

Capítulo 5



Greystone Manor, a finales de febrero de 1817

El sol apenas asomaba por encima de los montes cuando Jackson Hastings hundió la pala en la tierra húmeda. El aire de la mañana, frío y cargado del vaho que exhalaban los campos, le perlaba la frente de sudor. La camisa blanca, abierta en el pecho y pegada a la piel, revelaba un torso firme, trabajado por años de disciplina y por esa costumbre suya de no delegar en otros aquello que podía hacer con sus propias manos.

Los campesinos, habituados a su presencia, ya no se sorprendían de verlo entre ellos. El conde de Everton había decidido hacía tiempo que el título no debía servir de excusa para vivir de espaldas a la tierra que lo sostenía. Así, cada mañana se alzaba con el mismo empeño que sus hombres y tomaba la azada, el hacha o el rastrillo como un jornalero más. La diferencia era que, incluso en medio del barro, su porte no permitía olvidar quién era.

El sol de invierno, débil y tímido incidía en sus hombros descubiertos y arrancaba reflejos a las cicatrices que surcaban su piel. Había una, más marcada, que cruzaba el costado derecho hasta perderse bajo la cintura del pantalón; otra, fina como un hilo, ascendía desde la clavícula hacia el cuello, recuerdo punzante de la emboscada que le cambió el destino. No las ocultaba: le recordaban que seguía vivo y que cada golpe aceptado se había convertido en desafío.

Respiró hondo y cargó un saco de grano al hombro con un gesto que arrancó murmullos de admiración entre los más jóvenes. Caminó unos pasos, lo depositó en la carreta y se secó el sudor con la tela de la camisa, que arrugó sobre el abdomen al pasarla por el rostro. El movimiento dejó al descubierto la dureza del vientre, la piel morena brillando con el esfuerzo.

El aire estaba impregnado de olor a tierra mojada, a estiércol fresco y a humo de leña que escapaba de las chozas. El graznido de los cuervos posados en los árboles desnudos se mezclaba con el metal de las herramientas. Jackson se permitió una pausa, apoyado en el mango de la pala, y contempló el horizonte. El campo se extendía como un mar de barro y promesas: surcos recientes, maderas apiladas para reparar cercas, un riachuelo que serpenteaba con desgana entre las piedras heladas.

—Milord, ¿quiere que siga yo con esta parte? —preguntó un mozo pelirrojo, mirándole con respeto.

Jackson negó con la cabeza, esbozando apenas una sonrisa.

—Aún me quedan fuerzas. Ve con Thomas a los caballos.

El muchacho obedeció y el conde volvió a hundir la pala. El hierro chocó contra una raíz dura; apretó la mandíbula y tiró con un gruñido que sonó a rugido contenido. La madera crujió y cedió en dos. El esfuerzo le tensó el cuello y marcó aún más la línea de los brazos.

No era vanidad. En la labor física encontraba una paz que ninguna tertulia londinense le había dado. En el campo olvidaba el peso del título, las deudas de honor y los rumores que lo perseguían desde aquella noche maldita. Allí no era más que un hombre entre otros, dueño de su sudor y de sus decisiones.

Se inclinó sobre el barril y hundió el rostro en el agua helada. El contraste lo hizo resoplar; varias gotas le corrieron por la espalda hasta perderse en el pantalón. Con la mano apartó el

cabello húmedo de la frente y cerró los ojos un instante, dejando que la frescura le templara la sangre.

Los campesinos lo miraban de reojo, no por morbo sino con una mezcla de respeto y asombro. No todos los días un conde compartía el barro, sudaba bajo el mismo cielo y se manchaba las manos. Jackson lo sabía y, aunque nunca lo decía, le gustaba que lo viesen así: un hombre que no se escondía tras un apellido.

El cielo, cubierto de grises, dejó escapar un rayo que se coló entre los árboles y bañó la escena con un resplandor casi dorado. Erguido en mitad del campo, su figura adquirió la fuerza de un lienzo heroico. El sudor le brillaba en la piel y el movimiento del pecho al respirar tenía algo de indómito.

Alzó la vista. Le pareció oír, muy lejos, el eco de cascos. Silva pastaba atado a un poste, inquieto como si intuyera algo. Jackson arqueó una ceja y volvió a la tierra.

Los minutos pasaron al ritmo de los golpes, el arrastre de sacos y el crujir de madera. Cada gesto era preciso, contenido, como si hubiera entrenado el cuerpo para no desfallecer. Sin embargo, bajo esa apariencia de control latía un pulso secreto: el recuerdo de un nombre que no pronunciaba, de un rostro que regresaba en sueños, de un juramento hecho en sombras.

La brisa arreció. El sudor, en vez de enfriar, se volvió manto incómodo. Se frotó la nuca, apretó los dedos contra los músculos y suspiró. El trabajo calmaba, sí, pero no apagaba el fuego de dentro.

El olor a pan recién hecho llegó desde las cocinas de la mansión. El contraste entre el hogar cálido y la rudeza del campo lo golpeó con extraña ternura. Recordó a su madre y aquella máxima suya: un conde debe conocer el precio del trigo tanto como el de una joya. Quizá por eso nunca supo separarse de la tierra: porque allí encontraba la única verdad que nadie podía discutirle.

Se agachó a recoger unas manzanas caídas y las fue depositando en el cesto. Sus manos grandes, curtidas, se movían

con una delicadeza inesperada, como si esas frutas no soportaran la brusquedad. Esa contradicción lo definía: fuerza y ternura conviviendo, cicatrices y caricias en la misma piel.

Al enderezarse, el sol arrancó un destello en sus ojos oscuros. Inspiró hondo; soltó el aire como quien descarga algo más que fatiga: una ausencia, un deseo.

El repique de cascos se hizo nítido hasta que Weston apareció al galope por el sendero. Desmontó de un salto, el rostro encendido, y avanzó con la respiración alta.

Jackson lo observó, aún con el torso húmedo, la pala apoyada en tierra y los músculos tensos por la intuición de que no era visita menor. Weston se inclinó con respeto, aunque la urgencia agitaba su compostura.

—Milord… —dijo, tendiéndole un sobre lacrado—. Traigo una carta.

Jackson la tomó con firmeza, el nudo subiéndole a la garganta. Reconoció al instante el sello: la marquesa de Huntingdon; y, por el trazo, la vizcondesa de Ashbourne. No escribían en vano.

Rompió el lacre con el pulgar y desplegó el papel. La tinta, de azul profundo, parecía fresca. Leyó:

Querido Jackson:

Aquí estamos, Emily y yo, para hablarte juntas de algo que hemos descubierto. Lo hacemos tras consultarlo con nuestros esposos, porque ambas sabemos qué impacto tendrá en ti. En primer lugar, te pedimos calma. No actúes con precipitación ni permitas que la cólera decida por ti. Sabes bien —y no hace falta recordártelo— que nada bueno nace del arrebato. Actúa con sensatez, incluso aunque el corazón quiera lanzarse a galope.
Imaginamos tu expresión ahora mismo, al leer estas líneas, preguntándote qué tramamos para escribirte de forma tan enigmática. Créenos: no sabemos decirlo de otro modo. Guardar silencio sería cruel contigo, y no podemos cargar con esa culpa.

Lee despacio, respira y recuerda nuestro ruego: no dejes que la furia gobierne tus pasos.

Hace dos días, Emily y yo entramos en un boticario del Strand. Íbamos a resolver una compra trivial, pero la casualidad nos condujo al hallazgo. Oímos un nombre pronunciado en voz alta, con la naturalidad de quien pide lo necesario para un enfermo. No era la baronesa quien solicitaba las medicinas, sino su hija. Felicity.

Sí, Jackson. Felicity ha regresado a Londres.

Regresó, según supimos después, porque su madre está gravemente enferma. El médico, dicen, apenas logra contener el avance de la dolencia. Quizá no le quede mucho tiempo.

La vimos. No nos reconoció, ni podría, pues nunca hemos tratado con ella. Pero la vimos. Y comprendimos, en el modo de sostener el estuche de medicinas, que es una mujer distinta a la que partió: digna, contenida, con la serenidad que solo concede el dolor.

No hemos dejado el asunto en la anécdota. Indagamos con discreción y averiguamos que Felicity apenas sale de casa. Cuando lo hace, es para ver al administrador o atender necesidades de su madre. El resto del tiempo lo consagra a cuidarla. Se dice —aunque no lo hemos confirmado— que piensa vender las propiedades del puerto y, quizá, también la residencia familiar. Algunos creen que desea volver al lugar donde vivió con su difunto esposo.

Esto último no es más que un rumor, y los rumores, como sabes, se disuelven con el primer soplo de verdad.

Podríamos haber enviado a Ezra a confirmar cada detalle; él lo haría en horas. Tememos, sin embargo, que, si ella percibe demasiado interés, abandone la ciudad antes de que puedas verla. Por eso te escribimos primero.

Lo repetimos: sé prudente. No actúes alocadamente. La felicidad rara vez se conquista con arrebatos. Si de verdad deseas recuperar lo que perdiste, solo lo lograrás con paciencia.

Aun así, no podíamos negarte esta noticia. Sabemos lo que su nombre significa para ti. Lo hemos oído en tus labios en las horas más sombrías. Y ahora, por primera vez en siete años, podemos devolvértelo sin dolor.

Con afecto sincero,

Emily, marquesa de Huntingdon

Violet, vizcondesa de Ashbourne.

Jackson dejó caer los brazos a los costados. El papel tembló apenas entre sus dedos, no por debilidad, sino por la descarga brutal que lo atravesaba: incredulidad, deseo, miedo, furia contenida. La mirada, fija en el horizonte, dejó de ver los campos, a Weston o la cicatriz abierta por la pala. El viento, que hasta entonces había sido caricia fresca, se volvió cuchillo. El corazón, como aquel día fatídico, se desbocó.

El silencio tras la última palabra se hizo insoportable. Volvió a leer como si la tinta pudiera cambiar de sentido. No cambió. Era Felicity. Había regresado. Estaba en Londres.

Se pasó la mano por el cabello, la deslizó hasta la nuca y apretó la piel como si allí pudiera templar el latido. Dio un paso hacia delante, otro hacia atrás. La pala, a su lado, resbaló y cayó con un golpe sordo. Ni pestañeó. «Ha vuelto. Aquí. A mi alcance.» El pensamiento no trajo paz; avivó el incendio.

—Milord… —se atrevió Weston, sin acercarse del todo.

Jackson alzó la cabeza. Los ojos, oscuros y brillantes, parecían arder con la luz de febrero. Abrió la boca y la cerró, miró un extremo del campo, luego el otro, como un hombre acorralado por su propia sangre.

—Dicen que sea prudente —murmuró—. Que respire.

La palabra le supo a herrumbre. El papel crujió entre los dedos. Respiró, sí, pero fue un aire torcido que no le cabía en el pecho. La imagen de Felicity —la línea del cuello bajo un chal, la boca temblando en un «mañana», la espera a la que él no llegó— se

le clavó con un filo que no conocía tregua. Se vio otra vez bajo la noche cerrada, la madera del carruaje, el golpe en la sien, la voz sucia en el oído; y, sobre todo, lo que entonces no vio: a ella mirando el camino vacío.

—No… —dijo con voz rota—. No más.

Dio dos zancadas. La primera lo lanzó hacia Weston; la segunda lo dejó a medio camino de ninguna parte. Clavó los talones, alzó el rostro al cielo como quien busca una señal y estalló:

—¡Prepara el carruaje ya! —la orden tronó sobre el campo —. ¡Nos vamos a Londres!

Weston abrió los ojos, blanco como la cal. Había esperado el arrebato, pero la fuerza del grito aún le hizo retroceder un paso.

—Milord… Las señoras pidieron…

—¡He dicho ahora! —lo cortó sin dar espacio—. Engancha la parejilla negra. Baúles, mantas, lo justo. Quiero la capa larga, la pistola de arzón y botas secas. ¡Muévete!

El lacayo giró en redondo y echó a correr. Un relincho rajó el aire. Silva, que mordisqueaba el rastrojo, alzó el cuello, sacudió la crin y vino con los ojos encendidos. Jackson adelantó la mano y el animal llegó con un golpe cálido de aliento.

—Ven aquí, amigo —susurró.

Le agarró la crin junto a la cruz y, con impulso seco, se montó de un salto, sin silla ni estribo. El cuerpo le obedeció como si hubiera nacido para ese gesto: muslos firmes, torso erguido, manos seguras en el ramal. Silva giró breve e impaciente y salió disparado hacia la casa. La pradera pasó como una faja de verde y barro; el viento le golpeó el pecho salado y le mordió la piel. No sintió el frío, solo el empuje feroz de la sangre.



Atravesó el portillo, cruzó el patio entre carros y toneles, dejó atrás el abrevadero en dos zancadas. La puerta de las caballerizas se abrió de par en par; mozos y palafreneros se apartaron. Tiró de la cuerda con gesto medido y Silva clavó las patas, resoplando.

—¡Arnés a la negra y a la torda! —ordenó sin desmontar —. ¿Dónde está Weston?

—En camino, milord —respondió un mozo tiznado—. Fue a por las mantas.

—Cinco minutos —marcó—. Ni uno más.

Saltó al suelo con la misma agilidad. Subió de dos en dos la escalera de piedra, cruzó el corredor y empujó la puerta de su cuarto. El olor a jabón y cera lo rozó de pasada. Abrió el arcón: capa forrada, camisa seca, chaleco oscuro, una muda. Nada superfluo. Aseguró la hebilla del cinturón, comprobó la navaja de bolsillo, abrió el cajón pequeño y sacó el medallón de plata con la flor de almendro. Lo sostuvo un segundo, como si hablara con él, y se lo colgó al cuello. «Voy», pensó sin palabras.

Del aparador tomó la pistola, revisó la carga con manos seguras y la guardó en la funda de viaje. Dejó un billete doblado sobre la mesa —para la viuda de Long Dene, si la semana se torcía —. Abrió la ventana y dejó entrar el aire frío. La casa olía a partida. Él, a urgencia.

—¡Milord! —la voz de Weston retumbó desde abajo.

Jackson se echó la capa a los hombros y bajó a grandes pasos. En el vestíbulo, Weston lo aguardaba con las mantas al brazo y el sombrero en la mano, jadeando, pero entero.

—Carruaje listo, señor. Dos criados y yo. ¿Salimos por el camino viejo o por la calzada del molino?

—El camino viejo —decidió—. Si nieva en la altura, la calzada se hará barro. —Tomó las mantas—. Agua en el coche, pan y carne fría. No paramos hasta el primer relevo.

—A la orden.

Salieron juntos al patio. La pareja estaba enganchada, inquieta, golpeando el suelo con los cascos. El cochero, fusta en mano, tenía los ojos clavados en su señor. Jackson revisó correas, palmeó el cuello de la torda y subió de un salto al estribo. Bajó de nuevo. Miró el cielo: un paño bajo de nubes corría hacia el este.

«Calma», resonó la letra limpia de Emily y Violet. La palabra no lo domó; apenas le hizo un surco de juicio. Bajó la mirada, aflojó la mandíbula y habló sin alzar la voz, como quien se manda a sí mismo:

—A Londres.

Weston ocupó su puesto. El cochero chasqueó la lengua. Las ruedas chirriaron y el carruaje, pesado al principio, ganó brío al cruzar la verja. Silva relinchó detrás, encabritado, y un impulso primario lo atravesó. Señaló el establo.

—Que lo ensillen —añadió—. Vendrá con un mozo. Si rompo un eje, sigo a caballo.

Weston asintió, agarrado a la correa del techo.

El paisaje empezó a correr: setos podados, troncos apilados, el barranco estrecho donde el agua espumaba. La vibración del suelo le subía por las botas; el cuerpo, aún húmedo, se secaba a tirones bajo la capa. Apretó las manos en las rodillas y luego las soltó. No podía estar quieto. La sangre marcaba un compás sin pausas.

—Milord —probó Weston, bajo—, en la carta insistían…

—Lo sé. —No fue rabia; fue la sílaba de quien ya decidió —. Llegaré con la cabeza fría. —Calló un latido—. Pero llegaré.

Se recostó un instante y cerró los ojos para atrapar el rostro que lo llamaba desde la tinta. La vio en el mostrador de una botica sin nombre, sosteniendo un estuche como si sostuviera una casa entera, saliendo sin mirar a nadie. No hubo ternura en esa visión, hubo verdad. «Estás aquí», pensó. «Ya no eres un fantasma ni un castigo. Eres presente.»

Abrió los ojos. El carruaje rebotó, enderezó la marcha y ganó la recta hacia la calzada. El bosque, a ambos lados, se volvió muralla. Viento en la cara, hierro en el pecho, medallón frío bajo la camisa.

—Cambio de caballos en Holmebridge —ordenó—. Nada de demoras. —Se inclinó a la portezuela y miró la cinta del camino —. Si alguien pregunta, di la verdad: vamos a Londres. Sin historias. Sin sombras.

—Sí, señor.

Jackson apretó los dientes y, sin darse cuenta, sonrió: no de alegría, sino con la mueca de quien huele la batalla y la prefiere al silencio. Cerró el puño sobre la flor de almendro y dejó que el frío del metal le fijara el pulso.

—Espérame —murmuró, tan bajo que ni Weston pudo oírlo.

El carruaje tomó la curva amplia que desembocaba en la gran vía. Delante, el cielo de febrero se abría como promesa dura. Detrás, en los campos de Greystone, la pala seguía donde la había dejado, caída junto a la zanja: marca muda de una vida interrumpida.

Las ruedas mordieron la carretera. Londres aguardaba. Y Jackson, con la furia latiéndole en la garganta y el nombre de Felicity clavado como un anzuelo dulce, no pensó en reglas ni en prudencias. Pensó en llegar. Y llegar, aquella tarde, fue lo único que importó.

Capítulo 6



El cuarto respiraba limpio. La luz de la tarde, tamizada por las cortinas claras, caía en paz sobre la colcha recién tendida; un olor suave a jabón de lavanda, a sábanas secadas al fuego y a aire renovado había desplazado la pesadez de días anteriores. En la tina, junto al biombo, quedaban aún unas gotas tibias que recordaban el baño. Sobre el tocador, el peine de hueso descansaba con mechones grises, lisos y brillantes, peinados con calma. La baronesa, apoyada en un par de almohadas altas, mostraba el rostro limpio, las manos sin rastro de faenas y el cabello recogido en un moño sencillo que le suavizaba las facciones.

Su hija acercó la mesa de apoyo y dejó el cuenco humeante. La porcelana exhaló un vaho de caldo ligero; probó la temperatura con el dorso de la cuchara, sopló, midió de nuevo y miró a su madre con una ternura que no necesitaba palabras.

—Abrimos un poco —murmuró, y la sonrisa le salió como una caricia.

La baronesa obedeció. La primera cucharada fue pequeña y segura: trago corto, pausa, un suspiro que pareció agradecer el consuelo. La segunda dejó en sus labios un brillo limpio. La joven secó con el pañuelo una gota que se deslizaba por la comisura.

—Está como la preparaba Cook cuando yo era niña —dijo la enferma, con un hilo de voz más firme que la víspera—. ¿Recuerdas aquel olor que subía por la escalera?

—Me guiaba hasta la cocina como si fuese un hilo —respondió ella, acercando otra cucharada—. Iba descalza para que el

padre no oyera mis pasos.

—Y aun así te oía —sonrió despacio—. O hacía como que te oía, que para el caso era lo mismo.

Siguieron un par de bocados sin prisa. Afuera, un carro dejó un traqueteo amortiguado; el reloj de la repisa marcó un compás sereno. La hija reunió en el cuenco un trozo de pan, lo empapó, lo partió con la cuchara y lo ofreció.
—Así lo tomabas tú cuando te dolían las muelas —dijo la baronesa.

—Y hacía un puchero que a ti te daba risa.

—Hacías muchos —y la mirada, viva por un instante, le centelleó—. Sobre todo, cuando traían melocotones del mercado.

—No los soporto —torció la boca con un gesto infantil, como si el tiempo retrocediera—. Son bonitos de ver, pero me saben a trampa.

—A mí me parecían flores con piel —suspiró—. Un verano, el padre quiso un plato entero para el postre y tú te escondiste debajo de la mesa.

—No me escondí, me desvanecí —corrigió con fingida gravedad—. Fue un desmayo de heroína.

—Heroína de la cocina —sonrió la baronesa, y el aire del cuarto se calentó con esa risa pequeña que hacía años no sonaba—. Hablando de cocina… La noche del chocolate.

La joven alzó la vista con una mezcla de vergüenza antigua y alegría.

—No íbamos a hablar de esa noche.

—Sí íbamos —su madre sostuvo la broma con un ademán —. Te encontré sentada en el suelo, las faldas recogidas, el cazo entre las rodillas y toda la boca negra. «No he sido yo», dijiste.

—No fui yo —repitió, y bajó la cuchara para reírse sin perder la compostura—. Fue el destino.

—Y yo me senté a tu lado y me manché el dedo, para que si venía alguien pareciera culpa mía.

La cuchara se detuvo en el aire. El silencio que siguió no dolió; abrigó. «Siempre me defendiste», pensó la hija, pero no lo dijo. En lugar de eso, acercó el siguiente bocado. La baronesa abrió la boca con docilidad y tragó despacio.

—Creí que me reñirías —susurró la joven, volviendo a mojar el pan—. Aquella vez y todas las demás.

—Te defendí cuando pude —admitió la madre, sin excusas —. Otras veces no tuve fuerza. —Le buscó los ojos—. Eso no significa que no viera quién eras.

—¿Quién era?

—Una niña que corría por el jardín como si el mundo fuese suyo. —La sonrisa se torció de ternura—. Y lo era.

El cuenco había bajado a la mitad. Probó de nuevo la temperatura, sopló con paciencia y acercó otra cucharada.

—¿Recuerdas la tarde en que cayó la tormenta y le dijiste a Peters que no cerrara el balcón? —preguntó la baronesa.

—Quería oler la lluvia.

—Y te quedaste junto a la barandilla, con la cara al cielo, empapada como un gatito, hasta que te castañeteaban los dientes.

—Tú me llevaste una manta —sonrió—. Y me peinaste al fuego, con las manos calientes.

—Canté —añadió la madre, casi en un suspiro—. Aquella tonada vieja de mi abuela.

La hija, sin darse permiso para llorar, sostuvo ese recuerdo como se sostiene un vaso lleno: la cuerda de la voz en la noche, el peine deslizándose, el humo en la chimenea. «Te tenía», pensó. «Te tengo ahora».

—Un poco más —propuso, y el tono se le quebró apenas.

—Un poco —aceptó la baronesa.

Acabaron el cuenco con la paciencia de quien sabe que cada cucharada suma. Cuando estuvo vacío, la joven lo retiró a la

mesa de apoyo y limpió con el paño la comisura de los labios. Luego alisó con la palma la sábana, acomodó la almohada de la nuca y se inclinó sin prisa para revisar el lazo del camisón.

—Ahora voy a hacer lo que mandó el médico —anunció con suavidad—. Un masaje, desde los dedos hasta la rodilla. Dice que te ayudará a dormir mejor y a despertar con las piernas más vivas. ¿Me dejas?

—Me dejo siempre —respondió, con una docilidad nueva que solo nace de la confianza.

Apartó la colcha hasta la mitad del muslo. Las piernas, pálidas y adelgazadas, se mostraron sin rubor; había en aquella desnudez algo sagrado, como si el cuerpo enfermo agradeciera el cuidado más que la propia piel. La joven templó entre sus manos el ungüento de romero y lo calentó con el aliento. Luego tomó el pie derecho con ambas manos y empezó a presionar con firmeza suave, del talón a los dedos, de los dedos al empeine, con un ritmo constante.
—Dime si hago daño.

—No —la voz salió más profunda—. Caliente. Bien.

Repetía el movimiento como una oración: pulgar que empuja y cede, palma que recoge, dedos que despiertan. El olor a romero llenó la alcoba con un frescor limpio. Al subir hacia el tobillo, notó la piel más fría y detuvo unos segundos el recorrido para frotar con más brío, sin brusquedad. La madre cerró los ojos y expiró por la boca, dejando caer el peso de la pierna en la seguridad de esas manos.

—Cuando eras pequeña —dijo, con la cabeza vencida hacia un lado—, tenías los pies calientes hasta en invierno. Te metías en mi cama y me los pegabas en las espinillas. Me hacías brincar.

—Era para que no olvidaras que estaba —bromeó, y cambió de pierna con gesto experto.

—Nunca lo olvidé.

Trabajó la otra pierna con la misma paciencia. De vez en cuando, alzaba la vista para comprobar el rostro de su madre. La respiración se había vuelto tranquila, más honda. Entre una presión y otra, habló, no para romper el silencio, sino para llenarlo de memoria.

—¿Te conté alguna vez por qué me escondía en la despensa?

—Por el chocolate —sonrió la baronesa sin abrir los ojos.

—También —concedió—. Y porque allí no se oía la voz del padre. —No dejó que la sombra creciera—. Allí me inventaba historias: un barco de especias que venía de un lugar impronunciable, una señora de turbante que me regalaba una caja de dulces. Tú entrabas sin hacer ruido, te sentabas en el suelo y escuchabas como si un teatro se abriera dentro del armario.

—Creías que era buena actriz —susurró.

—Eras la mejor —apretó con suavidad la pantorrilla—. Y sabías cuándo callar para que la obra continuara.

El masaje avanzó hasta la rodilla. Rodeó la articulación con ambas manos y trazó un círculo lento; luego descendió de nuevo, más ligero, como quien baja una persiana. Cuando terminó, cubrió las piernas con la sábana y alisó la tela con un gesto casi maternal.

—¿Mejor?

—Mucho —confirmó la enferma—. Como si me hubieran vuelto a poner dentro de mi cuerpo.

La joven se inclinó y besó la frente. El calor de esa piel lavada le recordó otra frente, la suya, cuando la fiebre de niña ardía y una mano —la misma— le apartaba el cabello de la cara.

—No volverás a pasar frío —dijo, sin teatro—. Ni a comer sola. Ni a esperar sin respuesta.

La baronesa abrió los ojos, despacio. La miró con una mezcla de orgullo y alivio, como si por fin pudiera entregar un bastón sostenido demasiado tiempo.

—No sé cuánto —admitió, sin dramatismo—. No sé hasta cuándo podré… —No terminó.
—Hasta que sea —respondió su hija, sosteniéndole la mano—. Y cuando no, yo sabré qué hacer. No te preocupes por nada.

Un silencio blando las cubrió. El reloj dio una campanada perezosa; de la calle subió el pregón de un vendedor y se diluyó enseguida. Animada por el alivio tibio en las piernas, la enferma se permitió un capricho.

—Si mañana hicieras chocolate…

—Lo haré —prometió, y rieron las dos, bajito, por la memoria de aquella boca manchada.

—Pero sin melocotones —añadió la madre, con picardía.

—Eso jamás.

La joven acercó un vaso de agua, humedeció los labios con una gasa y recogió la bandeja. El cuarto había perdido la rigidez de enfermería y ganado la intimidad de una alcoba en reposo. Había algo de domingo en el aire, aunque fuese jueves. Algo de casa reconciliada.

—¿Te canto? —preguntó, casi en secreto.

—Cántame como aquella noche de tormenta.

La voz de la hija no era de escena, pero tenía calor y pulso. Entonó la tonada vieja que había oído a su madre mil veces y el cuarto pareció acurrucarse en torno a la cama. La baronesa, con los ojos cerrados, dejó que la música le entrara por el pecho; bastaron un par de notas para que el ceño se alisara. Cantó sin prisa, sin alzar, sosteniendo cada final con aliento de sobra, como si su respiración pudiera prestarse.

Cuando calló, la enferma ya dormía. No un sueño roto y nervioso, sino uno manso, con la boca sin apretar y la mano blanda sobre la sábana. Ella permaneció allí un minuto largo, mirándola dormir, y notó que el cuarto, tan limpio y claro, parecía otra estación de su vida.

«Así tenía que haber sido siempre», pensó, sin rencor. «Así será mientras yo esté aquí».

Se levantó sin ruido, dejó el cuenco y la jarra en la bandeja y la llevó hasta la cómoda. Bajó un poco la llama de la lámpara, corrió un palmo la cortina para que entrara una luz más dulce y, antes de alejarse, pasó los dedos por el moño de su madre, acomodando un mechón rebelde. La baronesa no se movió; la respiración se mantuvo igual, como un mar en calma.

Tomó asiento en la butaca junto a la ventana, con el chal sobre los hombros, y dejó que la tarde cayera despacio. No había prisa. Por primera vez en muchos años, tampoco miedo. Solo ese cansancio bueno que sigue a las tareas bien hechas y el latido humilde de una promesa cumplida. Afuera, Londres seguía su ruido. Dentro, dos mujeres —una que dormía, otra que velaba— habían encontrado un modo de estar juntas sin el peso del pasado. Y eso, en aquella casa, ya era una forma de milagro.

Capítulo 7



Entró en la ciudad por el camino viejo, con Silva sudando bajo la brida y el pecho vivo como un tambor. El aire olía a carbón, a humedad pegada a las piedras y a ese caldo espeso de voces que subía de las calles aun cuando caía la noche. Jackson había cabalgado sin medir el pulso del caballo y, sin embargo, al cruzar el primer arco de ladrillo, tiró de la rienda para que el trote se hiciera discreto. No venía a anunciarse. Venía a mirar sin ser visto.

Llevaba la capa húmeda en los bordes, la camisa seca y el medallón frío bajo el esternón. A cada giro, Londres le devolvía un recuerdo: una esquina donde había reído con Alexander, la fachada ennegrecida de un club al que ya no entraba, el olor dulzón de una tahona que abría antes del alba. Todo parecía igual y, al mismo tiempo, nada lo era. Estar aquí, con el nombre de ella latiéndole a cuchilladas, convertía la ciudad en un animal antiguo que respiraba a la vez dentro y fuera de él.

Silva resopló al doblar la calle de los toneleros. La herradura hizo chispas en un adoquín suelto. Jackson alzó la vista: la noche desplegaba un paño de nubes bajas y la luz de los faroles dibujaba charcos dorados en el empedrado. Al fondo, sobria y silenciosa, se alzaba la casa de los Chatham. No necesitó contar ventanas. Sabía dónde mirar.

Una sola luz brillaba en el piso alto, quieta, más propia de alcoba que de salón. Los visillos dejaban pasar un resplandor templado. «Arriba», pensó. «Estás arriba.» El pensamiento no lo

consoló: se le clavó con la precisión de una flecha. Sintió que el tiempo —siete años— se le venía encima como un techo bajo.

«¿Lo supiste alguna vez?» La pregunta volvió como un río que regresa al mar, tenaz, inevitable. «¿Te contaron que me asaltaron, que me dejaron tirado, o solo te dijeron que no fui? ¿Que te engañé? ¿Que nunca tuve intención de llevarte conmigo?» La idea de alguien susurrando esas palabras en el oído de ella le hizo apretar los dientes hasta dolerse.

Buscó refugio en la sombra de un olmo viejo que se abría sobre la acera de enfrente. Allí se detuvo. Acarició el cuello de Silva, le habló en un susurro apenas audible, y el caballo bajó la cabeza dócil. La mano de Jackson, grande y endurecida por el trabajo, se quedó un instante apoyada en la crin, como si necesitara esa fuerza prestada para sostenerse. «No abras la puerta. No ahora», se dijo, y las voces de Emily y Violet le atravesaron la memoria: calma, cabeza, no la asustes, no la pongas en fuga.

Se recostó en el tronco. La corteza áspera se le clavó en la espalda, anclándolo a la calle. Observó la ventana. En algún punto de la alcoba, una figura se movía con lentitud. Vio el trazo de una sombra al pasar, el gesto de una mano que corría apenas la cortina, la inclinación de un perfil. Tragó saliva. No supo si era Felicity o una doncella, pero el simple hecho de imaginarla allí arriba, con la llama encendida, lo dejó sin aire. «Si eres tú…», pensó, y la frase murió porque todo lo que seguía era una lanza encendida.

La ciudad aportaba su música áspera: un vendedor arrastraba el pregón, un perro husmeaba en la base de un farol, un coche de alquiler giró dejando tras de sí un hilo de vaho blanco. Jackson se ajustó la capa. El frío no lo alcanzaba; lo llevaba dentro, en la zona de 1810 que nunca había entrado en calor.

«¿Qué harás cuando me veas?» La pregunta segunda, la del miedo, llegó sin aviso. «¿Te apartarás como quien esquiva un incendio? ¿Dirás mi nombre con los dientes apretados? ¿O te quedarás inmóvil como quien no sabe si huir o abrazar?» Inspiró hondo, obligando al aire a bajar hasta el fondo de los pulmones. «No

importa lo que haga ella —se dijo—. Lo que importa es lo que haré yo.» Pero incluso esa certeza tambaleaba. Había vivido con su inocencia como con un talismán, apretándola en la oscuridad. ¿Sería capaz de sostenerla frente a ella, que había cargado con siete años de silencio?

La luz de arriba titiló un instante —quizá Hilary encendiendo otra lámpara, quizá una sombra cruzando la llama— y volvió a quedar fija. Jackson miró la puerta principal. Cerrada. Ningún carruaje aguardaba. Era buena señal: no había visitas. Tal vez una doncella recogería platos, bajaría la bandeja, cuidaría de una casa que por fin tenía dueña.

Unos pasos leves sonaron a su derecha. No los de un hombre grande, sino los de un joven que apuraba el andar por miedo a llegar tarde. De la esquina salió un mozo con un paquete envuelto en papel basto, atado con cuerda. Llevaba la gorra calada y el cuerpo inclinado hacia delante, como si el frío lo empujara. Jackson apartó a Silva un poco más en la sombra y lo dejó acercarse. No tuvo que decidir: el impulso eligió por él.

—Eh —dijo, y la palabra fue un roce, no un ladrido.

El mozo se volvió con un respingo, midió de un vistazo al hombre alto, la capa, el caballo oscuro, y se tensó para huir.

—No vengo a hacerte daño —añadió Jackson sin moverse —. Solo quiero saber si esa entrega es para esta casa.

El chico dudó. Miró el paquete, miró la puerta, miró al desconocido. La mano se le aferró a la cuerda como si pudiera protegerlo.

—No hablo con nadie, señor. Yo llevo y traigo. Ese es mi oficio.

—Buen oficio —concedió Jackson—. Y de los útiles. ¿Es para la casa de los Chatham?

El mozo apretó los labios.

—Yo no digo nombres.

Jackson asintió despacio. Sacó del bolsillo interior una moneda. No la alzó ni la agitó: la sostuvo a la altura de la cadera, entre dos dedos.

—Pregunta simple: ¿hay una señora enferma ahí arriba?

El joven tragó. Los ojos se le movieron hacia la ventana iluminada, como arrastrados por un imán.

—Eso lo sabe todo el barrio —soltó al fin—. Pero no diré más.

—No te pido más —replicó Jackson—. Solo esto: ¿la hija de la casa ha vuelto?

La cara del chico cambió. No supo controlar el brillo que le cruzó la mirada. Bastó un parpadeo. Jackson no necesitaba más.

—Gracias —dijo con suavidad—. Toma.

El mozo retrocedió.

—No quiero dinero.

—No te lo ofrezco por hablar —murmuró Jackson—. Te lo ofrezco por venir tarde con un paquete y no helarte las manos. Cómprate guantes.

El chico miró la moneda, luego sus dedos desnudos. El instinto le peleó al orgullo. Justo entonces, una nube se apartó de la luna y dejó caer un claro sobre la escena. La luz tocó el rostro de Jackson, le dibujó los pómulos, le encendió el tono oscuro de la piel. Bastó un instante.

—Usted… —balbuceó el mozo, entre sorpresa y recelo—. Usted es el conde. El de Everton. El de… —No terminó. No hacía falta.

Jackson sostuvo la mirada sin sombra de vergüenza.

—El mismo —confirmó—. Y no vengo a buscar problemas. Solo quiero saber si dentro están bien.

—Las damas no tratan con extraños —se defendió el chico, y el «extraños» le salió más duro de lo que pretendía.

—No soy un extraño para ellas —respondió Jackson, con la voz endurecida por la verdad—. Al menos para una, no.

El mozo apretó el paquete contra el pecho.

—No puedo. Si hablo, me echan. Y mi madre…

—No te pido que hables —lo cortó Jackson con un gesto breve—. Ya has dicho bastante sin decirlo.

El chico dudó, luego se escabulló hacia la acera.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches —repitió Jackson, apartándose para dejarle paso.

El mozo se apresuró calle abajo, no hacia la puerta de los Chatham, sino rodeando la manzana, como si prefiriera alejarse antes que cruzar junto a aquel hombre. Jackson lo dejó marchar. El golpe de realidad ya estaba dado: Felicity estaba dentro. Viva. Cerca.

Se apoyó otra vez en el tronco. Dejó que el frío le invadiera la nuca, como un modo de templar el incendio interior. La luz seguía encendida. Cerró los ojos y la vio. No como entonces, joven y risueña, sino como ahora: una mujer que sostenía una casa, que limpiaba una frente enferma, que pedía en la botica sin temblar, que volvía a Londres no para ser mirada, sino para cuidar. «Te han hecho adulta a golpes», pensó. «Y aun así sigues en pie.»

«¿Sabrás la verdad?» La pregunta volvió con otro tono: ya no como queja, sino como ruego. «¿Me dejarás contártela? ¿O has aprendido a cerrar la puerta antes de que llamen?» Su mente le jugó la escena más peligrosa: su mano en el llamador, la hoja abriéndose, el perfil de ella en el umbral. ¿Qué diría él? «Vengo a…» ¿A pedir perdón? ¿A exigir justicia? ¿A suplicar tiempo? «Vengo a decirte la verdad», ensayó. Y le pareció poca cosa y, a la vez, lo único que tenía.

El caballo agitó las orejas. Un coche de alquiler se detuvo dos casas más allá. Un gato cruzó como sombra. La vida del barrio

seguía su pulso indiferente. Solo él permanecía clavado frente a una ventana.

Pensó en acercarse, llamar una sola vez. El cuerpo se lo pedía. Pero también vio el riesgo: la baronesa alterada, Felicity en guardia, los rumores corriendo como pólvora: «El conde de Everton rondó la puerta de los Chatham». Emily había escrito para evitar justo eso.

Se obligó a quedarse. «Espera», se dijo, con los dientes apretados. «Si has esperado siete años, espera una noche.» La frase le supo a castigo. Pero al mismo tiempo, por primera vez, también sonó a propósito.

Un leve chasquido en la ventana lo atravesó como un dardo. La cortina se abrió un palmo. Una figura se inclinó hacia el cristal: el perfil de la boca, la curva del cuello, el recogido sencillo del cabello. No necesitó más. Todo su cuerpo se puso en pie dentro de él como un ejército al ver su bandera.

No llamó. No levantó la mano. No dijo su nombre. Se quedó inmóvil, con la espalda contra la corteza y la respiración contenida. La figura no miró hacia la calle; cerró la cortina con calma. La luz siguió igual, serena, obstinada.

Jackson cerró los ojos. No para huir, sino para guardar esa línea, ese gesto. «Sigues siendo tú», pensó, y se sintió a salvo en esa certeza. No tenía derecho a irrumpir en la noche de dos mujeres. Tenía, en cambio, la obligación de aprender a sostener su deseo sin destruirlo todo.

Palpó el bolsillo interior de la capa. La carta de Emily y Violet crujió. La tocó como se toca una brújula y la devolvió a su sitio. Luego, con lentitud ritual, acarició el medallón bajo la camisa.

—No me iré lejos —susurró al árbol, al caballo, a la calle —. No otra vez.

Montó a Silva en un movimiento fluido. No golpeó con los talones: lo condujo despacio hasta la bocacalle, lo bastante para dejar de ver la fachada, no lo suficiente para perderla. Buscó el

abrigo de un portal ancho desde el que aún dominaba la casa sin exponerse. No era noche de asaltar puertas. Era noche de aprender a esperar.

El reloj de una iglesia cercana dio las diez con un bronce pálido. Jackson midió el tiempo por ese sonido y por la cadencia con que el barrio se iba apagando. Cuando todo quedó en calma, pensó —con una ternura que lo desarmó— en el interior de aquella alcoba: en una sopa, en unas manos masajeando unas piernas cansadas, en una canción baja. No sabía de dónde le venía esa imagen, pero la sostuvo como se sostiene un vaso tembloroso para que no se rompa.

—Mañana —repitió—. Mañana, Jackson.

La voz no fue reproche. Fue una cuerda lanzada a un hombre que ha decidido no ahogarse. Ajustó la capa, dejó que Silva descansara y, con los ojos fijos en la ventana apagada, hizo lo que no había sabido hacer en siete años: esperar donde debía.

Capítulo 8



Jackson había dejado atrás Marylebone con el pulso acelerado, aún con la visión de aquella ventana encendida grabada en la retina como una llama imposible de apagar. No había pronunciado su nombre, no había tocado el llamador, pero la sola certeza de su cercanía lo devoraba por dentro. Ahora, con Silva en trote medido, se encaminaba hacia Curzon Street, donde lo esperaban las únicas personas capaces de sostenerlo en mitad de la tormenta.

El aire de la noche londinense le golpeaba el rostro con olores ajenos al campo: humo de chimeneas, alquitrán reciente en los adoquines oscuros, un soplo tenue de jazmín escapado de algún jardín privado. Londres respiraba como un animal inmenso; a cada giro de calle ofrecía una nota distinta, mezcla de lujo y sombra.

A medida que avanzaba, los cascos de Silva repicaban con firmeza en el empedrado húmedo. Jackson aflojaba la rienda para no agotarlo, aunque dentro de sí todo era urgencia. «Dos minutos —se repetía—. Dos minutos a caballo y ya estaré con ellos». Y, sin embargo, esos dos minutos se estiraban como una eternidad: el tiempo justo para que la mente disparara preguntas imposibles. «¿Cómo lo diré? ¿Cómo sonará su nombre en mi boca después de tanto silencio? ¿Me mirarán como a un hombre que por fin se reencuentra con la vida, o como a un condenado que vuelve a abrir su herida?»

Al entrar en Mayfair, la ciudad cambió de registro: más faroles encendidos, portones solemnes, la piedra de las mansiones

devolviendo la luz dorada como un espejo antiguo. Olía menos a humo y más a cera; a arbustos recortados con precisión, a glicinas que aún conservaban su dulzor en algún patio interior. Incluso el rumor de los coches de alquiler parecía amortiguado, como si la nobleza impusiera alrededor un silencio respetuoso.

Curzon Street se abrió con su elegancia serena: filas de residencias sobrias, verjas trabajadas, ese equilibrio de luz y sombra que habla de dinero viejo. Alexander había elegido bien: no la ostentación de Grosvenor Square, sino la solidez discreta de una calle que promete seguridad.

Jackson tiró de la rienda. Silva resopló, cansado pero entero, y se detuvo ante la residencia. El hierro de la verja brillaba aún húmedo; los escalones, recién fregados, despedían un olor limpio. Ató las riendas a un arbusto firme, palmeó el cuello del caballo y se quedó un instante con la mano en la crin.

La noche lo observaba desde las ventanas. Sabía que lo esperaban. Weston habría corrido a avisar, y dentro estarían Alexander, Emily, Violet y Ezra: rostros con los que había compartido alegrías y pérdidas, testigos de su caída y, tal vez, de su regreso.

Acomodó la capa sobre los hombros, rozó el medallón bajo la camisa y subió los escalones con paso firme. Cada peldaño pesó como un año. Siete en total. Siete que desembocaban en esa puerta.

El llamador de bronce, con cabeza de león, mostraba la melena gastada por manos de visitas. No llegó a golpear. El mayordomo abrió de inmediato, como si hubiese aguardado tras la hoja.

—Milord Hastings —saludó con una inclinación sin sorpresa—. Lord Huntingdon le aguarda en el salón.

Jackson asintió. Se desprendió de la capa y de los guantes, sin querer peso en las manos. El vestíbulo, de mármol claro, devolvía la luz de las lámparas con un brillo suave; las alfombras ahogaban el sonido de las botas; un perfume de madera

encerada y vino viejo flotaba en el aire. Aquella casa olía a poder, sí, pero también a amistad probada.

El mayordomo lo condujo hasta las puertas dobles del salón. Antes de abrir, se volvió con una gravedad limpia.

—Todos lo esperan, señor.

Jackson contuvo el aliento. La hoja se abrió; la claridad cálida del interior le golpeó los ojos. No entraba en un campo cualquiera: entraba donde debía enfrentarse a su verdad.

La estancia era amplia: paredes con estanterías oscuras, cortinas pesadas, una lámpara de araña encendida con prudencia. Olía a cuero, a cera, a vino reciente. En torno a la mesa baja, los cuatro. Alexander, de pie junto a la chimenea, dueño de un aplomo que no abandona a los suyos; Emily, en el sofá, manos unidas y frente alta, los ojos suavizados por una ternura que no condescendía; Violet, a su lado, expresión abierta, casi conmovida, conteniéndose para no saltar a abrazarlo; Ezra, un poco atrás, apoyado en el respaldo de una silla, con esa mezcla de cálculo y fraternidad que lo definía.

Jackson se detuvo en el quicio. El mayordomo cerró sin ruido; un silencio espeso ocupó dos respiraciones. No era incomodidad de extraños, sino esa pausa que precede a las palabras que dividen una vida en antes y después.

Alexander habló primero.

—Jackson.

El nombre bastó. Él inclinó la cabeza.

—Alexander.

Un gesto del anfitrión lo invitó a acercarse. Jackson avanzó al círculo de luz, consciente de cada mirada. Dejó los guantes sobre la mesa sin sentarse, dispuesto a recibir el golpe de frente.

Emily rompió la rigidez.

—Jackson… —pronunció con calidez grave—. Sabemos que esta noche no es fácil.

Él asintió.

Violet no pudo contenerse. Se inclinó hacia delante, las manos crispadas sobre las rodillas.

—La vimos. —Los ojos se le humedecieron—. Te lo escribimos, pero ahora puedo decirlo en voz alta: la vimos.

Jackson apretó la mandíbula. La voz le salió ronca, baja.

—Yo también. Esta noche. En su casa.

Emily dejó escapar un murmullo y cerró los ojos un segundo. Violet llevó las manos al pecho, como si aquel gesto sellara la verdad.

Ezra, hasta entonces callado, dejó caer su voz con precisión de hierro.

—Entonces es hora de que escuches lo que he averiguado.

La frase quedó suspendida, palpable, como una cuerda tensada.

Ezra se apartó del respaldo y dio un paso hacia la luz del fuego. El resplandor le dibujó los rasgos con una dureza sobria.

—El engaño que te apartó de ella, hace siete años, no fue casual ni fruto de la mala suerte. Fue un plan. Y el hombre que lo trazó fue el barón de Chatham.

El golpe cayó como un mazo. Jackson no se movió, pero los nudillos de su mano derecha, cerrada en puño, blanquearon contra la costura. El silencio se volvió tan hondo que el chisporroteo de la leña sonó a estallido.

Emily llevó una mano a la boca, horrorizada por la confirmación. Violet bajó la mirada, con los ojos brillantes, como si la crueldad del pasado pesara de pronto sobre sus hombros. Alexander no apartó la vista de Jackson: sabía que aquella revelación era un hierro candente y solo él podría decidir si sostenerlo o romperlo.

Jackson alzó la cabeza. En sus ojos oscuros ardía una furia contenida.

—¿El barón? —la voz salió más baja de lo esperado—. El padre de Felicity.

—Él mismo —asintió Ezra—. Quien debía protegerla y, en cambio, te destrozó para mantenerla bajo su mano.

La densidad del silencio cambió, como si la sala respirara más despacio. Jackson dio dos pasos, llegó a la chimenea y apoyó la palma en la repisa. El calor subió por la mano sin templar la helada del pecho.

Emily habló con incredulidad dolorida.

—Entonces… ella vivió siete años convencida de que fue traicionada.

—Y después se casó —añadió Violet, con un hilo de voz—. Con un duque al que no amaba.

Ezra no edulcoró nada.

—Un matrimonio de conveniencia y un infierno. El duque murió hace dos años, en brazos de una de sus amantes. Eso tuvo ella mientras tú… mientras los dos sangrabais por separado.

Jackson cerró los ojos. El puño sobre el mármol se contrajo con tal fuerza que pareció vibrar la piedra. La imagen de Felicity, atada a un hombre infiel, le cruzó la mente como un relámpago.

Emily dejó escapar un suspiro largo.

—Ha debido de ser un tormento.

—Ninguna mujer merece eso —dijo Violet, con lágrimas contenidas.

Jackson abrió los ojos de golpe. La rabia brilló como acero.

—No. Ninguna. Y mucho menos ella.

Alexander dio un paso, firme sin invadir.

—No puedes lanzarte contra el pasado como si fuera un enemigo de carne. Pero sí elegir qué hacer con el presente.

En el rostro de Jackson se leía la lucha: destruir o salvar. Alexander señaló una butaca cercana con la mano; Jackson la rodeó, pero no se sentó. Prefería sostenerse en pie.

—Lo prioritario —marcó Alexander— es la salud de la baronesa. Si está tan debilitada como nos han dicho, nuestra obligación es que no le falte nada: medicinas, enfermería, provisiones y, sobre todo, tranquilidad.

Emily asintió con resolución práctica.

—Puedo gestionar una enfermera capaz y revisar la medicación con mis médicos. No dejaré cabos sueltos. Y otra cosa: Felicity maneja ahora la casa. Si valora vender, conviene saber si decide con cabeza o por necesidad.

Violet meditó un segundo.

—Si quiere vender para marcharse o cerrar capítulos, quizá lo haga por cansancio o por no soportar recuerdos; o por urgencia. No debemos interferir en su voluntad, pero sí evitar que la engañen.

Jackson respiró más hondo. Cuando habló, la voz sonó ya clavada en una decisión.

—Quiero verla. No para precipitarla, sino para hablar. Saber de su madre, escuchar sus planes y ofrecer lo que esté en mi mano —dinero, gestión, trabajo— sin alzar la voz.

—Eso proponía —corroboró Ezra—. He localizado quién suministra los tónicos y quién maneja las cuentas del puerto. Hay papeles en manos del administrador. Si se contemplan ventas, debemos revisar antes de que se firme nada. No para frenarla, sino para que nadie se aproveche.

—¿Qué documentos? —preguntó Jackson, ya en modo operativo.

—Títulos de propiedad, contratos del almacén, libro de cuentas del puerto y poderes otorgados a terceros —enumeró Ezra —. Ojo a movimientos inusuales y a cláusulas que permitan a administradores o acreedores disponer de bienes sin consulta.

Emily se acercó a la mesa, tomó una copa sin beber.

—Hablaré esta noche con mi abogado. Discreto. Revisaremos cómo proteger a la baronesa ahora que el barón ha muerto y qué artimañas conviene bloquear.

—Yo pasaré por la botica —añadió Violet— para corroborar su tratamiento y, si procede, hablaré con Peters o con Lyon. Si podemos organizar suministros a domicilio, mejor; que Felicity salga lo justo.

Jackson miró a sus amigos. Por primera vez desde que leyó la carta, le afloró una calma distinta.

—No quiero que se sienta vigilada. Si necesita privacidad para llorar o decidir, lo respetaremos. Estamos para apoyar y proteger, no para presionarla.

Alexander soltó aire, sellando la pauta.

—Entonces, plan. Emily se ocupa de la asistencia médica y de asegurar pagos extras si hacen falta. Ezra rastrea papeles del puerto y escrituras; si hay cláusulas peligrosas, me avisas y ponemos vigilancia sobre cualquier firma. Violet mantiene el hilo con la botica y con Peters. Y tú, Jackson… —lo miró de frente— te verás con Felicity. Sin escenas. Sin reclamaciones públicas. Una visita medida, una oferta de ayuda y la promesa de discreción.

Jackson apretó la mandíbula, pero asintió sin vacilar.

—Lo haré. No voy a ajustar cuentas; voy a cumplir una deuda de honor. Le hablaré de su madre y no la asustaré.

Emily dejó ir un suspiro que acarició la vigilia del salón.

—Y yo pediré a mi médico un informe claro y breve por si conviene presentarlo al administrador. Así habrá criterio y no opiniones.

Ezra avanzó un paso, con la sombra de su voz cargada de cálculo.

—Haylock ha empezado a mover hilos. Al parecer, la herencia que le quedó a Felicity tras la muerte del duque no fue pequeña. Entre lo suyo y lo que aún pertenece a la baronesa, tiene poder suficiente para vender propiedades en Londres y marcharse lejos, quizá incluso al extranjero. Si el rumor de los almacenes en el puerto es cierto, no se trata de un simple ajuste doméstico, sino de un plan mayor. Y eso solo significa una cosa: quiere marcharse para siempre.

Las palabras cayeron como un látigo. Jackson se irguió con brusquedad; la respiración se le cortó en seco. El pensamiento de que ella pudiera desaparecer de nuevo, ahora voluntariamente, le golpeó con más violencia que cualquier herida del pasado.

—¡No! —su voz fue un rugido sofocado, y el puño golpeó la repisa con tal fuerza que el mármol vibró—. ¡No puede irse otra vez!

El silencio del salón se tensó como un arco. Alexander dio un paso hacia él y posó la mano en su hombro con la firmeza exacta que podía detener a un hombre al borde del abismo.

—Tranquilo, amigo —dijo, con gravedad serena—. Evitaremos que se marche si ese es su plan, pero no debes precipitarte. Primero investigaremos, reuniremos pruebas y entonces sacaremos conclusiones. Solo después sabrás cómo actuar.

Jackson respiró con esfuerzo, pero el fuego en sus ojos seguía encendido. Emily lo miró con una mezcla de compasión y severidad, como quien advierte a un hermano en plena batalla.

—Escúchame bien, Jackson. Tienes solo una oportunidad. Si eres imprudente y la pierdes, ella no volverá.

La advertencia se le clavó como una daga. Bajó la vista, tragó saliva y dejó escapar un aliento áspero. En la tensión de sus facciones se libró una lucha muda, hasta que al fin cedió un poco, como un hierro que empieza a templarse.
«Tienen razón», pensó. «Demasiadas incógnitas aún. Si las averiguo todas, la posibilidad de recuperarla crecerá. Pero si me lanzo ahora, la pierdo para siempre.»

Capítulo 9



La mañana no había estallado en cielo azul, pero sí en una claridad honrada, de esas que Londres concede con parsimonia, como si midiera la luz a cucharadas para no derrocharla. El visillo de batista filtraba un resplandor lechoso que se deslizaba por la madera encerada, por el pecho de la cómoda y por el latón muy pulido del calentador de cama. La alcoba de la baronesa respiraba limpio: sábanas recientes, mantas aireadas junto al fuego, una ramita de romero en un vaso estrecho y ese olor discreto a lavanda y jabón que desde hacía días se había impuesto como una ley silenciosa. Agnes, celosa del orden nuevo que traía su señora, había dejado preparadas sobre la butaca la bata de paño fino y las medias sin remiendo; la baronesa, apoyada en dos almohadas altas, miraba la puerta con los ojos despiertos de quien se sabe esperada.

El médico llegó a la hora acordada. No era hombre de ademanes grandilocuentes, sino de rutinas precisas. Llevaba el maletín de cuero muy usado, la casaca de paño oscuro abrochada hasta el cuello y el reloj de plata sujeto con cadena corta al chaleco. Saludó con una inclinación correcta —sin frialdad, sin confidencias indecorosas— y dejó el sombrero sobre el bargueño. Felicity, que había pasado la noche en la silla de rejilla junto a la cama, se incorporó sin hacer ruido. La sonrisa apenas le nació; la contuvo, como si cualquier exceso de esperanza pudiera asustar a la propia esperanza.

—Buenos días, milady —dijo el médico, con una voz grave que no necesitaba imponerse—. Lady Chatham.

La baronesa respondió con una sonrisa pequeña, una de esas que no se enseñan a cualquiera porque guardan memoria. Felicity invitó al doctor a la mesilla, retiró con su mano el vaso de agua para dejar sitio a su maletín y, por costumbre, alisó con la palma el pliegue de la colcha a la altura del vientre de su madre. Era un gesto sencillo, pero en él cabía un mundo entero: el de una hija que había aprendido a hacer de la casa un lugar respirable.

El médico se lavó las manos con agua tibia de una jofaina —Agnes se la acercó con una reverencia rápida— y se las secó en una toalla limpia. Años de oficio le habían enseñado que las manos dicen tanto como la lengua; las suyas eran grandes, sin temblor, cálidas. Se sentó al borde de la cama, pidió permiso con la mirada y, cuando la baronesa asintió, tomó su muñeca izquierda con un cuidado de orfebre. El reloj de plata quedó abierto sobre la colcha. El tic-tac acompañó, como una cuerda baja, el silencio de la habitación.

—Respire con calma —indicó, sin apartar los ojos del segundero.

Felicity contenía la suya, más por superstición que por sentido. Había llegado a saber, a fuerza de noches, cuándo el pulso de su madre era un hilo, cuándo un tambor discreto; pero verla en manos de alguien que sabía nombrar los ritmos le apretaba los dedos sobre el pañuelo. Agnes, dos pasos detrás, aguardaba con el cesto de las gasas, por si se precisaba algo, como si su sola presencia pudiera sostener la escena.

—Más firme que la última visita —dictaminó por fin el médico, cerrando el reloj con un clic que, en aquella alcoba, sonó a veredicto favorable—. Regular, sin sobresaltos.

No sonrió, pero en su voz hubo un punto de alivio que Felicity quiso agradecerle con los ojos. El doctor palpó con delicadeza el dorso de la mano, la uña del pulgar —buscando ese color que habla de sangre— y el hueco de la sien. Luego pasó la mano al esternón con respeto escrupuloso.

—¿Me permite levantar un poco la bata, lady Chatham? —preguntó a la enferma, no a la hija.

—Por supuesto —respondió la baronesa, con esa docilidad nueva que la enfermedad había traído sin quitarle la dignidad.

Felicity alisó el camisón a la altura del cuello y dejó libre el pecho. El médico acercó el oído: algunos aún preferían poner directamente la oreja sobre el lienzo; otros se habían aficionado a un cilindro de madera que empezaba a verse en ciertos consultorios de Londres desde que un francés lo había popularizado. Aquel hombre era de los que no despreciaban lo útil por nuevo: del maletín sacó un pequeño tubo de boj, pulido, de una sola pieza, y lo apoyó con suavidad a la izquierda del esternón.

—Respire… ahora sostenga… y suelte.

La baronesa obedeció. El doctor escuchó, con la concentración de quien se asoma a un paisaje interior. Cambió el tubo de sitio: base del pulmón, parte alta, clavícula, dorso. Luego dejó el cilindro sobre la mesilla y recurrió, como los antiguos, al método que sus maestros habían elogiado: la percusión. Con la punta del dedo corazón golpeó, corto y seco, sobre el tórax, al tiempo que dejaba caer otra falange, afinando el oído a matices que para otros no eran más que sonidos. Cada golpe devolvía un tono: más claro donde el pulmón aireaba, más opaco donde el tejido llevaba tiempo sin expandirse con gusto.

—Tire los hombros un poco hacia atrás, si es tan amable —pidió, con un gesto de disculpa—. No voy a molestarla más de lo necesario.

Felicity sostuvo con dos dedos el borde del camisón, por si alguna arruga incomodaba. La respiración de su madre se quebró un instante por el esfuerzo y volvió a hacerse pareja.

—Bien —murmuró el médico—. No hay ruidos que me inquieten. El pecho suena más libre. Se conserva tos seca por la mañana, ¿verdad?

—Sí —respondió la baronesa, con una serenidad que días atrás habría sido impensable—. Pero ya no duele al final del día.

—La fiebre… —añadió Felicity, midiendo cada palabra— anoche no subió. Se mantuvo tibia.

—Perfecto. Siga con el cordial de quina en la tarde, diluido, tal como le indiqué. —Se volvió un instante hacia Agnes—. No demasiado cargado; el amargor solo convence al cuerpo si no lo ofende.

Agnes asintió con el respeto orgulloso de quien se sabe parte de la mejoría. El médico volvió a sentarse y pidió ver la lengua —sí, aún había quien miraba la lengua con atención, porque en ella leían sequedades y humedades que el pulso no contaba—; palpó el abdomen con borde de mano, en un recorrido lento y sin dolor, y por último revisó las piernas, los tobillos, donde el edema traicionero de algunos días se había retirado como una marea tímida.

—¿Ha notado punzadas en las sienes, señora? —preguntó, siempre a la enferma.

—Menos —contestó ella—. Duermo más seguida.

—¿Con el láudano?

—Con su tisana de tila y su mandado de «no pensar» —dijo la baronesa, alzando una ceja con humor—. Eso último no siempre lo consigo.

El médico permitió una sonrisa mínima. No era amigo de la charla, pero sabía que la risa breve, en ciertas alcobas, removía más la sangre que los tónicos.

—Me alegro de que duerma —concluyó—. Y de que el dolor se retire. —Guardó el tubo de madera con cuidado—. Milady… —alzó la vista hacia Felicity— el cuerpo de su madre responde a los cuidados, sí, pero no puedo ocultarle que la raíz de su quebranto no ha sido solo física. La soledad enferma, aunque nadie quiera ponerle nombre. Llamámosla melancolía; a veces pesa más que un catarro.

Felicity no tuvo que morderse la lengua para no llorar; se había entrenado. Aun así, los ojos se le humedecieron con esa claridad limpia que no pide perdón. La mano de su madre buscó a tientas la suya sobre la colcha; cuando se encontraron, ambas dejaron de temblar.

—Prefiero la verdad —dijo ella, con voz baja, firme.

—La verdad, entonces: hay mejora. No diré milagros, que no son términos de mi ciencia, pero sí una senda. Buena alimentación —suaves caldos de carne, huevos batidos, pan tostado —, aire de pasillo con la ventana entreabierta cuando no corra marea de humo en la calle, sol en la cara cuando asome, y compañía. Que alguien le lea unos minutos, no sermones, sino páginas que abran recuerdos agradables. Y un paseo corto, aunque sea del lecho a la butaca y vuelta.

—Lo haremos —respondió Felicity sin mirar a nadie, como quien se promete a sí misma lo prometido—. Lo haremos cada día.

—Nada de agitación —añadió el médico—. Ni visitas que traigan asuntos de cuentas o negocios a esta estancia. Mejor pan y música. He visto sanar cuerpos con una canción mejor que con un cataplasma mal puesto.

Se dirigió a la mesa y, con la estilográfica de acero que guardaba en un estuche, escribió unas líneas en una tarjeta: horas, dosis, una advertencia de no abusar del láudano «solo en noches de verdadero desvelo» y la recomendación de frotaciones suaves en las piernas con ungüento de romero por las noches. Cuando le devolvió la tarjeta a Felicity, lo hizo con una mirada en la que había un reconocimiento discreto.

—Ha hecho usted un trabajo excelente, señora. Se nota en el olor de esta habitación y en lo que no se ve: nada de ruidos, nada de prisas. El cuerpo, cuando se siente atendido, afloja la guardia.

Felicity bajó la cabeza con un pudor casi infantil. No lo tomó como halago, sino como confirmación de que lo que había

puesto en marcha tenía sentido. A su espalda, Agnes carraspeó lo justo para pedir permiso sin interrumpir.

—¿Desea usted, doctor, que encendamos más el fuego a media tarde?

—Bastará con alimentarlo sin crear horno. —Volvió a la enferma—. Lady Chatham, ¿quisiera probar hoy un rato en la butaca, con una mantita? El cambio de postura evita dolores que las sábanas invitan sin querer.

—Lo intentaré —aceptó la baronesa, con un brillo leve de orgullo en los ojos por haber ganado un «intentaré» donde antes solo había «no puedo».

El médico se levantó, cerró el maletín con gesto preciso y se colocó los guantes. Antes de irse, se detuvo frente a Felicity, quizá por primera vez ese día quedándose a la altura de su emoción.

—Si surgiera fiebre persistente o un ahogo nuevo, envíen por mí de inmediato. Si no, volveré en una semana. —Hizo una pausa breve—. No subestime el poder de su presencia, milady. Tiene más efecto que la quina.

Felicity aspiró despacio, como quien guarda una frase para cuando el día flaquee.

—Gracias.

El médico inclinó la cabeza y salió. Lyon, que había aguardado discreto en el pasillo, lo acompañó hasta el vestíbulo con la gravedad de un hombre que entiende la importancia del silencio. Quedaron de nuevo madre e hija con Agnes, el fuego y esa paz escasa que sigue a los dictámenes benévolos.

Felicity se permitió entonces lo que no había hecho en toda la visita: acercó la silla un poco más, se sentó a la altura del pecho de su madre y le alisó con la palma un mechón de pelo que se había separado del moño. Las manos de la baronesa, adelgazadas, parecían dos pájaros tranquilizados al fin. La piel tenía ese calor de tarde tibia que en los peores días había echado en falta.

—¿Has oído? —preguntó, sin teatro—. Paseos cortos. Lecturas. Música. Y sopas.

—Y tu mano —dijo la baronesa, con esa ironía dulce que ahora usaba para no llorar—. Que hace el trabajo de tres enfermeras.

Felicity sonrió y dejó caer los párpados un instante. Por un segundo, la habitación no fue la de una enferma, sino aquella otra de su infancia, cuando su madre la peinaba con las manos muy calientes junto al fuego y la tarde parecía no acabarse nunca. «Si hubiera sido siempre así», pensó sin rencor. «Si, al menos, es así ahora».

—Te llevo a la butaca —anunció con suavidad—. Solo un momento. Agnes nos ayudará.

Agnes, que al escuchar su nombre ya estaba a su lado, colocó la manta en el respaldo y acercó la banqueta. Felicity deslizó el brazo por detrás de los hombros de su madre; la baronesa obedeció, ligera como un suspiro. No hubo queja, solo un alivio breve al cambiar la postura. El gesto, en apariencia trivial, a Felicity le pareció una conquista: el mundo se movía, aunque fuese del colchón al asiento.

—Así —dijo—. ¿Más alta? ¿Más baja?

—Así está bien —respondió la baronesa, acomodando la nuca, como si encontrara una piedra plana en mitad del río.

Felicity tomó entonces el cuenco que Agnes había dejado en la bandeja de la mesilla: caldo claro de gallina, con una hebra de tomillo. Probó la temperatura, sopló y, a cucharaditas, se lo acercó. La primera fue prudente; la segunda, más confiada. La baronesa tragó con calma, y esa calma se le dibujó en la cara como una luz mansa. Comieron entre dos silencios: el del fuego y el de la calle a media mañana. Cuando el cuenco quedó por la mitad, Felicity lo dejó a un lado.

—¿Quieres que te lea? —preguntó, ya con el tono de quien conoce la respuesta.

—Lee —pidió la baronesa— algo que nos recuerde que existe el verano.

Felicity tomó un volumen de la repisa —poesías, antología que el barón había despreciado y que ahora parecía estrenarse—, lo abrió por una página marcada con flor seca y dejó que la voz entrara en la habitación como entra un aire no conocido. No levantó mucho el tono; sabía que las palabras, en voz baja, no se gastan. La baronesa la escuchó con la boca apenas curvada. De vez en cuando, alzaba una ceja ante un verso que, tal vez, le recordaba cosas que ninguna de las dos se atrevería a decir en voz alta. Felicity no leyó más de diez minutos; bastaba. No quería cansarla con lo que debía ser consuelo.

—Después —prometió— seguimos.

La baronesa cerró los ojos, no por sueño, sino por gusto. Felicity aprovechó para cubrir con la manta los pies, que estaban fríos a pesar del fuego, y para frotar con ungüento de romero los tobillos. Los movimientos eran medidos, aprendidos a base de prueba y error: presión suave, ascendente, como quien convence a la sangre de subir sin prisa. Notó cómo el pie se le aflojaba en la mano, y ese abandono fue para ella una bendición.

—Así —murmuró—. Como anoche. ¿Mejor?

—Mejor —confirmó la baronesa, sin abrir los ojos—. Te juro que, si me curas con las manos, te hago condesa.

—Con el romero me basta —replicó Felicity, y ambas rieron con esa risa breve que cura más que un jarabe.

El reloj de la repisa dio la media con un sonido redondo. Agnes se llevó el cuenco vacío y, de paso, echó un leño pequeño al fuego. No había prisa en ninguno de sus movimientos. La prisa se había quedado fuera de aquella puerta, junto con las otras cosas de las que nadie hablaba, pero que Felicity guardaba plegadas en el pecho como cartas que no se envían.

«Francia», pensó entonces, de pronto, sin llamar al pensamiento por su nombre. La palabra no tomó la habitación; rozó

apenas los muebles como una sombra ligera. «Allí habría luz distinta. Allí nadie sabría quién fui ni a quién amé.» No dio un paso más. No era el momento de pensar en huídas ni en ventas ni en puertos. Era el momento de un vaso de agua que llegaba a unos labios, de una manta que dormía en las rodillas, de un pulso que ya no corría como un caballo sin riendas.

Se quedó un rato así, a la altura del pie de su madre, con las manos impregnadas de romero y el libro abierto por la página de la flor seca. No quería moverse, por miedo a que mover un músculo rompiera el equilibrio. Aun así, la casa seguía con su vida: en el pasillo, alguien cruzó con una bandeja; en el piso de abajo, Lyon dio una instrucción en voz baja; en el patio interior, un carruaje pasó sin detenerse. Era una casa viva, al fin, no un mausoleo.

—Felicity —dijo la baronesa, con los ojos cerrados todavía —, no me mires como si fuera a desaparecer si parpadeas. Estoy aquí.

—Lo sé —respondió—. Y me gusta mirarte.

—¿Cantarás esta noche?

—Si quieres.

—Quiero.

Volvió a la silla, a ese lugar ya suyo, y tomó la mano de su madre. Permanecieron así un tiempo sin tiempo, hasta que los ojos de la enferma se velaron con un sueño corto, el mejor de los sueños, el que llega sin lucha. Felicity aprovechó para ajustar la manta, subir un dedo la llama de la lámpara y ordenarlo todo en un silencio que no pesaba.

Se preparaba para leer un poema más —solo uno— cuando un roce discretísimo en la puerta le indicó que alguien pedía permiso.

—Entre —dijo, sin alzar la voz.

Lyon asomó con su discreción acostumbrada. Traía en la mano una bandeja de madera con un pequeño sobre colocado en el

centro. No hablaba de cosas que no fueran necesarias, pero en su mirada había un brillo que Felicity supo leer: era el brillo de quien trae un recado que puede cambiar una hora.

—Milady —susurró—, he creído oportuno subirlo de inmediato. Ha llegado correspondencia.

Felicity inclinó la cabeza. No preguntó de quién; no en voz alta. Primero miró a su madre: dormía con la boca relajada, el color vivo en las mejillas. Luego, muy despacio, tomó el sobre de la bandeja. El papel era grueso, de buena filigrana, y en el anverso, junto a su nombre de viuda, había una caligrafía conocida.

El corazón le dio un salto que, esta vez, no quiso ahogar.

—Gracias, Lyon —susurró—. Vigile que nadie la despierte. Regreso en un momento.

El mayordomo asintió. Felicity acarició con la yema el lomo del sobre como quien toca una promesa y salió de la alcoba con paso leve. En el pasillo, el aire olía a madera y a té reciente. Mientras cruzaba la galería hacia la sala pequeña del fondo —un cuarto de luz tibia donde el latido de la casa apenas llegaba—, pensó que no recordaba la última vez que una carta le templó la sangre de aquella forma.

Capítulo 10



Felicity aguardó unos segundos antes de desplegar el sobre, como si temiera que un simple gesto pudiera alterar el contenido. Las yemas rozaron la filigrana del papel, reconocieron el lacre ya roto y el pliegue del borde, y por primera vez en mucho tiempo sintió esa ansiedad que mezcla júbilo y miedo.

Sacó los pliegos con cuidado. Dos. El primero, doblado en tercios, con la letra formal, apretada y un tanto engolada de un director de colegio. El segundo, más pequeño, en papel corriente, con trazos torpes que ya desde el primer vistazo le hicieron arder los ojos.

Dejó a un lado la carta y extendió el dibujo sobre sus rodillas.

El temblor se le escapó por la garganta. Allí, en líneas inseguras y colores corridos, había un campo verde con árboles torcidos, caballos pastando, dos perros junto a una caseta y, en medio, dos figuras. Una mujer de falda azul y cabello amarillo, aunque su hijo jamás la hubiera visto así; a su lado, un niño de cabeza redonda, brazos abiertos y una sonrisa trazada con esfuerzo. Bajo cada figura, una palabra en letras dispares, casi infantiles, pero claras: «mamá» bajo la mujer, «Robert» bajo el niño.

Felicity llevó la mano a la boca, incapaz de contener el sollozo. El papel tembló entre sus dedos, lo apretó contra el pecho y cerró los ojos. Las lágrimas, primero contenidas, le corrieron por la piel con un ardor dulce, casi reparador. Nunca antes Robert había escrito nada en sus dibujos. Era la primera vez que el silencio de la

tinta se rompía, y lo hacía con esas dos palabras que, unidas, formaban el único mundo que ella deseaba.

Se quedó así, abrazando el papel como si fuera un cuerpo, mientras las lágrimas caían sin vergüenza. El corazón le latía con un brío distinto, como si algo dormido durante años despertara de golpe.

Cuando el llanto cedió un poco, volvió a abrir los ojos y acarició con las yemas cada letra. «Mamá». Lo había escrito con torpeza, sí, pero también con esa seguridad que solo los niños tienen cuando no dudan de su amor.

El recuerdo de su voz infantil, balbuceante, le cruzó la memoria como un rayo. Robert, apenas de dos años, intentando pronunciarla en medio de la penumbra de la nursery, mientras la nodriza la miraba con desaprobación porque había permanecido demasiado tiempo junto a la cuna. «Su Excelencia debe aprender a dejar al niño», le había dicho. Pero ella no podía. Robert era su vida.

Y, sin embargo, poco después llegó la orden de su marido. El duque. Aquel hombre que nunca aceptó la existencia del niño como parte de su vida, aunque la sangre le perteneciera. Una tarde, con la voz impregnada de desprecio, le había dicho:

—Mantén a ese bastardo lejos de mí. Si tienes un mínimo de decoro, no lo traerás nunca a esta casa.

Ese recuerdo aún la perseguía con el frío de un látigo. No había discutido. No había tenido fuerza. La amenaza había sido demasiado clara: o el niño crecía lejos, o su vida se convertiría en un tormento aún más insufrible.

Así fue como Robert acabó en aquel internado. Tenía apenas tres años. Demasiado pequeño para comprender por qué su madre lo dejaba en brazos de un desconocido que prometía cuidarlo. Aquel día lo abrazó hasta que los brazos se le entumecieron, lo besó en cada mejilla, en la frente, en los rizos rubios que aún olían a leche, y le prometió —con la voz rota— que volvería pronto.

Volvió. Muchas veces. Pero siempre en secreto. Aprovechaba las ausencias del duque, las noches en que sabía que se hallaba encerrado en un lupanar con sus amantes, para subir a un carruaje discreto y viajar hasta el internado. Llegaba con el corazón en vilo, temerosa de ser descubierta, temerosa de que alguien llevara noticias de sus visitas. Y, sin embargo, el impulso de ver a su hijo, aunque fuese solo una hora, la arrastraba siempre.

Recordaba aún la primera visita. Robert apenas la reconoció. Se quedó parado, con la cabeza ladeada, mirándola como se mira a alguien que debería ser familiar, pero se ha vuelto extraño. Esa mirada le atravesó el alma como un cuchillo. Pasaron semanas hasta que el niño volvió a llamarla «mamá» con naturalidad.

El matrimonio, mientras tanto, era un infierno. Cada vez que ella regresaba del internado con el corazón encendido, el duque la recibía con la frialdad del desprecio. El olor a perfume barato, a tabaco y a vino la perseguía por los corredores de la residencia. Ni una vez le preguntó por el niño. Ni una sola.

Felicity apretó los párpados con fuerza. No quería recordar más. Pero aquel dibujo, tan inocente, había abierto todas las compuertas. «Mamá», había escrito. Y ella se juró entonces que jamás volvería a estar separada de él. Nunca más.

Respiró hondo. Solo entonces tomó la carta del director. Desdobló el folio y comenzó a leer.

A la atención de Su Excelencia la duquesa de Wetherby,

Con sincera consideración me dirijo a usted para informarle del estado académico y personal del joven Robert. Debo comenzar destacando que se trata de un niño de excepcional disposición: atento con sus tutores, respetuoso con sus compañeros y dotado de un carácter que inspira simpatía allí donde se halla. Ha sido premiado en más de una ocasión por su aplicación en aritmética, habiendo demostrado una capacidad natural para el cálculo que excede lo común a su edad.

En reuniones recientes del claustro de profesores hemos convenido en que dicho talento debe ser cultivado con mayor esmero del que nuestra institución puede ofrecer. A pesar de nuestra voluntad, carecemos de los medios adecuados para desarrollar en su justa medida tan singular habilidad. Sería, en consecuencia, un acto de justicia para con el propio Robert que fuera trasladado a un colegio más apropiado, donde su inteligencia recibiese los estímulos que merece.

Permítame añadir que el joven, aunque de temperamento pacífico, no ha trabado amistades sólidas con sus pares. La razón, creemos, es que sus intereses intelectuales lo distancian de juegos triviales. Ello podría, con el tiempo, derivar en cierto aislamiento, lo cual reforzaría nuestra recomendación de procurar un entorno distinto.

Le ruego, por tanto, que considere recoger a Robert lo antes posible. Nuestro centro, con todo el aprecio que le profesa, no puede seguir siendo el marco adecuado para su formación. Espero que comprenda la sinceridad de este consejo, así como el deseo de velar siempre por el bienestar del muchacho.

Con toda consideración, queda suyo,

Edmund H. Cray, director del colegio St. Matthew's.

Felicity leyó hasta el final con los labios apretados. El lenguaje era cortés, incluso halagador, pero bajo cada línea olía a repudio. Demasiada insistencia en su inteligencia, demasiada prisa en recomendar otro destino. No necesitaba más pruebas: la verdad estaba en lo que no se decía. El rumor debía de haber corrido ya por los pasillos: Robert no era hijo de un duque, sino de una mujer marcada y un padre cuyo nombre jamás figuraría en los registros.

El director, con todas sus florituras, no hacía sino empujarla a retirar a su hijo de allí.

El papel le quemó en la mano. Lo dejó caer al suelo, como si el contacto la mancillara, y volvió a mirar el dibujo. Ese sí era

suyo. Ese sí valía. Lo levantó con ambas manos, lo besó con ternura y lo dobló con cuidado para guardarlo contra el corazón.

Luego, con un gesto firme, recogió la carta del director y la arrojó al fuego de la chimenea. El papel se arrugó, la tinta se retorció en azul y negro, y las llamas devoraron la retórica hasta dejarla en cenizas.

Robert volvería a su lado. Y nada ni nadie volvería a separarlos.

Se incorporó y caminó con paso resuelto hacia el antiguo despacho de su padre, convertido ahora en su propia biblioteca. Allí, el olor a pergamino y cuero viejo la recibió como un coro silencioso. Se sentó al escritorio, desplegó un pliego limpio y, con la pluma bien cargada, comenzó a escribir.

Estimado señor Cray:

He leído con atención su carta. Coincido en que mi hijo ha de estar en un lugar más acorde con sus necesidades e inteligencia. Por ello, ruego que a la llegada de esta misiva preparen de inmediato su equipaje. La persona encargada de entregar esta carta será también la responsable de conducirlo hasta mí. Confío en que el viaje no suponga molestia alguna.

Agradezco, en nombre de mi hijo, la dedicación que le han mostrado hasta ahora. No obstante, ha llegado el momento de dar un nuevo paso en su educación y en su vida.

Con todo respeto,

Felicity, duquesa de Wetherby.

Firmó con mano firme, sin titubeos. Selló el sobre con cera roja y el grabado familiar. Durante un momento, dejó reposar la pluma sobre el tintero y contempló el pliego, como si en esas líneas no hubiera solo tinta, sino destino.

Alzó la campanilla. Lyon apareció en el umbral casi al instante.

—¿Me ha llamado, milady?

—Sí. Llama, por favor, a Agnes.

—Enseguida.

Cuando el mayordomo se retiró, Felicity se quedó sola con la carta entre las manos. La miró un instante más, como si pesara en ella la llave de un destino nuevo. Robert volvería, y con él comenzaría de verdad esa vida que tanto había soñado: una vida lejos de las cadenas, lejos de Londres, lejos del pasado.

La sonrisa se le quebró un segundo cuando un pensamiento intruso le asaltó: tarde o temprano, su madre sabría la verdad, sabría que tenía un nieto. Y tarde o temprano también, el verdadero padre podría descubrirlo.

El recuerdo de Jackson irrumpió como un latigazo. Su traición. Su silencio. Su abandono. La furia le subió a los labios, pero se apagó tan rápido como había llegado. No. No permitiría que él, ni el dolor, dictaran su futuro.

Todo lo que importaba era Robert, su madre y el plan de marcharse cuanto antes. La venganza, comprendió con un temblor, ya no tenía lugar en su vida.

Capítulo 11



La montaña se erguía sobre el valle con esa solemnidad oscura que solo Londres podía ofrecer en sus lindes: brumas bajas, cielos pesados y la promesa de silencio en cada recodo. Allí, apartada de la ciudad y sin embargo vigilando sus luces como un centinela, se levantaba la residencia de Ezra Whitmore, vizconde de Ashbourne. No era una mansión ostentosa, no estaba diseñada para deslumbrar a la primera mirada. Desde la distancia, sus muros se confundían con la piedra húmeda de la colina y sus tejados parecían prolongar la sombra de los árboles. Pero quien cruzaba su umbral comprendía enseguida que la fuerza de aquel lugar no estaba en lo que mostraba, sino en lo que ocultaba.

Jackson Hastings sujetó las riendas de Silva con mano firme mientras el caballo bufaba bajo el aire frío de la altura. El animal llevaba todavía sudor en el lomo, huella de la carrera desde Curzon Street. El mozo salió del cobertizo lateral y tomó las riendas sin cruzar palabra; bastó una inclinación de cabeza para sellar el entendimiento. Hastings palmeó el cuello del animal, dejó que la crin pegada le rozara los dedos como un recordatorio de lealtad, y subió despacio los escalones anchos que conducían al porche.

La piedra destilaba humedad. La montaña, a esa hora, guardaba secretos en cada grieta. El tirador de bronce, frío al tacto, cedió sin resistencia. Dentro, lo recibió el vestíbulo: proporción perfecta, mármol veteado en oscuro, una lámpara alta que derramaba luz dorada sobre tapices de caza y escenas militares. La amplitud no deslumbraba: imponía respeto. Allí se sentía el peso de generaciones, de decisiones tomadas en la penumbra y de un señor

que no necesitaba ostentar porque la autoridad se leía en su sola presencia.

—Milord Hastings —saludó el ayuda de cámara con una inclinación exacta—. Lord Ashbourne le aguarda en el despacho.

La voz resonó con gravedad medida, como si la casa misma aprobara cada palabra. Jackson asintió con un gesto breve. El criado tomó su capa y los guantes y le indicó el corredor que se extendía hacia el ala oriental. El aire estaba impregnado de cuero viejo, cera y un punto de brandy: los aromas de un hogar que, más que habitarse, se gobierna. Las paredes mostraban cuadros de caza de factura sobria, sin extravagancia, con esa eficacia que delata encargos pagados sin regatear. En cada paso, Jackson sentía cómo el suelo alfombrado absorbía el eco de sus botas, obligándolo a escuchar solo la voz de su corazón, que latía con impaciencia.

Atravesaron un salón de techos altos, con cortinas pesadas recogidas a un lado y un ventanal que devolvía un destello de la negrura exterior. Más allá, la puerta de roble macizo esperaba, coronada por herrajes mates que parecían ajenos al paso del tiempo. El criado llamó una vez con los nudillos.

—Adelante.

La voz de Ezra se filtró grave, sin urgencia. El criado abrió, se apartó con discreción, y Jackson cruzó el umbral.

El despacho respiraba otro aire: olor a brandy atenuado, a tabaco apagado y a papel curtido por manos y firmas. No olía a academia, sino a lugar donde se tramaban negocios que rara vez se anunciaban. La chimenea ardía con leña menuda, suficiente para calentar sin invadir. Una alfombra oriental, más cara que vistosa, amortiguaba los pasos. Sobre la repisa del fuego, un reloj francés marcaba la hora con un tictac preciso, como si midiera no el tiempo del mundo, sino el de las decisiones que allí se tomaban. El globo terráqueo, junto al escritorio, devolvía un mundo reducido a la escala de quien lo observa para dominarlo.

Ezra Whitmore estaba de pie, un poco ladeado, con la mano sobre el globo. Vestía de oscuro, chaleco gris, camisa impecable; el cabello, apenas más largo de lo que dictaba la moda. No era descuido: era un gesto calculado, una burla elegante a normas que lo aburrían. Sus ojos, grises, parecían más claros a la luz verde que caía de la lámpara de mesa. Sonrió sin enseñar los dientes.

—Llegas afilado —dijo, más observando que saludando.

Jackson se acercó a la chimenea, golpeó con los nudillos la repisa de mármol —costumbre que lo anclaba cuando la rabia amenazaba con dominarlo— y se volvió. El ansia le tensaba las mandíbulas. «Habla ya», exigía su sangre.

Ezra no se movió de junto al globo. Con un gesto breve de la mano, llamó:

—Haylock.

Una hoja lateral, disimulada en el entablado, se abrió sin ruido. Entró un hombre ancho de espaldas, de rostro corriente, con una mirada que no dejaba pasar nada. Era de esos que parecen no ocupar espacio hasta que uno repara en que ya están allí, midiendo cada gesto, cada sombra. No traía cartera ni papeles: no los necesitaba. Su memoria valía más que cualquier registro.

Inclinó apenas la cabeza hacia Jackson, con respeto sobrio.

—Cuéntalo —ordenó Ezra, sin añadir cortesías.

Haylock habló con voz áspera, sin adornos, como quien desgrana hechos que lleva en la sangre:

—Antes de regresar a Londres, la duquesa vendió lo que le quedaba en Irlanda. Enajenó una casa de campo cerca de Kilkenny, varias rentas urbanas en Dublín y un usufructo menor de ganado en Kildare. Todo de manera discreta.

Jackson contuvo el impulso de interrumpir, pero los nudillos se le crisparon sobre la rodilla.

—El heredero del ducado —prosiguió Haylock—, el sobrino, no quiso disputarle nada. Se quedó con el título y la finca principal y dejó que ella traspasara lo suyo. No hubo pleitos ni murmuraciones. La servidumbre la respetaba, la compadecía incluso. Pagó a cada criado, evitó banquetes, no buscó escándalos. En Irlanda la tenían por una señora decente, que cargó con lo que le tocó sin derramar culpas sobre otros.

Ezra lanzó a Jackson una mirada rápida. No dijo nada; dejó que el silencio calara.

—¿Y en Londres? —preguntó con tono neutro, como si sacara el hilo de un ovillo.

—Aquí ha hecho poco más que cuidar de su madre —siguió Haylock—. Ha visitado a su administrador, al boticario, y se ha reunido tres veces con agentes del puerto. Quieren los almacenes que el barón dejó en arriendo junto a la dársena. Ella escucha ofertas. Los contratos se renuevan en primavera.

Ezra entrelazó las manos, hundido en la butaca, y giró el rostro hacia Hastings:

—¿Qué clase de ofertas?

—Compra total del arriendo con opción de traspaso a dos años —enumeró Haylock, contando con los dedos—. O entrada de un socio que ponga capital y se quede con la mitad del beneficio durante cinco.

Hizo una pausa, dejó que las palabras se asentaran, y añadió:

—En ambos casos, los compradores son gente con la que no conviene tratar. Oficinas respaldadas por prestamistas en Bishopsgate, tiburones acostumbrados a devorar pequeños comerciantes, y un mercader de especias con fama de pagar tarde y mal.

—¿Ha firmado algo? —preguntó Jackson, con voz seca, casi un gruñido.

—No. Ni siquiera ha insinuado un precio. Escucha, pide tiempo, dice que debe consultar al abogado de la familia… y se marcha.

Jackson dejó escapar aire áspero por la nariz, como si el pecho no le alcanzara para contenerlo.

Ezra, sin alterar la voz, lanzó la pregunta que cerraba la trampa:

—¿Y los rumores?

Haylock bajó un tono, como si nombrar el rumor fuera casi un sacrilegio:

—Que piensa vender también la casa. No esta semana, pero antes del verano. La noticia viene de dos fuentes distintas. Un corredor de propiedades juró haber visto entrar a un tasador; y una criada se jactó en la cocina de una vecina. De la criada, poco; del corredor, sí. Dice que vio a un hombre midiendo grietas y ventanas como quien convierte cada ladrillo en moneda.

El despacho se quedó en silencio, roto solo por el chisporroteo del fuego. Jackson clavó los ojos en Haylock, como si quisiera arrancarle una verdad distinta, una que negara lo escuchado. Pero la mirada de aquel hombre era dura, imperturbable, la de quien no habla por hablar.

Ezra se incorporó con calma, como si cada palabra confirmara lo ya calculado.

—Así que lo que sospechábamos es cierto —dijo en voz baja, seca—. Felicity no habla de un viaje, Hastings. Habla de un exilio.

La palabra se le clavó a Jackson como un hierro candente. Se levantó de golpe, incapaz de permanecer sentado. Dio dos pasos hasta la ventana y apartó la cortina con violencia. La montaña dormía bajo un manto de sombras, interrumpidas apenas por luces lejanas en el valle.

—¿Marcharse? —susurró, con la voz rota por la incredulidad—. ¿Después de todo lo que…?

No terminó. La garganta se le cerró. La sola idea de Felicity alejándose de nuevo —esta vez por voluntad propia, sin fuerza ni engaño que lo explicaran— lo arrancaba de sí. La respiración se le volvió áspera, como la de un hombre que ha corrido demasiado y aún no halla aire.

Ezra, reclinado en la butaca, lo observaba con calma de depredador. Se permitió un gesto lento, como de quien limpia una mota invisible de polvo de la manga.

—No puedes impedir que venda con una súplica —dijo al fin, arrastrando cada palabra con ironía—. Si apareces en su puerta, lo único que ganarás será que te cierre la cara con un portazo. O, si tiene buen humor, que te arrojen por la ventana la bacinilla.

Jackson se giró de inmediato, con los ojos ardiendo.

—¡No hables de ella así!

Ezra levantó ambas manos, burlón.

—No he dicho nada que no pueda ocurrir. Créeme, Hastings, conozco mejor que tú la reacción de una mujer que decide proteger su orgullo. Tú llegas con ímpetu, ella te recibe con hielo. Tú ardes, ella se enfría aún más. No es cálculo; es instinto.

Jackson volvió hacia la chimenea, cerrando los puños. El fuego le dibujaba el perfil con sombras duras. Sentía la sangre golpearle en las sienes como martillos.

—Necesito hablar con ella —dijo entre dientes—. Mirarla a los ojos. Saber qué piensa.

Ezra soltó una carcajada seca, que chocó contra los muros forrados de libros.

—¿Y cómo, dime? ¿Golpearás la puerta como un mendigo y le suplicarás que te reciba? ¿Le confesarás que llevas siete años buscándola en cada sombra? Eso funciona en las novelitas que venden en los muelles.

Jackson lo fulminó con la mirada, pero no replicó. La rabia y la desesperación se le mezclaban en la garganta.

Ezra se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Sus ojos grises brillaban de astucia.

—Lo que tú llamas acoso, yo lo llamo estrategia. Y lo que a ti te sobra en pasión, a ella le sobra en resistencia. Para doblegarla, no basta con presentarte. Necesitas rodearla.

Jackson lo miró con desconfianza, entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó con voz ronca, un desafío más que una súplica.

Ezra esbozó una media sonrisa, como un jugador que guarda la mejor carta.

—Lo primero que yo haría es arrinconarla sin que lo note. Intimidar a los agentes que rondan sus almacenes, cortarles el apetito de negocio. Que comprendan que quien compre ahí no disfrutará del beneficio. Si nadie se atreve a tratar con ella, tendrá que salir de su guarida. Y, de paso, controlar el abastecimiento de su casa. No todo: lo justo para que falte lo que más se echa de menos. La escasez provoca movimientos.

El corazón de Jackson dio un salto furioso.

—¡No! —la palabra estalló como un trueno—. No la acosaré como a un mercader en deuda. No es un peón, Ezra. Es Felicity.

El vizconde se recostó, divertido ante la indignación.

—Lo sabía. Tu debilidad eres tú mismo.

Jackson apretó los dientes hasta dolerse.

—Necesito verla, no arrinconarla. No pienso convertir su vida en un sitio de asedio.

—Entonces tendrás que escucharme hasta el final. Porque si descartas mi método, solo queda otro. Y exige más paciencia de la que nunca has demostrado.

Ezra se puso en pie. Caminó despacio hasta la mesa, con las manos enlazadas tras la espalda, como si cada paso estuviera medido para desesperar a su interlocutor.

—Emily y Violet —dijo, con un deje de sorna—. Tus aliadas más improbables.

Jackson lo miró con incredulidad.

—¿Qué tienen que ver ellas en todo esto?

El vizconde apoyó las manos en la mesa y se inclinó apenas hacia delante, con los ojos fijos en Hastings.

—Si ellas entran en juego, Felicity no podrá desconfiar. Son mujeres con permiso de sus maridos para invertir en lo que deseen. Si cada una compra un almacén en el puerto, ella se verá rodeada de posibles socias, no de enemigos. Y si descubre que esas dos damas respetables actúan juntas, empezará a verlas como amigas.

Jackson arqueó una ceja, casi indignado.

—¿Y para qué demonios querrían ellas meterse en un negocio de lonjas y dársenas?

Ezra sonrió de medio lado.

—Porque yo se lo pediré. Y porque saben que nada une tanto a las mujeres como la excusa de una fiesta.

Se detuvo, disfrutando de la pausa.

—Una fiesta de disfraces, improvisada, sin motivo aparente. Allí la tendrás, en un salón cerrado, con música y máscaras, rodeada de rostros amables. Allí, Hastings, podrás acercarte sin parecer un lobo.

Jackson se pasó la mano por el cabello, con un gesto de exasperación.

—Es un plan absurdo.

—Es un plan brillante —lo corrigió Ezra, implacable—. Y si quieres a Felicity de vuelta, tendrás que arriesgarte en el único

terreno donde aún no te ha derrotado: el de la paciencia.

Jackson apretó los labios. La sola idea de depender de intrigas sociales lo mortificaba. Él quería actuar, irrumpir, tomar. Pero en el fondo de su pecho ardía la certeza de que Ezra tenía razón: Felicity no se rendiría a una súplica ni a un golpe de audacia.

El silencio se estiró. Solo se escuchaba el crujido de la leña en la chimenea y el leve chasquido del reloj sobre la repisa.

Ezra se sirvió un brandy con gesto parsimonioso y lo alzó, como brindando por su propia astucia.

—Confía en mí. No es un juego, Hastings. Es guerra. Y en la guerra, hasta el disfraz puede ser un arma.

Jackson iba a replicar, con la mandíbula dura por la rabia, cuando la puerta del despacho se abrió sin ceremonia. Una ráfaga de perfume fresco y un golpe de voz clara irrumpieron en la sala.

—¡Lo haremos!

Ambos hombres giraron la cabeza. Violet entraba con paso ligero, tan segura de sí misma como si el despacho fuese su propio salón. Sus ojos brillaban con una mezcla de entusiasmo y malicia, y en sus labios se dibujaba esa sonrisa que convertía cualquier ocurrencia en un hecho consumado antes incluso de que pudiera discutirse.

—Ya me he cansado de veros tramar como si las mujeres fuéramos piezas de ajedrez —continuó, plantándose entre ellos como si acabara de dictar una sentencia—. Pues bien, yo misma organizaré la maldita fiesta. Y será la más comentada de la temporada, podéis estar seguros.

Ezra soltó una carcajada profunda, complacido con la teatralidad de su esposa.

—¿Lo ves, Hastings? —ironizó, levantando la copa—. Hasta las damas entienden de táctica mejor que tú.

Jackson la miró con una mezcla de perplejidad y resignación. Aquella mujer, con un par de frases, acababa de sellar

el destino de lo que hasta hacía un minuto le parecía un plan descabellado.

—No se trata de un capricho —insistió Violet, sin apartar la vista de Jackson—. Felicity necesita aire, compañía y una razón para salir de ese encierro. Si nadie más se atreve a dársela, lo haré yo. Y no penséis que será una velada insulsa: habrá música, máscaras, vino francés y, si me apuráis, hasta un juglar que cante indecencias.

Ezra arqueó una ceja, divertido.

—Ese detalle me lo reservo para después —replicó, saboreando cada palabra—. Pero estoy de acuerdo: la fiesta es el primer movimiento.

Jackson no sonrió. Se dejó caer al fin en la butaca, la espalda rígida, el rostro iluminado por el fuego con sombras violentas. Entre la furia y la incredulidad, había en su pecho una chispa nueva, pequeña pero real: la esperanza.

Porque, aunque detestara admitirlo, Ezra y Violet tenían razón. Si quería recuperar a Felicity, si quería impedir que se esfumara para siempre, tendría que jugar a un juego que nunca había querido: el de las máscaras.

Violet se inclinó hacia él, con el brillo de quien decide una batalla antes de que empiece.

—Así que, mi querido conde, vete preparando. En cuanto el salón esté dispuesto y las máscaras cosidas, no tendrás excusa para esconderte tras tus dudas. Allí tendrás a Felicity, y más te vale no desperdiciar la oportunidad.

Jackson sostuvo su mirada y asintió, despacio, como un guerrero que, aun detestando el terreno, acepta librar la batalla donde se le impone. Y el reloj francés, implacable, siguió marcando el tiempo exacto que aún quedaba para que todo empezara.

Capítulo 12



Felicity aguardó un momento frente a la chimenea de la sala antes de ponerse en pie. El calor apenas alcanzaba a templarle las manos, frías a pesar de los guantes, pero lo que la retenía no era el frío, sino la duda. No dejaba de preguntarse por qué el comprador de los almacenes había exigido verla en persona. No era lo habitual. Las transacciones de ese tipo, como había aprendido observando a su padre durante años, se resolvían en despachos oscuros, con intermediarios que nunca revelaban el rostro de quien realmente movía el capital. Que aquel hombre —o quizá una sociedad— reclamase su presencia era, como poco, una anomalía.

Sin embargo, había aceptado. No podía permitirse retrasos. Robert llegaría en unos días a Londres y deseaba tenerlo todo bajo control antes de abrazarlo de nuevo. El niño necesitaría estabilidad, un hogar donde sentirse seguro, y para ello era imprescindible vender cuanto antes. Cada día que pospusiera la operación aumentaba el riesgo de rumores, de miradas indiscretas o de obstáculos que no estaba dispuesta a tolerar.

«No hay elección», se dijo mientras ajustaba el abrigo de paño oscuro sobre los hombros. «Si debo presentarme, lo haré. Lo único que importa es que todo se resuelva pronto».

Agnes entró en la estancia con el sombrero ya preparado y lo colocó sobre la mesa. Felicity lo tomó con una gratitud silenciosa. Su doncella, siempre tan atenta, parecía leerle el ánimo sin necesidad de palabras.

—El carruaje está listo, milady —informó con esa discreción que nunca sonaba servil, sino protectora.

Felicity asintió. Mientras se colocaba el sombrero y comprobaba que el velo quedaba bien ajustado, dejó que una leve sonrisa se dibujara en sus labios, casi sin querer. Aquella venta era una oportunidad, la pieza clave que le permitiría dar el siguiente paso. Imaginó por un instante el rostro de su hijo, la sorpresa en sus ojos cuando lo recogiera en la escuela, y sintió un ardor dulce en el pecho que le devolvió fuerzas.

Descendieron juntas por la escalinata. El vestíbulo olía a cera y a leña reciente. Lyon, siempre firme en su puesto, abrió la puerta principal e inclinó la cabeza. El aire frío de Londres entró de golpe, impregnado de humo de carbón y de humedad nocturna. Felicity se alzó un poco el cuello del abrigo y avanzó con paso firme hacia el carruaje.

El cochero bajó de un salto, le ofreció la mano y ella la aceptó sin titubeos. Subió al interior seguida de Agnes, que ocupó el asiento de enfrente. Cuando las puertas se cerraron y las ruedas comenzaron a girar sobre los adoquines, un temblor leve recorrió la madera del vehículo, acompañando el propio pulso de Felicity.

Se quedó mirando por la ventanilla mientras Londres se desplegaba. El barrio aún dormía a medias, pero las calles más comerciales bullían de actividad: carros cargados de barriles de cerveza avanzaban hacia las tabernas, vendedores ambulantes voceaban panecillos calientes, aprendices corrían con recados bajo el brazo. El olor era una mezcla de carbón quemado, pan recién horneado y, de cuando en cuando, un aroma dulzón a confitura escapado de alguna pastelería.

Agnes la observaba en silencio, pero finalmente se atrevió a hablar.

—No parece preocupada, milady.

Felicity giró la cabeza hacia ella, sonriendo con cierta ironía.

—¿No lo parezco? Por dentro me asaltan mil preguntas. Nunca antes había tenido que presentarme ante un comprador. Siempre fue mi padre quien resolvía estas cuestiones.

—Quizá sea buena señal. Quien compra desea asegurarse de que trata con una dama de honor.

Felicity meditó un instante esa respuesta. «O quizá desee asegurarse de que soy vulnerable», pensó sin decirlo en voz alta. Era consciente de que muchas miradas la evaluaban en la ciudad. Viuda, joven aún, dueña de propiedades, y con una madre enferma. Algunos verían en ella una presa fácil.

El carruaje giró hacia una de las zonas de oficinas cercanas al Strand. Allí, las calles estaban más limpias, los edificios mostraban fachadas cuidadas con molduras sobrias y ventanas altas, y el bullicio se mezclaba con el sonido constante de ruedas y cascos. Felicity respiró hondo.

El vehículo se detuvo frente a una construcción de tres plantas, de piedra clara y líneas rectas. No era un palacio, pero sí transmitía seriedad: ventanas alineadas, puertas de roble con aldaba reluciente y un pequeño emblema de bronce en el dintel con las iniciales «E.H.». Edmund Halford. El administrador de Emily y Violet, recordaba haber oído ese nombre en más de una ocasión.

El cochero abrió la portezuela y extendió la mano. Felicity descendió con gracia contenida, cuidando de no enganchar la falda en el estribo. Al poner los pies en los adoquines, un rumor de ruedas y voces la envolvió. Se alisó el abrigo con un gesto instintivo y levantó la barbilla. Agnes bajó tras ella y ajustó el cierre del bolso que llevaba en la muñeca.

Durante un instante, Felicity permaneció de pie frente al edificio, observando la fachada con una mezcla de recelo y determinación. Lo que sucediera dentro podía marcar un antes y un después en sus planes.

El portero, un hombre alto con librea oscura, inclinó la cabeza y sostuvo la puerta para dejarla pasar. El zaguán olía a cera,

a tinta fresca y a té. El suelo estaba cubierto de losas de mármol gris, pulidas hasta brillar como espejo. Dos cuadros de paisaje adornaban las paredes, recordatorios de un mundo más amplio que aquel de contratos y firmas.

Halford la esperaba en el vestíbulo. Era un hombre de mediana edad, con el cabello cuidadosamente peinado hacia atrás y una expresión de cortesía serena. Vestía con sobriedad: levita oscura, chaleco claro, un pañuelo inmaculado en el bolsillo.

—Su Excelencia —dijo con una inclinación respetuosa, sin rastro de servilismo—. Le agradezco que haya aceptado la invitación. Le aseguro que todo está en orden.

El tono, firme y mesurado, consiguió arrancarle un poco de tensión.

—Espero que así sea, señor Halford —respondió Felicity, procurando que su voz sonara tranquila.

—Permítame acompañarla al despacho. Allí encontrará a quienes desean tratar directamente con usted. Le aseguro que no habrá sorpresas desagradables.

Felicity arqueó las cejas, sorprendida por la formulación, aunque agradeció el intento de apaciguarla. Se dejó guiar por el pasillo alfombrado, mientras Agnes seguía a unos pasos detrás.

El corazón de Felicity latía con una mezcla de alivio y expectación. Comprendía que estaba entrando en un terreno inusual, pero también necesario. Y aunque una parte de ella seguía inquieta por la singularidad de aquella reunión, otra se decía que quizá, solo quizá, aquel encuentro fuera el principio de algo distinto.

Al llegar a la puerta del despacho, Halford giró hacia ella con una sonrisa breve.

—Están dentro, milady. Le aguardan con interés.

Felicity respiró hondo, colocó una mano sobre el pomo y se preparó para lo que estaba a punto de comenzar.



Halford abrió la puerta con una deferencia que no parecía aprendida, más bien nacida de la costumbre de tratar con quienes deciden sin alzar la voz. El despacho, amplio y luminoso, daba a un patio interior donde una hiedra trepaba por el ladrillo; la luz, filtrada por la mañana plomiza, entraba en haces suaves que resaltaban el brillo contenido de los lomos encuadernados y la veta de la mesa principal, una pieza sobria de nogal con las esquinas gastadas por el uso. Sobre una consola había una bandeja de plata con jarrita de leche, terrón, rodajas de limón y una campanilla discreta, y en la chimenea, encendida con prudencia, ardía madera bien curada que perfumaba el aire de resina limpia.

Dos damas se pusieron en pie al verla. Felicity reconoció al instante, por la serenidad del porte y la elegancia sin exceso, a Emily, marquesa de Huntingdon, y, por el brillo travieso en los ojos y la sonrisa que invitaba sin imponerse, a Violet, vizcondesa de Ashbourne. Ambas vestían tonos invernales —verde botella la una, ciruela profunda la otra— y llevaban sombreros sencillos, más propios de quien acude a resolver que de quien pretende ser vista. Había en las dos algo que Felicity envidió sin recelo: esa clase de aplomo que no se compra, que solo lo otorgan los años de gobernar casas grandes y corazones difíciles.

—Su Excelencia la duquesa de Wetherby —anunció Halford con sobriedad—. Milady, me atreví a asegurarle que no habría sorpresas. Permítanme retirarme. ¿Desean que pida té?

—Sí, por favor —respondió Emily—. La mezcla de Keemun, con limón. Y galletitas de manteca, si quedan.

—Quedan —confirmó Halford con una inclinación—. Enseguida.

Salió sin alterar el aire, y con él se fue la última sombra de ceremonia. Quedaron las tres, y Agnes, que se había situado a media distancia de la puerta, con las manos juntas a la altura del abdomen y la mirada baja de quien ve sin mirar. Felicity avanzó dos pasos, midió la distancia que separaba cortesía y confianza, y decidió no apurarla.

—Lady Huntingdon. Lady Ashbourne —saludó, con la inclinación exacta—. No esperaba que fueran ustedes quienes… —buscó la palabra adecuada y la encontró sin esfuerzo— …quienes estuvieran al otro lado del pliego.

Violet sonrió, franca.

—Lo sé. No es lo habitual. Pero, cuando hay dinero en juego, prefiero mirar a los ojos. Y más si el asunto huele a río y a lonjas. Los puertos tienen su gramática, ¿no le parece?

Emily dio un paso hacia la mesa, indicando una de las sillas.
—Siéntese, por favor. Halford nos ha llevado de la mano con los preliminares; el resto queríamos hablarlo con usted, no con intermediarios. Cuando una casa va a cambiar de manos, una mujer reconoce mejor que un abogado el sitio donde cruje.

Felicity tomó asiento con la espalda recta y el velo echado hacia atrás para no andar retirándolo cada dos palabras. «No me harán daño», se dijo; «y si lo intentan, sabré cerrar la puerta». Agradeció con un gesto la discreción de Agnes, que se deslizó a la butaca secundaria, cerca del aparador, lista para acercar un pañuelo o ajustar un broche, y sin embargo lo bastante lejos para no parecer sombra pegada.

—Debo ser franca —dijo Felicity, entrelazando los dedos sobre el regazo de la falda—. Me sorprendió su interés por los almacenes. No son una posesión cómoda: huelen a sal, a alquitrán, a sudor de estibador y a corcho de barril. Dan beneficio si se los trata con disciplina y ojos limpios; si no, solo traen disgustos.

—Justo por eso los queremos —replicó Violet con una chispa en la voz—. Lo que nadie corteja suele ser lo más sólido. Además —alzó la comisura con picardía—, los bailes no pagan toneles, y a veces conviene poseer algo que no dependa de si una orquesta toca bien o mal.

Emily ladeó la cabeza, aprobando sin palabras el desparpajo de su amiga.

—He leído sus cuentas, duquesa. Los arrendamientos de su padre se mantuvieron con decoro, aunque sin ambición. Hay margen para mejorar sin que el riesgo se coma el sueño. Nos interesan porque no pedimos que canten, sino que cuenten. Y porque están bien situados: uno con patio y desagüe, otro pegado a lonjas que no conocen domingos.

La puerta se abrió con un golpe suave. Entró una joven con cofia y delantal, que cargaba una bandeja con tetera humeante, tazas, cucharillas y un plato de galletas doradas. Dejó el servicio sobre la consola, esperó un gesto y, al verlo, sirvió con mano firme: primero a la marquesa, luego a la vizcondesa y, por último, a Felicity. Esta pidió limón y una nube de leche —capricho extraño, pero suyo —; la joven obedeció sin levantar la vista, y se retiró.

Hubo un momento de silencio hecho de porcelana y vapor, uno de esos instantes que deciden si la mesa será campo de batalla o lugar de encuentro. Felicity llevó la taza a los labios y saboreó antes de hablar. Le gustaba medir a las personas por el modo en que esperaban.

—Siendo así —dijo—, entenderán que desee saber qué pretenden exactamente. ¿Compra plena del arriendo con opción de traspaso en dos años? ¿Entrada como socias en condiciones definidas por ambas partes? Mi administrador habrá expuesto los modos posibles, pero prefiero escucharlo de sus voces.

Violet dejó la taza, sin prisas.

—Queremos el grande en compra de arriendo, con opción de traspaso a dos años, como usted ha dicho, y el pequeño en

régimen de sociedad. No somos ciegas: el patio del grande permite maniobrar con margen; el menor, pegado a la lonja, paga en movimiento y vigilancia. En sociedad el riesgo se reparte mejor. Y, si los dos funcionan como pensamos, el traspaso se ejercerá con una mano.

—Precios —añadió Emily con calma—. No venimos a regatear como en un puesto de mercado, pero tampoco a subir por orgullo. El grande merece una cifra que reconozca su tamaño y su ubicación; el pequeño, otra que compense la cercanía de las lonjas y la fatiga añadida. Halford tiene cifras. Las mías no ofenden ni insultan.

Felicity inclinó la cabeza. Estaba preparada para una danza de palabras más enrevesada; en cambio, le ofrecían claridad. «Cuidado —se recordó—; la claridad también seduce.» Posó la taza en el platillo con un tintineo leve.

—No me disgustan sus términos. Debo, no obstante, incluir una cláusula —la buscó con la vista, la pesó, la dijo—: ninguna alteración en los contratos actuales de los capataces sin consulta previa. Son hombres que han sostenido esas puertas cuando otros habrían bajado la verja. Si hay que prescindir de alguno, que sea por causa, no por capricho.

Emily asintió sin teatralidad.

—Me parece justo. Los lugares se sostienen por los que cargan, no por los que firman.

Violet sonrió con una inclinación mínima, como quien acepta un reto con gusto.

—Y, para que no parezca que solo venimos a tomar, le propongo algo que cuenta más que una libra: dos meses de transición con su vista sobre el muelle. Ni sombra ni señora; ojos. Verá entrar barriles, saldrán fardos, escuchará a los capataces, corregirá sin humillar. Si al cabo de ese tiempo le parece que acertamos, brindaremos; si no, nos tragaremos el orgullo y haremos lo que usted aconseje. ¿Le sirve?

Felicity no esperaba ese ofrecimiento. Notó, detrás de la idea, algo más que cortesía: una invitación a permanecer, por un tiempo, en aquello que deseaba dejar atrás. Había en las palabras de la vizcondesa un guiño a la colaboración, casi un gesto de confianza que a otra mujer podría halagar. Pero ella no quería halagos ni vínculos. «No te distraigas —se recordó—. Vendes para irte».

—Lo pensaré —respondió con una firmeza suave—. Agradezco la deferencia.

Hubo un silencio breve, quebrado solo por el rumor de la leña en la chimenea. Fue Violet quien, como tanteando el terreno con aparente ligereza, giró la conversación:

—Permítanos preguntarle algo, duquesa. Nada que deba incomodarla. —Apoyó los codos con elegancia en los brazos de la silla—. ¿De dónde es usted? Confieso que no la habíamos visto en los círculos habituales hasta hace muy poco.

Felicity alzó la mirada. Notó en la pregunta la naturalidad de quien conversa y, al mismo tiempo, la precisión de quien mide cada palabra.

—Soy de Londres —contestó, serena—. Pero tras casarme pasé una larga temporada fuera. He regresado ahora porque mi madre se encuentra enferma y necesita de mis cuidados.

Emily, que hasta entonces había escuchado sin interrumpir, asintió con un gesto medido.

—Eso la honra. No es común ver a una dama renunciar a la comodidad para atender en persona lo que otros delegarían.

Felicity apretó la taza entre las manos, incómoda con la dirección que tomaba la charla. No quería hablar de sí misma, ni de su pasado, ni de los motivos que la habían devuelto a esa ciudad.

—Me limito a cumplir con lo que debo —zanjó con calma —. Nada más.

Violet y Emily intercambiaron una mirada rápida, cómplice, que Felicity percibió, aunque no pudiera descifrarla. Intuyó que habían llegado al límite de lo que pretendían sonsacarle, y decidió cerrar la puerta.

—Si están conformes con lo discutido respecto a los almacenes, podemos darlo por concluido. Mañana, cuando Halford redacte la minuta, la revisaré y la firmaremos.

Dejó la taza en el platillo, dispuesta a levantarse. Fue entonces cuando Violet, con esa chispa que encendía sin aviso, deslizó con naturalidad:

—Emily, ya tenemos los almacenes… ahora nos queda la residencia que necesitamos.

Felicity la miró, sorprendida.

—¿Quieren comprar una vivienda?

La marquesa inclinó la cabeza, con seriedad tranquila:

—Así es. Una casa bien situada, amplia, donde podamos hospedar a los amigos de nuestros esposos cuando la temporada se hace interminable. No buscamos ostentación, sino solidez.

Felicity dudó apenas un instante antes de pronunciar la frase que cambiaría el tono de la reunión:

—En ese caso, quizá les interese saber que mi residencia en Londres está en venta. No es un palacio de exhibición, pero sí una casa espaciosa, con jardín al fondo y aposentos suficientes para huéspedes.

Emily y Violet se miraron apenas un segundo, con esa discreción que solo se logra cuando dos mujeres están acostumbradas a pensar juntas. Había en sus gestos satisfacción y, al mismo tiempo, una chispa de triunfo: justo lo que buscaban.

Violet fue la primera en responder, con el entusiasmo que la distinguía:

—Nos agradaría mucho verla, duquesa. ¿Mañana, quizá? No para importunarla, sino para hacernos una idea de los espacios.

Emily suavizó la propuesta, con ese tono que equilibraba siempre a su amiga:

—O pasado mañana, si prefiere. No queremos parecer invasoras.

Felicity sostuvo la mirada de ambas. Había aprendido, en años de silencios forzados, a reconocer la mezcla de cortesía y determinación. Sintió la tentación de postergar, de ganar tiempo. Pero Robert llegaría en cuestión de días, y el reloj parecía correr en su contra. Mejor resolver cuanto antes.

—Mañana está bien —dijo al fin, con serenidad.

Violet se inclinó hacia delante, con una sonrisa cómplice.

—No se preocupe, duquesa, seremos discretas. No pretendemos entretenerla más de lo necesario, solo comprobar si la casa se ajusta a lo que buscamos.

Emily añadió con tono más prudente:

—Si usted cree que la visita puede resultar inconveniente para su madre, no tenemos problema en retrasarla unos días.

Felicity pensó en la fragilidad de su madre, en el esfuerzo que suponía cualquier visita, pero enseguida recordó que cada demora podía volverse en su contra. Robert llegaría en cuestión de días, y lo último que deseaba era prolongar asuntos que podían resolverse de inmediato. Enderezó la espalda y contestó con firmeza tranquila:

—No habrá inconveniente. Mi madre descansará a esa hora, y prefiero resolverlo cuanto antes.

Las dos damas intercambiaron una mirada breve, satisfecha.

—Mañana, entonces —concluyó Violet.

—A media tarde —añadió Emily, serena—. Nos limitaremos a la visita, nada más.

Felicity asintió, con esa premura que, aunque disfrazada de cortesía, dejaba traslucir la urgencia por cerrar cuanto antes los

capítulos pendientes de su vida. Las tres damas se pusieron en pie. Hubo inclinaciones justas, sin florituras, y una despedida cordial.

«No te engañes», se recordó Felicity mientras recogía el abrigo. «Vendes para marcharte. No para quedarte a tomar el té».

Sin embargo, al atravesar el zaguán y sentir en la piel el aire frío del Strand, supo que aquellas dos mujeres le habían abierto una rendija inesperada. Una rendija de aire que no alteraba su plan, pero que la había hecho respirar de otro modo.

Capítulo 13



Cuando la puerta se cerró tras Felicity y Agnes, el silencio quedó suspendido en la oficina como una tela pesada que nadie se atrevía a sacudir de inmediato. Edmund Halford, con la cortesía de quien sabe retirarse en el instante preciso, recogió unos documentos, inclinó apenas la cabeza y abandonó la estancia. Su marcha dejó tras de sí la sensación de que aquel encuentro había sido algo más que una simple transacción de almacenes.

Emily y Violet permanecieron sentadas frente a la mesa sin cruzar palabra. La marquesa, con los dedos entrelazados sobre el regazo, sostenía un gesto serio, propio de quien mide consecuencias antes de pronunciarse. Violet, en cambio, parecía arder por dentro: se inclinaba hacia delante, los ojos encendidos de excitación, y en sus labios asomaba esa sonrisa traviesa que rara vez lograba contener cuando una idea se le clavaba entre ceja y ceja.

—La has visto, Emily —murmuró, como si hasta las paredes pudieran traicionarlas—. Es una mujer cercada por su propio muro. No confía en nadie, ni siquiera en sí misma. Y si la dejamos marchar, no volveremos a alcanzarla.

La marquesa suspiró, mirando hacia el ventanal donde la neblina desdibujaba la claridad de la calle.

—No necesito que me lo recuerdes. He sentido lo mismo. Solo piensa en huir, y lo hace con esa obstinación que no admite ni amistad ni auxilio. Pero ¿qué pretendes que hagamos? No podemos obligarla a quedarse.

Violet apoyó un codo en el brazo de la silla y se llevó la mano al mentón con gesto calculado. Una chispa de complicidad brilló en su mirada.

—Obligarla, no. Convencerla, sí. Mañana iremos a su casa, como hemos convenido… pero no solas. Hastings nos acompañará.

Emily abrió los ojos con incredulidad.

—¿Jackson? ¿A plena luz del día?

—No a plena luz, querida —replicó Violet con una sonrisa que mezclaba audacia y ternura—. Vestido de criado. Nadie sospechará de su presencia si lleva librea y guantes blancos. Estará con nosotras, invisible para los ojos ajenos, pero cerca de ella.

La marquesa se irguió, el ceño fruncido por la sombra de un recuerdo aún punzante.

—Lo que temo, Violet, es precisamente el disfraz. Sé lo que significa descubrir que el hombre al que amas se oculta tras una máscara. Alexander lo hizo conmigo y me sentí engañada, humillada. No deseo para ninguna mujer esa herida.

Violet soltó una risa breve, sin burla, casi tierna, y se inclinó hacia ella como una cómplice que sabe más de lo que aparenta.

—No confundas las cosas. No hablamos de un engaño prolongado, sino de un resguardo momentáneo. ¿No recuerdas cómo empezó todo con Alexander? Sí, le reprochaste la máscara, pero aquellas charlas, aquellas noches en que creías hablar con un extraño, te permitieron escucharle de otro modo. No fue el antifaz lo que te hirió, sino el silencio que vino después.

Emily bajó los párpados un instante. En aquel gesto se adivinaba el peso de la herida: la desconfianza, la ira, y, pese a todo, la ternura inesperada que había brotado en medio del equívoco. Guardó silencio unos segundos, hasta que la voz de Violet, clara y segura, inclinó la balanza.

—Créeme, Emily. Si Ezra hubiera aparecido de golpe ante mí, sin aquella máscara, lo habría rechazado con dureza. Y ahora… ahora no estaríamos juntos. A veces un disfraz es lo único que permite abrir una rendija en la muralla del rencor. Ella lo necesita, aunque no lo admita. Y Jackson también.

La marquesa respiró hondo. Sabía que Violet tenía razón, aunque la idea aún le escocía. Finalmente asintió despacio.

—De acuerdo. Pero con una condición: nada de mentiras más allá de esa visita. Si Felicity lo reconoce, él deberá confesar. No admitiré otro juego que no sea el de un criado por un día.

Violet aceptó al instante, con la satisfacción de quien acaba de sellar una victoria.

—Perfecto. Eso basta. Lo demás será cuestión de discreción… y de un poco de audacia. Créeme, Emily, Felicity lo merece. Y Hastings, más aún.

Las dos callaron, escuchando el rumor lejano de carruajes en la calle, como si Londres se hubiese detenido un instante para sellar aquel pacto entre mujeres. El aire del despacho adquirió la densidad de una conspiración nacida entre tazas de té ya frías y palabras susurradas.

Violet se incorporó al fin con un ademán decidido, la sonrisa cargada de determinación.

—Entonces lo tenemos. Mañana no iremos solas. Hastings estará con nosotras, aunque nadie lo vea.

Emily no respondió enseguida. Sus dedos tamborilearon apenas sobre el regazo antes de dejar escapar la duda que pendía en el aire.

—Parece un plan perfecto, Violet… pero ¿y Jackson? ¿Qué pensará él de todo esto? Ni siquiera tiene idea de lo que estamos urdiendo.

El silencio se adueñó de la estancia. Las dos mujeres se miraron, como si de pronto la misma sombra hubiera cruzado por

sus pensamientos. Permanecieron así unos segundos, midiendo las implicaciones, hasta que un brillo cómplice encendió sus ojos.

Se levantaron casi a la vez, con energía súbita, y exclamaron en un mismo aliento:

—¡Tenemos que contárselo!

El eco de sus voces llenó el despacho, y la resolución quedó marcada en sus gestos como un pacto irrevocable.



La residencia de Jackson Hastings en Brook Street no era la más ostentosa de Mayfair, pero sí una de las más sólidas. Fachada de ladrillo oscuro, simetría impecable en sus ventanas altas, cornisa sobria y un zaguán de piedra con faroles de hierro que daban más impresión de fuerza que de frivolidad. No había fuentes ni estatuas que anunciaran orgullo; era la casa de un hombre práctico, no de un diletante.

En el interior, sin embargo, se notaba la huella de alguien que había aprendido a moverse entre la rudeza de los cuarteles y la elegancia de los salones. Los suelos brillaban con la cera fresca, las alfombras orientales suavizaban los pasos, y en el vestíbulo colgaban un par de lienzos sobrios —una marina y un retrato ecuestre— que hablaban más de disciplina que de vanidad. El mayordomo, Weston, se enorgullecía de mantener aquella residencia como un reloj bien afinado: cada visita era recibida con deferencia, cada hora tenía su orden.

Hasta que llegaron ellas.

El carruaje se detuvo con un chirrido de frenos sobre el adoquinado. Dos siluetas femeninas, envueltas en abrigos

invernales, descendieron con una determinación que no dejaba lugar a dudas: aquella puerta iba a abrirse, lo quisiera Weston o no.

El mayordomo, que había oído el rodar del vehículo, ya estaba en el umbral cuando Emily y Violet subieron los peldaños casi al unísono. Se inclinó con corrección, dispuesto a pedir nombres y anunciar la visita.

—Excelencias… —empezó, ajustándose los guantes con gesto nervioso.

—Ahórrate el protocolo, Weston —interrumpió Violet con una sonrisa radiante—. Sabes tan bien como nosotras que venimos a ver a Jackson.

—Lord Hastings está… —balbuceó el hombre, intentando cerrar un poco el paso— …ocupado en su despacho. No esperaba…

—Perfecto —replicó Emily, atravesando el umbral como si fuera la dueña de la casa—. Si está ocupado, mejor, así no pierde el tiempo vagando por los pasillos.

Violet la siguió, lanzándole una mirada cómplice al mayordomo.

—No te preocupes, Weston, no vamos a destrozar nada. Bueno, quizá su paciencia, pero eso ya es costumbre.

El pobre hombre apretó los labios, incapaz de impedirlo. Las dos damas dejaron tras de sí una estela de perfume y energía que desbarataba cualquier norma de etiqueta. Weston cerró la puerta con resignación y murmuró para sí:

—Algún día me pagarán con canas prematuras…

Avanzaron con paso firme por el corredor principal, ignorando los intentos del servicio de apartarse con reverencias. La casa parecía vibrar con su presencia, como si cada alfombra supiera que ese día habría más movimiento de lo previsto.

Jackson estaba en su despacho, inclinado sobre un mapa del puerto de Londres, rodeado de documentos y con la expresión concentrada del hombre que planea batallas en lugar de bailes.

Llevaba la chaqueta desabrochada, la corbata algo floja y el cabello revuelto de tanto pasarse la mano por él. La pluma descansaba a medio camino entre una anotación y un borrón cuando el estrépito de dos voces femeninas en el vestíbulo lo hizo alzar la cabeza.

No tuvo tiempo de levantarse: la puerta se abrió de golpe y Emily entró la primera, con Violet pegada a sus talones.

—Jackson —dijo la marquesa con tono marcial, como si estuviera convocando a un soldado a filas—. Necesitamos hablar contigo.

Él parpadeó, incrédulo, y apoyó las manos sobre el escritorio.

—¿Acaso he sido invadido? ¿O es que Brook Street se ha convertido en mercado de Covent Garden y yo no me he enterado?

Violet soltó una carcajada y se dejó caer sin miramientos en la butaca más cercana, cruzando los tobillos con una gracia insolente.

—No exageres. Si fuéramos una invasión, habríamos traído tambores.

Emily, más comedida pero igual de resuelta, cerró la puerta tras de sí y ocupó la silla frente al escritorio. Se acomodó con naturalidad, como quien ya ha tomado esa posición muchas veces.

—Deja de quejarte, Hastings. Si vinimos de improviso es porque lo que tenemos que decirte no admite espera.

Jackson se frotó la frente con dos dedos, conteniendo una sonrisa que no quería concederles.

—¿Y Weston? ¿Lo habéis enterrado bajo la alfombra del vestíbulo o sigue vivo?

—Vivo, aunque un poco pálido —replicó Violet con inocencia fingida—. Prometió no interponerse nunca más entre nosotras y tu sagrada persona.

—Más le vale —masculló Jackson, resignado. Se dejó caer en su sillón, reclinándose con gesto cansado—. Bien, ya que habéis

tomado posesión de mi casa, mi despacho y hasta de mi butaca favorita… decidme. ¿Qué conjura traéis esta vez?

Emily entrelazó los dedos sobre la falda y lo miró con seriedad.

—Nada de conjuras. Un asunto importante.

—Lo sabía —suspiró él—. Con vosotras nunca es un té inocente. Siempre hay un plan, un secreto o una ruina pendiente.

Violet alzó una ceja, divertida.

—Y, aun así, siempre nos dejas entrar. Eso dice mucho de ti, Jackson.

Él no pudo evitar sonreír, aunque fuese con ironía.

—Dice que soy un hombre blando de corazón y duro de cabeza, condenado a soportar vuestras tempestades.

—Un hombre sensato —corrigió Emily—. Y, por eso mismo, necesitamos tu sensatez ahora.

Violet se inclinó hacia delante, los codos apoyados en las rodillas, con la expresión excitada de quien contiene un secreto demasiado grande.

—Verás, amigo nuestro… hoy hemos estado con Felicity Wetherby.

El nombre cayó en la estancia como una chispa sobre leña seca. Jackson se incorporó de inmediato, los ojos encendidos.

—¿Qué habéis hecho? —su voz sonó grave, cargada de un sobresalto que no intentó disimular.

—Calma —pidió Emily, levantando una mano—. Escucha primero.

Violet sonrió, disfrutando del efecto.

—La hemos conocido en persona. Y, querido Hastings, tienes que oír lo que hemos descubierto.

Jackson los miró a ambas, consciente de que su noche tranquila de papeles había terminado. Con ellas no existía la calma:

solo giros inesperados, complicidades peligrosas y planes imposibles que, de un modo u otro, acababan arrastrándolo.

—Adelante —dijo al fin, hundiéndose en el respaldo con gesto de derrota fingida—. Contadme qué habéis tramado esta vez.

Emily y Violet intercambiaron una sonrisa fugaz, esa que se permitían cuando estaban a punto de arrastrar a un hombre sensato al centro de una tormenta.

La verdadera conversación apenas había empezado.

Capítulo 14



Emily fue la primera en tomar la palabra, con ese tono que empleaba cuando quería dejar claro que lo que iba a decir merecía atención seria.

—Felicity está decidida a vender, Jackson. No solo los almacenes, también la casa de sus padres. Dice que lo hace por su madre, que necesita reposo, pero lo cierto es que he visto en ella una determinación más profunda. No piensa quedarse en Londres. Quiere marcharse cuanto antes.

Violet asintió con vehemencia, apoyando las manos en los brazos de la butaca.

—Es como si llevara dentro un reloj que le marca la huida. No confía en nadie, se aferra a ese velo de distancia que la hace parecer inaccesible. Y, si la dejamos escapar ahora, no volveremos a tener la oportunidad de alcanzarla.

Jackson se había levantado de la silla casi de un salto. Caminaba despacio alrededor del escritorio, pero no era un paseo calmado, sino una marcha crispada, como si el suelo se le quedara pequeño. Los puños cerrados, los labios tensos y el ceño fruncido delataban la tensión que lo atravesaba. En un momento dado se detuvo y apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante con tanta fuerza que la lámpara tembló.

—¿Y cómo demonios habéis conseguido que os recibiera? —preguntó con incredulidad, alzando la voz más de lo habitual—. Llevo meses intentando acercarme sin éxito, y vosotras entráis como si tal cosa.

Emily esbozó una sonrisa comedida, casi diplomática, como quien sabe que tiene que templar la tormenta.

—Porque no fuimos como amigas, sino como compradoras. Los almacenes nos dieron la excusa perfecta. Ella confía más en las cifras que en las sonrisas.

Violet añadió con picardía, encogiéndose de hombros con aire inocente:
—Y ya sabes que en eso tengo cierta práctica. Le hablamos de arriendos, de capataces y de lonjas como si hubiéramos nacido entre barriles. Y funcionó. Se relajó lo justo para mostrarnos quién es: una mujer fuerte, sí, pero agotada de tener que defenderse de todo.

Jackson dejó escapar una carcajada amarga, seca, y giró sobre sus talones. Fue hacia el ventanal, los brazos cruzados sobre el pecho, la silueta recortada contra la luz gris del día. Por un instante pareció que iba a contenerse, pero de pronto golpeó con el puño el marco de madera, provocando un ruido seco que hizo saltar a Weston al otro lado de la puerta.

—¡No sabéis lo que hacéis! —rugió—. Felicity no es una mujer que se deje convencer con facilidad. Ni con almacenes, ni con casas, ni con fiestas. No entiende de concesiones.

Violet, que nunca retrocedía ante la ira de un hombre, se levantó de golpe y avanzó hacia él con el ímpetu que la caracterizaba.

—Precisamente por eso, Jackson. Porque no cede ante nada, necesitamos darle un motivo distinto. Un espacio donde pueda respirar sin sentir que todo es un contrato o una obligación.

Emily lo observaba en silencio, dejando que Violet incendiara el aire con sus palabras. Cuando habló, lo hizo con calma, como vertiendo agua sobre brasas para darles forma.

—Lo que mi amiga quiere decir es que Felicity necesita una pausa. Un momento en que deje de ser la duquesa que negocia y se convierta en la mujer que escucha. Y ese momento no lo tendrá en una mesa de despacho.

Jackson apretó los dientes. Sentía un nudo en el estómago, como si cada palabra confirmara lo que más temía: que Felicity estaba a punto de desaparecer de su vida. La imagen de ella marchándose con su madre, lejos de Londres, quizás para siempre, lo golpeó con tanta fuerza que tuvo que apoyarse de nuevo en la mesa. Se pasó una mano por el rostro, despeinándose más de lo habitual, y murmuró con voz ronca:

—No lo soportaría. No volver a verla… —se interrumpió, consciente de que había revelado más de lo que pretendía.

Emily y Violet intercambiaron una mirada breve, cómplice, pero no dijeron nada. Era la primera vez que él admitía en voz alta su miedo.

Jackson levantó la cabeza de golpe, con la desesperación brillando en sus ojos.

—Decidme qué proponéis. Porque os conozco lo bastante para saber que no habéis venido hasta aquí solo a contarme vuestras impresiones.

Violet sonrió como una niña que al fin podía revelar el secreto que llevaba guardando todo el día.

—Mañana iremos a su casa, como ya está convenido. Pero no lo haremos solas. Tú vendrás con nosotras.

Él arqueó las cejas, incrédulo.

—¿Yo? ¿A plena vista de todos? ¿Queréis que irrumpa en Brook Street como un pretendiente desesperado?

Emily intervino con firmeza, su voz templada, pero sin admitir réplica:

—No a plena vista. Vendrás con nosotras como criado.

Hubo un silencio tan denso que hasta Weston, al otro lado de la puerta, habría podido percibirlo. Jackson se giró hacia ellas como si acabara de escuchar una blasfemia. Su carcajada, seca, sonó más a incredulidad que a diversión.

—¿Queréis que me disfrace de lacayo? ¿Con librea y guantes blancos?

—Exacto —confirmó Violet con entusiasmo—. Nadie sospechará. Estarás presente, podrás verla, escucharla… y quizá ella, sin darse cuenta, se permita hablar contigo.

Emily añadió, con seriedad y un destello de dolor en la voz:

—No se trata de engañarla, Jackson. Lo sabes. Yo misma no soportaría una mentira prolongada, y no permitiré que se repita lo que viví con Alexander. Pero un disfraz momentáneo puede abrir la puerta que de otro modo permanecería cerrada.

Jackson los miró a ambas, atrapado entre la incredulidad y la tentación. Durante unos segundos no dijo nada, solo respiró con fuerza, como un animal acorralado que no sabe si lanzarse a pelear o rendirse. Finalmente, su voz salió grave, cargada de desgarro:

—Estáis jugando con fuego. —Hizo una pausa y bajó la mirada, como si hablara consigo mismo—. Y lo peor es que sé que yo mismo avivaré las llamas.

Violet dio un paso más, alzando la barbilla con esa audacia que siempre terminaba arrastrando a todos.

—El fuego, querido, es lo único que puede derretir el hielo.

Él se dejó caer de nuevo en la butaca, hundiendo la espalda con un gesto que mezclaba agotamiento y rendición. Durante unos segundos se quedó en silencio, la cabeza inclinada, las manos frotándose el rostro como si quisiera borrar la angustia. Después, casi en un murmullo, dejó escapar:

—Por ella… lo haré. Aunque me humille, aunque deba llevar librea como un criado, lo haré.

La confesión los dejó enmudecidos. Violet fue la primera en reaccionar, incapaz de contener la emoción. Se inclinó hacia él, dándole un golpecito cariñoso en el hombro.

—Eso es lo que necesitábamos oír.

Emily sonrió, con ternura y gravedad a la vez.

—No exageres, Jackson. Será solo por unas horas. Nadie te mirará dos veces si llevas la bandeja con la compostura adecuada.

Él arqueó una ceja, divertido y resignado, pero en sus ojos aún brillaba la sombra del miedo.

—¿Y qué sabéis vosotras de la compostura de un criado?

—Lo suficiente —replicó Emily con calma—. Hemos observado a cientos. No se trata de fingir, sino de desaparecer. Esa es la clave.

Violet, que ya se había levantado de la silla, se acercó al escritorio y apoyó ambas manos en la mesa, inclinándose hacia él con el desparpajo de una hermana traviesa.

—Además, ¿qué prefieres? ¿Unas horas con librea o toda una vida sin verla de cerca?

Jackson la fulminó con la mirada, pero en sus ojos ya no había enfado, sino una chispa de desafío.

—Sabéis tocar donde más duele.

—Eso se llama amistad —sentenció Emily, alisándose las faldas con dignidad—. Y, aunque ahora te parezca una locura, mañana nos darás las gracias.

Él dejó escapar una carcajada breve, seca, que pronto se convirtió en risa verdadera. Apoyó los codos en los brazos de la butaca y, por primera vez en mucho tiempo, dejó que el peso de la seriedad se aligerara.

—Sois insufribles… —dijo, y después, más bajo—. Pero también sois lo único sensato que me rodea.

Violet le dio un golpecito más fuerte en el hombro, como si quisiera despertarle de su pesimismo.

—Eso es porque nosotras no nos dejamos arrastrar por tu gravedad de lord. Con nosotras eres Jackson, nada más.

Emily asintió, con una sonrisa que suavizaba la firmeza de su tono.

—Mañana iremos juntos. Y pase lo que pase, estaremos a tu lado.

Durante unos segundos reinó un silencio cálido, distinto al de antes: no era la tensión de un plan arriesgado, sino la certeza de una alianza forjada en confianza y afecto. Los tres lo sintieron. Y Jackson, al inclinarse hacia ellas, lo selló con un murmullo que tenía tanto de broma como de promesa:

—Pues que alguien me busque guantes blancos de mi talla.

Las risas estallaron al unísono, ligeras, cómplices, y se mezclaron con el rumor lejano de carruajes en Brook Street. Aquella oficina, que había sido testigo de tantas decisiones graves, se convirtió por un instante en escenario de una conspiración casi infantil. Pero era precisamente esa ligereza, disfrazada de juego, la que podía abrir la puerta que Felicity mantenía cerrada.

Capítulo 15



El carruaje salió de Brook Street con un brinco leve y, durante los primeros metros, el traqueteo pareció ocuparlo todo: el cuero tensado de las correas, el resoplido de la yunta bajo el aliento frío de la mañana, el crujido de la madera cuando las ruedas tomaban el adoquinado todavía húmedo. Dentro, sin embargo, el ruido no bastaba para acallar otra cosa: el latido de Jackson, que corría desbocado como si el cuerpo quisiera llegar a Marylebone antes que los caballos.

Llevaba la librea lisa que Emily y Violet habían acordado con un cuidado casi supersticioso: casaca parda sin vivos ni escudo, chaleco crema, pantalón oscuro, botas que no delataban barniz de casa noble y guantes blancos de algodón, nuevos, de esos que no hacen ruido cuando se cierran. La gorra reposaba sobre sus rodillas porque no conseguía decidir si prefería ocultarse bajo la visera o respirar como un hombre. Miró sus manos, tan limpias, tan impropias de lacayo, y apretó los dedos hasta que los nudillos le blanquearon.

—Respira —dijo Violet, sentada enfrente, con la naturalidad de quien ordena una cosa sencilla—. No queremos que te desmayes en el primer peldaño. Arruinaría mi reputación de estratega.

Emily, a su lado, alisó el pliegue de la falda con un gesto que en ella equivalía a una campanada de sensatez.

—Escúchame, Jackson. Hoy no eres conde, ni amigo, ni nada que se parezca a ti. Eres invisible. Primero abres la portezuela,

luego ofreces la mano. Sin mirarnos a los ojos. Te sitúas dos pasos detrás, al lado izquierdo, y no te adelantas a ningún criado de la casa. Si el mayordomo indica, obedeces. Si nadie indica, no te mueves.

Él intentó sonreír, pero la boca no obedeció.

—¿Y si me habla? —preguntó, sin levantar del todo la vista.

—¿Quién? —replicó Violet, con una chispa en los ojos—. ¿Felicity? Lo dudo. Si te mira, será como se mira a una silla. Pero, si ocurre, te limitas a bajar la cabeza y respondes «señora», una sola vez, lo bastante claro para no parecer mudo y lo bastante bajo para no parecer insolente.

Emily se inclinó hacia delante con un cuidado casi doméstico, como si terminara de ajustar un nudo en la nuca de un niño.

—Y recuerda esto: no toques nada que no te pidan. Ni una cortina, ni una bandeja, ni una flor del jarrón. Dejas que Lyon mande. Es su territorio.

El nombre del mayordomo atravesó el carruaje como una aguja fría. Jackson tragó saliva. Lyon. Si había un hombre en Londres capaz de reconocerlo hasta disfrazado de obispo, era él. «Volverá a llamarme por mi título nada más verme», pensó, y un calor áspero le subió al cuello. «Y entonces…»

Violet adivinó la conclusión y le cortó el pensamiento con un gesto de mano, como si espantara una mosca.

—Si abre la boca y dice "milord", le oprimiré el corazón con una mirada. —Se rio con esa risa breve suya, que bajaba la tensión sin banalizarla—. Le explicaré que nuestros esposos insisten en que llevemos protector, y que por discreción viaja en librea. Lyon comprenderá. Lleva toda la vida guardando secretos de otros.

El carruaje giró a la izquierda, tomó una calle más ancha y se encontró con el tráfico del mediodía. Vendedores de carbón con la cara tiznada; una pescatera que empujaba el carro con los codos por

delante, la voz hecha cuchillo; dos escolares que corrían con los sombreros en la nuca; más allá, un encendedor de faroles ajustaba la mecha de una lámpara que de momento no necesitaba nadie. Londres olía a humo y a pan reciente, a hierro y a río, a algo que siempre parecía a punto de empezar.

—Esto es una locura —murmuró Jackson, y el murmullo no traía desdén, sino miedo.

—Lo sería —dijo Emily— si te lanzáramos a su salón con un ramo de flores y una disculpa. Así solo pones un pie en la casa, no en su vida. Observas, aprendes el terreno, dejas que ella respire. Y si se te nota el temblor en las manos, te las metes en los bolsillos como haría cualquier lacayo inexperto.

—No pienso temblar.

—Claro que sí —sonrió Violet—. Si no temblaras, yo me bajaba ahora mismo y dejaba que te estrellaras solo. El temblor te hará prudente.

El carruaje se sacudió en un bache. Jackson se agarró al asidero con una fuerza exagerada. «Estás a punto de verla», se dijo, y en la cabeza la palabra «verla» no significó ojos ni manos ni voz, sino la noche entera comprimida en un latido, la ventana encendida donde no había tenido valor de llamar, siete años de hambre encajados en un segundo. Cerró los ojos un instante y los abrió por miedo a perder la calle.

Emily decidió entonces pasar del reglamento al ensayo, porque siempre fue mujer de convertir el miedo en tarea.

—Supongamos que llegamos. Tú bajas primero. —Le señaló con el índice como si contara cuentas—. Abres. Violet desciende, yo la sigo. Ofreces la mano, guantes limpios, postura recta. No la aprietes como si la salvaras de un precipicio. Las sueltas, retrocedes un paso, cierras, te colocas a la izquierda. Lyon dirá «por aquí, señoras». Tú asientes con la cabeza y caminas lo justo detrás. El alfombrado amortigua el paso: levantas menos el talón. Si un criado te pregunta de qué casa vienes, lees el aire: «del servicio de

su señoría Ashbourne», o «de Huntingdon», según quién tome la palabra. Si nos miran los ojos, miras al suelo. Si te cruzas con ella…

—No me cruzaré —cortó Jackson, y esas tres palabras, pronunciadas en voz baja, sonaron a súplica y a juramento.

—Te cruzarás —corrigió Violet, dulcemente cruel—. Y entonces bajarás la mirada. Eso es todo. No hay drama, no hay discurso. Eres el hombre que abre una puerta.

—Soy el hombre que abre una puerta —repitió él, como si se lo tatuara.

El carruaje encajó en la corriente de Marylebone Lane y, de pronto, los sonidos cambiaron. Menos pregones, más ruedas de carruajes bien mantenidos; menos olor a pescado, más a cera y a jardín recogido detrás de tapias discretas. El cielo, pálido, parecía bajar un palmo sobre los tejados.

—Dices que si me habla contesto «señora» —retomó Jackson, en voz tan baja que obligó a ambas a inclinarse—. ¿Y si pronuncia mi nombre?

—No lo hará —repuso Emily—. Pero si ocurre, te quedas quieto, me miras a mí, y yo hablaré por ti. «Señora, es nuestro acompañante; mis nervios andan tontos con los tramos de escaleras, ya ve». Mentiré con elegancia. Tú sostienes el silencio hasta que ella decida si le place creerme. No estamos aquí para convencerla hoy. Solo para mirar con calma un sueño y medir sus paredes.

—Y para que la veas respirar —añadió Violet—. No has oído esa respiración en siete años. Te aseguro que el mundo cambia cuando una mujer respira a dos pasos de ti.

Él clavó los ojos en la cortinilla, pero veía otra cosa: el perfil de Felicity contra la luz de un ventanal, la sombra del velo sobre la mejilla, la breve forma de la boca cuando no está en guardia. «Si me acerco demasiado, me reconocerá por la forma de perder el aire», pensó, y el pensamiento le arrancó una mueca que no supo si era risa o dolor.

—Y hay más —siguió Emily—. Si la visita se prolonga y ofrecen té, aceptamos. Tú te quedas en la entrada o junto a la chimenea, donde te indique Lyon. No toses, no suspiras, no juegas con la visera. Si te dan una bandeja, la tomas y la sostienes como si hubieras nacido haciéndolo. Brazos a la altura del codo, nunca en tensión. Y cuidado con los ojos: los criados viejos reconocen a los señores jóvenes por la manera en que miran un reloj francés.

—No voy a mirar su reloj.

—Vas a mirar a Felicity, que es peor —apuntó Violet—. Por eso, te lo diré como a un niño: si te ves perdido, piensa en números. Cuenta peldaños, cuenta láminas de la lámpara, cuenta respiraciones. Todo lo que te haga invisible.

Jackson bajó la cabeza, no en gesto de obediencia, sino para recoger fuerzas. Necesitaba que el cuerpo le creyera el papel. Inspiró despacio, dejó ir el aire con cuidado, inspiró otra vez. Levantó la gorra y se la encajó. El paño pardo le sentó como un insulto y, al mismo tiempo, como una coraza.

—A veces dudo de vosotras —dijo, sin mirar—. Y luego recuerdo que, si no fuera por vosotras, habría saltado la verja de su jardín y estaría ahora mismo detenido por un guardia al que no sabría explicar nada.

Violet lanzó una carcajada y se inclinó para darle un golpecito en la rodilla.

—Exacto. Y el juez de paz agradecería que aparecieras en librea. Todo se arregla con dos perdones y un convite a merendar.

Emily dejó escapar una sonrisa más discreta, casi maternal.

—Estamos a punto de llegar. Escúchame bien: si en algún momento sientes que el corazón va a traicionarte, sal al zaguán. Di que vas a por un recado al cochero. Respira ahí tres veces y vuelve. Nadie lo notará. Y si yo toco dos veces mi guante, te marchas al carruaje sin discutir. Es señal de retirada.

—¿Retirada? —alzó él la vista, herido en su orgullo.

—Retirada —confirmó Emily, sin pestañear—. Hoy lo único que puedes ganar es no perder. No malgastes la oportunidad por un golpe de sangre.

La calle se abrió de pronto y el carruaje tomó la fila de fachadas de Marylebone, esas casas bien nacidas que no alardeaban ni pedían disculpas. Al fondo, como una certeza que llevaba días creciendo en su mente, Jackson reconoció la línea de la cornisa, el brillo del latón en el llamador con cabeza de león, el jardín interior que asomaba apenas por encima de la tapia. El cochero chistó a los caballos; las ruedas dejaron de cantar.

—Jackson —dijo entonces Violet, sin sonrisa—. Gracias por no huir.

Él asintió, incapaz de decir nada. La sangre le golpeaba en las sienes como si quisiera abrirle paso a la fuerza. «No te precipites», se repitió con voz de Alexander, con voz de Ezra, con voz de cualquiera que no fuera la suya. «No la pierdas ahora.»

El carruaje se detuvo. Durante un segundo, el mundo pareció vaciarse de ruido. Jackson apoyó la palma en la portezuela, sintió bajo la piel la vibración del metal. Giró la manecilla, dejó que el aire frío de Marylebone le cortara la cara como una bendición, bajó al adoquín, cuadró los hombros y, con una destreza que no sentía propia, abrió para Emily.

—Señora —murmuró, y la voz le salió obediente.

Ella apoyó apenas los dedos en su guante blanco. Descendió. Violet siguió, ligera, el velo atrapando la luz de invierno. Jackson cerró con un clic que no delató nervio, dio dos pasos atrás, dejó caer la mirada y se situó donde debía.

La puerta de la casa se entreabrió antes de que tocaran el llamador. Lyon había oído el carruaje o había intuído la visita; en él, esas dos cosas eran la misma. Se dejó ver la figura alta, la cara de hombre que ha aprendido a no mostrar sorpresa, las manos de tierra convertidas en protocolo a base de años.

Y entonces ocurrió: los ojos del mayordomo, dos grises viejos, se posaron en el supuesto lacayo y titubearon un latido. No fue un gesto, apenas un temblor de pupila, pero Jackson lo sintió como si le clavaran un alfiler en el estómago. Lyon abrió la boca.

—Mi…

—Nuestro protector —entró Violet sin ceder un palmo, con la autoridad de una reina en visita—. Nuestros esposos insisten en que nos acompañe bajo discreción. Hoy viene en librea. No tendrá que molestarse con él; sabe obedecer.

Lyon cerró la boca con un chasquido casi imperceptible. Sus ojos no volvieron al rostro de Jackson; se quedaron en el borde del guante, en la costura de la manga, en el punto exacto donde un hombre de su oficio decide si un secreto le pertenece. Tardó el tiempo de dos respiraciones en inclinar la cabeza.

—Por favor, síganme.

Capítulo 16



Jackson iba un paso detrás de Emily y Violet, anulado por la librea parda y los guantes blancos, cuando lo vio: una joven de perfil, el cabello recogido en un moño sencillo y, sin embargo, con ese rubio luminoso que parecía inventar claridad donde la luz no alcanzaba; y junto a ella, la yegua blanca, el morro apoyado en la palma de su mano, las orejas finas atentas al susurro de un gesto. Al fondo, un cielo bajo, el seto recortado, la tapia que recordaba sin querer: el límite de la finca de la tía de Felicity, vecina de Geystone Manor. El pintor, sin pretenderlo, había fijado una verdad que a Jackson le hirió el pecho: Ella no miraba al animal, ni al horizonte, ni a quien hubiera posado el caballete; miraba hacia dentro, allí donde guardaba lo que nunca decía.

Lyon avanzó dos pasos y señaló hacia la galería. Emily y Violet siguieron. Jackson, clavado un latido ante el retrato, dejó que el mundo se estrechara hasta no oír más que su propia sangre. «Así empezó todo», pensó, y el pasillo, con su alfombra amortiguando los pasos y el metal discreto de los herrajes, se disolvió para dar paso a otro aire, a otra mañana.

El retrato se abrió en su mente como una herida que no cicatrizaba nunca. La tela, con su olor tenue a aceite envejecido, con la pátina de un tiempo que ya no pertenecía al presente, le devolvía la primera visión que había tenido de Felicity. La recordaba con tal nitidez que el propio aire de la galería se impregnó de aquel día, como si los muros no pudieran contener la fuerza de la memoria y la mañana regresara con su claridad indecisa, con el mismo frescor en la hierba y la misma obediencia del cielo a una luz todavía joven.

Fue entonces cuando descubrió que una vida puede quedar ordenada por la irrupción de una muchacha desconocida que acaricia el morro de una yegua blanca. No hubo anuncio ni ceremonia. Solo el modo en que ella inclinaba la cabeza para escuchar un rumor secreto y el temblor que aquello introdujo en su pecho. Desde ese instante, todo lo demás se volvió telón, y lo único verdadero empezó a ser la expectativa de volver a verla; no de hablarla, ni siquiera de acercarse, sino de habitar el radio de su presencia, como si el mundo se redujera a ese pequeño perímetro en el que el corazón encuentra sitio.

Al principio la siguió con la discreción de quien teme espantar a un ave rara. La veía galopar por los linderos con un arrojo que desmentía la edad, los lazos, la vigilancia de la tía y de las doncellas. La veía caminar por los campos en compañía de aquella mujer severa que marcaba el paso con un bastón, y advertía cómo Felicity, siempre a medio paso por detrás, atendía a los pájaros, a las hojas, al brillo de una piedra, a todo aquello que no estaba incluido en las lecciones de urbanidad. También la veía cuando bajaba a la aldea con una cesta colgada del brazo, regateando con naturalidad por unas viandas, deteniéndose a preguntar por el hijo enfermo de la panadera, inclinándose para alzar a un niño que se había caído en el barro, riendo con una risa que no pedía perdón por existir. Hubo una mañana en que la encontró en el patio trasero de la casa de su tía, sacudiendo alfombras junto a las doncellas, y el golpe de polvo en el aire, mezclado con risas limpias, se le quedó grabado como una ceremonia de libertad: allí había alguien que no conocía la soberbia ni el artificio y que, sin embargo, estaba hecha para los salones más exigentes, para los vestidos más finos, para la luz que obliga a bajar la mirada a quienes no son capaces de sostenerla.

Con el tiempo, la contingencia abrió paso a una intención callada. Él, que podía presentarse con autoridad en cualquier salón, aprendió a ser sombra. Se adelantaba por veredas poco transitadas, comprobaba el estado de los caminos, daba la vuelta por un atajo solo para verla doblar una esquina con la cesta en el codo. Nunca se

dijo que espiaba; se decía que la cuidaba desde la prudencia, porque la sensación de que el mundo había colocado un bien frágil a su alcance le imponía una vigilancia que ni él mismo sabía contener. En ocasiones la observó a distancia cuando se detenía en la tapia para mirar los campos como si fueran un mapa cuyo lenguaje estaba a punto de descifrar. Otras veces la vio perderse en el establo, quedarse quieta junto a la yegua con una mano sobre la crin y los ojos cerrados, como si rezara sin palabras.

Los primeros encuentros fueron breves y formales, nacidos de la casualidad aparentada que ambos necesitaban. Se cruzaban en los senderos de la aldea, en el borde de algún prado, en el límite de la arboleda. Ella, con la timidez suave de quien no ha decidido aún si el mundo es un lugar amable, inclinaba la cabeza y seguía su paso. Él respondía con una cortesía impecable, y cuando la distancia se restablecía, sentía que se le había quedado en el paladar el sabor de una promesa. Aquella muchacha era una gatita asustada, desconfiada del gesto gratuito, temerosa de las manos demasiado rápidas, recelosa de lo que brilla sin calor. No entregaba su confianza, la iba concediendo por capas, con la lentitud sabia de quien se protege para no romperse.

Poco a poco, sin que ninguno pudiera señalar la jornada, pasaron de vecinos a conocidos, de conocidos a amigos. Las conversaciones, siempre cortas, empezaron a alargarse, primero con un comentario sobre el tiempo o sobre el estado de los caminos, luego sobre un libro, sobre un poema, sobre una carta encontrada en el arcón de la tía. Jackson descubrió que, bajo la reserva exterior, vivía una inteligencia curiosa y serena, una mente que miraba el mundo con atención y que anotaba en silencio lo que los demás pasaban por alto. Había en Felicity una delicadeza que no consistía en fragilidad, sino en una especie de fuerza sin estrépito: la firmeza de sostener su propio juicio aunque dejara a los otros la ilusión de mandar.

A medida que la confianza crecía, Jackson comenzó a enseñar su costado vulnerable, ese que rara vez mostraba ni a sus amigos. No lo hacía con declaraciones ni arrebatos, sino con gestos.

La invitaba a caminar por la parte más seca del sendero, retiraba del camino una rama que pudiera arañarla, le acercaba, como por accidente, una flor que acababa de arrancar de un zarzal. Ella aceptaba esos dones mínimos como quien aprende a hablar un idioma nuevo en el que lo esencial no se dice en voz alta. Un día él la vio resbalar en la hierba húmeda y bastó que le tendiera la mano para que aquel contacto, sencillo y preciso, quedara consagrado en su memoria como un sacramento. Otro día, ella le señaló una nube que parecía una vela desplegada, y al elevar la vista hacia el cielo, él comprendió que a partir de entonces las nubes tendrían nombre, forma y dirección.

El beso llegó cuando ya eran, sin haberlo dicho, el uno del otro. Fue él quien lo decidió, no como un reto ni como una conquista, sino como el acto natural que sigue a una evidencia: ya no podía no besarla. Estaban de pie en el claro más bajo del prado, donde el viento sin prisa peinaba las espigas. El sol no se imponía, acompañaba. Jackson, que tantas veces había contenido el impulso por respeto a la timidez de ella y por obediencia a su propia noción del honor, dio un paso, sostuvo su rostro entre las manos con una delicadeza que no pedía permiso y, por fin, acercó su boca. Pensó que ella se apartaría; creyó que esa gatita desconfiada haría un gesto rápido y huidizo, y se preparó para aceptarlo con gratitud. No fue así. Felicity, con la pureza de quien reconoce un destino compartido, se alzó un poco, cerró los ojos y respondió al beso como si hubiera estado esperándolo desde el principio de su vida. En aquel instante, las palabras matrimonio, alianza, futuro, dejaron de ser vocablos que pesaban en los salones para convertirse en algo sencillo: pertenencia.

Meses después ya eran, a todos los efectos, una pareja. No la pareja exhibida que busca la aprobación con la estridencia de las victorias, sino la pareja que acumula certezas sin necesidad de testigos. Habían descubierto la topografía secreta de los días cuando están atravesados por el amor: la hora exacta en que la luz favorece las caminatas, el banco de piedra donde uno puede sentarse sin enfriarse la espalda, el atajo que evita la vista de los curiosos, el

árbol que ofrece sombra sin ocultar la vista del valle. Compartieron confidencias que no se cuentan a nadie y silencios que no se logran con cualquiera. Aprendieron la economía precisa de la ternura, ese arte de retirar a tiempo la mano para que el deseo no confunda el fervor con la prisa. Y, sin embargo, también fueron amantes. No porque quebraran una ley por capricho, sino porque obedecieron la ley más antigua, la que hace de dos un hogar. En una habitación discreta de la casa de campo, en un cobertizo que olía a manzana, en el mismo prado donde se habían besado, unieron sus cuerpos con una devoción que convirtió en sagrados los objetos más humildes: una manta áspera, una silla sin barniz, un vaso de agua que compartían como si fuese vino de ceremonia. Al separarse, no se debían explicaciones: sabían que habían hecho algo justo.

Ese amor podría haber avanzado sin resistencia si el mundo fuera un lugar donde prevalece lo evidente. Jackson era conde de Everton, su casa contaba con tierras, rentas, reputación y una red de lealtades que había consolidado con paciencia y rectitud. Podía presentarse ante el barón, pedir la mano de su hija con garantías, poner su nombre y su fortuna al servicio de la familia y de la paz. No hubo noche en que no considerara esa opción, que era la más recta y, en apariencia, la más segura. Sin embargo, estaba el rumor. Ese rumor antiguo, obstinado, que desde su nacimiento le había puesto una sombra en la piel. Decían —sin decirlo a la cara— que su madre no era lo que debía, que en su sangre se mezclaba una gota prohibida, y bastaba que Jackson entrara en un salón para que los ojos, con falsedades de cortesía, se posaran un segundo de más sobre su tez. El rumor no se presentaba con pruebas ni con acusadores; se limitaba a existir, como existen las corrientes frías en los ríos limpios. Y el barón, guardián de un linaje que amaba más que a las personas, no perdonaba ni siquiera la posibilidad de la duda.

La noticia llegó con disfraz de prudencia: la tía comunicó que Felicity debía volver a Londres, puesto que se preparaba para ella un porvenir adecuado. Adecuado quería decir un duque. Adecuado quería decir un título que, en los bailes y en los

periódicos, hacía olvidar cualquier anécdota menor. Jackson lo comprendió todo en un segundo, sin que nadie se tomara la molestia de explicarlo: la riqueza no enmienda lo que la murmuración señala, y el mundo prefería una alianza útil a una verdad profunda. Fue entonces cuando tomaron la única decisión que les permitía seguir siendo ellos mismos: Gretna Green. No para huir del honor, sino para coronarlo. No porque temieran al barón, sino porque entendían que el tiempo tenía que obedecer a su amor y no al calendario de una agenda social.

La preparación del viaje fue un acto de fe. Jackson eligió un carruaje ligero, con la caja sólida y los ejes revisados, tirado por dos caballos resistentes y nobles. Pidió a un cochero discreto, que a lo largo de los años había aprendido a no hacer preguntas cuando el patrón hablaba con voz baja. Dispuso un equipaje que no llamara la atención: una maleta de cuero con ropa para tres días, algo de dinero en efectivo, documentos suficientes para sortear cualquier contratiempo. Acordaron la hora con la precisión de quienes han vivido demasiado tiempo en la espera. Tras la medianoche, cuando la casa de la tía se quedara sin luces y el ajetreo de la servidumbre se apagara, el carruaje se situaría detrás del cobertizo que daba al camino menos transitado. Felicity, que conocía cada recodo de aquella casa, saldría por la puerta del servicio, cruzaría el patio entre sombras y, sin despedirse de nadie, subiría al carruaje con la determinación serena que la definía. No hacían falta votos solemnes: bastaba mirarse para saber que Gretna Green no era un atajo, sino el único camino recto hacia ellos mismos.

El día de la partida transcurrió con la lentitud cruel de las horas decisivas. Jackson se obligó a mantener la rutina para no delatarse. Revisó cuentas, pasó por los establos, cruzó el patio sin detenerse a hablar con nadie, comió lo imprescindible para sostener el cuerpo y, al caer la tarde, se retiró con el pretexto de leer. En realidad, repasó en silencio cada detalle del plan, no para enmendarlo, sino para aquietar la mente en la certeza de lo previsto. La noche llegó con obediencia. En la casa vecina, la tía no alteró un solo hábito: las luces se apagaron a la hora de siempre, las últimas

órdenes se extinguieron como brasas cubiertas. El cochero condujo el carruaje hasta el lugar convenido, cubrió la lámpara con un resguardo para no delatar la espera y sostuvo las riendas con la calma aprendida en tantas vigilias. Jackson llegó unos minutos antes, porque sabía que el corazón mide mal y prefería que sobrara el tiempo por él y no por ella.

El aire estaba limpio, sin luna alta, con esa claridad suficiente para dar contorno a las cosas. Olía a tierra húmeda y a madera reciente. Jackson apoyó una mano en el bastidor del carruaje, sintió bajo los dedos la vibración de la madera viva y respiró hondo, como quien se prepara para entrar en su propia casa. En ese latido cabía una vida entera: la visión de Felicity cruzando el patio, los peldaños de la portezuela, la manta sobre sus rodillas, la salida silenciosa hacia el camino, la primera curva, la carretera. Imaginó los hitos que les confirmarían que el plan avanzaba: la verja oxidada, el molino sin aspas, el puente con la barandilla hundida, la posada que cerraba los ojos ante los viajeros nocturnos, la frontera invisible que no aparece en los mapas pero se siente en la sangre. Pensó en las palabras que no dirían, en la mano de ella enlazada con la suya, en el amanecer primero que les pertenecería con legitimidad, en la certeza tranquila de que el mundo no podría volver a separarlos.

No hubo aviso. No hubo amenaza. Solo un cambio en el aire, un silencio distinto a su espalda. El cochero, fiel a las riendas, no dio señales, quizá porque nada alcanzó a ver. Jackson apenas tuvo tiempo de girarse. No pensó en peligro, pensó en Felicity, como si su nombre pudiera protegerlo de todo. Después, el golpe. Una sombra ciega, un derrumbe blanco por dentro, un estrépito sordo que lo arrojó a un pozo sin salida.

No supo cuánto duró la oscuridad. Cuando el mundo volvió, lo hizo con un olor a hierro y polvo, con un pulso doloroso en la sien y un peso extraño en la nuca. Abrió los ojos y vio el carruaje donde lo había dejado, aunque sin el orden preciso de la espera: la manta caída, la lámpara medio apagada, una rueda hundida en el barro. Se incorporó tambaleante, recorrió con la vista la tapia, las

puertas, las ventanas que permanecían cerradas como si la casa durmiera. Buscó huellas, señales, cualquier indicio de ella. No encontró nada.

Fue entonces cuando lo comprendió. La certeza lo atravesó sin necesidad de pruebas ni testigos: Felicity no estaba allí. El plan había sido quebrado en su ausencia, arrancado de raíz mientras él yacía en la oscuridad. Ya no la vería cruzar el patio, ni subir los peldaños, ni estrechar su mano en el carruaje. Todo lo soñado se había deshecho en un solo instante, como un cristal roto contra la piedra.

Y así, con la respiración rota, Jackson entendió que su mundo había quedado destruido para siempre.

Capítulo 17



La puerta se abrió con un rumor breve, como si los goznes hubieran aprendido a no perturbar la calma del interior. El zaguán olía a cera recién extendida y a romero, un aroma limpio que imponía orden más que consuelo. Jackson, oculto tras la librea parda y los guantes blancos, siguió a Emily y Violet con el paso medido de un criado. El mármol del suelo devolvía reflejos fríos y, durante un instante, tuvo que recordarse cómo respirar.

En el salón aguardaba la duquesa. Se incorporó de la butaca junto a la chimenea con un movimiento sobrio. El vestido gris, sin adornos, resaltaba la claridad de su cabello recogido en un moño sencillo, del que escapaban algunos mechones rebeldes. Sus manos reposaban en el respaldo de la butaca, y sus ojos, alzados hacia Emily y Violet, mantenían una serenidad que no invitaba a la cercanía inmediata.

—Lady Huntingdon, lady Ashbourne —saludó con una inclinación medida—. Les agradezco que hayan venido.

Su voz era clara, firme, pero contenía una nota de distancia, como si cada palabra levantara una muralla invisible.

Emily, con la naturalidad de quien sabe hacer sentir al otro en terreno seguro, respondió con suavidad:

—Gracias a usted por recibirnos, duquesa.

Violet, con un entusiasmo que nunca parecía impostado, añadió:

—Su casa es aún más hermosa de lo que imaginaba. Se nota el cuidado, incluso en los detalles más pequeños.

La anfitriona esbozó una sonrisa cortés, apenas un destello, suficiente para cumplir con la cortesía y al mismo tiempo marcar la frontera.

—Fue de mis padres —dijo—. Ahora la mantengo por respeto a su memoria… y porque a mi madre le ofrece consuelo permanecer aquí.

Jackson, al fondo, sintió un golpe en el pecho. La ternura que lo había desarmado en su juventud se transformaba ahora en dolor. Aquella mujer no era la muchacha que había reído entre prados y caballos, sino alguien endurecida por pérdidas y soledades que él no había compartido.

Emily, con diplomacia, dio el primer paso hacia el motivo de la visita:

—Entendemos que considere desprenderse de la residencia. Una casa así exige una dedicación constante, y más cuando se tienen otros asuntos que atender.

La duquesa acomodó un mechón rebelde detrás de la oreja. Ese gesto sencillo, que en otro tiempo habría encendido el deseo juvenil de Jackson, ahora le pareció la prueba de una mujer que vivía midiendo cada palabra.

—Exacto —respondió—. No puedo permitirme sostener una casa que pronto quedará vacía.

—¿Vacía? —preguntó Violet, ladeando la cabeza con una chispa curiosa—. ¿Quiere decir que planea marcharse de Londres definitivamente?

Hubo un silencio denso. Ella miró hacia la ventana, como si buscara en la claridad gris del día una razón que aún no se atrevía a pronunciar.

—No lo he decidido del todo —dijo al fin—. Pero lo considero. Londres guarda demasiados recuerdos.

Emily asintió despacio.

—A veces, los recuerdos pesan más que las paredes que los sostienen.

—Y aun así —añadió Violet, con tono más suave—, las paredes también pueden ofrecer refugio, si se dejan entrar otras memorias.

La duquesa inclinó la cabeza, agradeciendo la intención sin comprometerse.

—Tal vez. Pero no es fácil.

Emily buscó otro terreno, con la sutileza que la caracterizaba:

—¿Le molesta si admiramos un poco la casa? Siempre creemos que una residencia habla tanto de sus dueños como de cualquier conversación.

—Por supuesto —concedió ella, y su voz recuperó un grado de firmeza—. Lyon, acompáñenos.

El mayordomo asintió. Emily y Violet avanzaron hacia el corredor, seguidas de cerca por Jackson, que mantenía su papel de criado obediente.

Antes de salir del salón, Violet se detuvo un instante. Sus ojos recorrieron las paredes, los lienzos. Paisajes de marinas, bosques serenos, canales bajo cielos pálidos.

—Qué selección tan tranquila —comentó, con amabilidad —. Bosques, ríos, cielos claros… transmite calma.

La duquesa sostuvo su mirada apenas un segundo.

—La casa parecía demasiado sombría sin ellos.

Emily dejó que sus ojos se posaran en los marcos. Había demasiados paisajes, demasiada neutralidad. Y, lo más llamativo, ninguna figura humana.

—Me sorprende no ver retratos familiares. Suele haber algún antepasado que vigile desde la pared. ¿No había aquí uno del

barón?

La mano de la duquesa se apoyó en el respaldo de la butaca, sin mostrar vacilación.

—Lo hubo. Lo guardé.

Emily inclinó apenas la cabeza, respetando el silencio que seguía a esa respuesta. Violet, con la frescura que sabía quitar hierro a cualquier peso, añadió:

—A veces, guardar es también una forma de descanso.

—Eso pensé —concedió ella.

Jackson apretó los puños dentro de los guantes. La ausencia del barón en aquellas paredes era tan elocuente como un grito. Esa casa, que debía exhibir su autoridad en cada cuadro, se había deshecho de él. Y la mujer que ahora mostraba sus estancias a las amigas no era la muchacha que había buscado la libertad en su mirada, sino alguien que, a fuerza de soledad, había aprendido a borrar.

Atravesaron el corredor hacia el ala más sobria de la residencia. El tapiz ocre de las paredes absorbía la luz invernal, y el aire parecía más frío, como si esa parte del edificio hubiera olvidado la risa. Emily y Violet caminaban a cada lado de la anfitriona, midiendo los pasos con la elegancia de mujeres acostumbradas a recorrer salones ajenos sin sentirse extrañas. Jackson, en silencio, cerraba el pequeño cortejo a la distancia justa: lo bastante cerca para servir, lo bastante lejos para no llamar la atención.

La duquesa abrió las puertas de doble hoja con un gesto sereno.

—Este era el despacho de mi padre —dijo—. Ahora es mi biblioteca.

El aire cambió de inmediato: un perfume de papel, madera encerada y, bajo todo, un rastro de lavanda. Dos ventanales altos bañaban la estancia en claridad. Donde antes debió imponerse un escritorio solemne, con mapas y plumas para dictar órdenes, se

alzaban ahora estanterías de pino claro, cargadas de volúmenes ordenados con cuidado. Sobre una mesa sencilla reposaban un cuaderno encuadernado en cuero, una pluma discreta y una jarra de porcelana con tres narcisos tempranos.

Emily recorrió la sala con la mirada, y su voz, cuando habló, fue un susurro de aprobación:

—Qué transformación tan lograda. No queda rastro de severidad… es como si la habitación hubiera respirado al fin.

—Era necesario —repuso la duquesa con calma—. Los muros guardan demasiado si uno no los alivia.

Violet se adelantó, deteniéndose frente a una estantería. Sus dedos rozaron los lomos de varios libros antes de plegarse sobre sí mismos.
—Me fascina que un lugar pensado para intimidar se haya convertido en refugio. Los libros suavizan cualquier herencia.

Ella inclinó apenas la cabeza, concediendo la observación.
—No siempre. Algunos pesan tanto como un retrato.

Emily sonrió con dulzura.

—Entonces ha elegido bien.

Se acercó a la mesa y se detuvo ante el cuaderno abierto. No preguntó a quién pertenecían aquellas anotaciones, pero inclinó la cabeza como quien respeta un secreto íntimo.

—Es un espacio para pensar —murmuró—. Y para recordar que el pensamiento puede ser amable.

—Eso intento —contestó la dueña de la casa.

Violet, todavía junto a los libros, se inclinó para leer algunos títulos en voz baja.

—Poesía inglesa… tratados de jardín… sermones. Y novelas. —Giró hacia ella con una chispa divertida—. No imagino al barón permitiendo novelas en su despacho.

Una sombra de sonrisa cruzó el rostro de la duquesa.
—Tampoco él.

Las tres rieron suavemente, y el murmullo llenó la sala como un alivio inesperado. Jackson, desde el fondo, sintió que aquella risa tenía un filo insoportable: era la misma música que había soñado escuchar durante años, ahora velada por los muros de una vida que ya no le pertenecía.

Emily se volvió hacia los ventanales, admirando la claridad que se derramaba sobre la mesa.

—Imagino que aquí se lee la mañana con comodidad.

—Y la tarde también —respondió ella—. La luz se inclina de otra forma, pero nunca abandona la estancia.

Violet, jugueteando con el broche de su capa, lanzó la pregunta con suavidad, sin ánimo de hurgar, pero con la precisión de quien sabe mirar:
—¿Y los mapas? Un despacho suele tenerlos, colgados como promesas de poder.

La duquesa sostuvo su mirada sin vacilación.

—Los retiré. Los mapas marcan límites. Prefiero libros que los difuminen.

Emily dejó escapar un leve asentimiento.

—Entonces esta sala es más suya que cualquier otra en la casa.

Ella no negó. Sus dedos se posaron un instante sobre el respaldo de la butaca, como si reconocieran ese lugar como propio.

Jackson lo sintió en lo más hondo: aquella habitación, que había sido el corazón de la autoridad paterna, se había convertido en un santuario femenino. Allí, el barón no existía. Solo ella.

Emily recogió la conversación con la elegancia de quien sabe no alargar demasiado una confidencia:

—¿Nos permite ver la planta alta? Siempre pensamos que las galerías cuentan la verdad más íntima de una casa.

—Por supuesto —dijo la duquesa, girándose hacia la puerta.

Violet sonrió con frescura.

—Las escaleras siempre guardan secretos. Estoy deseando verlos.

Las tres salieron de la biblioteca. Jackson, un paso detrás, las siguió en silencio. No llevaba objeto alguno entre las manos: las mantenía discretamente cruzadas a la espalda, en la actitud comedida de un sirviente que no reclama espacio. Y, sin embargo, cada línea de su porte lo delataba. El andar erguido, la seguridad en el paso, la gravedad en los hombros; nada podía borrar del todo la educación de un conde. Era un disfraz útil, pero imperfecto: bastaba una mirada atenta para intuir el linaje oculto bajo aquella librea.

Capítulo 18



Sus pisadas, amortiguadas por la alfombra, acompañaban el ascenso. En el pecho, en cambio, cada paso resonaba como un tambor apagado. Jackson sabía que la segunda planta los llevaría a la desnudez más reveladora: el cuarto del barón, ahora vacío, y la alcoba de Felicity, el espacio donde había crecido y vivido como esposa. Lugares donde la verdad ya no podía esconderse tras flores secas ni bibliotecas luminosas.

La escalera ascendía con una curva elegante, el pasamanos bruñido por años de manos cuidadosas. Emily y Violet seguían a la anfitriona con la naturalidad de mujeres habituadas a adaptarse al paso de quien abre su casa. Jackson subía tras ellas, un escalón más abajo, con las manos cruzadas a la espalda. No necesitaba que nadie le recordara su papel: el silencio era su único refugio, aunque cada fibra de su cuerpo proclamara que no era un criado, sino un hombre nacido para caminar al frente.

El primer piso los recibió con un corredor alfombrado en tonos suaves, apenas iluminado por las lámparas de aceite que Lyon había encendido al atardecer. Los retratos seguían ausentes. En su lugar colgaban tapices discretos de escenas campestres, flores bordadas en marcos sencillos, nada que impusiera autoridad. Era como si el eco de los antepasados hubiera sido deliberadamente apagado.

La duquesa abrió la primera puerta a la derecha.

—Este era el cuarto del barón —dijo con serenidad, aunque la confesión arrastraba sequedad.

Emily y Violet intercambiaron una mirada fugaz antes de entrar. La estancia era amplia, pero desnuda. No quedaba rastro de un sillón, un baúl o siquiera una silla olvidada. El suelo, recién encerado, devolvía un brillo austero. Las paredes estaban vacías, salvo por las marcas donde en otro tiempo habían colgado cuadros o repisas. La chimenea mostraba brasas apagadas, cubierta de polvo reciente, como si nadie la hubiera encendido en años.

Emily avanzó despacio, midiendo las palabras con un cuidado exquisito.

—Qué… vacío tan elocuente.

Violet, más directa, rozó con la yema de los dedos la moldura de la ventana.

—No queda huella de él. Es como si nunca hubiera estado aquí.

Ella permaneció en el umbral, sin avanzar un paso.

—Así lo quise —dijo—. No podía soportar su sombra. Preferí que este cuarto quedara en silencio antes que conservar un eco de su voz.

La respuesta cayó con un peso que nadie osó discutir. Emily inclinó la cabeza con respeto.

—Comprendo. A veces, borrar es la única forma de seguir viviendo.

Violet añadió con suavidad, sin ánimo de herir:

—Y al mismo tiempo, es un acto de valor. No todas las mujeres pueden hacer desaparecer un cuarto entero.

Felicity sostuvo la mirada apenas un segundo antes de apartarla hacia el corredor.

—Pasemos. No hay nada más que ver aquí.

Emily y Violet obedecieron sin añadir comentario, sabiendo que habían tocado un límite. Jackson, desde la sombra de la puerta, se permitió una sola mirada más. La desnudez de aquella estancia lo atravesó: era un vacío impuesto, una negación absoluta del padre. Y,

de algún modo, también un reflejo de la soledad de la mujer, que había tenido que arrinconar a los suyos para sobrevivir.

Salieron de nuevo al corredor. Las puertas cerradas aguardaban como promesas o amenazas. La siguiente se abrió hacia un cuarto más luminoso, preparado con delicadeza, donde Felicity detuvo el paso antes de hablar.

—Este es mi dormitorio.

El ambiente cambió de inmediato, más tibio, impregnado de un perfume leve de violetas y cera de abeja. Emily y Violet cruzaron el umbral con curiosidad medida. Jackson se quedó a la distancia justa, clavado al suelo, sabiendo que estaba a punto de entrar en el terreno más íntimo: la habitación donde ella había vivido como esposa, como mujer, como dueña de un espacio secreto.

La alcoba se abría en un equilibrio entre sobriedad y delicadeza: una cama amplia, cubierta por colchas claras, un dosel sencillo sin adornos recargados, un tocador de madera con espejo ovalado y pequeños frascos de cristal ordenados como si cada uno custodiara un recuerdo. En la repisa de la chimenea, encendida con brasas vivas, descansaba una figurita de porcelana que representaba un cisne.

Emily fue la primera en hablar, con voz baja, como si respetara la intimidad del lugar.

—Es una habitación muy serena. Da la impresión de estar hecha para guardar calma.

La duquesa cruzó las manos delante de sí y asintió.

—La necesito. La calma, quiero decir.

Violet se acercó a la ventana. Las cortinas de lino blanco dejaban entrar la claridad sin resistencia.

—Aquí debe de entrar una luz preciosa por las mañanas.

—Sí —respondió ella—. Aunque a veces prefiero cerrarla. Demasiada claridad también hiere.

Emily rozó con los dedos la superficie del tocador, deteniéndose en un libro cerrado junto al espejo.

—¿Un diario?

—No. —La mirada de Felicity sostuvo la suya un instante —. Solo notas de lectura.

Jackson, desde el umbral, observaba cada detalle con un nudo en la garganta. Aquella era la habitación de su mujer. La cama donde dormía, los frascos donde guardaba sus perfumes, el espejo que recogía cada mañana su reflejo. Nada en el mundo podía resultarle más doloroso: estar allí, a escasos pasos, fingiendo ser un sirviente, cuando lo único que deseaba era cruzar el espacio, tomar su mano y recordarle que, antes de todo, había sido suya.

Violet, quizá consciente de la tensión que pesaba en el aire, buscó suavizarla.

—Me gusta este cisne. —Señaló la figurita de porcelana—. Parece fuera de lugar y, al mismo tiempo, perfecto aquí.

Una sonrisa breve asomó en los labios de la duquesa.

—Me gusta este cisne —dijo Violet, inclinándose hacia la repisa—. Parece fuera de lugar y, al mismo tiempo, perfecto aquí.

Felicity lo contempló en silencio unos segundos, como si aquel objeto guardara un secreto que no debía pronunciarse a la ligera.

—Fue un regalo —respondió al fin.

—¿De una amiga, quizá? —aventuró Emily.

Felicity negó suavemente, con un temblor apenas perceptible en los labios.

—No. De alguien que en otro tiempo me miró como si mi vida entera fuera tan blanca y serena como este cisne. De alguien que significó demasiado en mi pasado.

Emily y Violet no insistieron; aceptaron la respuesta como quien respeta una confidencia que no le pertenece.

Jackson, en cambio, sintió que la estancia se volvía demasiado estrecha para contener lo que estallaba en su pecho. El cisne. Aún allí, intacto, sobre la repisa de su alcoba. Recordó el día en que se lo entregó, torpemente envuelto en papel de estraza, porque lo importante no era el adorno, sino lo que había querido decirle: que la veía única, elegante, intocable en su pureza, como esas aves que atraviesan el agua sin mancharse jamás. La había comparado con esa blancura no por su piel, sino por la luz que emanaba de ella.

Ahora lo veía colocado en el lugar más íntimo de la casa, el único rincón donde nadie podía entrar sin permiso. Y esa permanencia lo conmovió hasta casi delatarlo: Felicity podía haber destruido cualquier rastro de él, y sin embargo había elegido conservar ese cisne. No en la sala, no en la biblioteca, no en un armario olvidado. En su dormitorio. Donde cada noche lo miraba antes de cerrar los ojos.

El conde apretó con fuerza las manos a la espalda para no dejar que temblaran. Ese pequeño objeto, humilde y frágil, acababa de demostrarle algo que ni el tiempo, ni el dolor, ni la traición habían logrado borrar: él seguía habitando en ella.

Capítulo 19



Regresaron al salón en un silencio cortés, como si la intimidad de las habitaciones visitadas hubiera dejado una huella que ninguna se atrevía a quebrar demasiado pronto. Agnes aguardaba junto a la mesa baja; con la eficacia discreta de toda una vida de servicio dispuso la bandeja de té, la tetera humeante y una pequeña selección de dulces. Felicity le agradeció con un leve gesto y, sin esperar ayuda, tomó el mando de la ceremonia.

—Un Keemun recién abierto —anunció, vertiendo el líquido oscuro con una calma que parecía aprendida a fuerza de disciplina. Servirlo con sus propias manos era su manera de conservar el control, de no delegar ni siquiera en lo más cotidiano.

Ofreció la primera taza a Emily, la segunda a Violet y, solo después, se sirvió a sí misma. Jackson permanecía erguido junto a la pared, las manos cruzadas a la espalda. El disfraz de criado lo protegía de las miradas, pero por dentro seguía temblando. Aún llevaba en la retina la visión de la alcoba, con cada objeto impregnado de ausencia, y en el centro, aquel cisne de porcelana que lo había derrumbado: la prueba de que Felicity guardaba algo suyo. No necesitaba volver a verlo; bastaba la certeza de que lo conservaba, escondido en el corazón de su vida más íntima, para sentir que todo lo perdido se le devolvía un instante.

Emily probó el té con calma.

—Perfecto —dijo—. La medida justa.

Violet sonrió con desenfado.

—Emily siempre asegura que yo lo prefiero demasiado fuerte.

—Porque confundes fortaleza con amargura —replicó Emily, arqueando una ceja.

Felicity dejó escapar un destello de complicidad, breve pero suficiente para recordar que aún sabía sonreír.

—En eso coincido con lady Huntingdon. Un té bien preparado sostiene el ánimo; uno mal medido lo envenena.

Las tres rieron suavemente. Jackson bajó la vista, aferrándose a ese sonido como a un rescoldo de un pasado que creía perdido. La risa de Felicity, que tanto había añorado en las noches de soledad, regresaba envuelta en un presente al que aún no pertenecía. La contuvo en su interior como un hombre que guarda el último fuego en medio de la nieve.

Violet, aprovechando el clima distendido, dejó la taza en el platillo.

—Duquesa, le confieso que esta residencia nos interesa mucho. Tiene la solidez que buscábamos.

Emily asintió.

—Y la ubicación es inmejorable.

Felicity apoyó las manos sobre las rodillas. El gesto era sereno, pero sus ojos revelaban una inquietud imposible de ocultar.

—Entonces, ¿desean seguir adelante con la compra?

Emily sostuvo su mirada con calma.

—Queremos pensarlo con detenimiento. Esta casa tiene demasiado que considerar… y un mes sería un plazo razonable antes de dar una respuesta definitiva.

El desconcierto cruzó el rostro de Felicity, quebrando por un instante su compostura.

—¿Un mes? —repitió, como si la cifra la desbordara.

Violet inclinó la cabeza hacia un lado, suavizando la tensión con su frescura habitual.

—Sí. Un mes no es un retraso, es un regalo. Nadie se precipita en una decisión tan seria. Y mientras tanto, usted gana tiempo. No tiene que marcharse de Londres de inmediato.

Emily añadió con un matiz más hondo, su voz casi un arrullo:

—Ese mes puede ser suyo. No todo es vender o comprar una casa. A veces, lo que se retrasa en los papeles se convierte en alivio en la vida.

Felicity bajó la vista hacia su taza, y el leve temblor de sus dedos sobre la porcelana denunció la lucha interior. Un mes… aquello era más de lo que había esperado. Un mes significaba no cerrar todavía las puertas de esa casa, no despedirse tan pronto de la ciudad, tal vez darle a Robert ocasión de regresar, tal vez conceder a su madre un respiro. La idea, en apariencia sencilla, se le presentó como un bálsamo inesperado.

Jackson, desde su rincón en penumbra, lo comprendió antes incluso de que ella lo admitiera. Vio cómo sus facciones, tensas al principio, se relajaban apenas un matiz; cómo la incredulidad dejaba paso a un silencio pensativo. Ese cambio lo atravesó. Un mes más con ella en Londres era también un mes más para él, una grieta en el muro del tiempo que lo había mantenido lejos. La esperanza le ardió en el pecho como una chispa peligrosa, y tuvo que apretar con fuerza las manos a la espalda para que nadie lo adivinara.

Felicity levantó los ojos despacio, como quien acepta que lo imposible se concede de forma inesperada.

—Aprovecharé el tiempo —dijo con un hilo de voz—. Para ordenar la casa, quizá… para hacer otras cosas.

Emily sonrió con serenidad.

—Y también para despedirse de sus amigas, si así lo desea.

Hubo un silencio breve, inesperadamente denso. Felicity sostuvo la mirada de Emily y, casi sin proponérselo, dejó escapar la verdad con una franqueza que la sorprendió incluso a ella misma:

—No tengo amigas.

La frase, dicha sin dramatismo, cayó con la fuerza de lo irremediable. Violet ladeó la cabeza, como si buscara restarle gravedad con un gesto espontáneo.

—Entonces tendrá ocasión de ganar alguna en este mes.

Emily añadió con dulzura medida:

—Si me lo permite, me gustaría ser la primera.

Violet la siguió, con una sonrisa luminosa que no necesitaba adornos:

—Y yo la segunda.

Felicity las contempló en silencio. El desconcierto inicial se transformó en un temblor en sus labios, y sus pestañas velaron unos ojos que brillaban con humedad contenida. No derramó lágrimas, pero cuando al fin murmuró un «Gracias», la palabra fue suficiente para llenar toda la estancia.

Jackson sintió que ese agradecimiento lo atravesaba como una espada. Durante años había soñado con ser él quien rompiera su soledad, quien le ofreciera un refugio, y ahora veía cómo, con la naturalidad de la amistad, dos mujeres lograban lo que él nunca pudo. Se obligó a no moverse, a no dejar que sus manos rompieran el disfraz de criado, aunque cada fibra de su ser gritara por estrecharla entre sus brazos y contarle la verdad de aquel día que los había destrozado.

El aire en el salón se suavizó poco a poco. Hablaron de libros —Emily recordó un tomo de sermones leído en Oxford, Violet mencionó una novela francesa que circulaba de mano en mano—; hablaron de moda —los sombreros parisinos que parecían haber invadido Bond Street—; incluso rieron sobre las lluvias persistentes que no daban tregua aquel invierno. Felicity sonreía en varias

ocasiones, contenida aún, como si temiera que un exceso de alegría quebrara un cristal invisible.

Para Jackson, cada uno de esos gestos era un puñal y un consuelo: reconocía en ella tanto a la muchacha que había amado como a la mujer que, lentamente, volvía a abrirse al mundo.

El reloj de la repisa dio las cinco, marcando con su campanada suave el final de la visita. Agnes apareció en el umbral con la discreción que la caracterizaba.

—¿Desean más té, milady?

Felicity negó con amabilidad.

—No, gracias, Agnes. Ha sido suficiente por hoy.

Emily dejó la taza en el platillo y se incorporó con la elegancia tranquila que siempre la acompañaba.

—No queremos abusar de su hospitalidad.

Violet, con su natural franqueza, se inclinó hacia delante como si quisiera sellar lo que ya había sido dicho.

—Entonces quedamos en que volveremos pronto. No todos los días, claro, pero lo bastante a menudo para que no vuelva a decir que está sola.

Felicity abrió los labios, sorprendida, pero la emoción la dejó sin respuesta. Emily, con ternura, tendió la mano en un gesto sincero:

—Las casas pueden ser frías, pero la amistad las calienta. Permítanos ser ese calor mientras permanezca en Londres.

La duquesa miró primero a una, luego a la otra. Un temblor leve recorrió sus labios antes de pronunciar, apenas en un susurro:

—De acuerdo. Lo aceptaré.

El pacto quedó sellado sin necesidad de más palabras.

Emily alisó la falda con calma.

—Entonces nos despedimos por hoy, Felicity.

El nombre, pronunciado sin título, hizo que la aludida levantara la cabeza. Una media sonrisa se dibujó en sus labios, tímida pero sincera.

—Felicity —repitió, como si se reconociera a sí misma después de mucho tiempo.

Violet respondió con un guiño cómplice, celebrando la pequeña victoria.

Caminaron hasta el vestíbulo, donde Agnes les abrió la puerta. El aire frío de la tarde se coló en la estancia, crispando las llamas de los candelabros. Emily y Violet agradecieron la visita con fórmulas corteses, y Felicity permaneció de pie, serena, observándolas con una expresión en la que se mezclaban gratitud y reserva.

Cuando la puerta se cerró, los tres avanzaron unos pasos por la acera empedrada. Se detuvieron sin acordarlo, y en sus miradas no hicieron falta palabras. Habían visto lo esencial: en aquella casa no había hombres, ni retratos que custodiaran un linaje, ni huellas de una autoridad masculina. Solo quedaba ella, Felicity, con su fortaleza callada y su soledad. Y en ese vacío, lo sabían todos, cabía la esperanza.

Capítulo 20



El carruaje avanzaba como si masticara los adoquines. El traqueteo se acunaba en el silencio que imponía Jackson, un silencio tan denso que ni el latido de los ejes se atrevía a quebrarlo. Mantenía los hombros rectos, la nuca rígida y la mirada fija en el vidrio empañado, donde la ciudad se borraba en manchas de hollín y faroles. No necesitaba que nadie hablara: le bastaba con sostener el recuerdo de una sala, un retrato, una risa que ya no le pertenecía, para que el peso en el pecho llenara todo el carruaje.

Emily y Violet, sentadas frente a él, guardaban esa clase de prudencia que solo practican las amigas que conocen la medida del dolor. Emily apoyaba los dedos, finos, sobre el bolso, como si así contuviera un impulso de consuelo; Violet lo miraba de reojo y desviaba la vista a la ventana, con la vitalidad sujeta a los labios, sin salida por primera vez en la tarde. La respiración de los tres se acompasaba con el vaivén del coche, y Londres, al otro lado del cristal, parecía aceptar la tregua: el humo de las cocinas, el paso cansado de un carretero, un vendedor que cerraba con estrépito su puesto de castañas… todo quedaba amortiguado bajo el paño del anochecer.

Jackson apretó los guantes, no por frío, sino para impedir que los dedos traicionaran lo que la boca no iba a decir. «No me reconoció», pensó, y enseguida corrigió la frase, como si el corazón exigiera exactitud: «No quiso reconocerme». Imaginó, contra su voluntad, el brillo del cabello de ella recogido sin adornos, la línea limpia del rostro inclinándose, y aquella figura de porcelana que no admitía explicación. No alzó la vista para advertir que Emily lo

observaba con la agudeza de quien ya ha descartado todas las palabras por inútiles; tampoco necesitó mirar a Violet para saber que, si ella hablaba, lo haría para empujar la vida hacia delante, aunque el camino fuera cuesta arriba.

Cuando el carruaje tomó la curva que precedía al portal de su casa, Jackson inspiró como quien prepara el cuerpo antes de un golpe. El cochero refrenó los caballos con un gesto sobrio y, al detenerse, el mundo recobró ruido: un mozo pasó corriendo, una puerta se cerró con brusquedad, un perro ladró una sola vez. Jackson abrió la portezuela y bajó con la elegancia automática de quien ha sido educado para moverse sin estorbar. Creyó —porque era lo lógico y lo cortés— que Emily y Violet se despedirían con un apretón de manos y un «mañana hablaremos». No ocurrió.

Apenas pisó el peldaño, sintió dos manos ligeras, una a cada lado, posarse en su brazo. Violet primero, rápida, casi con brío; Emily después, firme, con un tacto que no admitía réplica. Jackson giró el rostro, incrédulo. Ellas no sonrieron ni vacilaron: estaban de pie, a su altura, como si aquel descenso hubiera sido un juramento.

—Subimos contigo —dijo Emily sin levantar la voz—. Tenemos que hablar.

—Y cuanto antes, mejor —añadió Violet, apretando apenas su brazo, como si temiera que él se deshiciera en el aire.

Jackson no replicó. La rigidez sostenida durante el trayecto se quebró lo justo para dar paso a otra disciplina: obedecer a quienes, por una vez, sabían conducirlo a puerto.

Cruzaron el portal. Wetson los recibió con la precisión de quien, desde la alfombra del recibidor, mide el compás de los cascos y ya tiene lista la luz. Llevaba la expresión exacta para una tarde de señores: ni festiva ni grave. Pero la visión —su señor flanqueado por dos damas que parecían escoltarlo, protegerlo o llevarlo preso de sí mismo— le desordenó el gesto un segundo. Bastó ese instante para que Jackson comprendiera que su abatimiento había sobrepasado la frontera del decoro.

—Milord… —Wetson bajó la voz, como si el aire exigiera respeto—. Lady Huntingdon. Lady Ashbourne.

Emily inclinó apenas la cabeza, dictando al mayordomo el tono de la casa esa noche.

—El saloncito, Wetson. Y que no nos interrumpan.

El mayordomo se apartó con soltura y abrió paso por el corredor, donde la cera de las velas olía a limpio y el suelo encerado dejaba correr reflejos dorados como un riachuelo. Jackson se dejó guiar. Sentía el contacto de aquellas manos en el pliegue del codo como un recordatorio físico: «No te hundas». El pasillo, con sus cuadros discretos y sus consolas de madera oscura, le pareció por primera vez un lugar ajeno, un decorado dispuesto para alguien con más aplomo que él aquella noche.

El saloncito —la pieza reservada para conversaciones breves, no oficiales— los acogió con un calor amable. Ardía el carbón en la chimenea; una tetera aguardaba sobre la mesa baja, junto a dos copas de jerez y una jarra de agua. Las cortinas, pesadas, filtraban la calle hasta convertirla en un rumor lejano. Emily soltó su brazo y cruzó la estancia sin perder la compostura; Violet, al apartarse, le dio un golpecito mínimo con los dedos, un gesto que decía «estoy aquí» sin necesidad de palabras.

Wetson cerró la puerta y desapareció, dejando tras de sí una línea de silencio. Jackson apoyó los guantes sobre la consola y permaneció de pie, sin tocar asiento. Las llamas, al reavivarse, proyectaron en la pared una sombra que no reconoció como suya. Emily no lo apremió: se limitó a acercarse a la mesa, a comprobar que la tetera tenía el agua en su punto y que las copas estaban limpias, pequeñas tareas que, en realidad, ordenaban la respiración de todos. Violet recorrió con la mirada los objetos del cuarto: el globo terráqueo en un rincón, los lomos gastados de unos sermones, la caja de tabaco cerrada desde hacía días. Se permitió una broma que no llegó a pronunciar, la guardó con una mueca y volvió a mirarlo.

—Siéntate —pidió Emily al fin—. O al menos quítate el peso de los hombros.

Él obedeció a medias: no se sentó, pero apoyó una mano en el respaldo del sillón, como si aquel respaldo le prestara una columna invisible. Abrió la boca para ensayar una frase, descubrió que no tenía ninguna que sonara útil y la cerró con la misma seriedad con que un hombre cierra una puerta para no despertar a los suyos.

—No hace falta que hables todavía —dijo Emily—. Sabemos lo suficiente.

«No lo sabéis», respondió por dentro, aunque el pensamiento se quebró a mitad. Porque sí sabían: habían visto el retrato, habían oído su respiración cortada, habían sido testigos del modo en que el mundo se achicó hasta caber en el borde de un marco.

Violet se acercó a la chimenea, tendió las manos hacia el fuego y, al girarse, dejó que su voz sonara más clara de lo que permitía el respeto:

—No vamos a dejarte pensar que hoy ha sido el final. Ni un capítulo cerrado, ni una puerta en la cara, ni un rumor en tu nuca. No mientras podamos hacer algo.

Emily la miró de soslayo, no para reprenderla, sino para hilar la idea con un hilo más fino:

—Para que podamos hacer algo, primero tendrás que dejarnos.

Jackson bajó la vista a sus propios dedos, ahora descubiertos. La piel parecía más oscura bajo la luz cálida, como si la llama hubiera decidido subrayar aquello de lo que otros hacían munición. No estaba cansado del rumor; lo estaba de que ese rumor tuviera dientes y siempre encontrara carne.

—No quiso mirarme —dijo al fin, apenas alzando la voz.

Emily y Violet intercambiaron un gesto mínimo, como dos músicas que se pasan una nota entre compases.

—Te miró —corrigió Emily con suavidad—. Otra cosa es que no pudiera permitírselo.

—Eso da igual —saltó Violet, sin filo, pero sin rodeo—. Lo que cuenta es qué hacemos ahora.

Jackson cerró los ojos un instante. La imagen del cisne, quieto en el tocador, lo asaltó con la violencia de lo sencillo: allí estaba, en la zona más íntima de su vida, como si el tiempo no hubiese conseguido desalojarlo. «No soy un fantasma», pensó, y enseguida rectificó: «No quiero serlo más».

—Hablad —concedió—. Decid lo que habéis venido a decir.

Emily no se sentó aún; prefirió apoyar las yemas en el borde de la mesa, como si ese borde fuera la partitura donde iba a marcar el compás.

—Lo primero: sacarla de esas paredes. Felicity ha convertido la casa en refugio y en escudo. Mientras todo suceda ahí dentro, nada sucederá de verdad.

Violet dio un paso, entusiasmada como quien ha contenido demasiado tiempo una idea:

—Almuerzos discretos, paseos cortos al parque, alguna visita a un salón pequeño… Y cabalgar. El campo le pertenece, lo sabemos.

Emily negó despacio.

—No saldrá si existe la posibilidad de que la reconozcan, y mucho menos si intuye que tú estás cerca.

—Entonces no te reconocerá —replicó Violet con una chispa—. Si en la casa hemos conseguido hacer de ti un criado, fuera podemos hacer de ti quien necesitemos.

Jackson se irguió un poco más, admitiendo que aquella conversación iba a exigirle más que compostura.

El fuego crepitó como si diera fe de ello. En el corredor, muy lejos, sonaron pasos amortiguados; los tres guardaron silencio hasta que el eco se extinguió. Emily respiró hondo antes de hablar, y el aire, al entrarle en el pecho, pareció ordenar también la estancia.

—Tenemos una idea —dijo—. Y necesitas escucharla entera.

Jackson asintió con un gesto breve. No pidió jerez, ni té, ni consuelo. Solo alzó la barbilla lo suficiente para que la voz de Emily llegara sin obstáculos.

Violet se adelantó media baldosa, incapaz de contener la impaciencia:

—Una fiesta de disfraces.

El silencio que siguió no fue de escándalo, sino de cálculo: el de Jackson, pesando el riesgo; el de Emily, midiendo las objeciones que aún no estaba dispuesta a poner; el de Violet, esperando la primera grieta por donde colar toda su energía.

—No estoy conforme —dijo Jackson.

—Una fiesta de disfraces —repitió Emily, más despacio—. No un baile multitudinario que despierte a medio Londres, sino una velada medida, con invitados que podamos contar con los dedos y máscaras bien elegidas. Anonimato y música. Nada más.

Violet dio un paso hacia la mesa de centro, como si ya estuviera repartiendo papeles.

—La daremos nosotras —anunció—. En mi casa o en la de Emily, según convenga. Si se hace aquí, todos pensarán en ti; no queremos que Felicity sospeche una sola cosa.

Emily asintió.

—En la mía. Marylebone es terreno cómodo, y la proximidad la favorecerá. Invitados discretos; parejas casadas que no hagan de la curiosidad un oficio, dos o tres viudas de buen juicio, algún caballero que solo baile y no se crea obligado a opinar. Nada de lenguas afiladas.

Violet se apoyó en el respaldo de un sillón y alzó una mano, contando sin necesidad de dedos:

—Obligatorias las máscaras desde la puerta; antifaces que cubran lo justo para ocultar, pero no tanto como para incomodar; luz más baja de la habitual; faroles en el corredor para que las sombras favorezcan, no confundan; músicos solventes, nada de virtuosos caprichosos. Y flores, Emily, por favor, que no parezca un club masculino con música.

Jackson escuchaba como si midiera una caja antes de entrar en ella. Ninguna de las dos improvisaba; lo sabía por el modo en que dejaban caer cada detalle, por la naturalidad con que encajaban las piezas en el tablero. Y, sin embargo, el plan chocaba contra un escollo que él no se atrevía a pronunciar. Lo hizo al fin, sin rodeo:

—¿Y si no viene?

Violet respondió al instante, con la chispa que la definía:

—Vendrá. Le enviaremos una invitación que hable a su pudor, no a su orgullo. "Mascarada discreta, sin compromiso de exhibirse, sin calendario de salones". Le recordaremos que todas iremos cubiertas, que nadie preguntará nombres. Y si necesita un pretexto, se lo daremos: celebrar la despedida de un invierno que ya dura demasiado.

Emily añadió el peso que faltaba:

—Y no la dejaremos sola en el portal. La recogeremos nosotras. Agnes se quedará tranquila si ve que está en nuestras manos.

Jackson bajó la mirada a los guantes sobre la consola. Podía imaginar a Felicity en el umbral, la cabeza un poco alta, esa forma de sostener la compostura que le había salvado la vida tantas veces. Podía imaginarla entrando bajo una lámpara, bajando el mentón para ocultar la emoción… y también el vuelco de su propio cuerpo al acercarse. Se obligó a decirlo:

—Puedo arruinarlo con solo respirar a su lado. Si me reconoce, si me reconoce de verdad, no habrá música que lo salve.

—Por eso necesitas máscara —zanjó Violet—. Un domino oscuro, sin ribetes que llamen la atención. Y mantén distancia hasta que el baile os acerque sin violencia. Si haces del acercamiento un asalto, te odiará. Déjala decidir una cosa: el momento de hablar, o de callar.

Emily dejó la tetera en el soporte, como si la porcelana sellara el acuerdo.

—No es una caza, Jackson. Es una invitación al aire. Si va, querrá respirar.

Él apretó los labios, como si una frase a punto de nacer se le quebrara en la garganta. La idea de una mascarada le parecía, en un instante, una ofensa a todo lo que habían sido, y al siguiente, la única rendija de esperanza. Se vio aguardando entre rostros cubiertos, temiendo que ella lo ignorase o, peor aún, que al descubrirlo volviera a girarse sin decir palabra. La tentación de rechazarlo todo le rozó el pecho como un filo, pero la imagen de Felicity bajo la lámpara, cruzando la puerta, respirando un aire nuevo, pudo más que el miedo.

—No quiero mentirle —advirtió, con una dureza que no iba dirigida a ellas—. Ni esconderme detrás de un antifaz como un adolescente.

Emily sostuvo su mirada.

—No es mentira si no dices nada que no sea cierto. Y no es cobardía si te pones una máscara para no obligarla a reconocerte cuando no está preparada. No es por ti. Es por ella.

Violet se permitió una sonrisa leve.

—Piensa que la máscara puede ser una cortesía. A veces la verdad necesita un velo antes de mirar de frente.

El fuego se reacomodó con un chasquido. El rumor de su origen —ese lodo pegado a la suela— cruzó por la mente de Jackson

como una ráfaga de calle fría. En una mascarada, los ojos no se detendrían en su piel: medirían otra cosa, el paso, la presencia, la forma de ofrecer una mano. La idea no era solo una táctica; era un respiro.

—¿Y los invitados? —preguntó, forzándose a la precisión —. No quiero chismosos ni cazadores de anécdotas.

—Es mi lista —respondió Emily—. No entrará nadie que no deba estar. Y al menor ruido, Wetson me avisará y apago la música. No será necesario.

—Y yo me ocuparé de Felicity —intervino Violet—. La acompañaré en los primeros compases, me aseguraré de que nadie la agobie. Si prefiere sentarse, nos sentamos; si quiere pasear por la galería, le presto mi brazo. Tú, espera. Aprende a esperar.

Jackson se permitió un destello de ironía.

—He tenido práctica.

—Se te nota —dijo Violet, sin malicia—. Pero ahora debes practicar otra cosa: medir. Si su mirada te busca, da un paso; si te rehúye, retrocede. Si tiembla, no hables. Si se ríe, ríe tú un poco menos.

Emily tomó una de las copas de jerez, la acercó a Jackson, no como un ofrecimiento, sino como una invitación a templar el cuerpo.

—Queda un mes. No podemos gastar semanas en dudas. Si vamos a hacerlo, hay que hacerlo bien y pronto. Y una sola vez. Si sale mal, no habrá segunda.

La palabra mes rebotó en el cuarto como una moneda sobre madera. Treinta días para desandar siete años; treinta para que un corazón enseñara otra vez sus costuras sin romperse. Jackson apuró medio sorbo de jerez y dejó la copa, intacta lo bastante para no parecer sediento.

—El antifaz —dijo, como si elegir ese detalle fuera un paso de fe—. Nada de colores. Nada de juegos. Neutro.

Violet chasqueó la lengua.

—Neutro es un color, si sabes llevarlo. Y tú sabes.

Emily volvió al tablero invisible:

—Debemos redactar la invitación. Breve. Clara. Sin promesas huecas. "El jueves, a partir de las nueve. Antifaz obligatorio. Música y refrescos. Sin presentaciones formales". Que vea que puede entrar y salir sin ser mirada por encima del hombro.

—Y que será recibida por nosotras —añadió Violet—. Si Agnes abre la puerta y nos ve, todo será más fácil.

Jackson alzó la vista hacia la marina que colgaba sobre la consola: velas infladas por un viento que no se veía. Se acercó un paso. En el cristal, superpuesta a las olas en pintura, apareció su propia sombra. No era un hombre desconocido: era el mismo que había cargado una finca sobre los hombros, el que regresó de la guerra con cicatrices y orgullo, el que aprendió a callar para no exponer a los suyos. No buscaba un truco. Buscaba un pasillo.

—Si acude —dijo, como quien pronuncia una cláusula—, no la empujaré a nada. Si se marcha sin mirarme, la dejaré ir. Si precisa aire, se lo daré todo.

—Y si te concede un baile —cerró Emily—, recuerda cómo se baila sin adelantarse.

Una sombra de sonrisa cruzó los labios de Jackson, seca y breve como una grieta en un vidrio. Recordaba cómo se bailaba con Felicity aun sin haberla conducido nunca en un salón: en los prados, con el viento por música y el compás marcado en su muñeca cuando él la rodeaba con un brazo. Recordar era peligroso; esa clase de peligro que, sin embargo, sostiene la vida.

—Hay otra cuestión —añadió Emily—. El rumor. No podemos controlarlo, pero sí ahogarlo en normalidad. Si te ves obligado a hablar con alguien, lo harás como siempre: con la frente alta. Ni defensas ni explicaciones. No has de pedir permiso para existir.

Violet asintió con una gravedad poco frecuente en ella.

—Y si oímos una frase que no nos gusta, nosotras nos encargamos. Tu dignidad no discute con sombras.

La habitación respiró. Jackson sintió que la rigidez del trayecto se aflojaba un punto. No había alivio, todavía. Había una dirección. Agradeció, sin decirlo, que ellas hubieran decidido no dejarlo a solas con su derrota. Agradeció, también, que hubieran elegido un plan donde Felicity pudiera entrar sin sentir que el mundo la empujaba.

—¿Cuándo? —preguntó, y el cuándo resonó como una cuerda tensada.

—Dentro de una semana —dijo Emily—. Ni antes ni después. Es tiempo suficiente para que la invitación llegue, para que se haga un vestido sencillo si lo desea, para que Agnes se organice con su madre. Y no es tanto como para que encuentre excusas.

Violet juntó las manos, satisfecha.

—Yo me ocupo de los antifaces. Y de recordar a los músicos que toquen valses limpios, nada de florituras. Que la música sirva a los cuerpos, no al revés.

Jackson recorrió con la vista el saloncito: la alfombra que amortiguaba los pasos, la mesa con la jarra de agua, el brillo del carbón. Estas cuatro paredes habían visto negociaciones, firmas de contratos, algún desacuerdo con hombres que ya ni recordaba. Ahora iban a ver otra cosa: dos amigas dispuestas a doblar el mundo para que una mujer respirara; un hombre aprendiendo a no romper lo que amaba por tocarlo antes de tiempo.

Violet chasqueó los dedos, súbitamente animada:

—Y ya que hablamos de máscaras, necesito algo que os saque una sonrisa. Jackson, irás de pirata: parche en un ojo, capa sobria y esa manera tuya de entrar en un salón como si te perteneciera el océano entero. Nadie te reconocerá… y, si alguien lo hace, creerá que has venido a raptar la noche.

Emily alzó una ceja, entretenida a su pesar.

—¿Y tú?

—Cleopatra, por supuesto —replicó Violet con desparpajo —. Y Ezra será mi Marco Antonio. No pienso permitirle que llegue con aire de senador si puede perder la cabeza como corresponde.

Emily apoyó los dedos en el borde de la mesa, pensativa, y dejó escapar una sonrisa que se le escapó sin permiso.

—Entonces yo me vestiré de campesina. Un delantal claro, una cinta en el pelo… algo que no obligue a nadie a hacer reverencias.

—A Alexander no le entusiasmará —se burló Violet—. Tú con sayal y él con sus trajes almidonados es un cuadro.

—No puedo prometer que no intente retirármelos al primer descuido —concedió Emily, con una ironía baja y elegante—, pero haré lo posible por mantener el disfraz hasta el segundo vals.

Jackson no quiso sonreír. No debía. Aun así, la comisura se le movió un punto, como si el músculo recordara por su cuenta que la alegría también existe. La imagen de sí mismo con un parche —medio rostro oculto, la otra mitad al descubierto— le pareció extrañamente justa: mostrar lo suficiente, proteger lo que aún no soportaba entregar.

—¿Y si no se presenta? —insistió, no por desconfianza, sino porque necesitaba ponerle borde a la esperanza—. ¿Qué haréis entonces?

Violet se encogió de hombros con elegancia.

—Entonces iremos al día siguiente con flores y nos reiremos de nosotras mismas en su salón. Y, al tercero, le llevaremos un libro. Y, al cuarto, le preguntaremos si prefiere que cene en mi casa o en la de Emily. Y, al quinto, se rendirá. Nadie resiste a dos amigas bien dispuestas.

Emily la miró a medio camino entre la censura y la admiración.

—Confiemos en no llegar al quinto día.

—Wetson —llamó Jackson, sin subir la voz.

El mayordomo apareció con la puntualidad de quien tiene la vida ordenada por timbres invisibles.

—Milord.

—Necesito que Jarvis busque un disfraz de pirata para mí lo antes posible.

Wetson inclinó la cabeza.

—Sí, milord.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Emily y Violet se miraron con la conspiración limpia de las empresas bien planteadas. Una semana. Tenían una semana para convertir la ciudad en una tabla donde, por una noche, los pasos de dos personas pudieran encontrarse sin caerse.

—No es una locura —dijo Emily, como si leyera su duda—. Es una cortesía.

—Y una provocación —añadió Violet, incapaz de privar al mundo de su último broche.

Jackson permaneció de pie, mirando el fuego que crepitaba en la chimenea. El silencio de la estancia no le pesaba tanto como antes; por primera vez en años, no era vacío, sino promesa. Había en sus entrañas una herida que no sanaba, pero también un latido nuevo: la certeza de que, en una semana, podría volver a estar cerca de Felicity sin muros, sin criados de por medio, sin la distancia de siete años. No sabía si ella lo reconocería, si lo rechazaría, si lo condenaría con una sola mirada; lo único que sabía era que volvería a tener la oportunidad de intentarlo. Y esa sola idea, peligrosa y frágil como un cristal, bastó para mantenerlo en pie.

Capítulo 21



La niebla del Támesis se pegaba a los faroles como un paño húmedo cuando los carruajes fueron tomando la curva de la entrada reservada a los pares. Las ruedas, tiznadas de barro, se detuvieron de una en una ante los escalones de piedra. Primero llegó el coche de Huntingdon; tras él, el de Ashbourne; por último, el de Everton. Los cocheros tiraron de las riendas con un gesto aprendido y los lacayos descendieron para abrir portezuelas con precisión de ceremonia.

Huntingdon fue el primero en poner pie en el peldaño. Alto, la capa corta ceñida a los hombros dejó que un criado le recogiera el sombrero. La hebilla del bastón pareció encenderse un instante bajo la lámpara.

—Ashbourne —lo saludó—. Buen anochecer para hablar claro.

Ezra sonrió con esa sombra de bravura que lo seguía como un rumor de taberna bien atendida.

—Marqués. Claro como el barro del río, pero nos apañaremos.

El último en descender fue Jackson. El conde de Everton ajustó los guantes al bajar, no por frío, sino por costumbre; el movimiento bastó para revelar la línea seca del antebrazo bajo la manga. Se descubrió la cabeza y subió los dos escalones que lo separaban de sus amigos.

—Huntingdon. Ashbourne.

—Everton —respondieron a un tiempo.

Quedaron un momento los tres, frente a la puerta alta que daba paso a la cámara, como si en ese paréntesis se midiera algo más que la distancia hasta su banco. Otros lores cruzaban, algunos inclinando el mentón con corrección, otros con esa prisa de quien solo quiere que conste su presencia. A cierta distancia, dos caballeros murmuraron lo suficiente para que el rumor llegara sin palabras. Huntingdon no apartó la vista de la puerta.

—Tienen oído para la pólvora y para la murmuración —dijo, bajo—. Que se escoja esta noche para hablar de orden en las calles no es casualidad.

—Ni que a algunos les interese más el orden en las mesas de juego —añadió Ezra, sin dejar de sonreír—. Pero hoy venimos a que te escuchen, Jackson.

—Hoy vengo a hablar —repuso Everton—. Escuchar ya lo he hecho demasiados años.

Cruzaron el umbral.

Dentro, la luz era más roja que dorada. La cámara respiraba carbón y cera; los bancos, tapizados de escarlata, se alineaban a ambos lados como dos graderíos en calma fingida. En el centro, la mesa con los papeles y la gran maza; más allá, el asiento sin respaldo del canciller; al fondo, las puertas por donde entraban y salían los ujieres con sus libreas impecables. El suelo, cubierto por alfombra gruesa, amortiguaba el peso de los pasos y, sin embargo, el aire arrastraba el metal de toses discretas y de aprobaciones que se fugaban como calentamiento de garganta.

Un ujier se adelantó para recoger las capas. Lo hizo con esmero con Huntingdon, con eficacia con Ashbourne y con una cortesía que tuvo una fracción de segundo de demora con Everton. Suficiente para que Alexander lo notara; imperceptible para quien no supiera leer la dignidad cuando tropieza.

—Gracias —dijo Jackson, sin ceder un palmo del porte.

Otro criado, muy joven, extendió la bandeja para los sombreros; al retirarla, esquivó un instante el roce de los dedos de Jackson, como si temiera una chispa. Ezra alzó apenas la ceja. Alexander apoyó la yema del bastón en la alfombra con un golpe seco, aviso sin palabras.

Tomaron asiento en su banco habitual. Huntingdon en el centro, Everton a su derecha, Ashbourne a la izquierda. El rumor general se encogió un punto al reparar en Jackson; no era el ruido grueso del escándalo, sino ese siseo que reconoce a quien arrastra una historia. «Mucho tiempo sin dejarse ver», «dicen que…», «Everton…». Palabras que no llegaron a articularse y, aun así, llenaron el aire.

—Te creen un fantasma —musitó Ezra—. No les gusta descubrir que sigues de carne.

—Que se acostumbren —replicó Jackson—. La carne no pide permiso.

La sesión arrancó con el ritual de trámite: un dictamen menor, una consulta de tasas, un informe sobre el estado de los puentes. Se pasó, por fin, al asunto vivo: desórdenes nocturnos, calles oscuras, patrullas, lámparas.

Pidió la palabra un lord de mejillas encendidas y voz acostumbrada a ganar por volumen.

—Señorías, nadie niega que la ciudad padezca sombras. Se ha dicho que faltan faroles y sobran rincones. Pero desde hace generaciones hay serenos, vigilantes y ordenanzas. No necesitamos otra capa de gasto ni novedades improvisadas. Lo que hace falta es que cada cual cumpla con su deber y que las familias eduquen a los suyos. Nada más.

«Nada más» dejó una estela satisfecha. Varios aprobaron con la cabeza, como quien remacha un clavo.

Ezra sonrió torcido.

—Se consuelan con aceite cuando medio Londres ya huele a gas —murmuró.

Cuando Jackson pidió la palabra, el ujier anunció su título con corrección y algún cuello se tensó. No hizo preámbulos. Se puso en pie, apoyó una mano abierta sobre el banco e inclinó la cabeza lo justo.

—Señorías. Las calles se han multiplicado más deprisa que las lámparas; los barrios nuevos no heredan costumbres, heredan inseguridades; nuestros serenos son hombres bien dispuestos con vara corta y salario corto. No traigo un adorno, traigo un orden: primero, coordinar las guardias bajo los magistrados de distrito, con cuentas claras y paga común; segundo, extender el alumbrado de gas por tramos de calle, no por caprichos, para evitar dos manzanas encendidas y cuatro a oscuras; tercero, registrar las casas abiertas de noche —tabernas, salas de juego, lugares de boxeo—, fijar hora de cierre y multar de verdad a quien venda a menores o cobre deudas a golpes. No prometo limpiar Londres en una semana. Prometo luz, turnos y responsabilidad.

No subió el tono. Desgranó ejemplos: una mujer que cruza a tientas con la compra, un carruaje que desaparece en un callejón sin faroles, incendios sofocados por casualidad. Cifras, tiempos, oficios.

—La novedad no ofende a nuestros padres —cerró—; es la manera de que nuestros hijos no aprendan a cruzar con miedo.

Hubo un silencio que sabía a cálculo. Después, murmullos y dos «bien dicho» discretos.

Everton se sentó. Ezra le tocó un segundo la manga, sujeción mínima. Huntingdon contuvo un punto la respiración.

El lord de mejillas encendidas pidió otra vez la palabra:

—Señorías, el conde de Everton habla con buena intención, pero no se gobierna Londres como un regimiento ni se enciende como una feria. Los distritos tienen sus hábitos; una bolsa común es invitar a la trampa. Y abrir registros donde jamás se pidieron permisos… peligroso. Si los magistrados quieren vigilar, que lo hagan. Si las patrullas necesitan más vara, que la pidan. No

multipliquemos gastos ni cargos. Y no demos al pueblo la impresión de que necesita una nodriza.

Risas bajas. Aprobaciones convenientes.

Pidió turno Ezra. Se levantó con esa naturalidad de quien encuentra su sitio en cualquier banco. Su sonrisa fue pulida, y el filo, invisible.

—Señorías. El marqués de Huntingdon y yo hemos venido a escuchar a Everton y a esta cámara. Escuchados estamos. Permítanme traducir, no por mejorar, sino por diversión compartida. Cuando cae la noche, Londres cambia de oficio. Hay mesas donde se juega, luchas donde se apuesta, salas con luz para no tropezar y poca para ver al vecino. Quien abre esas puertas sabe adaptar el reloj a la flaqueza ajena. ¿Quieren orden? Den a los magistrados un volante único y a las patrullas un salario que no dependa de propinas. Llamen registro a lo que ya funciona con nombres de fantasía y pidan cuentas a quien recauda. ¿Gas? Por supuesto, pero alumbrando callejones, no solo escaparates. El pueblo no necesita nodriza; necesita saber a qué hora le cierran la puerta si apura el vaso.

Sonrió sin pedir perdón. Las mismas ideas cambiadas de vestido. La cámara respondió mejor: «cierto», «así sí», un par de «bien» ya con orgullo. Alguno incluso repitió «registro» como si acabara de inventarlo.

A Everton se le cerró un poco la mano en el borde del banco. No en la mandíbula, que se mantuvo serena: en la mano. Reconoció el patrón con una calma cansada. Ezra alzó el mentón, divertido y molesto a partes iguales: no les chocaba el plan, les chocaba la boca que lo decía.

Otro conde de mediana edad intervino para apuntalar —con chascarrillos y anécdotas de su barrio— lo que Jackson había trazado. Los asentimientos crecieron. Un decano propuso un «comité» que «examinara posibilidades». El secretario inclinó la pluma sobre el papel.

Jackson se puso en pie sin pedir turno. Inclinó la cabeza a su banco y caminó hacia la puerta con pasos medidos. Más de uno interpretó la retirada como desdén; otros, como mala educación. Huntingdon hizo un cálculo breve. La justicia iba antes que la conveniencia.

Pidió la palabra.

—Señorías.

El silencio concedido a Huntingdon fue otro. No de trámite: de expectación. Dejó el bastón apoyado y no lo necesitó.

—Acaban de oír un plan claro en boca del conde de Everton: números, turnos, luz y responsabilidad. Han aplaudido, con razón, la misma idea cuando Ashbourne la ha contado con su humor. Celebro que lo entiendan ahora. Les señalo lo que no quieren ver: no han juzgado las propuestas, han juzgado al hombre. Han escuchado la misma música con oídos distintos. Eso tiene un nombre: prejuicio. Y el prejuicio, señorías, cuesta dinero. Y vidas.

Hubo un resoplido por la derecha. Alexander siguió, voz firme, sin elevarse:

—Les inquieta el gas porque aún no han aprendido a encenderlo; les incomoda que el registro de puertas nocturnas deje de ser un secreto a voces; les fatiga cambiar hábitos. A mí me inquieta otra cosa: que dentro de seis meses contemos muertos por conservar la costumbre. Hoy han despreciado la voz que les traía el remedio porque alguien les susurró, hace años, un rumor. No lo han verificado. No les ha importado. Han preferido creer. Everton tiene razón. Y el día en que el caos les cruce la calle —porque lo hará— vendrán a pedir ayuda al hombre a quien hoy miran de soslayo. Vendrán a pedirle que les salve las manos limpias de humo. Y entonces, señorías, dependerá de si quiere auxiliarles.

Hizo una pausa. No por efecto: por respeto a la palabra siguiente.

—En cuanto a la pureza de los orígenes, exíjanla en las cuentas. La sangre del conde de Everton es tan limpia como la de

cualquiera de los presentes. El único barro que me preocupa es el que oculta malas cifras y peores conciencias.

No elevó más el tono. Bastó. El ujier del extremo carraspeó sin necesidad. Alexander inclinó el rostro, recogió su bastón y, sin prisa, abandonó la cámara. Ezra, ya de pie, lo siguió con media sonrisa que era diente y abrazo.

El aire del vestíbulo traía el frío del río. Los porteros se hicieron a un lado con reverencias leves y curiosidad mal disimulada. Jackson estaba en el portal, sin capa, las manos a la espalda. No había ira: había fatiga limpia en los hombros.

Huntingdon rompió el puente de silencio:

—¿Una copa?

Jackson lo miró como si, por fin, el mundo recordara la palabra justa.

—O dos.

Ezra echó la capa sobre los hombros, miró de reojo la lámpara del zaguán —una llama temblorosa que pedía gas sin saber pedirlo— y asintió.

—En mi club. Hoy no quiero que nos escuchen quienes prefieren la penumbra.

Bajaron los escalones sin alardes. El portero cerró tras ellos y, al otro lado de la puerta, la cámara recobró su zumbido satisfecho. En la calle, la niebla olía a carbón y a río; un farol titubeó como si pidiera auxilio. Subieron al carruaje y el cochero chasqueó las riendas. Londres siguió ahí, a medias, pero mientras avanzaban, la noche dejó de parecer del todo oscura.

Capítulo 22



El salón diurno respiraba una calma nueva. El sol, domado por las cortinas de batista, entraba en haces oblicuos que encendían motas de polvo como si fueran polen dorado. La madera guardaba un olor tenue a cera, y de la mesa baja subía la fragancia tímida del té que Agnes había servido y que nadie había terminado. En el brasero, las brasas rendían un crujido tranquilo, lo bastante para recordar que el calor seguía ahí, a mano.

Martha ocupaba la butaca junto a la ventana, arropada con un chal de lana fina; había vuelto a ese sitio hacía pocos días y, desde entonces, la casa parecía haber recuperado su respiro. Felicity, enfrente, sostenía el bastidor con la hebra azul recién ensartada, concentrada en una hoja que insistía en torcérsele cuando el hilo se tensaba. Había descubierto que bordar imponía un orden al pensamiento: puntada, aire, puntada, aire. Si la aguja obedecía, el corazón también.

—Ay —suspiró Martha, apenas un hilo.

Felicity alzó la cabeza al instante, dejó el bastidor en la mesa y se inclinó hacia su madre.

—¿Se encuentra bien? ¿Le traigo agua? ¿Otro chal?

—No, hija —sonrió Martha, esa sonrisa suave que la enfermedad le había robado durante meses—. Estoy bien. Es un suspiro de… —miró al jardín, donde el boj delineaba un linde perfecto— melancolía, quizá. Me curan la luz y el silencio, pero a veces pesan.

Felicity acomodó el chal con dedos lentos, como si arropara una porcelana valiosa. La cercanía de su madre le erizaba la gratitud en la piel.

—No me gusta verte pendiente de mí a cada respiro —prosiguió Martha con la voz baja y firme—. Me alegra, sí, pero me entristece. Eres joven. No puedes pasar la tarde entera vigilándome el pulso. Deberías salir, ver otras caras, escuchar otras risas que no sean la mía. Esta paz nos ha salvado, pero si la convertimos en norma, se vuelve jaula.

La frase quedó suspendida como una cinta al viento. Felicity alzó la barbilla: no fue un desafío, solo el gesto de quien se prepara para sostener una decisión.

—Ahora no —dijo, sin brusquedad—. Cuando regrese Robert habrá que preparar el viaje. Hay que vender la casa, poner los papeles en regla, despedir a la servidumbre con justicia. No tengo tiempo para… —buscó la palabra— distracciones.

—No te he pedido distracciones —repuso Martha, con humor claro y una chispa en los ojos—. Te he pedido vida. Pasear, saludar a alguien sin temer que te mida. Entrar en una librería y comprar un volumen porque sí. Tomar el aire.

—El aire también se toma aquí —se defendió Felicity, señalando la ventana—. Además, no quiero que me vean. No todavía.

«No quiero que me vea él», estuvo a punto de añadir, pero cerró la boca a tiempo. El nombre tenía filo.

Martha ejercitó el silencio de las madres que conocen el contorno de una herida sin tocarla. Bebió un sorbo del té tibio y dejó la taza en el platillo, con ese golpecito leve que hacía años marcaba los compases de la casa.

—Hablo de ahora —dijo—, no de cuando crucemos el canal. El tiempo no empieza en Francia. Empieza donde una decide abrir la ventana. Y yo… —se detuvo, sin dramatismo— no estaré

siempre. No quiero que cuando me vaya sigas sola como si la vida fuese un tramo de pasillo entre tu dormitorio y el mío.

Felicity se sentó de nuevo, tomó la aguja y la volvió a dejar. No le entraba el hilo en la tela.

—No estoy sola.

—Estás acompañada de tus responsabilidades —corrigió Martha—, que no es lo mismo. Te diría que te casaras y me ahorrarías rodeos, pero no quiero verte en un compromiso sin amor. Lo único que deseo es saber que, cuando yo falte, no te faltarán voces buenas. Amigas. Y, si la vida te regala algo más, que no lo cierres a cal y canto.

Agnes entró con la bandeja de la tarde: agua clara, galletas de manteca y un cuenco de compota. La dejó en la mesa con ese arte discreto de quien sabe colocar cada cosa donde parece que siempre estuvo. Felicity le dio las gracias con la mirada; Agnes respondió con un gesto breve y desapareció como había venido.

—Las damas de hace unos días —dijo Martha, sin rodeos —. La marquesa de Huntingdon y la vizcondesa de Ashbourne. No te hicieron daño.

—No —admitió Felicity—. Fueron amables.

—Pues deja que lo sigan siendo. No todas las puertas esconden lenguas. Algunas guardan manos.

Felicity sostuvo el bastidor en el regazo un instante. No quería ceder, pero tampoco deseaba discutir. La presencia de aquellas dos había traído, por horas, una claridad que no era solo la del día. Como si el mundo pudiera prestarse sin exigir tributo.

—No me apetece enfrentar salones —dijo—. Ni paseos que se comenten al caer la tarde.

—No hablo de salones —se rió Martha—. Hablo de una visita o un jardín. Hablo de caminar media hora con alguien que no seas tú misma. Hablo de que te oiga reír una risa que yo no te he oído en años.

Felicity abrió la boca y la cerró. El brazal de la butaca dejó de parecerle un asidero. Quiso cambiar de tema, o más bien buscar una excusa que no sonara a excusa.

—Cuando regrese Robert… —suspiró—. Prefiero esperarle. Es mi prioridad.

Martha inclinó la cabeza con esa paciencia que, de pronto, parecía un don nuevo.

—Cuéntame de él —pidió—. Llena la tarde con su voz. Sé que me guardas la sorpresa, pero no quiero que se nos haga viejo sin haber oído cómo es.

Algo cálido se abrió en el pecho de Felicity. Sonrió sin esfuerzo y apoyó el bastidor en la mesa como quien aparta un telón.

—Tiene seis años, pero a veces habla como si tuviera diez más. Pregunta por todo: por qué flotan los patos si el agua pesa, por qué las hojas vuelven cada año sin aprender a quedarse, por qué los hombres escriben leyes tan largas si la gente solo quiere comer y dormir en paz.

Martha dejó escapar una risa apenas sonora.

—Eso último ya dice mucho de su madre.

—Y de su abuela —concedió Felicity, divertida—. Le gustan los libros con dibujos, los mapas con colores —aquí le tembló la voz, casi imperceptible—, los caballos. No tiene miedo, pero no es imprudente. Primero mira, luego pregunta, después prueba. Le doy una piedra y la convierte en moneda; un palo y es un sable; una manta y monta una tienda. Se inventa mundos… y me los ofrece como si pudiera vivir en ellos.

—¿Los ojos? —preguntó Martha, sin apartar la suavidad de la mirada.

—Verdes —contestó Felicity sin dudar—. De esos que cambian con el tiempo. Por la mañana son más claros; al atardecer se oscurecen, como si guardaran luz para después. Cuando se enfada, que es poco, se le forman dos rayas tiesas entre las cejas y

se calla. No pega berridos. Se calla y aprieta los labios, y me mira como diciendo «no me convence». Entonces me vence —se rió—. Casi siempre.

—¿Ríe mucho?

—Ríe bien —dijo Felicity—. No a carcajadas, salvo cuando corre con los perros. Tiene una risa… —buscó la palabra— limpia. Y un pudor extraño para su edad: si le elogian, se rasca la nuca y cambia de tema.

Martha apretó el chal contra el pecho como si achicara un frío que el cuerpo, por costumbre, inventa.

—Estoy deseando conocerle.

—Lo sé.

No hacía falta añadir nada. En el silencio que siguió, Martha miró a su hija con una ternura que llevaba dentro un juicio mudo, de esos que no hieren: **«Le ocultaste para protegerle»**. No preguntó de quién eran esos ojos verdes. No necesitaba respuesta. Saber que tenía un nieto había obrado en su convalecencia un efecto más fiable que cualquier medicina, y del resto —lo supo sin esbozarlo— hablarían cuando el hilo de la salud no estuviera aún tan fino.

—¿Cuándo llega? —inquirió, con esa impaciencia que rejuvenece a las enfermas—. ¿Antes de que termine el mes?

—Eso espero —repuso Felicity—. Si los caminos no se embarran y el mar no decide enojarse. Agnes ha escrito para confirmar la fecha; aún no han respondido. Quiero que esté aquí antes de… —no terminó, pero Martha entendió el resto: **antes de cerrarlo todo**.

—Traerá aire —dijo la madre—. Del bueno.

Felicity bajó la vista al aro. El dibujo de la hoja había dejado de importarle; la conversación iba colocando, sin prisa, piedras en el fondo del agua. No eran obstáculos, sino firmeza.

Cuando Robert cruzara esa puerta, la casa cambiaría otra vez de respiración.

—Me asusta Londres —confesó, por fin, en voz baja—. No por mí. Por él. Por lo que dicen, por lo que miran, por lo que inventan cuando no tienen nada que contar.

—Los rumores son como la humedad —sentenció Martha —: se cuelan por una junta mal sellada. Lo único que los cura es abrir las ventanas a mediodía y no dejar que hagan moho. Si llega, que llegue como niño, no como noticia. No debemos pedirle que cargue lo que los mayores no saben llevar.

Felicity asintió. El gesto le salió hondo, como si afirmara más cosas que una sentencia. Tenía grabado el tono de ciertas risas, el modo de deslizar una frase que parece un cumplido y es una piedra; también sabía cómo levantar la barbilla y pasar de largo, pero se negaba a que su hijo aprendiera esa postura como quien aprende a andar.

—Las damas —retomó Martha, con aire distraído que no engañaba—. Me gustaría que volvieran. Tienen juicio. Y un don raro: no preguntan donde la respuesta duele.

—Fueron delicadas —admitió Felicity—. No sentí… examen.

—Porque no lo había —dijo Martha—. Hazme caso: si te invitan a respirar, respira. Una tarde. Un té. Un paseo corto. No más. Y si no te piden nada, no des nada: ofrece tu compañía. Eso siempre ha sido suficiente y ahora vale el doble.

Felicity dejó escapar un suspiro que no era cansancio. A veces, la obstinación en sostenerse se confunde con una forma de orgullo. Con su madre, al menos, podía bajar el mentón sin sentirse débil.

—Está bien —cedió—. Si vienen, no las rehuiré. Si invitan, lo pensaré. Con calma.

Martha no celebró la concesión; no hacía falta. El brillo leve en sus ojos bastó. Estiró la mano izquierda, la de los dedos aún

fríos, y Felicity la sostuvo un segundo, con una presión que decía cosas que ninguna se atrevía a escribir en voz alta.

El reloj de la repisa dio una campanada discreta. Afuera, rodó una rueda de carreta sobre un bache; a lo lejos, un pregonero dejó caer una ristra de sílabas que ya no importaban a nadie dentro. La tarde había fijado su rumbo.

Llamaron a la puerta con dos golpes suaves. Lyon asomó, impecable en la sobriedad, con la dignidad puesta en la voz.

—Milady, lady Huntingdon y lady Ashbourne están en el vestíbulo. Preguntan si pueden saludarla. —Luego, con una leve inclinación— Señora.

Felicity y Martha cruzaron una mirada tan rápida como firme. La joven notó que algo en la habitación —¿la luz?, ¿el aire?— cambiaba de peso, como si un plomo se aligerase un gramo. No prometió nada. Tampoco se escondió.

—Hágales pasar, Lyon —dijo Felicity—. Y pida a Agnes que prepare té.

El mayordomo desapareció con el mismo silencio con que había entrado. Felicity recogió el bastidor, lo dejó en la mesa y, antes de ponerse en pie, apretó un instante la mano de su madre. La tarde, de pronto, parecía capaz de abrirse un poco más. No mucho. Lo justo.

Capítulo 23

El repiqueteo en la puerta apenas dejó tiempo para que Lyon anunciara la visita. Felicity levantó la cabeza, intrigada, y se encontró con la mirada expectante de su madre. Cuando el mayordomo pronunció los nombres, ambas quedaron en silencio unos segundos: la marquesa de Huntingdon y la vizcondesa de Ashbourne pedían verla.

Martha, obediente a la costumbre, intentó incorporarse para recibir a damas de rango tan superior, pero sus fuerzas apenas le alcanzaron para erguirse un poco en el sillón. No hizo falta más. Emily y Violet habían entrado con una naturalidad que desarmaba cualquier protocolo. La primera se adelantó hacia Martha y, antes de que pudiera levantarse, tomó sus manos con calidez.

—No, señora, por favor. No se levante —dijo Emily con afecto genuino, inclinando ella misma la cabeza en un gesto de cortesía sincera.

Martha, sorprendida, se ruborizó ante aquel ademán inesperado. Violet la imitó de inmediato, cogiendo también una de sus manos y haciendo una ligera reverencia.

—Un honor conocerla, baronesa —añadió con una sonrisa luminosa.

Felicity, que había observado la escena en silencio, apenas podía creer lo que veía: dos damas de estatus superior saludando a su madre con humildad y cordialidad, impropias de la rigidez de la sociedad londinense. A ella, en cambio, la recibieron con un beso en

cada mejilla, primero Emily y luego Violet, como si fuesen amigas de toda la vida.

—Qué alegría verte —dijo Emily con esa serenidad que suavizaba cualquier distancia.

—Y qué alegría traerte algo de nuestra parte —añadió Violet con un destello pícaro en los ojos.

Felicity permaneció desconcertada. Aún buscaba una explicación lógica a aquella visita, y para ganar tiempo llamó a Agnes, que acudió enseguida.

—Por favor, trae té y algunas pastas.

Las cuatro se acomodaron en torno a la mesa. La luz que entraba tamizada por las cortinas caía en ángulos suaves sobre el mobiliario, y el aire del salón se llenó de una calidez nueva, muy distinta de la rigidez de las visitas de cortesía que Felicity había soportado en el pasado. Emily fue la primera en romper el silencio, dirigiéndose a Martha con una delicadeza exquisita:

—Debo decirle que la encuentro con una salud envidiable, baronesa.

Martha abrió los ojos con sorpresa y se ruborizó, halagada. Violet, siempre más espontánea, añadió sin reservas:

—Y con una piel más tersa que la de una niña. Créame, me da verdadera envidia.

Martha se sonrojó aún más, como si hubiese recibido un piropo en plena juventud. Llevó una mano al regazo, pero con la otra apretó con cariño los dedos de su hija. Felicity, al verla, no pudo evitar sonreír a su pesar, conmovida por aquella chispa de alegría en el rostro de su madre, un gesto que no había visto en años.

Emily y Violet intercambiaron una mirada cómplice, conscientes de que estaban consiguiendo lo que se proponían: abrir un espacio de confianza antes de revelar el verdadero motivo de su visita.

Agnes regresó con la bandeja de plata, el té humeante y un plato de pastas recién horneadas. El aroma a mantequilla y azúcar tostada llenó el aire, y las damas se sirvieron con la parsimonia de la buena educación. El tintinear de las cucharillas acompañó los primeros sorbos.

—Perdone nuestra intromisión, duquesa —dijo Emily por fin, volviéndose hacia Felicity—, pero había un asunto que no podíamos dejar para otro día.

Felicity se inclinó hacia adelante, expectante. Su corazón dio un vuelco: estaba convencida de que se trataba de la venta de la casa.

—¿Es sobre la residencia? —preguntó, incapaz de ocultar la ilusión.

Violet, con una sonrisa traviesa, sacó un sobre de su bolso y lo colocó con suavidad sobre la mesa.

—Queríamos entregártelo personalmente.

Emily completó la frase con naturalidad:

—Así vemos si te hace tanta ilusión como a nosotras.

El pulso de Felicity se aceleró. Creía tener entre las manos el contrato de venta, quizá incluso una oferta más generosa de lo que había esperado. Pero al romper el sello y desplegar la tarjeta dorada, su desconcierto fue absoluto.

No era un contrato. Era una invitación a una fiesta.

Martha, intrigada por la expresión de su hija, extendió la mano.

—Déjame verlo.

Felicity se lo entregó en silencio. Martha leyó el contenido con atención y, de pronto, sus ojos brillaron con un entusiasmo renovado.

—¡Dios me escucha! —exclamó con alegría infantil.

Emily y Violet aguardaron, conteniendo la sonrisa. Martha explicó de inmediato:

—Hace apenas unos minutos hablábamos de esto. Le decía a mi hija que necesita salir, relacionarse con buena gente. No puede pasar la vida entera cuidándome. Una velada así le haría tanto bien a ella como a mí.

Felicity se removió en el asiento, cada vez más acorralada.

—Madre…

Pero Violet no la dejó continuar:

—Será una mascarada pequeña y discreta. Nada que la exponga. Además, iremos nosotras mismas a recogerte. Nadie sabrá nada.

Emily reforzó el argumento con voz suave:

—Solo habrá rostros cubiertos. Nadie preguntará nombres. No tendrás que hablar si no quieres.

Martha, entusiasmada, volvió a mirar la tarjeta.

—¡Una fiesta de disfraces! Nunca he tenido la oportunidad de asistir a una.

Violet sonrió divertida.

—Pues será la ocasión perfecta, baronesa.

—¡Y yo también asistiré! —añadió Martha, con una determinación inesperada que no admitía réplica.

Felicity abrió los labios para negarse, pero se encontró con tres pares de ojos expectantes. Lo peor era ver la ilusión genuina en el rostro de su madre: aquella chispa hacía años que no brillaba.

—Es genial —continuó Martha, ya completamente animada —. Tú podrás ir de lo que quieras, hija. Y yo… yo quiero ser una cantante de ópera.

Violet aplaudió encantada.

—¡Por supuesto! Y le aseguro que nadie más llevará un disfraz tan original.

Emily asintió con dulzura.

—Estoy convencida de que le sentará de maravilla.

Martha, entusiasmada, dio un sorbo al té y luego se volvió hacia su hija.

—¿Y tú, querida? ¿De qué irás?

Felicity tragó saliva. No quería, no podía, pero la expectación de las tres mujeres era como una red que la envolvía.

—Yo… no lo sé.

Martha ladeó la cabeza, con la complicidad de quien la había visto crecer.

—Tú deberías ser pirata, hija mía. Una mujer pirata. Así me demuestras que eres fuerte y libre.

Violet rio divertida, secundando la idea:

—Sí, con un antifaz oscuro y un aire indomable. Estoy segura de que nadie osará reconocerte.

Emily añadió con humor elegante:

—Y, además, ¿qué puede haber más apropiado que una dama pirata para robar sonrisas en un salón?

Las risas llenaron la estancia, claras y frescas. Martha se unió con un brillo infantil en la mirada, mientras Felicity, en cambio, quería hundirse en el sillón: aquella invitación no se parecía en nada al contrato que esperaba. Y sin embargo, comprendió que ya no podía escapar. La decisión estaba tomada, aunque no por ella.

Capítulo 24



El carruaje avanzaba con un traqueteo acompasado, iluminado apenas por los faroles de las esquinas. En su interior, Martha se retorcía las manos sobre el regazo con la impaciencia de una joven en vísperas de su primer baile. Felicity, en cambio, permanecía erguida, con el gesto serio y el estómago encogido. A cada bache de la calle le parecía que su corazón se agitaba más, como si las ruedas la empujaran hacia un destino que no deseaba.

—Ay, hija, ¿te imaginas? —exclamó Martha, incapaz de contener su entusiasmo—. ¡Una fiesta de disfraces! Nunca pensé que viviría para algo así.

Felicity apenas torció los labios en un amago de sonrisa. Hacía apenas unas semanas su madre había estado a punto de fallecer, reducida a la fragilidad de un soplo, y ahora se mostraba radiante, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas por la expectación. ¿Qué clase de milagro había obrado en su vida? ¿Cómo era posible que la mujer que había temido perder para siempre estuviera ahora deseando lanzarse a un salón lleno de música y desconocidos?

Suspiró, bajando la vista hacia la máscara que sostenía en las manos. A ella le parecía más un peso que un accesorio.

Martha, entretanto, se inclinó para ajustar el corsé que llevaba bajo el disfraz. Felicity la observó con desconcierto: el escote era más generoso de lo que habría considerado decoroso para su madre, y el brillo de la seda en tonos oscuros subrayaba aún más la

imagen de una cantante de ópera atrevida y, a su manera, fascinante.

—¿No está… demasiado ajustado? —preguntó Felicity, con el ceño fruncido.

—Querida, si voy a cantar —respondió Martha entre risas —, más vale que me vean.

Aquella respuesta arrancó a Felicity un suspiro resignado. En el fondo, no podía reprocharle nada: verla tan viva, tan deseosa de divertirse, era un regalo inesperado después de años de silencios apagados y obediencias forzadas. Pero no lograba apartar de sí la sensación de que, mientras su madre rejuvenecía a ojos vistas, ella envejecía en un solo trayecto hacia una velada que presagiaba más angustia que gozo.

El carruaje se detuvo frente a la residencia de Marylebone, engalanada hasta el último rincón. Desde la ventanilla, Felicity alcanzó a ver la hilera de faroles que bordeaba la escalinata principal, cada uno cubierto con pantallas de colores que proyectaban destellos ámbar y púrpura sobre la fachada de piedra. Desde el interior llegaba el rumor de violines y oboes, mezclado con risas y el eco de voces amortiguadas.

—Oh, mira —murmuró Martha, asomándose para ver mejor—. Hasta los criados llevan máscaras.

Y era cierto: en la entrada aguardaban lacayos vestidos con libreas sobre las que se añadían antifaces sobrios, de terciopelo negro, que conferían un aire enigmático incluso a la rutina de abrir puertas y recibir abrigos.

El cochero bajó de su asiento y se apresuró a abrir la portezuela. Felicity extendió la mano para ayudar a su madre, pero Martha, con un gesto coqueto, la apartó y aceptó en su lugar el brazo del hombre. El movimiento, al incorporarse, hizo que el corsé se le desplazara apenas, revelando un escote más atrevido de lo que la propia Felicity habría soportado en sí misma.

—Madre… —susurró, escandalizada.

—Silencio, hija —replicó Martha en voz baja, con una sonrisa triunfal—. Esta noche soy otra.

Felicity se mordió el labio. La máscara de su madre, que cubría la frente hasta la nariz, realzaba todavía más la chispa de sus ojos claros y el rubor encendido en las mejillas. En ese instante comprendió que, en efecto, Martha iba a disfrutar de la velada mucho más de lo que ella misma sería capaz.

Subieron juntas los peldaños, y al franquear la entrada se vieron rodeadas de una atmósfera lujosa: lámparas de araña encendidas a plena luz, guirnaldas de flores frescas colgadas en columnas y arcos, mesas dispuestas con fuentes de frutas glaseadas y copas de cristal que relucían bajo las velas. Los trajes eran un espectáculo en sí mismos: dominaban los colores intensos, las telas brocadas, las plumas y bordados, cada invitado convertido en una versión teatral de sí mismo.

Felicity respiró hondo bajo su antifaz oscuro. Aquella magnificencia la abrumaba más que la conmovía.

—¡Ahí están! —exclamó una voz cercana.

Emily y Violet se adelantaron entre el gentío, irreconocibles bajo sus disfraces. Emily llevaba un vestido de campesina refinada, con delantal claro y una cinta azul sujetándole el cabello, aunque la calidad de la tela y el corte de la falda desmentían cualquier modestia verdadera. Violet, en cambio, era la encarnación de Cleopatra: túnica blanca ceñida con cinturón dorado, brazaletes en los brazos y una máscara con incrustaciones que imitaban el oro.

Martha abrió los ojos de par en par.

—¡Están irreconocibles! —dijo con un entusiasmo genuino.

Violet rio con descaro y besó la mano de la baronesa como si fuese una joven que conocía a su propia madre.

—Eso es exactamente lo que pretendíamos, señora. Ni un alma sabrá quiénes somos.

Emily se acercó y, con ternura poco habitual en una marquesa, le tomó ambas manos.

—Qué alegría verla aquí, baronesa. Sabe que esta noche cuenta con nosotras como si fuésemos sus hijas.

Martha, que en otro tiempo habría sentido la obligación de levantarse y hacer una reverencia, se dejó llevar por la calidez de aquellas palabras y sonrió como una niña sorprendida con un regalo inesperado.

Felicity, a un lado, las contemplaba en silencio. Le resultaba desconcertante ver cómo su madre hallaba complicidad inmediata con damas de rango tan superior. Por un momento, ella misma se sintió la extraña, desplazada en un grupo que parecía haber encontrado armonía sin su ayuda.

Emily la saludó con un beso en la mejilla, gesto seguido por Violet, que la abrazó brevemente.

—No imaginas cuánto nos alegra que hayas venido —le susurró Emily.

—Y que hayas traído contigo a la mujer más radiante de la sala —añadió Violet, guiñándole un ojo a Martha.

La baronesa sonrió con coquetería, apoyándose en el brazo de su hija, mientras las cuatro avanzaban hacia el salón principal.

Felicity no podía evitar pensar que la mascarada apenas comenzaba… y que su madre, contra todo pronóstico, ya parecía la estrella de la noche.

El salón parecía desbordar vida aquella noche. Felicity, sentada a un lado, apenas podía reconocer a su madre en la mujer que agitaba el abanico con coquetería bajo la máscara. Martha sonreía, pestañeaba con una vivacidad inesperada y dejaba que el fulgor de las lámparas resaltara un rubor juvenil en sus mejillas. Durante meses había permanecido recluida en la penumbra de su alcoba, vencida por la enfermedad y el silencio. Ahora, transformada en cantante de ópera por obra del disfraz, brillaba con una energía que desconcertaba a su propia hija.

Felicity pensó que, si alguien le hubiera dicho hacía unas semanas que la vería así, no lo habría creído. El contraste era tan grande que parecía un hechizo, aunque no de esos que asustan, sino de los que devuelven la esperanza. Observó cómo, entre murmullos y risas, un caballero se abrió paso entre los invitados hasta detenerse frente a Martha.

Iba vestido con un traje oscuro de corte impecable, la capa corta ribeteada en terciopelo carmesí y una máscara teatral que evocaba a los escenarios italianos. Llevaba en la mano un bastón de ópera, más ornamental que funcional, y se inclinó con cortesía antes de hablar.

—Hoy la vida me ha ofrecido la mayor sorpresa que podía imaginar. —Su voz era cálida, redonda, como la de un actor acostumbrado a conquistar salones con una sola frase.

Martha alzó el abanico con un gesto de fingida timidez.

—¿Acaso me confunde con alguien, caballero?

Él ladeó la cabeza, estudiándola bajo la luz de los candelabros.

—¿No es usted la divina Angelica Catalani? —preguntó con entusiasmo contenido, mencionando a la célebre soprano que había deslumbrado en los teatros de Europa.

Felicity abrió los ojos de par en par, incrédula. Su madre, en lugar de negarlo de inmediato, sonrió bajo la máscara con una chispa traviesa que la transformaba por completo.

—Me ha reconocido —respondió, dejando escapar una nota de coquetería que sorprendió incluso a ella misma—. Pensé que este disfraz ayudaría a ocultar mi identidad.

Felicity resopló con un suspiro audible y apartó la mirada al techo. Ver a su madre jugar aquel papel la desconcertaba y, al mismo tiempo, le arrancaba una sonrisa incrédula.

El caballero extendió entonces la mano con un gesto solemne, propio de la sala y del momento.

—Si de verdad tengo ante mí a la gran Catalani, sería un crimen no robarle un vals.

Martha entrecerró los ojos, disfrutando del juego como una muchacha a punto de estrenar temporada. Aceptó la mano sin titubear, y el caballero la condujo hasta el centro del salón.

La música arrancó con suavidad: violines que tejían un compás elegante, chelos que sostenían la cadencia. Felicity se quedó en el rincón, observando cómo su madre, a quien siempre había protegido de las miradas ajenas, se movía ahora entre ellas con gracia inesperada. El corsé la realzaba más de lo permitido, y aun así Martha parecía disfrutar del atrevimiento; su máscara cubría apenas hasta la nariz, lo suficiente para darle un aire enigmático, y sus pasos seguían al caballero con una soltura que asombraba a propios y extraños.

El salón entero se impregnó de aquella estampa: el brillo de las arañas de cristal, los destellos de las máscaras doradas y plateadas, el rumor de sedas y gasas rozándose al compás. Felicity apretó el abanico entre las manos, incapaz de decidir si debía ruborizarse por la osadía de su madre o alegrarse al verla tan llena de vida.

La risa de Martha, clara y juvenil, cruzó la sala en medio del vals. Y en ese instante, Felicity comprendió que aquella noche sería recordada no por lo que ella temía, sino por el renacimiento inesperado de una mujer que, después de toda una vida de silencios, se atrevía por fin a brillar.

Capítulo 25



Jackson llevaba demasiado tiempo inmóvil, oculto en el recodo de un ventanal que daba al salón principal. La música llegaba amortiguada hasta allí, como si las cuerdas se burlaran de su espera, y el calor de las lámparas dibujaba sombras doradas sobre la pared. No necesitó esfuerzo alguno para encontrarla: bastaba con seguir el murmullo creciente de admiración hasta que la figura de Felicity, junto a su madre, se recortó bajo la luz.

Un latigazo le atravesó el pecho. Ella estaba ahí. No había antifaz ni máscara que le robara el reconocimiento. La curva de su cuello, la delicadeza con que sostenía el abanico, la forma contenida de ocultar los nervios: todo era ella, intacta e inalcanzable.

Ezra se inclinó hacia el cristal con su ironía habitual.

—Milagrosa criatura, tu querida mujer —murmuró—. Ha devuelto a su madre de la tumba y la ha transformado en una diosa joven. No me sorprendería que esta noche caminara sobre las aguas.

Jackson apretó la mandíbula. La broma le dolía, aunque sabía que no era más que la manera de Ezra de señalar la verdad: Martha, a la que había visto desvanecerse entre sábanas húmedas de fiebre, reía ahora con la ligereza de una debutante.

Alexander, en cambio, no sonrió. Se limitó a posar una mano firme sobre el hombro de su amigo.

—Jackson —dijo con calma, con la voz de quien mide cada palabra—. Esta noche debes controlar cada paso. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Everton giró el rostro hacia él, con los ojos encendidos.

—Voy a recuperar a mi mujer. —Su voz fue baja, pero de un acero que no admitía réplica—. Y eso jamás será motivo de arrepentimiento.

Durante un instante los tres permanecieron en silencio. Ezra dejó escapar un suspiro cargado de resignación burlona; Alexander retiró despacio la mano, aceptando que ningún sermón lograra frenar aquella determinación.

Jackson se apartó del ventanal con un movimiento breve, casi brusco. El reflejo de la lámpara alcanzó el antifaz oscuro que llevaba colgado en la mano, y con un gesto firme lo colocó sobre el rostro. El parche ocultó un ojo, dejando el otro libre, ardiente de ansiedad. Inspiró como quien se prepara para saltar a un abismo y giró hacia la puerta.

Atravesó el corredor con paso rápido, sus botas resonaban amortiguadas contra la alfombra, como un tambor que solo él escuchaba. Cada zancada llevaba en sí la urgencia de siete años callados, la promesa de un instante irrepetible. Descendió la escalera con la impaciencia de un hombre que había esperado demasiado y, al llegar al último peldaño, contuvo la respiración un segundo, consciente de que un error en ese momento podía arruinarlo todo.

El gran salón se abrió ante él en cuanto empujó las hojas dobles de la puerta. Un mar de disfraces y colores lo recibió: capas brillantes, túnicas orientales, plumas, antifaces bordados con hilos de oro, risas que se mezclaban con el compás de los violines. El aire olía a cera caliente y a flores recién cortadas, con un fondo tenue de perfumes caros que se confundían en la multitud. Hasta los criados se movían disfrazados: faunos con coronas de hiedra, bufones con cascabeles que reían en silencio, cortesanas inventadas con abanicos de lentejuelas.

Jackson se detuvo apenas un instante en el umbral. Su único ojo libre recorrió la escena con tensión feroz, como quien busca un peligro entre la belleza. La sala estaba iluminada por decenas de lámparas de araña, y las sombras danzaban en las

paredes al ritmo de los cuerpos que giraban en valses y minués improvisados.

Entonces los vio: Emily y Violet, aguardando cerca de la orquesta, disfrazadas y resplandecientes, vigilando el salón como estrategas en pleno campo de batalla. Jackson inclinó apenas la cabeza, y ellas respondieron con el mismo gesto, cómplices silenciosas. La señal estaba dada: el plan seguía su curso.

Los músicos dejaron caer un acorde sostenido y, de pronto, Violet avanzó un paso con la naturalidad de quien se adueña de una sala entera. Su voz clara se alzó por encima del murmullo, chispeante, con un brillo de picardía que despertó la expectación de todos:

—¡Atención, damas y caballeros! —anunció con teatralidad —. Es momento de dar comienzo a nuestro concurso de disfraces. Que cada cual busque a su pareja correspondiente. ¡Los disfraces idénticos o complementarios deben unirse en la pista!

Un murmullo entusiasta recorrió la sala, mezclado con risas y exclamaciones. Algunos corrieron a tomarse de la mano, otros miraron en derredor en busca de su reflejo o su contraparte. Los músicos retomaron el compás, más vivo, mientras las máscaras se agitaban entre giros de seda y terciopelo.

Felicity, de pie junto a una columna cercana, sintió cómo el estómago se le encogía. Vestida con su atuendo de pirata —jubón oscuro, falda amplia que se recogía al andar, antifaz que cubría parte de su rostro—, recorrió el salón con la mirada ansiosa. Sus ojos buscaban, de un lado a otro, algún hombre disfrazado de igual modo, un compañero de destino. Pero no había nadie. Ni un solo pirata entre los asistentes.

Un temblor le recorrió la espalda. El presentimiento de haber sido engañada se coló en su mente, y una súbita desconfianza le enturbió la respiración. Dio un paso hacia la multitud, esquivando plumas y capas, girando la cabeza con la urgencia de quien busca una salida invisible. No vio nada delante de ella. Y entonces ocurrió.

Chocó contra un muro de carne y calor.

Retrocedió un instante, llevándose la mano al pecho, y alzó la vista. El mundo se detuvo. Frente a ella, con el antifaz oscuro y el parche que ocultaba medio rostro, estaba él. No había duda, no podía haberla: aquel hombre era el mismo lacayo que había aparecido en su casa bajo el pretexto de protector, el mismo cuyos ojos verdes la habían perseguido en sueños y pesadillas. Y esos ojos la miraban ahora con una intensidad que la paralizó en seco.

Su cuerpo entero se tensó. Comprendió, de golpe, que todo había sido una trampa cuidadosamente tendida. Emily, Violet, incluso su propia madre… todos habían conspirado para llevarla hasta ese instante. Sintió la humillación y la ira brotar al mismo tiempo, y lo único que quiso fue huir. Dio un paso atrás, dispuesta a apartarse, pero Jackson lo adivinó antes de que llegara a hacerlo.

Su mano se cerró sobre la de ella, fuerte, irremediable. La atrajo un poco hacia sí, y se inclinó lo justo para susurrar en su oído:

—Sígueme.

Felicity se quedó inmóvil, el corazón golpeándole con violencia bajo el corsé. La voz de él, tan cercana, tan peligrosa, era la última que deseaba escuchar. Y, sin embargo, había algo en el tono, en el roce de su aliento contra su piel, que despertó memorias enterradas.

—Suéltame —murmuró, apenas audible, con una rigidez que la hacía parecer de piedra.

Jackson no obedeció. Puso su mano firme en la cintura de ella, encontrando la curva con la naturalidad de quien recuerda cada línea de un mapa. La acercó un poco más, hasta que el antifaz de él rozó la tela de la máscara de ella. Y volvió a susurrar, con un temblor que era al mismo tiempo orden y ruego:
—Confía en mí.

Felicity sintió que todo su cuerpo debía rebelarse, gritar, rechazar aquel contacto. Pero ocurrió lo contrario. El calor de su palma contra la cintura, el timbre grave de su respiración, la

seguridad de un cuerpo que sabía guiarla… todo eso rompió la coraza que había construido durante años. Sus músculos, antes rígidos como hierro, cedieron sin que pudiera evitarlo.

La música se alzó en un vals solemne, y Jackson la condujo a la pista de baile. Cada paso que daba con él parecía impuesto, inevitable, y, sin embargo, cuando sus cuerpos se sincronizaron en el compás, algo en su interior reconoció el movimiento. No era su mente, no era su voluntad: era el recuerdo profundo del cuerpo, esa memoria silenciosa que conserva el roce de una caricia, aunque la razón lo niegue.

Él la giró suavemente, marcando con precisión cada paso. Felicity se dejó arrastrar, al principio con torpeza, como quien no quiere ceder, pero pronto sus pies comenzaron a responder al ritmo. Notaba la fuerza en los dedos de Jackson, la seguridad de su guía, y, aunque lo odiaba por ello, se descubrió respirando al mismo compás que él.

El salón entero se desdibujó. Las máscaras, los colores, las risas, todo quedó lejos. Solo existía la presión de su mano en la suya, el contacto de su brazo firme en su espalda, la cercanía insoportable de su pecho contra el suyo. Cada giro la acercaba más, cada paso la obligaba a reconocer lo que había jurado enterrar: que, pese a todo, su cuerpo respondía al suyo con una docilidad que le parecía traición.

Felicity quiso hablar, decir algo que rompiera aquel hechizo, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta. Y entonces Jackson, inclinándose apenas, dejó caer una frase que la atravesó con la serenidad de quien domina la tormenta:

—No huyas. Baila conmigo.

Ella cerró los ojos un instante. Lo odiaba. Lo odiaba por haberla engañado, por haber destruido su confianza, por haber arrastrado su vida a la ruina. Pero lo odiaba aún más por hacerla sentir viva en ese momento, por devolverle un calor que creía perdido.

Felicity tembló. Todo en ella gritaba que aquel hombre era un mentiroso, que la había engañado, que no merecía ni un respiro de confianza. Y, sin embargo, su cuerpo reaccionaba de otro modo: los dedos de Jackson en su cintura desprendían un calor que atravesaba la tela; el ritmo de su respiración, acompasado al suyo, la envolvía como una melodía conocida.

El vals los obligó a moverse. Ella, rígida, se dejó guiar en los primeros compases, como una marioneta atrapada en cuerdas invisibles. Pero poco a poco, la cadencia del baile la arrastró. Jackson la conducía con una seguridad serena, dominando el espacio sin esfuerzo, como si toda la sala les perteneciera.

Felicity lo miró de nuevo, casi contra su voluntad. Vio la marca del tiempo en su frente, las sombras de fatiga en sus párpados, la barba que ya no era la de un joven, sino la de un hombre que había aprendido a callar más de lo que hablaba. Aquello la desarmó aún más que el antifaz. Ya no podía fingir que estaba ante un impostor cualquiera. Era él. Y había envejecido con la misma obstinación con que ella había intentado olvidarlo.

El roce de sus manos la estremecía. El compás los empujaba en círculos, y en cada giro sentía cómo la cercanía de su cuerpo despertaba memorias que había enterrado. Los labios apretados de ella intentaban contener un torbellino: odio, nostalgia, deseo, rabia.

Jackson no añadía palabras innecesarias. Solo la guiaba, firme, constante, como si con cada paso quisiera demostrarle que seguía allí, que no se desvanecía, aunque ella lo mirase con desprecio.

La sala parecía aplaudir con cada giro. El vals crecía, se elevaba con los violines, los cornos, los timbales. Felicity no sabía si bailaba o luchaba contra sí misma. Lo que sí sabía era que su cuerpo lo reconocía. Reconocía la presión de esa mano, la seguridad de ese compás, la intensidad de esa mirada.

Cuando la orquesta atacó la última frase del vals, ella recuperó un destello de voluntad. Se apartó un instante, con la

respiración agitada, y clavó en él una mirada fría, cargada de reproches que no necesitaban palabras. Jackson sostuvo ese desafío sin pestañear. No intentó acercarse más ni pronunciar excusas. La dejó ser quien era: la mujer que lo odiaba y que, aun así, se movía en sus brazos como si hubiera nacido para bailar con él.

La música concluyó con un golpe seco. Las palmas estallaron en el salón. Las parejas se separaron con sonrisas, saludos, inclinaciones. Felicity, en cambio, se apartó de Jackson con un gesto brusco, como si su contacto quemara.

Él no la retuvo. Solo inclinó la cabeza, un gesto leve, solemne, que parecía prometer una nueva batalla.

Capítulo 26



Felicity avanzó entre los grupos de máscaras con el pulso desbocado, deseando apartarse de la multitud, huir de la respiración que aún le ardía en la nuca. El eco del último vals seguía vibrando en su piel, como si la música no hubiese terminado del todo. No podía soportar aquella cercanía; la necesidad de escapar la empujaba con más fuerza que el aire mismo.

Sus ojos recorrieron la sala en un gesto nervioso. El salón, vasto y luminoso, parecía un laberinto de seda y terciopelo. Los faroles de cristal pendían del techo como racimos de fuego, y las sombras que proyectaban las máscaras sobre los rostros ajenos le resultaban insoportables: todos eran alguien y ninguno era nadie. El murmullo de las conversaciones, el chasquido de las copas, el roce de los abanicos componía una sinfonía en la que no encontraba refugio. Por un instante, creyó que nunca lograría hallar salida.

Entonces la vio. En un rincón, sobre un sillón tapizado en verde, Martha reía con el caballero que antes la había cortejado. La baronesa agitaba el abanico con una coquetería que desconcertó a su hija. Sus mejillas lucían un rubor juvenil, y la máscara de ópera acentuaba un brillo en los ojos que hacía semanas parecía extinguido. La duquesa se detuvo, incrédula, con la sensación de que observaba a una desconocida.

¿Era aquella la misma mujer que había pasado meses recluida en la alcoba, con apenas fuerzas para levantarse de la cama? ¿Qué clase de prodigio había devuelto la vida a su madre?

—Madre, debemos retirarnos —dijo en cuanto se inclinó hacia ella, intentando sonar firme.

Martha apenas giró la cabeza, como si la súplica fuese un murmullo irrelevante frente al encanto de su conversación. Con un leve movimiento del abanico restó importancia a las palabras.

—No, hija mía. Estoy bien. De verdad, nunca me había sentido tan viva.

El corazón de la muchacha dio un vuelco. No esperaba resistencia. Apretó los labios, a punto de replicar, pero un recuerdo la atravesó como una flecha: la mirada de Jackson, esos ojos verdes que tantas veces la habían envuelto en certezas… y que, para ella, solo habían escondido un engaño. No podía evitarlo: cada vez que lo recordaba, lo sentía como un hombre que había jugado con su inocencia, que la había arrastrado a creer en un futuro inexistente. Ese pensamiento, corrosivo, era su único escudo.

Iba a insistir cuando una figura oscura se interpuso en su camino.

Un caballero disfrazado de guerrero medieval se inclinó con una gracia impecable. No llevaba metal ni armaduras pesadas, sino un jubón negro ceñido a la cintura, mangas amplias ribeteadas de hilo dorado y una capa corta que realzaba la amplitud de sus hombros. Bajo la máscara, unos ojos oscuros brillaban con decisión.

—Milady pirata —dijo con voz grave, apenas audible bajo el murmullo del salón—. ¿Me concede esta pieza?

Ella retrocedió un paso, sorprendida por la invitación directa. Estuvo a punto de rechazarlo, pero antes de que pudiera abrir la boca, escuchó la voz alegre de su madre:

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Martha, casi empujándola hacia adelante—. Sería una descortesía imperdonable rechazarlo.

—Madre… —protestó en vano.

El caballero medieval ya había tomado su mano, inclinando la cabeza con un gesto que no admitía réplica. La guió con suavidad hacia el centro del salón, entre parejas que se preparaban para retomar el baile.

El estómago de la joven se encogió. Apenas podía pensar en lo que había ocurrido minutos antes con Jackson, y ahora se veía arrastrada hacia un vals con un desconocido. La máscara de pirata ocultaba parte de su expresión, pero no la rigidez de sus hombros ni la tensión en su mandíbula.

El caballero la colocó frente a él con precisión. Su mano se posó en la cintura de ella, firme, segura, mientras la otra sostenía la suya con elegancia. La orquesta inició un nuevo compás, y el vaivén del vals los envolvió.

Ella apenas respiraba. El contacto del extraño le resultaba invasivo, casi intolerable. Y, sin embargo, lo que más la atormentaba era la certeza de que, aunque aquel hombre era un completo desconocido, su mente no dejaba de volver a Jackson. A Jackson y a la palabra que la mantenía erguida: engaño.

El caballero se inclinó lo justo para que solo ella oyera su voz.

—Un disfraz poderoso, milady. La fuerza de un pirata en el porte de una dama.

La duquesa no respondió. No sabía si debía agradecer, incomodarse o simplemente guardar silencio. Lo miró de soslayo, intentando reconocer algún rasgo bajo la máscara, pero le resultó imposible. No era un rostro familiar.

El vals exigía movimiento, y terminó por dejarse arrastrar, girando al compás de la música. El murmullo de las voces, el roce de las faldas, el perfume mezclado de flores y vino llenaban el aire. Cada giro parecía acentuar la contradicción que bullía en su pecho: la cercanía del desconocido, el recuerdo abrasador de Jackson, la sonrisa traviesa de su madre observándola desde el sillón.

Quiso apartar la mirada, pero no pudo evitar verla reír como una joven debutante. Martha agitaba el abanico con coquetería, el rubor le teñía las mejillas, y el brillo en sus ojos parecía rejuvenecerla más que cualquier médico. Para la pirata, la escena era tan irreal como dolorosa: su madre resplandecía, mientras ella se sentía prisionera de una trampa tejida con seda y música.

La música creció. El caballero medieval la conducía con maestría, sin un solo paso en falso. Ella se mantuvo erguida, con el mentón alto, como si la dignidad fuera el único escudo que le quedaba.

Y, sin embargo, cada vez que la música la obligaba a acercarse más a él, sentía la opresión en el pecho aumentar. No era deseo, no era simpatía: era la insoportable sensación de estar fuera de lugar. De que todo aquello —las máscaras, las risas, los perfumes — no le pertenecía.

La máscara de pirata cubría la mitad de su rostro, pero no alcanzaba a ocultar la incomodidad que chispeaba en sus ojos. El caballero lo notó.
—No tema, milady —susurró, casi como un secreto—. Esta noche no hay nombres. Solo música.

Ella tragó saliva, negándose a responder. Porque su mente no estaba en ese vals, ni en aquella voz amable. Su mente estaba en Jackson, en el engaño que aún pesaba sobre su alma, en el dolor del abandono y en la furia de tenerlo de nuevo tan cerca.



Jackson permanecía en un rincón del salón, protegido por las sombras que proyectaban los altos candelabros. El antifaz oscuro

cubría parte de su rostro, pero no lograba ocultar la fiera impaciencia de su mirada. Había descendido con rapidez por las escaleras, directo al corazón de la fiesta, y ahora se obligaba a permanecer inmóvil, clavado en la madera encerada, mientras el aire se llenaba de valses, perfumes y risas amortiguadas por las máscaras.

La encontró enseguida. La duquesa giraba en medio de la pista, envuelta en el compás impecable que le marcaba un guerrero medieval. El jubón negro, las mangas ribeteadas en oro y la capa corta que realzaba sus hombros delataban a un hombre acostumbrado al aplomo. No lo reconoció por el rostro —la máscara lo impedía—, sino por la seguridad del porte, por el modo en que alzaba el mentón, por la naturalidad con que posaba la mano en la cintura de ella.

Un golpe seco le atravesó el pecho.

La mano de otro estaba donde solo él había soñado volver a tenerla.

Sintió que el aire se espesaba. Tragó saliva, bajó la vista un instante, pero al alzarla de nuevo no halló alivio: allí estaba ella, vestida de pirata, con el antifaz oscuro y el cabello recogido en un moño rebelde, flotando sobre la pista como si perteneciera a ese mundo de disfraces. El disfraz la transformaba, pero no podía ocultar lo que era. Y verla sonreír —aunque fuese una sonrisa tensa, forzada — en brazos de un extraño lo envenenaba.

A su lado, Ezra dejó escapar una carcajada breve, con esa ironía que podía sonar ligera y cruel al mismo tiempo.

—Mírala —susurró, agitando el bastón de su disfraz oriental—. Felicity convierte a una madre enferma en una diosa juvenil y ahora hace que un caballero medieval se crea protagonista de un romance. Diría que es un milagro andante.

El conde no respondió. La mandíbula se le tensó tanto que las palabras quedaron atrapadas en la garganta.

Alexander, más sobrio, le apoyó la mano en el hombro.

—Amigo, calma. Hoy no es noche para impulsos. Si das un paso en falso, todo se derrumbará.

—No se trata de un plan —replicó, casi entre dientes—. Se trata de ella.

Ezra soltó una risa seca.

—Ahí lo tienes, Alexander. Nuestro querido conde, capaz de discutir con media Cámara, reducido a cenizas por una falda y un antifaz. El amor es más letal que mis clubs de boxeo.

Alexander frunció el ceño, sin replicar. Sabía que Ezra usaba la burla para cubrir su incomodidad; pero también intuía que aquellas palabras encendían todavía más la sangre de su amigo.

Unos pasos más allá, Emily y Violet agitaban sus abanicos, fingiendo indiferencia, pero cuchicheaban como conspiradoras. Miraban a la pirata, luego al caballero, y volvían a cruzar miradas sin reconocerlo.

—¿Quién demonios será? —murmuró Violet, con un destello cotilla en los ojos.

—No lo sé, pero baila demasiado bien para ser un cualquiera —repuso Emily, más seria—. ¿Lo conoces tú?

—Ni idea. Y eso me intriga todavía más.

Jackson escuchaba a medias. El murmullo de ellas llegaba como un zumbido lejano, incapaz de competir con el latido feroz que le golpeaba las sienes. Cada compás lo sentía como un puñal. El desconocido giraba a la duquesa con maestría, y aunque ella mantenía el mentón alto, él la conocía demasiado bien: la rigidez de sus hombros, la tensión del cuello, el leve temblor en los dedos. No estaba disfrutando. Pero aun así, lo permitía.

«¿Por qué?», se preguntó con un ardor insoportable.

«¿Por qué acepta un vals de cualquiera y no una palabra de mí?».

Ezra volvió a reír, esta vez con un tono más bajo, casi venenoso.

—Si sigues así, Everton, acabarás atravesando la pista con la espada de tu disfraz de pirata.

El conde lo fulminó con la mirada.

—No necesito espada.

Alexander apretó su hombro, intentando contenerlo.

—Te lo advierto, no arruines esto. Ella necesita tiempo, no una embestida.

Pero ya no lo escuchaba. En su interior, el tiempo se había agotado.

La música llegó a su clímax. Los giros se aceleraron. El caballero medieval inclinó a la pirata más de lo que él podía soportar. La visión le nubló la mente. Sintió que algo se quebraba, como una presa incapaz de contener más agua.

El acorde final estalló en el salón. Los aplausos resonaron. Las parejas se separaron con sonrisas e inclinaciones satisfechas.

Ella dio un paso atrás, dispuesta a regresar con su madre. El caballero aún la retenía de la mano.

Jackson no esperó más.

Avanzó entre la multitud con paso firme, ignorando a Ezra, que soltó un silbido divertido, e ignorando también a Alexander, que intentó sujetarlo con una advertencia rápida. Atravesó un grupo de ninfas disfrazadas, esquivó a un criado con una bandeja de copas y llegó justo cuando el guerrero acompañaba a la joven hacia la periferia de la pista.

Con un gesto brusco, el pirata tomó la mano de ella. Sus dedos se cerraron sobre los suyos con la seguridad de quien no admite réplica.

La duquesa se volvió con un sobresalto. El corazón se le encogió al reconocerlo. Bajo el antifaz, ese único ojo verde ardía con la intensidad que tanto había temido.

—¿Qué…? —empezó, pero la voz se le quebró.

El caballero medieval abrió la boca para protestar, mas Jackson lo ignoró. Tiró de la muchacha, apartándola de su acompañante, y con una inclinación cortés —más irónica que respetuosa— dio por terminada la danza.

—Con su permiso —murmuró, sin esperar respuesta.

Ella sintió que el suelo se movía bajo sus pies. El impulso de huir volvió con fuerza, pero la mano del conde la guiaba con firmeza inexorable. La multitud se abrió a su paso, sorprendida por aquel gesto, aunque nadie se atrevió a detenerlos: las máscaras ofrecían anonimato, y en un baile así los arrebatos eran parte del espectáculo.

Emily y Violet comprendieron en un segundo lo que ocurría.

—¡Jackson! —susurró Emily, agitando el abanico con desesperación.

—Ya es tarde —repuso Violet, aunque los ojos le brillaban con excitación—. Mírale, parece un vendaval.

Alexander suspiró, resignado.

—Que Dios nos ayude.

El pirata no se detuvo hasta alcanzar uno de los corredores laterales, más oscuros y silenciosos. El bullicio del salón quedó atrás, amortiguado por las cortinas pesadas y el eco de sus pasos firmes.

Solo entonces aflojó un poco la presión sobre su mano. No la soltó. La tenía, por fin, cerca de nuevo.

Y el mundo entero podía desmoronarse a partir de ese instante.

Capítulo 27



El corredor los recibió con un silencio distinto al del salón. No era la calma apacible de un lugar vacío, sino un silencio denso, trenzado con el murmullo lejano de la música y el eco amortiguado de las risas que escapaban del corazón de la mascarada. Las cortinas pesadas cerraban el paso a la luz, y las velas encendidas en candelabros altos apenas conseguían desgarrar la penumbra con destellos amarillentos. El aire olía a cera derretida, a vino derramado en algún mantel cercano y al perfume inconfundible que ella llevaba aquella noche: un aroma tenue, casi imperceptible, que para Jackson era como un golpe directo a la memoria.

Ella forcejeó al instante, intentando zafarse del agarre que la había arrastrado hasta allí. Sus ojos, tras la máscara de pirata, centelleaban de indignación, y el pecho se le agitaba con un ritmo frenético, como si hubiera corrido, como si el mero contacto con él la asfixiara.

—Suéltame —exigió en un susurro agudo, con los dientes apretados—. O gritaré.

Jackson no respondió de inmediato. Tenía la mano cerrada sobre la suya, no con brutalidad, sino con la firmeza de quien no admite réplica. El antifaz le ocultaba medio rostro, pero el ojo descubierto ardía de ansiedad. Tragó saliva, buscando unas palabras que no sonaran a súplica ni a imposición.

—Solo escúchame —dijo por fin, con voz baja, áspera, quebrada por la contención.

—¿Escucharte? —replicó ella, soltando una carcajada breve y amarga—. Después de todo lo que hiciste… ¿tienes el valor de pedirme que te escuche?

Intentó dar un tirón para apartarse, pero él resistió. No con violencia excesiva, sino con la obstinación de quien no soporta la idea de verla huir otra vez. El contacto entre ambos era como una cuerda tensa, a punto de desgarrarse.

—No hice lo que crees —alcanzó a decir Jackson, cada palabra impregnada de urgencia—. Aquella noche, yo fui a por ti.

El eco de esa confesión la golpeó con más fuerza que cualquier tirón. Se quedó inmóvil, incrédula, antes de soltar un bufido cargado de rabia.

—¡Mentira! —espetó, con los ojos encendidos de furia—. Me dejaste esperándote como una idiota. Me hiciste creer en tus promesas, en un futuro que nunca pensaste cumplir. ¿Y ahora pretendes…?

—No pretendo nada —la interrumpió él, con una intensidad que la obligó a callar durante un segundo—. Fui a buscarte. Te lo juro por lo más sagrado que tengo. Pero me atacaron antes de llegar. Me retuvieron. No pude… —la voz se le quebró y cerró los ojos un instante—. No pude llegar a ti.

Las palabras de Jackson retumbaron en ella con un eco insoportable. Durante un instante quiso creerle, pero la desconfianza que la había acompañado durante años fue más fuerte. La rabia le subió como una oleada y su cuerpo reaccionó con violencia.

Alzó los puños y comenzó a golpearle en el pecho, una y otra vez, con la furia desordenada de quien mezcla dolor y orgullo herido.

—¡Mentiroso! —le acusaba en cada golpe—. ¡Cobarde! ¡Engañaste a una niña que confió en ti! ¡Y ahora vienes con excusas!

Jackson no se defendió. No alzó las manos para apartarla, ni intentó detenerla. Se mantuvo erguido, recibiendo cada golpe

como si fueran latigazos que merecía. Con la mandíbula apretada y el pecho firme, soportaba el castigo sin ceder un paso.

—Golpéame si lo necesitas —murmuró con voz ronca—. Pero no me llames mentiroso. No lo fui entonces. No lo soy ahora.

El contacto de sus puños, la respiración entrecortada de ambos, la cercanía de sus cuerpos, llenaron el corredor de una tensión insoportable. Ella temblaba, no solo de furia, también de la mezcla de emociones que la desgarraban: el recuerdo de la espera frustrada, el dolor del abandono, la rabia de tenerlo otra vez tan cerca.

Quiso gritar, pedir auxilio, pero el nudo en la garganta era más fuerte que su voz. El ojo verde de Jackson la sujetaba como una cadena.

—Me engañaste —repitió, con menos fuerza, como si necesitara convencerse a sí misma.

Él negó despacio, la respiración aún sacudida por sus golpes.

—No, Felicity. Te amé. Te amo. Y no hay mentira en eso.

La frase flotó entre ellos como un cuchillo suspendido. Ella sintió el impulso de escupirle a la cara, de huir, de borrar aquellas palabras de su memoria. Y sin embargo, el ardor que le subía al rostro no era solo de ira, también era el recuerdo insoportable de lo que significaba ser amada por él.

—Cállate —susurró, con la voz quebrada—. No me obligues a recordarlo.

Él dio un paso mínimo hacia ella, como quien se acerca al borde de un abismo.

—Entonces grita. Hazlo, si quieres. Pero no digas que nunca te amé.

El silencio entre ambos se volvió insoportable. El eco de la música en la distancia parecía burlarse, recordándoles que en el

salón la vida continuaba entre risas y valses, mientras en aquel corredor el mundo se reducía a dos cuerpos al borde del colapso.

Ella apretó los labios hasta hacerse daño. Estaba a punto de gritar, pero el nudo en la garganta se lo impidió. Y antes de que pudiera reaccionar, él dio el paso que los separaba.

—No puedo dejar de hacerlo —murmuró, y la besó.

El contacto fue brusco, cargado de urgencia, como si toda la espera de los años se condensara en ese instante. Felicity abrió los ojos de par en par, sorprendida, indignada. Sus puños, que antes lo habían castigado, volvieron a alzarse, golpeándole en el pecho con desesperación. Cada puñetazo era un intento de rechazarlo, de borrar el ardor que sus labios encendían.

Pero el beso persistió. No con violencia, sino con una obstinación implacable. Jackson no la soltaba, no dejaba de rozar su boca con la suya, como si en ese gesto se jugara la vida.

—¡Basta! —quiso gritar, pero su voz quedó sofocada entre sus labios.

El corazón le martilleaba con tanta fuerza que apenas podía pensar. Y entonces ocurrió lo impensable: su cuerpo, traidor, dejó de resistirse. El temblor de sus manos se convirtió en un agarre inseguro sobre la tela de su jubón; los golpes se transformaron en presión, como si en lugar de apartarlo buscara sostenerse.

El beso cambió. Dejó de ser un asalto para convertirse en un incendio compartido. Felicity, en un instante de abandono, respondió. Su boca se abrió con la suya, sus cuerpos se alinearon en un compás íntimo y el tiempo, por un segundo eterno, dejó de existir.

La memoria la traicionó: recordó lo que era sentirse amada por él, la seguridad de sus brazos, la promesa muda en cada roce. Y se dejó arrastrar.

Pero fue solo un instante. Demasiado largo para su orgullo.

De pronto, como si despertara de un hechizo, se apartó con brusquedad. El aire entró en sus pulmones como una bocanada helada. Su mano temblaba cuando la levantó, pero aun así descargó una bofetada contra su rostro. El sonido seco resonó en el corredor como un látigo.

Jackson no se movió. El antifaz se desplazó apenas con el impacto, revelando el pómulo enrojecido. Su ojo verde, en cambio, permaneció fijo en ella, ardiente, sin una sola chispa de arrepentimiento.

—Jamás… —su voz se quebró mientras las lágrimas amenazaban con desbordarla—. Jamás vuelvas a tocarme.

Se giró con rapidez, el corazón latiendo como un tambor desbocado. El corredor se abrió ante ella como un túnel oscuro que conducía a la libertad. No regresó al salón, donde las máscaras y las risas seguían sonando como si nada. No. Dirigió sus pasos hacia la salida. Necesitaba aire, distancia, cualquier cosa que la arrancara de esa prisión invisible en la que Jackson acababa de encerrarla otra vez.

Él la vio marcharse sin moverse. Cada paso que daba era un cuchillo que le abría el pecho. No la persiguió de inmediato. Apoyó la palma contra la pared, intentando recobrar el aliento, aceptar que la había besado, que por un instante la había recuperado… solo para perderla de nuevo con más violencia.

Cuando decidió seguirla, Felicity ya atravesaba los pasillos con el pulso desbocado. Sus pasos resonaban sobre el mármol, apresurados y torpes, pero no se detuvo. La mejilla aún le ardía por la bofetada, como si el golpe hubiese rebotado contra ella misma. El aire estaba cargado de perfumes dulzones y humo de velas, y cada respiración era un suplicio.

Quería salir. Quería huir de él.

Atravesó un arco adornado con cortinas de terciopelo y alcanzó el vestíbulo, donde criados disfrazados iban y venían con bandejas. Nadie se fijó en ella: las máscaras cumplían su cometido,

transformándola en un rostro anónimo entre tantos. Y, sin embargo, sentía que todos la miraban, que cada sombra escondía la amenaza de ser alcanzada por esa voz, esa mirada, esos labios.

El recuerdo del beso la abrasaba. Lo odiaba. Lo odiaba tanto como lo había amado.

Aceleró el paso.

Detrás de ella, el sonido firme de unas botas anunció lo inevitable. Jackson había salido del corredor. No corría, pero su andar era tan decidido que el suelo parecía ceder bajo sus pisadas.

—Felicity —llamó, con un murmullo grave, apenas audible, pero suficiente para atravesarle la espalda como un látigo.

Ella no giró la cabeza. Se obligó a mantener la mirada fija al frente, hacia las puertas dobles que conducían al exterior. Si lograba cruzarlas, si conseguía subir a un carruaje, podría respirar de nuevo.

El vestíbulo estaba casi desierto. Un criado disfrazado de bufón se inclinó a recoger unas copas, y la joven lo esquivó con brusquedad. El tintineo del cristal se mezcló con su respiración entrecortada.

Jackson acortaba la distancia. Podía sentirlo. Como una sombra inevitable, como un destino del que no sabía escapar.

Apretó los puños. ¿Qué derecho tenía él a seguirla? ¿Qué pretendía, después de años de silencio, después de dejarla sumida en la humillación y la rabia?

La furia le dio fuerzas.

Empujó las puertas con ambas manos, y el aire frío de la noche le golpeó el rostro. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios: la brisa era como una liberación. Afuera, los faroles iluminaban la fachada de la mansión con destellos dorados, y los carruajes aguardaban en fila, con los caballos resoplando bajo el aliento blanco de la madrugada.

Ella descendió las escaleras a toda prisa, sosteniendo con una mano la falda de su disfraz para no tropezar.

—¡Felicity! —la voz de Jackson tronó esta vez, más firme, más cercana.

Ella apretó aún más el paso. La barandilla de piedra se desdibujaba a su lado, y el eco de sus tacones se mezclaba con el retumbar de las botas que la perseguían.

Por un instante temió que la atrapara allí mismo, que volviera a sentir esa mano sobre su muñeca. Pero no se detuvo. Un carruaje se movió en la fila, preparado para marchar, y el cochero la miró sorprendido al verla acercarse con el rostro cubierto por la máscara de pirata.

—¡Eh, milady! ¿Necesita…? —empezó el hombre.

Felicity no lo escuchó. Solo sabía que tenía que huir, que no podía dejarse alcanzar.

Jackson se detuvo al pie de la escalera. No porque no pudiera seguirla, sino porque durante un segundo temió lo que ocurriría si lo hacía. El impulso de correr tras ella lo devoraba, pero el miedo a perderla del todo lo frenaba.

La vio correr hacia la fila de carruajes, vio cómo el antifaz brillaba bajo la luz de los faroles, cómo la capa pirata ondeaba tras ella como una bandera de desafío. Y sintió un dolor lacerante en el pecho.

Porque esa mujer —la que huía de él con la misma fuerza con la que había respondido a su beso— seguía siendo la única capaz de quebrarlo de esa manera.

Jackson cerró los puños. Dio un paso hacia adelante… y se obligó a detenerse.

El juego aún no había terminado.

Capítulo 28

El carruaje avanzaba a trompicones por las calles húmedas de Londres, dejando tras de sí el eco metálico de los cascos sobre los adoquines. Dentro, Felicity apenas podía respirar. El aire viciado del interior se mezclaba con el olor a terciopelo mojado y cuero, y cada bache la hundía un poco más en el abismo que llevaba en el pecho. Se mantenía erguida, con los dedos crispados en el regazo, intentando contener el temblor de las manos, pero era inútil: la quemazón del beso seguía latiendo en sus labios como una herida reciente.

Cerró los ojos un instante, buscando calma, pero lo único que encontró fue el recuerdo. El peso de aquella boca sobre la suya, el ardor de un contacto que había jurado no volver a permitir. El pasado se le vino encima con la violencia de un vendaval: la niña que había sido, aguardándole bajo la sombra de un sueño, y la mujer que era ahora, atrapada en un presente que solo le devolvía la certeza de la traición. «No había explicación posible», se repitió, como un conjuro contra la tentación de creerle.

Cuando el carruaje se detuvo ante la residencia, el mayordomo Lyon aguardaba ya en el portal, erguido bajo la luz mortecina de los faroles. No hizo preguntas. Se limitó a abrir la portezuela con un gesto impecable y, cuando ella descendió, la observó con una discreción que ocultaba más de lo que mostraba. Su mirada, sin embargo, reparó en un detalle: la baronesa no regresaba junto a su hija.

Felicity no le dirigió palabra. Apenas le sostuvo la mirada un segundo, con los ojos enrojecidos, antes de encaminarse hacia el interior. El murmullo de la falda rozando la escalera se mezcló con su respiración agitada. Lyon comprendió entonces, o creyó comprender: madre e hija habían discutido. No era asunto suyo. Bajó la cabeza con la dignidad de un servidor fiel y se retiró a la penumbra del vestíbulo para esperar a la baronesa.

Ella, entretanto, subía los peldaños con paso rápido, recogiendo el vestido con ambas manos para no tropezar. La madera encerada de la barandilla parecía más fría que nunca, y cada cuadro colgado en las paredes del corredor —retratos de ancestros de mirada severa— la juzgaba en silencio, recordándole el peso de un apellido que jamás había sido refugio.

Al llegar a su alcoba, cerró la puerta con brusquedad y apoyó la espalda contra ella. Contuvo la respiración, como si temiera que alguien pudiera escuchar el estallido de su corazón. Las lágrimas, que había logrado reprimir en el trayecto, brotaron sin piedad. Se las enjugó con las manos una y otra vez, pero eran inagotables.

Cruzó despacio la habitación, tropezando casi con la alfombra, y se dejó caer junto al tocador. En el espejo, la máscara de pirata aún cubría parte de su rostro. Se la arrancó con violencia y la arrojó sobre la mesa. Las horquillas se deslizaron de entre sus dedos y cayeron con un tintinear metálico sobre la madera. Cada mechón liberado se derramaba sobre sus hombros como un eslabón roto, y, aun así, la opresión en su pecho no cedía.

«No había regresado a Londres por esto», se dijo con amargura. Había rehusado fiestas, visitas y compromisos sociales por miedo a encontrárselo, por no querer enfrentarse al pasado. Y, sin embargo, el destino la había empujado de bruces contra aquello que más temía: la mentira —o la verdad— que en boca de Jackson eran lo mismo.

Recordó sus palabras en el corredor, su voz ronca, su mirada clavada en ella. Decía que había ido a buscarla aquella

noche, que lo habían atacado. ¿Qué significaba aquello? ¿Un intento de justificar el abandono? ¿Otra excusa, otra farsa más? No podía permitirse creerle, porque creerle sería entregar de nuevo la llave de su ruina.

Se dejó caer sobre la cama, hundiendo el rostro en la colcha bordada. El olor a lavanda de las sábanas se mezclaba con la cera de los candelabros. Quiso dormir, pero el sueño era imposible. La certeza se le clavaba en las entrañas: él la había engañado, y ella había pagado el precio con una vida rota. Un marido que la había despreciado, un hijo al que había debido proteger en silencio y ahora, otra vez, el riesgo de perderlo todo si cedía al embrujo de unas palabras.

Se incorporó un poco y, con las manos aún temblorosas, se secó el rostro. Tenía que tomar una decisión. Debía marcharse cuanto antes, antes de que Jackson hallara el modo de derribar sus defensas. No le daría la oportunidad de justificarse, de volver a atraparla.

El chirrido leve de la puerta principal anunció la llegada de la baronesa. Su voz, inconfundible, resonó en el vestíbulo, cargada de satisfacción tras una velada que parecía haberle devuelto años de vida. Felicity, desde la cama, se incorporó de golpe, el corazón desbocado. No podía permitir que su madre la viera en aquel estado.

Se apresuró a desabrochar el disfraz de pirata, dejando que la tela cayera sobre la alfombra en un montón oscuro, impregnada aún del olor a humo y perfume de la sala de baile. Retiró las horquillas con torpeza, liberando su cabello en un desorden que intentó ocultar bajo la sábana. Con movimientos rápidos, se metió en la cama, apagó la vela más cercana y cerró los ojos con fuerza.

El eco de los pasos en el corredor se aproximaba. Felicity contuvo la respiración al oír el leve crujido de la manilla. La puerta se abrió despacio, dejando entrar una línea de luz trémula. Reconoció el roce de la falda de su madre, el compás lento de sus zapatos sobre la alfombra.

Martha se acercó sin decir nada. Felicity, de espaldas, fingió dormir, incluso dejó escapar un ronquido breve y contenido. Notó cómo su madre se inclinaba sobre ella, cómo el aliento, cargado de perfume y vino, rozaba el aire a su alrededor. Hubo un silencio largo, casi tierno, y luego el suspiro satisfecho de quien confirma que todo está en orden.

La puerta se cerró con suavidad. Los pasos de la baronesa se alejaron hacia su propia alcoba.

Felicity abrió los ojos de inmediato. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía dispuesto a escapar de su pecho. Inspiró hondo, aferrándose a las sábanas como si fueran un ancla. La fachada había funcionado: su madre no sospechaba nada.

Rodó sobre sí misma, con la mirada fija en el techo en penumbra. La decisión, ya tomada en el carruaje, se reafirmó con la contundencia de una sentencia. Debía marcharse cuanto antes. Debía proteger a Robert y salvarse a sí misma de la trampa en la que había vuelto a caer.

La idea de partir al día siguiente se instaló en su mente como un refugio. Organizaría las cosas en silencio, hablaría con su hijo y lo prepararía para un viaje inesperado. Se alejarían de Londres, de Jackson, de todo lo que amenazaba con arrastrarla al pasado.

Las lágrimas regresaron, silenciosas, pero no se permitió sollozar. Quedó tendida en la oscuridad, con la respiración entrecortada y los ojos muy abiertos, como si quisiera grabar en el techo la promesa que se repetía en silencio: «No le daré la oportunidad de destruirme otra vez».

Capítulo 29



Felicity se incorporó despacio y tiró del cordón que colgaba junto a la cabecera para llamar a Agnes. El tintineo de la campanilla resonó en el pasillo, breve y discreto. Con un gesto automático se levantó y se acercó a la ventana. Apartó apenas un extremo de la cortina, lo suficiente para que la claridad de la mañana le rozara el rostro.

Allí estaba de nuevo. Jackson, erguido bajo el cielo plomizo de Londres, aguardaba como si el frío no existiera, como si la simple resistencia frente a la verja bastara para doblegar la voluntad de ella. El corazón de Felicity dio un vuelco, obligándola a retroceder un paso. No podía seguir mirándole; aquel duelo silencioso la desgastaba más que cualquier reproche.

Corrió la cortina con brusquedad y se apartó de la claridad húmeda que se filtraba en la estancia. Apenas unos instantes después, el tintineo de la campanilla obtuvo respuesta. Agnes apareció en el umbral, sonrosada por la prisa.

—¿Me llamaba, señora?

—Sí, ayúdame a vestirme.

La doncella entró con paso ágil, desplegando sobre la silla varias prendas cuidadosamente dobladas. Mientras desabrochaba el corpiño de la bata, Felicity evitó su mirada, aunque la tensión de sus gestos la delataba. Agnes, siempre observadora, comprendió que la inquietud de su señora no se debía a la elección del vestido.

—¿Cómo ha pasado la mañana la baronesa? —preguntó Felicity, más por distraerse que por interés real.

Agnes sonrió, con un brillo divertido en los ojos.

—Ha insistido en bajar a la cocina. Dice que hoy se encargará personalmente de preparar unos pasteles.

Felicity arqueó las cejas con incredulidad.

—¿Pasteles? ¿Mi madre?

—Así es, señora. No he podido convencerla de lo contrario. Tenía una energía… distinta. Incluso me ordenó que no la acompañara, que no necesitaba ayuda para algo tan sencillo.

El gesto de Felicity se suavizó con una mezcla de ternura y desconcierto. Aquella obstinación juvenil en Martha resultaba insólita.

—Entonces deduzco que espera compañía esta tarde.

Agnes asintió con una sonrisa apenas contenida mientras ajustaba las mangas del vestido.

—Eso parece. Y me atrevería a jurar que lord Percival Gainsborough no faltará a la cita.

El nombre provocó en Felicity un respingo, suficiente para alterar su aparente serenidad. Intentó disimularlo, recogiendo con calma un mechón rebelde de cabello, pero la doncella ya había percibido el gesto.

—Mi madre es libre de conversar con quien desee —replicó al fin, con voz baja y firme, como si quisiera convencerse a sí misma tanto como a Agnes—. No obstante, resulta curioso que la cocina se haya transformado de pronto en un escenario de cortejo.

Agnes bajó la cabeza para ocultar una sonrisa. Terminó de abrochar el vestido y alisó las faldas con un movimiento preciso.

—Quizá la baronesa haya recordado lo que significa disfrutar de una tarde ligera. Después de todo, los años no apagan del todo ciertos placeres.

Felicity no respondió. Se volvió hacia el espejo y contempló el reflejo que le devolvía la joven viuda: rostro sereno, aunque marcado por una tensión imposible de disimular. Tras ella,

Agnes aguardaba en silencio, consciente de haber dicho más de lo prudente.

El silencio se alargó hasta que Felicity, con un suspiro contenido, murmuró:

—Bastará con que los pasteles no se quemen.

Agnes sonrió suavemente y recogió las cintas sobrantes. Fuera, el eco de unos cascos sobre el adoquinado recordó a Felicity que, pese al calor doméstico que se gestaba dentro, la verdadera batalla seguía en la calle, allí donde un hombre permanecía cada día, dispuesto a consumirse solo con verla.

Se apartó del espejo con gesto resuelto y se encaminó hacia la puerta. Antes de cruzar el umbral, volvió la vista hacia la ventana. El cristal, aún empañado por el aliento de la mañana, le devolvía el contorno de la verja. No distinguió su figura, pero sabía que estaba allí, inmóvil, aguardando. El pecho se le oprimió, aunque enseguida bajó el pestillo interior y salió.

El pasillo la recibió con su silencio solemne. El aire olía a cera y a carbón recién encendido, y las alfombras amortiguaban sus pasos como si la casa misma guardara secretos. Un criado se apartó discretamente para dejarla pasar, inclinando apenas la cabeza. Felicity descendió la escalera con la mano en el pasamanos frío de la madera; el murmullo de voces y cacharros metálicos le indicó hacia dónde, casi sin proponérselo, se dirigían sus pasos.

El calor de la cocina la envolvió al cruzar el umbral. El aire, impregnado de mantequilla y azúcar tostándose, contrastaba con la humedad gris del exterior y le evocó, con una punzada casi infantil, los inviernos de su niñez. Varias criadas revolvían cazuelas o retiraban bandejas del horno, pero era la figura de Martha, erguida junto a la mesa central, la que dominaba la escena. Vestía un delantal blanco sobre su vestido claro y tenía las manos enharinadas, como si llevara toda la vida habituada a aquel menester.

—¿No deberías estar descansando, madre? —preguntó Felicity, deteniéndose en el quicio con una mezcla de asombro y reproche.

Martha alzó la vista. El rubor del esfuerzo le encendía las mejillas, y en la expresión había una vitalidad que hacía tiempo no mostraba.

—Descansaré cuando la casa huela a algo más que medicinas. —Levantó un cuenco rebosante de masa y lo dejó caer con firmeza sobre la tabla—. Hoy quiero que recuerdes cómo sabe un pastel bien hecho.

Las criadas intercambiaron sonrisas cómplices. Una de ellas, más atrevida, murmuró que la baronesa parecía rejuvenecida diez años. Martha fingió no escuchar, pero la curva satisfecha de sus labios la delataba.

Felicity se acercó despacio, observando cómo su madre esparcía harina con movimientos seguros. Le costaba reconciliar aquella imagen con la mujer frágil y temblorosa a la que había velado tantas noches.

—¿Y a qué se debe este repentino entusiasmo? —preguntó, intentando que el tono sonara ligero, aunque la punzada de celos no se le escapó.

—¿No es evidente? —replicó Martha, hundiendo los dedos en la masa con sorprendente energía—. Esta tarde tendremos visita.

El estómago de Felicity se encogió.

—¿Lord Gainsborough?

—Así es. —Martha levantó la barbilla con un orgullo casi travieso—. Prometió traerme unas partituras y conversar sobre la última ópera italiana. Me niego a recibirlo con gesto mustio y bandejas vacías.

Felicity apretó los labios, conteniendo un comentario que habría sonado demasiado severo. Miró alrededor: los moldes alineados, las frutas escarchadas en platos de loza, el horno

exhalando un aroma dorado que llenaba la estancia. Todo hablaba de expectación, de la ilusión secreta que transformaba a su madre.

—Supongo que los criados ya están al corriente —murmuró Felicity, apenas audible.

Martha sonrió sin disimulo.

—Y me complace que lo estén. Que la casa respire algo más que silencio.

Las criadas asintieron, divertidas, y una de ellas preguntó si debía adornar la mesa del comedor con flores frescas. Martha aprobó la idea con un gesto amplio, y Felicity comprendió que aquella tarde, por mucho que ella se resistiera, la residencia se convertiría en escenario de tertulia.

La masa golpeó la madera con un sonido rítmico. Felicity permaneció de pie, observando los dedos de su madre hundirse una y otra vez, como si en aquel acto sencillo amasara también la esperanza de un nuevo comienzo. Se estremeció al recordar que, al otro lado de la verja, alguien aguardaba inmóvil, expuesto al frío y al desprecio, mientras dentro la casa bullía de calor y risas contenidas.

Un murmullo de harina flotaba en el aire, suspendido en la luz que entraba por la ventana. Felicity apartó la mirada, sintiendo que aquella alegría, aunque legítima, le pesaba como un reproche.

Capítulo 30



La tarde aún conservaba la claridad limpia de las horas previas al crepúsculo. El reloj del vestíbulo marcaba las cinco menos cuarto, y la residencia de los Chatham parecía haber despertado de un largo letargo. El murmullo de pasos apresurados resonaba en los pasillos, mezclado con órdenes discretas y el golpeteo de puertas que se cerraban con prisa. Criadas subían y bajaban escaleras con ramos de lilas recién cortadas; doncellas escogían manteles de hilo bordado, y Lyon, infatigable, comprobaba que cada chimenea ofreciera un fuego vivo para asegurar una calidez uniforme en toda la planta baja.

Felicity descendió los peldaños principales despacio, como si temiera perturbar aquel movimiento coreografiado que bullía a su alrededor. El aroma de las flores se mezclaba con el dulzor de la vainilla y el azúcar horneado que ascendía desde la cocina, y aquella atmósfera de celebración doméstica la envolvía con una familiaridad que, sin embargo, le resultaba ajena. No podía negar que la casa parecía más viva que nunca; aun así, percibía esa vitalidad como una fiesta de la que se la mantenía apartada.

En la sala principal encontró a Martha sentada en el sillón próximo a la chimenea, rodeada de criadas que obedecían sus indicaciones con diligencia. Sostenía un pequeño abanico cerrado, que usaba a modo de puntero para señalar la posición exacta de un florero o el ángulo conveniente de una bandeja de plata. El rubor le encendía las mejillas y la voz sonaba firme, casi juvenil, como si la enfermedad que solía postrarla en la cama hubiera decidido concederle una tregua.

—Ese ramo de lilas, no tan cerca de la ventana —indicó—. La luz directa marchitaría los pétalos antes del anochecer. Colóquenlo sobre la consola, junto al espejo. Eso es.

Las criadas se movieron rápidas, contagiadas del entusiasmo que emanaba de su señora. Felicity se detuvo en el umbral, contemplándola con una mezcla de ternura y desconcierto. Le costaba reconocer en aquella mujer enérgica a la madre frágil y febril a la que había velado tantas noches.

—¿Madre? —preguntó al fin, con una sonrisa leve—. ¿No cree que está exagerando un poco con tanta preparación?

Martha levantó la vista, y sus labios se curvaron con un matiz casi travieso.
—¿Exagerar? En absoluto. Cuando se recibe a un caballero de la talla de lord Gainsborough, es deber de la anfitriona mostrar su mejor rostro. Y esta casa, hija mía, llevaba demasiado tiempo dormida.

Felicity avanzó hasta situarse junto a ella. Observó cómo sus dedos jugueteaban con el abanico, nerviosos, como los de una muchacha en vísperas de su primer baile. Aquella ilusión renovada la enternecía, pero también la punzaba con un leve resentimiento.

—Si no supiera que espera una tertulia musical, pensaría que aguarda usted una declaración —murmuró, sin poder contener del todo la ironía.

Martha arqueó una ceja, sin ofenderse, y le tomó la mano con un gesto que encerraba autoridad y cariño a un tiempo.

—No seas injusta, Felicity. Nadie habla de declaraciones. Solo de una tarde agradable que nos permita respirar otro aire. ¿Acaso no lo necesitamos?

Felicity no respondió. Se apartó hacia la ventana, incapaz de sofocar el impulso. Con la yema de los dedos limpió el vaho del cristal y buscó la verja. Allí estaba la silueta erguida, inmóvil como un guardián condenado a su puesto. Jackson no hacía ademán de

moverse ni de llamar; se limitaba a permanecer de pie, como si la obstinación misma le sostuviera.

El corazón de Felicity dio un vuelco. Bastó aquel vistazo para recordarle el beso arrebatado, la bofetada, las noches en vela roídas por la culpa. Cerró con fuerza la cortina y regresó al sillón antes de que su madre o las criadas advirtieran el temblor de su mano.

La casa bullía en torno a ella: el tintinear de la loza, el roce de los cubiertos de plata al colocarse en la mesa, el crepitar de las chimeneas. Cada sonido parecía anunciar que algo importante estaba a punto de suceder. Felicity, en cambio, se sentía fuera de lugar, como una actriz secundaria obligada a representar un papel que no había elegido.

Martha, ignorando su silencio, se incorporó con gesto resuelto.

—Ve a acomodarte, hija. No quiero que me acuses después de dejarte al margen. Lord Gainsborough vendrá también a verte, no lo dudes. Un caballero que sabe conquistar corazones siempre tiene en cuenta a las hijas de la casa.

Felicity reprimió un suspiro y se dejó guiar hasta el sillón opuesto. El reloj del vestíbulo avanzaba con obstinación hacia la hora convenida, y la partitura de la tarde parecía escrita ya de antemano, aguardando la primera nota.

El reloj marcaba las cinco menos diez cuando el aldabón de la puerta principal resonó con tres golpes graves, seguros, que reverberaron por la casa como el compás solemne de un preludio. Lyon, siempre atento al menor detalle, se adelantó con paso firme y abrió la hoja con la elegancia discreta de quien ha ejercido su oficio durante décadas.

En el umbral, la figura de lord Percival Gainsborough se recortaba contra la claridad de la calle. Vestía una levita azul marino de impecable corte, un chaleco marfil que iluminaba el conjunto y una bufanda de seda clara, sujeta con una aguja de perla discreta.

Traía en la mano derecha un pequeño paquete envuelto en papel de seda, y en la izquierda un estuche de cuero fino.

—Lord Percival Gainsborough —anunció Lyon con voz grave, inclinando apenas la cabeza en señal de respeto.

—Buenas tardes, Lyon —respondió el visitante con cortesía medida—. Confío en que la baronesa se encuentre con buena salud.

—Su señoría la espera en la salita, mi lord. Si desea seguirme.

El mayordomo se apartó para dejarle paso. El vestíbulo, encendido por la luz dorada de las lámparas de aceite, olía a cera y carbón reciente, pero por encima de todo flotaba un aroma irresistible: el perfume cálido de los pasteles que Martha había pasado la mañana preparando. Aquella fragancia se extendía por los pasillos como una bienvenida antes incluso de ver a la anfitriona. Percival la aspiró con una sonrisa apenas perceptible, como quien reconoce el esmero con el que se le ha esperado.

El sonido de sus pasos sobre la alfombra mullida acompañó el breve trayecto hasta la salita. Lyon abrió la puerta con gesto ceremonioso y, tras anunciarlo con solemnidad, se hizo a un lado para cederle el paso.

—Lord Percival Gainsborough.

Dentro, Martha ya se había puesto en pie. El rubor le encendía las mejillas y sus ojos brillaban con una vitalidad renovada. Avanzó hacia él con una naturalidad que desmentía la fragilidad de sus últimos meses.

—Martha —saludó Percival con voz cálida, inclinándose ligeramente mientras tomaba la mano que ella le tendía. Depositó en sus nudillos un beso respetuoso y galante, gesto de familiaridad que no rompía la compostura.

—Percival —respondió ella, con una sonrisa que parecía rejuvenecer sus facciones—. Puntual hasta la exageración.

—La puntualidad, querida Martha, es la cortesía de los reyes. Y, en mi caso, una necesidad cuando se trata de visitar esta casa.

Felicity, situada junto al sillón opuesto, los observaba en silencio. Había escuchado mencionar a aquel caballero con frecuencia, pero enfrentarse a su presencia era distinto. Percival tenía ese aire sereno y seguro de sí mismo que hacía imposible señalar un defecto: la clase de hombre que parecía fabricado para encajar sin esfuerzo en cualquier salón de Londres.

Él se volvió entonces hacia ella y la saludó con una inclinación exacta.

—Lady Felicity, permítame ofrecerle un detalle insignificante.

Le tendió el paquete de seda. Felicity lo aceptó con cautela, deshaciendo el envoltorio con dedos que temblaban a pesar suyo. Dentro apareció una cinta de raso azul, de un tono profundo, casi nocturno, que evocaba el cielo justo antes de apagarse la luz del día.

—Al verla pensé que realzaría la claridad de sus ojos. No es más que un gesto sencillo, pero me agradaría que lo aceptase.

El rubor subió a las mejillas de Felicity. Aquella atención, discreta e irreprochable, la incomodaba precisamente por su perfección.

—Le agradezco la delicadeza, lord Gainsborough. Es usted muy atento.

Martha intervino entonces con una sonrisa cómplice, como si quisiera suavizar la tensión.

—Percival, entre nosotros no hace falta tanta formalidad. Llámala Felicity.

El caballero aceptó la licencia con un leve asentimiento.

—Será un honor, Martha, si la dama me lo permite.

Felicity inclinó apenas la cabeza. La intimidad forzada de escuchar su nombre en boca de aquel hombre al que apenas

conocía la desarmaba, aunque nada en su tono podía calificarse de impropio.

Percival depositó después el estuche de cuero en las manos de Martha.

—Le traigo lo prometido: las partituras de *La clemenza di Tito*. Confío en que le devuelvan, al menos por un instante, el eco de aquellas noches en Florencia que tanto aprecia.

Los dedos de Martha acariciaron la cubierta con reverencia.

—Oh, Percival, no sabe cuánto me complace. Este será un tesoro en mi mesa de música.

—Nada me honra más que contribuir a su alegría —respondió él, acomodándose en el sillón frente a ella.

Capítulo 31



La fragancia de galletas de mantequilla y tartaletas recién horneadas impregnaba la salita. Una criada entró con paso medido, portando la bandeja del té con el esmero de quien sabe que cada gesto será observado. La tetera de plata relucía bajo la luz de las lámparas, y el vapor perfumado escapaba por el pitorro con un silbido apenas audible. El aroma del té negro, fuerte y especiado, se mezclaba con el dulzor de los pasteles dispuestos en fuentes de porcelana.

Martha, con una satisfacción apenas disimulada, tomó personalmente las pinzas para ofrecer a su invitado la primera tartaleta.

—Debe probarlas, Percival. No confié esta tarea a las criadas; quise ser yo misma quien se encargara de la receta. —El rubor le encendía las mejillas—. Imagino que no serán perfectas, pero…

Percival aceptó la pieza con gesto ceremonioso. La sostuvo un instante, admirando el tono dorado y la forma delicada, y después dio un bocado mesurado. Sus facciones se iluminaron con una expresión sincera de aprobación.

—Exquisitas. Y si me permite decirlo, nada revela mejor el carácter de una casa que el pan y los dulces elaborados por su anfitriona. Esta residencia no solo respira música, Martha, también calor y hospitalidad.

El cumplido arrancó a la baronesa una risa suave, complacida como una muchacha a la que acaban de elogiar en su

primer baile. Felicity, desde el sillón opuesto, sintió que aquella alegría se le clavaba como un aguijón: la vitalidad de su madre renacía al contacto con un hombre que no era precisamente el que aguardaba tras la verja.

Las tazas se llenaron de té humeante. El roce de la porcelana contra los platillos marcaba el compás de la conversación. Percival orientó el tema hacia la ópera, desplegando un conocimiento que evidenciaba años de asistencia a teatros europeos.

—La Catalani es incomparable —afirmó, girando la cucharilla con un movimiento pausado—. Su voz no solo llena la sala, también el pecho de quien la escucha. ¿No lo cree, Martha?

—Oh, absolutamente. —Martha se inclinó hacia delante, entusiasmada—. Aún recuerdo una noche en Florencia en que interpretó *Semiramide*. La ovación se prolongó tanto que el propio director tuvo que suplicar silencio para continuar.

Percival rió con deleite contenido, como si compartiera un recuerdo personal.
—Eso es lo que distingue a los verdaderos artistas: la capacidad de someter a un público entero sin necesidad de un ejército.

Felicity escuchaba en silencio, atrapada entre el murmullo del té y el calor creciente de la salita. Percival, lejos de ignorarla, la incluyó con naturalidad en el intercambio.

—¿Y usted, Felicity? —preguntó con suavidad, usando ya el nombre que Martha le había autorizado—. ¿Ha tenido ocasión de escuchar en directo a la Catalani?

Ella alzó la vista, sorprendida por la atención.

—No, mi lord. No he asistido a sus veladas.

—Entonces debemos remediarlo. No hay mayor dicha que compartir una voz semejante. La música, cuando es verdadera, eleva los espíritus por encima de las murmuraciones y de las penas. —Sus ojos se posaron en ella con una intensidad calculada, aunque su tono permanecía impecablemente cortés—. Estoy convencido de que sabrá apreciarlo.

Felicity inclinó la cabeza, sintiéndose atrapada. Era imposible hallar en él la menor grieta; cada palabra estaba perfectamente modulada, cada gesto calibrado para agradar. Incluso el modo en que sostenía la taza, con los dedos largos y firmes, transmitía una seguridad que la desarmaba.

Martha, entretanto, parecía resplandecer. Hablaba de partituras, de recuerdos italianos, de la diferencia entre los teatros londinenses y los de Florencia, y Percival asentía con entusiasmo sincero, añadiendo anécdotas de sus propios viajes. La charla fluía como un río manso, sin tropiezos, llena de elogios y complicidades.

Felicity, en cambio, apenas podía escuchar. En su mente pesaba la imagen de la verja, de un hombre erguido bajo el cielo húmedo, inmóvil como una estatua. El contraste era tan violento que no probó el té ni tocó los dulces. Cada risa de su madre se le antojaba una traición involuntaria; cada frase galante de Percival, un recordatorio de que, para el mundo, aquel era el tipo de caballero que merecía su respeto.

El tintinear de la cucharilla contra la porcelana marcaba un ritmo acompasado, mientras las criadas reponían discretamente la bandeja de pasteles. Martha insistió en que Percival probara una segunda tartaleta, y él lo hizo con la misma cortesía de antes, asegurando que era «imposible detenerse tras un primer bocado». La baronesa rió, halagada, y Felicity contempló aquella complicidad con un nudo en la garganta.

—Londres debería aprender de Florencia —comentó Percival, inclinándose hacia Martha con una sonrisa serena—. Allí, la música y la mesa logran borrar las diferencias; nadie pregunta por apellidos, solo se escucha y se disfruta.

—Eso es cierto —respondió ella, con aire soñador—. ¡Qué distinta sería la vida si aquí reinara más alegría y menos juicio!

Percival asintió, aunque sus facciones se tornaron más graves.

—Justo ahí radica nuestra mayor desdicha. Londres, en lugar de música, prefiere murmullos. Y esos murmullos no son tan inocentes como parecen.

Martha frunció el ceño, percibiendo la seriedad en su tono. Felicity, en cambio, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El ambiente en la salita, hasta entonces ligero y dulce, se volvió más denso, como si el propio aroma del té hubiera adquirido un regusto amargo.

Percival dejó la taza sobre el platillo y, tras un silencio calculado, añadió con voz más grave:

—Decía un viejo amigo mío que Londres es más cruel en sus rumores que en sus inviernos. Al frío se le vence con un abrigo; a las habladurías, jamás.

El cambio fue tan brusco que incluso Felicity sintió un estremecimiento. Martha, todavía con la taza entre las manos, se inclinó hacia delante como si temiera perder una palabra.

—Tiene razón —murmuró—. El daño de la maledicencia suele ser irreparable.

Percival asintió lentamente, como quien confirma una verdad amarga.

—Conocí a un joven oficial de carrera prometedora cuya vida se truncó no por falta de méritos, sino por la lengua envenenada de quienes envidiaban su ascenso. Un simple rumor bastó para hundirle. Nadie se preocupó de comprobarlo; circuló de boca en boca hasta convertirse en sentencia. No soportó la ignominia… y acabó quitándose la vida.

El silencio cayó sobre la salita, más pesado que el perfume del té. El vapor ascendía en volutas frágiles y el reloj del vestíbulo marcaba los segundos como un martillo invisible. Felicity apretó las manos contra el regazo: sentía la sangre helada en las venas. Martha apartó la vista hacia la chimenea, conmovida hasta la incomodidad, como si temiera encontrar en los ojos de su invitado un reproche personal.

Percival bajó la voz, volviéndola casi confidencial.

—La sociedad tiene ese poder: destruir lo que teme o lo que no comprende. Y por eso, querida Martha, conviene no dar demasiada importancia a lo que circula en los salones. La verdad rara vez coincide con la malicia de las habladurías.

Felicity comprendió al instante de quién hablaba. Él también lo sabía. No podía ser casualidad: Gainsborough había visto a Jackson frente a la verja tantas tardes como ellas, y su inteligencia le impedía fingir ignorancia.

—No siempre es fácil ignorar lo que todo el mundo comenta —replicó Martha con un hilo de voz.

El caballero sostuvo la taza entre las manos sin llevarla a los labios. Sus facciones, suavizadas por una expresión grave y compasiva, parecían dictar un juicio inapelable.

—Lo sé. Pero conviene recordarlo: cuántos hombres de valía se han visto arruinados solo por ser distintos. La envidia se disfraza de virtud, y el miedo, de rectitud. —Alzó la vista hacia Felicity—. No hay mayor crueldad que reducir a un hombre a un rumor. El verdadero carácter se revela en los actos, no en los linajes.

La mirada de Felicity se cruzó con la suya apenas un instante. Se sintió atrapada entre gratitud y desasosiego: en aquellas palabras había más defensa de Jackson que de nadie, aunque pronunciadas con la serenidad de un caballero que jamás levantaría la voz.

Martha y Percival retomaron después la conversación con un esfuerzo consciente por devolverle ligereza. Hablaron de partituras, del clima cambiante de Londres, incluso de un próximo concierto en Covent Garden. Sus risas, suaves y bien moduladas, llenaron la salita como si la gravedad de hacía un momento no hubiera existido.

Ella, sin embargo, ya no podía seguirlos. Se levantó despacio, fingiendo ajustar el pliegue de la cortina, y buscó refugio

tras la tela. Desde allí, en la penumbra del ventanal, apartó apenas un extremo para mirar hacia fuera.

La calle seguía custodiada por la misma figura inmóvil. Jackson permanecía en pie, erguido contra el viento húmedo, como si la espera fuese un deber más inquebrantable que cualquier murmullo de salón. La claridad del crepúsculo borraba los rasgos de su rostro, pero no podía ocultar la obstinación de su presencia.

La duquesa apretó los dedos contra la tela, con el corazón desbocado. Las voces de su madre y de Gainsborough se confundían a su espalda, dulces y ajenas, mientras ante sus ojos se alzaba la imagen implacable del hombre al que todos negaban, salvo ella en lo más hondo de su ser.

No sabía cuánto tiempo podría resistir aquella contradicción: dentro, la cortesía impecable de un caballero irreprochable; fuera, el silencio ardiente de quien aguardaba cada día solo por verla.

Capítulo 32



Habían transcurrido diez días desde que Felicity decidió recluirse en la casa por voluntad propia. No era un encierro motivado por enfermedad ni aconsejado por ningún médico, sino un impulso instintivo de protegerse del asedio invisible que sentía cada vez que sus ojos se detenían en la verja. Diez amaneceres y diez noches en que su rutina se redujo a deambular de la alcoba al salón, de la salita a la biblioteca, con pasos contenidos y silenciosos. La residencia entera parecía haberse acostumbrado a aquel compás lánguido, como si los relojes hubiesen ralentizado su marcha para no incomodarla.

Pero el aislamiento tenía un precio. En las mañanas húmedas, el aire se volvía sofocante dentro de las estancias; los olores de carbón, cera y medicinas formaban un velo denso que le impedía respirar con libertad. Y, sobre todo, estaba la certeza de que él continuaba allí. Siempre allí. El pensamiento la asaltaba incluso sin mirar: la figura erguida, inmóvil, bajo la intemperie. El recuerdo de su nombre —Jackson— se había convertido en un murmullo obstinado, como la nota grave de un órgano que sigue resonando mucho después de que el músico haya apartado las manos.

Aquella mañana, al descorrer las cortinas, no se atrevió a buscarlo. Bastaba con imaginar su silueta para estremecerse y apartar la vista. Sin embargo, algo en su interior, mezcla de orgullo y cansancio, decidió que ya era suficiente. No podía continuar prisionera de su propia casa.

—Hoy saldré —susurró, como si al pronunciarlo se otorgara fuerza.

Agnes entraba en ese momento con la bandeja del desayuno y la miró con sorpresa.

—¿Salir, señora? ¿A dónde desea ir?

Felicity rodeó con las manos la taza de porcelana, agradeciendo el calor del té recién servido.

—A cualquier parte. A caminar, al menos. Necesito aire, Agnes. Londres no va a derrumbarse porque yo dé un paseo.

La doncella frunció el ceño con una mezcla de preocupación y respeto.

—No me malinterprete, señora. Yo misma creo que le sentará bien. Pero… ¿está segura? —bajó la voz, como si temiera nombrar lo innombrable—. Ese hombre… siempre está cerca.

Ella apretó los labios, queriendo fingir indiferencia, aunque el pulso la delataba.

—Precisamente por eso. Si tiene tanta determinación en seguirme, que lo haga. No pienso alterar mi vida por un rumor.

Las palabras de lord Gainsborough regresaron a su memoria, como si su voz aún resonara en la salita: «No hay mayor crueldad que reducir a un hombre a un rumor. El verdadero carácter se revela en los actos, no en los linajes». Felicity cerró los ojos un instante. Era imposible no reconocer la astucia de aquellas frases: habían sonado imparciales, pero escondían una defensa tácita de Jackson. Una defensa que la irritaba tanto como la conmovía.

—Muy bien, señora —cedió Agnes al fin—. Le prepararé el abrigo y el sombrero. Pero no irá sola.

—Por supuesto —replicó Felicity con un deje de ironía—. No sería propio de una dama decente pasear sin doncella a su lado.

El acuerdo estaba sellado. Mientras Agnes desaparecía para traer la ropa, Felicity recorrió la estancia con pasos breves, como si ya midiera el trayecto de su paseo. El corazón le latía con

fuerza, no tanto por miedo al exterior como por la sensación de estar rompiendo un cerco invisible que ella misma había levantado. En la repisa de la chimenea reposaba un ramo de lilas marchitas; las flores, que unos días antes habían perfumado la casa, ahora eran solo un recordatorio de que todo lo inmóvil termina por descomponerse.

Se juró a sí misma que no sería una de esas lilas. Saldría, aunque Londres entero la mirase, aunque los murmullos se agudizaran. Y si Jackson estaba allí, lo enfrentaría con la única arma que le quedaba: la dignidad.

Lyon aguardaba con la puerta principal entreabierta, como si intuyera que aquella salida no era un paseo cualquiera, sino una decisión largamente pospuesta. Felicity descendió los peldaños con el abrigo de lana azul ceñido a la cintura y el sombrero de ala ancha velando la mitad de su rostro. Agnes la seguía a poca distancia, discreta pero firme, con ese aire de sombra protectora que nunca la abandonaba.

El aire húmedo de la calle le golpeó las mejillas con un frescor casi doloroso, como un castigo por haber permanecido demasiado tiempo a resguardo. El sonido de los cascos sobre los adoquines, el crujido de las ruedas, los pregones de los vendedores, todo parecía más intenso de lo que recordaba. Londres, en su bullicio inagotable, no había cambiado en nada durante su encierro; era ella quien percibía cada detalle como si fuera nuevo.

Un hombre voceaba manzanas junto a la esquina, alzando una cesta aún húmeda por la llovizna. Una costurera cruzaba la calzada cargando telas envueltas en papel encerado. Dos niños corrían detrás de un aro de madera, riendo a carcajadas hasta que la mirada severa de una niñera los detuvo en seco. Todo formaba parte de un paisaje cotidiano que a Felicity le resultaba ajeno, como si hubiese regresado de un largo viaje.

—Podríamos ir primero a la botica, señora —sugirió Agnes en voz baja—. Necesitamos más tila y alcanfor.

Ella asintió sin pensar. Necesitaba una meta sencilla, algo que justificara el paseo.

—Sí, la botica. Después quizá el mercado.

Caminaron con paso medido, sorteando charcos y esquivando el barro que los caballos dejaban tras su marcha. Cada esquina parecía devolverle la sensación de ser observada. Y no se equivocaba. Al otro lado de la calle, semiencubierto por un carruaje detenido, una silueta familiar permanecía erguida. Jackson.

No necesitaba verlo con claridad para reconocerlo: el porte recto, la inmovilidad obstinada, la forma en que mantenía las manos a la espalda. La sangre se le agolpó en las sienes. Percival había hablado de hombres destruidos por rumores, de vidas segadas por maledicencias… y allí estaba él, convertido en carne de esos mismos rumores.

Un par de transeúntes murmuraron entre ellos al advertir su presencia. Uno, un mozo de librería con el delantal manchado de tinta, dijo en voz más alta de lo necesario:

—Ese mestizo otra vez. No tiene oficio ni honra, siempre rondando como perro apaleado.

La frase le golpeó con violencia. No porque la creyera, sino porque reflejaba la verdad social que más temía. Londres no necesitaba pruebas: bastaba con inventar un linaje para condenar a un hombre.

Agnes lo oyó también, y su gesto se endureció. Felicity, por su parte, aceleró el paso, como si la firmeza pudiera borrar lo que acababa de escuchar. Pero no pudo evitar un vistazo de reojo: los ojos de Jackson la buscaban a través del tumulto. Una mirada cargada de reproche mudo, de súplica y de desafío al mismo tiempo.

El corazón de Felicity dio un vuelco. Se obligó a mirar al frente, al toldo verde de la botica que se alzaba a pocos pasos. La campanilla tintineó al abrirse la puerta, y el aroma de hierbas secas y ungüentos medicinales la envolvió como un bálsamo. El interior, cálido y oscuro, estaba iluminado por dos lámparas de aceite que

proyectaban sombras sobre los estantes repletos de frascos verdes y azules, cada uno con su etiqueta en latín.

El boticario, un hombre de cabello gris cuidadosamente peinado, levantó la vista desde el mostrador y se inclinó con deferencia.

—Lady Chatham. Un honor tenerla aquí después de tanto tiempo.

Ella devolvió una leve inclinación de cabeza, mientras Agnes adelantaba el pedido.

—Tila, alcanfor y un frasco del elixir calmante, como el de la última vez.

El boticario asintió, girándose con lentitud para tomar los frascos. El roce de su bata contra los estantes fue el único sonido durante unos segundos. Pero pronto la calma se quebró. Una clienta, con una cesta en el brazo, se inclinó hacia otra mujer y murmuró lo bastante alto para que Felicity lo oyera:

—Ahí fuera está ese hombre otra vez, ¿lo ha visto? Siempre detrás de ella. Qué atrevimiento.

—Dicen que no es del todo inglés —respondió la otra con un gesto de reprobación—. Y ya sabe lo que eso significa.

Se quedó rígida. Cada palabra era una aguja. Recordó a Percival afirmando que Londres podía ser más cruel en sus rumores que en sus inviernos. En aquel instante comprendió su advertencia: Jackson no necesitaba cometer falta alguna; su mera presencia bastaba para que lo condenaran.

Agnes se aproximó a su señora como un escudo.

—El boticario ya tiene preparado todo, milady. ¿Desea que regresemos directamente a casa?

Pero Felicity negó con la cabeza.

—No. Pasaremos por el mercado. —Su voz sonó firme, aunque por dentro vacilaba.

Cuando salieron de nuevo, el aire húmedo parecía más denso. El bullicio del mercado llegaba hasta ellas: pregones, monedas tintineando, voces que pujaban por las verduras. Avanzaron hacia la plaza, donde los toldos de lona aún goteaban la última llovizna.

Los colores la asaltaron al instante: rojos brillantes de manzanas, naranjas intensos, verdes de hierbas frescas, amarillos de limones que desprendían un aroma ácido. El bullicio cotidiano contrastaba con la tensión que llevaba dentro.

Se detuvo un instante junto a un puesto de especias. El vendedor agitaba una bolsa de tela para liberar los aromas de canela y clavo. Felicity inspiró, y por un momento creyó regresar a la seguridad de su infancia, cuando su madre preparaba ponches invernales. La calma, sin embargo, se quebró de inmediato: lo percibía de nuevo. Esa mirada fija, inevitable.

Al otro lado de la plaza, entre un vendedor de carbón y una carreta de nabos, estaba Jackson. No hacía ademán de acercarse, ni siquiera parecía moverse, pero su sola presencia ocupaba todo el espacio de Felicity.

Dos hombres lo señalaron con disimulo.

—Siempre ahí, ¿eh? Vigilándola como un perro guardián.

—O como un cazador —añadió el otro, con una risa áspera —. Ya se sabe lo que corre por sus venas.

El estómago de Felicity se contrajo. Percival tenía razón: los rumores podían destruir más que la verdad. Ella misma había creído uno una vez, y el precio había sido una vida de desdicha.

Agnes se inclinó hacia ella, en voz baja:

—Milady, quizá deberíamos volver.

Pero la duquesa se obligó a mantener la compostura.

—Un poco más.

El bullicio del mercado crecía a su alrededor. Un niño corría tras un perro que ladraba con furia, mientras un vendedor de

frutas, al otro lado de la calle, alzaba la voz:

—¡Manzanas dulces! ¡Manzanas como miel, recién traídas de Kent!

El pregón resonó claro, atrayendo la atención de Felicity. Alzó la cabeza, buscando el puesto entre la multitud, y en ese instante perdió la concentración en su entorno inmediato. Fue un error.

Un carruaje avanzaba con exceso de rapidez por la calzada estrecha. Los caballos, asustados por un ruido metálico, relincharon y se desbocaron. Los gritos de los transeúntes estallaron como un trueno.

Felicity giró apenas a tiempo para ver el peligro abalanzarse sobre ella.

El relincho desgarró el aire como un grito de guerra. La multitud se abrió en un torbellino de pánico; puestos volcados, manzanas rodando, niños arrastrados por sus madres. El carruaje avanzaba descontrolado hacia el corazón de la plaza.

Se quedó inmóvil. El tiempo se estiró en una secuencia irreal: la silueta de los caballos encabritados, el brillo del hierro húmedo, el estruendo de cascos contra los adoquines. Su respiración se cortó.

—¡Milady! —gritó Agnes, intentando arrastrarla a un lado.

Demasiado tarde. Un paso en falso, un resbalón en la piedra mojada, y el cuerpo de Felicity quedó a merced del avance brutal. El mundo se redujo a un estrépito de madera, hierro y gritos.

Entonces, unas manos la arrancaron de golpe de la trayectoria mortal. El impacto fue tan brusco que apenas pudo gritar: un brazo firme le rodeó la cintura, la levantó con fuerza casi brutal y la arrastró contra un pecho que reconoció sin necesidad de verlo.

El carruaje pasó a un palmo, levantando una ráfaga de aire helado y barro que salpicó sus faldas. El suelo vibró bajo el

estrépito y, cuando el ruido se desvaneció, Felicity se encontró temblando en los brazos de Jackson.

Su rostro estaba tan cerca que distinguió la tensión de la mandíbula, el sudor mezclado con lluvia en la frente, el brillo de unos ojos donde ardía una mezcla insoportable de miedo y furia.

—Felicity… —susurró, con la voz rota.

Ella apartó el rostro de inmediato, como si ese nombre en sus labios la abrasara. Se zafó con brusquedad, aunque las rodillas aún le temblaban.
—¡Suélteme!

Jackson la obedeció, pero no retrocedió. Permaneció erguido, los hombros tensos, como un muro entre ella y el caos que aún sacudía la plaza. La multitud murmuraba alrededor: unos lo señalaban, otros cuchicheaban con desconfianza. Todos habían visto quién la había salvado.

Un anciano, con voz temblorosa, exclamó:

—¡Ese hombre la apartó justo a tiempo!

Pero otra voz, más áspera, replicó con desdén:

—Siempre rondando donde no debe…

Felicity lo oyó todo. Cada palabra era un eco de la historia que Percival había contado: rumores capaces de levantar o destruir a un hombre. Sintió la sangre palpitar en las sienes.

Jackson guardó silencio. Sus labios permanecieron sellados, como si supiera que cualquier palabra solo empeoraría su situación. Sus ojos, sin embargo, hablaban con una intensidad insoportable: desvelo, obsesión, un amor que no sabía rendirse.

Ella alzó la barbilla con gesto orgulloso, aunque por dentro temblaba.

—No necesito su vigilancia —murmuró, lo bastante bajo para que solo él la oyese.

Se giró con brusquedad y tomó del brazo a Agnes, aún pálida y sin aliento. La doncella obedeció sin protestar. Ambas

emprendieron el regreso a casa, con el murmullo del mercado a sus espaldas.

Jackson no las siguió. Permaneció en la plaza, de pie, cubierto de barro hasta las botas, respirando hondo como un hombre que acaba de sobrevivir a la batalla más feroz de su vida. Los ojos de quienes lo rodeaban eran dagas, mezcla de sospecha y desprecio. Y, aun así, no se movió: permaneció erguido, con la obstinación de siempre, como si su sola presencia bastara para recordarle a Felicity que jamás dejaría de vigilarla.

Ella, mientras tanto, caminaba con paso rápido, sin volver la vista atrás. Pero en lo más hondo, donde ni la razón ni el orgullo alcanzaban, sentía aún el peso de aquellos brazos que la habían arrancado de la muerte. Y esa certeza, por mucho que intentara negarla, la desgarraba más que cualquier rumor.

Capítulo 33



La biblioteca estaba en penumbra, iluminada apenas por la luz gris que se filtraba entre las cortinas corridas a medias. El silencio del lugar tenía algo de tumba: ni el crujir de las chimeneas llegaba con claridad, ni el murmullo del pasillo. Solo el rasgueo de la pluma sobre el papel había marcado, hasta hacía un instante, el pulso de la estancia.

Ahora la pluma descansaba inmóvil, suspendida a un dedo del cuaderno de cuentas. La tinta había formado una gota negra en la punta, amenazando con manchar el margen, como si reflejara la indecisión de la mano que la sostenía.

Llevaba casi una hora anotando sumas y restas: la herencia líquida de su padre, los ingresos que Robert había asegurado en París, las joyas que pensaba liquidar discretamente antes de partir. Cifras que, unidas, debían trazarle una vía de escape. Y, sin embargo, lo único que lograba ver eran los cascos desbocados del día anterior, el estrépito del carruaje avanzando hacia ella y, sobre todo, el brazo férreo que la había arrancado de la muerte.

El recuerdo la sacudió con la misma brusquedad que la escena misma: el modo en que su cuerpo se alzó del suelo, pegado contra un pecho conocido; el calor de una respiración entrecortada en su sien; el murmullo ahogado de su nombre en labios que no quería volver a escuchar.

Lo odiaba por esa irrupción: porque al salvarla había demostrado, una vez más, que no podía ignorarlo. Y, al mismo

tiempo, una punzada de gratitud la perseguía desde entonces, clavándose con más fuerza cuanto más intentaba negarla.

La pluma cayó finalmente sobre el cuaderno, dejando una mancha que se expandió como un mapa de sombras. No intentó limpiarla. Se quedó contemplando la tinta derramada y en ella vio el reflejo de lo que más le atormentaba: la verdad deformada por el rumor.

Había oído a la gente en el mercado, a las clientas de la botica, al aprendiz de librero. Todos decían lo mismo: mestizo, sin honra, siempre rondando. Ninguno parecía recordar que aquel hombre era dueño de tierras, que ostentaba un título antiguo, que había trabajado más que muchos de los que lo despreciaban. Era inteligente, era rico, era capaz… pero para Londres bastaba una gota de sangre distinta para arruinarlo todo.

Las palabras de Gainsborough volvían como un eco: «No hay mayor crueldad que reducir a un hombre a un rumor». ¿No era eso lo que estaban haciendo con él? ¿Y no había sido ella, en su momento, la primera en dejarse arrastrar por esa corriente?

Un nudo le cerró la garganta. No sabía si lo que sentía era tristeza, rabia o la insoportable mezcla de ambas. Se preguntó, con un dolor que apenas se atrevía a formular, si tras aquel rescate se había retirado por fin a su residencia de campo, como tantas veces prometió, o si aún permanecía en Londres, obstinado, plantado cada día frente a la verja como un soldado condenado a guardia perpetua.

El viento golpeó una de las contraventanas, recordándole que el mundo seguía ahí fuera. Cerró el cuaderno con brusquedad y apoyó la frente en la mano libre, agotada de pensamientos que no encontraba cómo acallar.

En ese instante, el picaporte giró suavemente y la puerta se abrió sin ruido. La figura de Martha apareció en el umbral, sosteniéndose con una mano en el marco como si quisiera comprobar primero el terreno antes de entrar.

—Otra vez aquí encerrada —dijo, con un tono mitad reproche, mitad ternura—. Te pasarás la vida rodeada de números y libros hasta que te salgan canas prematuras.

Ella levantó la vista con un gesto cansado, aunque en sus labios asomaba una sonrisa resignada.

—Al menos las canas no mienten, madre. Señalan la experiencia.

Martha avanzó unos pasos, cerrando la puerta tras de sí. El abanico que llevaba en la mano servía más de juguete que de alivio, pues lo abría y cerraba sin cesar, golpeando con suavidad la palma de la otra mano.

—La experiencia está muy bien —replicó con picardía—, pero no sirve de nada si no va acompañada de un poco de alegría. Llevas diez días en esta ciudad y apenas has disfrutado de nada. Ni paseos por los parques, ni visitas a las tiendas de Regent Street, ni siquiera una tarde en la sala de conciertos. Londres se convertirá en un recuerdo gris si insistes en vivir como una monja en su celda.

Ella se incorporó lentamente de la silla, para cortar la avalancha de reproches que, lo sabía, podía prolongarse hasta la hora de la cena.

—Cuando Robert llegue y partamos hacia París, verá que no tendrá motivos para quejarse. Allí no me sacará de las calles. Me reñirá por lo contrario: por no querer entrar en casa.

Martha arqueó una ceja, divertida por aquella respuesta, y aceptó el brazo que su hija le ofrecía para conducirla hacia la salida. No añadió nada más, pero su sonrisa discreta bastó para demostrar que había ganado esa pequeña batalla doméstica.

El trayecto por el pasillo fue pausado. El eco de sus pasos se mezclaba con el murmullo lejano del servicio, que a esa hora disponía la mesa para la cena. A cada peldaño de la escalera, la madre parecía meditar un nuevo argumento, pero lo mantenía en silencio, como si prefiriera guardárselo para más adelante.

Cuando llegaron cerca de la puerta principal, Martha se detuvo y apretó suavemente el brazo de su hija.

—Un poco de aire fresco nos vendrá bien. No hace falta recorrer la ciudad entera; basta con un paseo por el jardín.

Ella la miró de reojo, comprendiendo que aquella sugerencia era en realidad una decisión ya tomada. La baronesa había encontrado la excusa perfecta para arrastrarla fuera de la penumbra de la biblioteca.
—Muy bien —cedió, ajustándose el chal sobre los hombros—. Pero será un paseo breve.

Lyon, siempre atento, se adelantó para abrirles la puerta. El viento entró de golpe en el vestíbulo, levantando las faldas ligeras y apagando de un soplo el aroma cálido de la casa. Al otro lado, el cielo estaba encapotado, cubierto por nubes pesadas que corrían con rapidez. No se oía canto de pájaro alguno: solo el ruido del viento entre los árboles y el arrastre seco de hojas y tierra sobre la grava.

—Horrible tiempo —murmuró Martha, frunciendo el ceño —. Cualquier persona que permanezca ahí fuera más de dos horas terminará enferma.

Ella respiró hondo. El aire húmedo le azotó las mejillas con una violencia inesperada, pero no fue eso lo que aceleró su pulso.

Alzó la vista y, en el extremo opuesto de la calle, distinguió la silueta inmóvil de Jackson. Allí estaba, como siempre, firme a pesar del viento que intentaba doblegarlo. La capa oscura ondeaba a su espalda, y su presencia dominaba la escena con la obstinación de quien no admite derrota.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Martha, en silencio, apretó un poco más su mano: gesto breve, casi imperceptible, pero suficiente para transmitir un mensaje que no necesitaba palabras. Comprendía más de lo que decía.

Cerró los ojos un instante y, al abrirlos, supo que la hora se acercaba. No podía seguir evitando lo inevitable. Había llegado el

momento de dejarlo entrar.

Capítulo 34



Lyon se detuvo un instante en el vestíbulo, alisando con un gesto automático el faldón de la levita antes de disponerse a salir. La tarde aún conservaba ese olor metálico y húmedo que dejan las lluvias recientes, un aire que parecía arrastrar consigo el eco de pasos y susurros lejanos. El mayordomo descendió los peldaños con la compostura solemne de quien lleva toda una vida al servicio de casas donde la dignidad es más que una virtud: es un deber.

Junto a la verja, erguido como si la intemperie fuese una prueba que estaba dispuesto a superar sin desfallecer, aguardaba el conde de Everton. Su capa oscura se recogía sobre los hombros, sacudida por el viento que insistía en azotar los pliegues, pero él permanecía inmóvil, impasible, como si la tempestad careciera de fuerza para doblegarle. Al ver aproximarse al mayordomo, una chispa fugaz, casi incredulidad, atravesó sus facciones. Se desvaneció al instante, reemplazada por un control férreo que ni la espera más larga parecía resquebrajar.

—Milord —dijo Lyon, inclinando apenas la cabeza, con voz grave y sin afectación—. Su señora me envía a comunicarle que dispone de tiempo para recibirle.

Durante un segundo, el mundo entero pareció detenerse. Jackson inspiró hondo, un gesto casi imperceptible, y los músculos se le tensaron bajo la tela empapada. Sus labios se entreabrieron en un respiro contenido, pero enseguida recuperó la compostura. Solo el destello de sus ojos delataba la magnitud del instante.

—Agradezco el mensaje —respondió con tono sereno, pronunciando cada palabra con la calma de quien sostiene un cristal frágil—. Conducidme, por favor.

La verja chirrió suavemente al abrirse, y el conde la cruzó con paso firme, como si al franquear aquel umbral profanara y santificara a un tiempo un territorio sagrado. Lyon se apartó a un lado para cederle el camino, y juntos ascendieron la escalinata hacia la puerta principal. La luz dorada del vestíbulo se derramaba sobre la piedra húmeda, un contraste casi hiriente frente a la penumbra de la calle.

Al cruzar el umbral, Jackson inclinó apenas la cabeza en un gesto de respeto silencioso hacia la casa que tantas veces había observado desde fuera, y que al fin se le permitía pisar como invitado. Lyon, con la precisión de un ritual aprendido, le indicó que entregara la capa. El conde la desabrochó despacio, consciente de cada pliegue húmedo, y se la tendió con gesto solemne. Hizo lo mismo con los guantes de cuero oscuro, acciones triviales para cualquier otro, pero que en él pesaban como símbolos: entrar desarmado, despojado de defensas, dispuesto a enfrentar lo inevitable.

Levantó la mirada y el recuerdo lo asaltó sin permiso: esa misma entrada recorrida en silencio, disfrazado de lacayo, cuando acompañaba a Violet y a Emily. Había bajado la cabeza con presteza entonces, temiendo ser reconocido, y las voces de las damas resonaban en su memoria con una nitidez dolorosa. Ahora todo seguía intacto, los mismos corredores, la misma penumbra cálida, pero nada era igual. Esta vez no fingía: ahora era recibido.

El chasquido de Lyon al dar órdenes a un criado para que retirara la capa interrumpió aquel instante. Jackson permaneció en su lugar hasta que el mayordomo, con una leve inclinación de cabeza, le indicó el pasillo lateral.

—Si tiene la bondad de seguirme, milord.

El corredor se extendía silencioso, iluminado a intervalos por lámparas de aceite que proyectaban sombras vacilantes sobre

los tapices. El roce de las botas contra la alfombra parecía un sonido impertinente en medio de tanto silencio. Lyon caminaba delante con la dignidad sobria de un servidor que jamás traslucía curiosidad, y cada pausa medida frente a una puerta parecía subrayar la solemnidad del momento. Jackson contenía el impulso de acelerar el paso. En su interior, el corazón batía con la violencia de un tambor, pero su porte permanecía impecable: cabeza erguida, hombros firmes, respiración mesurada. Ni un músculo del rostro delataba la conmoción que le recorría por dentro.

Al llegar al final del pasillo, Lyon se detuvo frente a la salita. La calma del mayordomo contrastaba con el silencio denso que se apoderó del conde; en ese instante, creyó escuchar el retumbar de su propio pulso en las sienes. Lyon apoyó la mano en el picaporte y lo giró con la parsimonia de un oficiante en pleno ritual.

La hoja cedió sin ruido, dejando escapar el resplandor cálido de las lámparas y el aroma tenue de flores frescas. Jackson avanzó un paso y, de pronto, el mundo entero se redujo a la figura que aguardaba en el interior.

Ella estaba de pie, no sentada como una anfitriona complaciente, sino erguida junto a la ventana, con la cortina aún entreabierta, como si hubiese permanecido mirándole desde el otro lado del cristal hasta el último instante. La claridad gris del exterior delineaba su silueta contra la penumbra de la estancia, y en aquel porte había algo de advertencia, de desafío y, quizá, de rendición callada. No sonrió, no avanzó. Se limitaba a esperar, y en esa espera se concentraba una fuerza que lo sobrecogió más que cualquier palabra.

Lyon anunció con voz grave:

—El conde de Everton.

Y se retiró con una inclinación medida, cerrando la puerta tras de sí.

Ella no se volvió de inmediato. Permaneció erguida, la espalda recta, los brazos recogidos ante el talle, como una estatua

viva que hubiese decidido no moverse hasta obligar al otro a dar el primer paso. Jackson entró con pasos medidos; aunque sus botas apenas hicieron ruido sobre la alfombra, a ella le pareció que cada pisada retumbaba en la estancia. El aire se impregnó de una tensión que ninguno de los dos rompió al instante.

Al fin, giró la cabeza, mostrando apenas el perfil altivo. Con un gesto breve señaló el sillón cercano.

—Por favor, toma asiento.

Él negó con un movimiento seco.

—Prefiero quedarme de pie.

—Bien. Entonces me sentaré yo —replicó ella, dejándose caer con rigidez en el asiento. La falda se desplegó en torno a sus tobillos, y apoyó la espalda recta contra el respaldo, los ojos fríos clavados en él, como si toda la cortesía que aún le quedaba consistiera en no apartar la mirada.

Jackson inclinó la cabeza.

—Gracias por recibirme.

—No tenía otra opción —replicó, con un tono en el que se mezclaba dureza y cansancio—. Estoy segura de que, si no lo permitiera, permanecerías frente a mi casa eternamente.

—Eso mismo haría —contestó él con voz firme.

Ella se inclinó apenas hacia delante, los labios tensos.

—Bien, hablemos.

Él tragó saliva, como quien reúne fuerzas para pronunciar un juramento. Sus manos, cerradas sobre el respaldo de la silla que lo separaba de ella, parecían contener todo el temblor que no se permitía mostrar.

—Felicity… no te engañé. Mi amor por ti siempre fue real. Lo es todavía, y lo será mientras viva.

Ella no movió un músculo. El corazón latía desbocado en su pecho, pero mantuvo el rostro imperturbable, como si una

máscara helada la protegiera del fuego que se agitaba dentro. Él lo supo; reconoció en ese silencio contenido la misma batalla que libraba él.

Respiró hondo, y prosiguió:

—La noche en que acordamos marcharnos lo tenía todo dispuesto: un carruaje, las provisiones, incluso las monedas para el viaje. Pero, en mitad del trayecto, fui interceptado. Pensé que eran ladrones, pero no buscaban oro; su objetivo era impedir que llegara hasta ti.

Se interrumpió un segundo, apretando los párpados, como si aún sintiera en la piel la violencia de aquel ataque. Los nudillos se le pusieron blancos de tanto aferrar el respaldo.

—Me golpearon hasta dejarme inconsciente. Cuando desperté, tú ya no estabas. Te habían llevado lejos, y no hallé modo de encontrarte. Moví cielo y tierra, busqué en todos los rincones, pagué favores, ofrecí todo lo que tenía… Nadie me dio respuesta. Nadie, salvo tu padre, sabía dónde estabas. Y él jamás me lo dijo, aunque llegué a ofrecerle todas mis tierras.

Una risa seca escapó de los labios de ella, sin alegría alguna, como un filo que cortaba el aire.

—¿Y pretendes que lo crea? ¿Que en siete años, con todas tus riquezas, tus contactos y tu título, fuiste incapaz de encontrarme? —Su voz era fría, aunque temblaba apenas bajo la superficie—. ¿Sabes cuántas veces me asomé a la ventana? ¿Cuántas noches aguardé pensando que aparecerías al pie de la escalera con la mano tendida? Soñaba con ese instante… hasta que un día dejé de hacerlo. Dejé de esperar.

Él dio un paso hacia delante, como si la confesión le hubiera arrancado un pedazo del pecho.

—No me rendí, Felicity. Al contrario, cada día me consumí buscándote. Lo único que llegué a escuchar, sin confirmación alguna, fue que te habías casado con un duque y que llevabas una vida dichosa.

El sarcasmo torció la comisura de sus labios, aunque no pronunció palabra. «¿Dicha? Lo único dichoso que tuve fue el nacimiento de mi hijo», pensó con una punzada de amargura que no compartió.

Jackson percibió aquel silencio cargado y, con un esfuerzo de voluntad, prosiguió:

—Cuando supe de tu regreso, perdí la razón. Hice lo imposible por acercarme, por hallar un resquicio. Sí, fue idea mía recurrir a Violet y a Emily. Fue un plan torpe, lo admito, pero desesperado. No encontraba otro modo de verte, de hablarte, de contarte lo que había ocurrido.

Ella apretó los labios hasta que palidecieron, incapaz de contener la ira.

—¿Desesperación? —repitió con voz envenenada—. Un hombre honrado habría llamado a mi puerta, no habría urdido intrigas.

Él inclinó la cabeza, el peso de la culpa visible en el gesto.

—Creí que no me abrirías. Y tenía razón.

El silencio que siguió fue tan denso que se oía el crepitar de la lámpara de aceite. Felicity respiró hondo, procurando mantener la compostura. Parte de lo que narraba sonaba verosímil, pero otra parte era un insulto a su sufrimiento, una excusa tardía que no podía aceptar.

—Ya has dicho lo que querías —concluyó al fin, con un tono helado—. Ahora vete.

Él se adelantó medio paso, pero se detuvo en seco al ver cómo ella alzaba una mano, tajante.

—Han pasado siete años —continuó con voz firme—. El amor que sentí por ti murió hace tiempo. Me casé, viví con mi marido y ahora soy viuda. No he vuelto para verte, sino para poner en orden los asuntos de mi familia. No enturbiaré ese propósito con recuerdos de un amor que ya no existe.

Jackson se llevó la mano al corazón, como si quisiera sujetar el dolor que le desgarraba desde dentro.

—No me apartes de ti, Felicity.

Ella lo sostuvo con la mirada, gélida.

—Yo no te aparto. Fue el destino quien lo hizo. Y con una vez fue suficiente. No pienso revivirlo.

—Déjame mostrarte que sigo aquí, que no me he ido de tu vida —murmuró él, y la voz se le quebró al pronunciarlo.

Ella cerró los ojos un instante, contuvo la punzada de emoción y, al abrirlos, dejó que el hielo los cubriera por completo.

—Ya no importa. ¡Lyon!

El mayordomo apareció de inmediato en el umbral, erguido y atento.

—¿Milady?

—Acompaña a lord Everton a la salida.

Un destello de obstinación ardió en los ojos del conde. Aun así, su voz fue serena:

—No me rendiré contigo —dijo en tono bajo, pero firme.

Hizo una leve inclinación de cabeza en señal de respeto, giró sobre los talones y siguió al mayordomo hacia el pasillo. El sonido de sus botas se desvaneció con rapidez, hasta que el silencio volvió a adueñarse de la salita.

Felicity se llevó una mano al pecho, intentando aquietar los latidos que parecían romperle las costillas. Había jurado no creerle, había prometido a su propia dignidad no dar crédito a ninguna de sus palabras. Sin embargo, la duda —esa maldita duda— se abría paso como una grieta en el hielo.

Lo había escuchado hablar de asaltantes, de conspiraciones, de búsquedas vanas. Lo había oído jurar que su amor seguía intacto. Y por mucho que quisiera desecharlo como una

excusa, no podía sofocar del todo la posibilidad de que hubiese dicho la verdad.

Resopló con impaciencia, se levantó de golpe y se acercó a la ventana. La cortina aún temblaba con la corriente de aire que había dejado la puerta al cerrarse. Aferró el tejido entre los dedos, como si necesitara un ancla. No apartaría de sí la duda; no investigaría. No debía hacerlo. Lo único que importaba ahora era la llegada de Robert, que estaba a punto de regresar, y la manera de protegerlo del mundo implacable que los rodeaba.

Se obligó a respirar hondo, una y otra vez, hasta que el pulso se calmó. Después cerró la cortina con gesto brusco y volvió a la mesa, como si al hacerlo pudiera poner fin también a la tormenta que se había desatado dentro de ella.

Capítulo 35



La casa entera parecía haber despertado en armas aquel día. Desde el amanecer, cada rincón resonaba con pasos apresurados, voces contenidas y el trajín de criados que subían y bajaban como si un ejército invisible dirigiera la jornada. El aire traía consigo el inconfundible aroma de cera recién extendida y madera pulida, impregnando pasillos y salones con un brillo solemne. Era la expectación transformada en rutina: todo debía estar perfecto, pues no se esperaba a un invitado cualquiera, sino al niño que traía consigo la promesa del porvenir.

En el piso alto, la alcoba destinada a Robert se había convertido en el epicentro de una coreografía meticulosa. Dos doncellas, jadeantes pero obstinadas en su empeño, cambiaban una y otra vez la colcha hasta dar con el pliegue exacto, esponjaban cojines como si en ello se decidiera el destino de la casa y abrían y cerraban cajones para comprobar que nada faltara. La cama, amplia para un niño, lucía un cobertor azul con ribetes bordados y, sobre la mesilla, aguardaba una lámpara nueva cuya luz tamizada prometía compañía en las noches londinenses. Un caballito de madera, recién salido de un taller de Holborn, reposaba junto al arcón, mientras en el escritorio se desplegaban libros ilustrados: mapas coloreados, fábulas antiguas y un atlas diminuto que mostraba el mundo como una aventura aún por descubrir.

—No olvidéis colocar el juego de plumas —ordenó Lyon desde la puerta, con esa autoridad serena que no admitía réplica—. Que el joven caballero encuentre todo lo necesario para escribir a su gusto.

Las doncellas asintieron, y el mayordomo, tras comprobar que las cortinas dejaban entrar la luz justa, se retiró sin añadir palabra.

En la planta baja, en cambio, reinaba un fervor distinto. La cocina, encendida como un horno, rebosaba vida. Las ventanas se empañaban con el calor de la mantequilla derretida, el azúcar tostado y la canela que escapaban de las bandejas. Martha, que rara vez abandonaba sus aposentos para bajar allí, se había instalado en una silla junto a la gran mesa de madera y dirigía las operaciones con un fervor casi juvenil.

—Que no falte nada —repetía como un conjuro—. Nadie sabe qué le gustará más. Que haya galletas de mantequilla, bizcochos de limón, tartaletas de frambuesa, pastel de manzana y, por supuesto, bollitos de canela. Si no los prueba, quedarán para nosotros, pero al menos sabrá que su abuela pensó en todo.

Las criadas se movían veloces, obedeciendo sin protestar. El sonido de los moldes al chocar, las cucharas batiendo y la harina cayendo sobre la mesa como una nevada artificial llenaban el ambiente de un bullicio cálido y reconfortante. El aroma se extendía por toda la casa, tanto que incluso en el vestíbulo flotaba un perfume dulce, inconfundible, como si las paredes mismas quisieran decirle al niño: «Eres esperado».

Felicity, entretanto, aguardaba en la salita contigua, junto a la ventana. El murmullo del servicio la envolvía, pero en ella todo era quietud. La espalda recta, los brazos cruzados, la mirada fija en la calle. La tensión contenida la hacía parecer una estatua de mármol, aunque en su interior bullía una mezcla insoportable de miedo y esperanza. Había contado los días, las horas, y ahora contaba los segundos.

Martha apareció al fin en el vestíbulo, con las manos todavía impregnadas de harina y el rostro encendido por la agitación. Caminaba de un lado a otro como un péndulo humano, incapaz de detenerse. La emoción le temblaba en los labios, aunque intentaba disimularla con un aire de mando.

—¿Y si se retrasa? —preguntó en voz más alta de lo necesario—. Tal vez el camino esté embarrado, o los caballos se hayan cansado…

—Llegarán, madre —respondió Felicity sin apartar la vista del ventanal. Su voz sonó serena, pero sus dedos apretados delataban la tensión—. Salieron al amanecer; ya deben de estar cerca.

El reloj de pie del vestíbulo marcaba con solemnidad cada segundo, el tictac retumbando en el silencio expectante. Hasta que, de pronto, otro sonido se alzó por encima: un rumor grave de ruedas contra adoquines, el compás metálico de cascos aproximándose.

Martha se detuvo en seco. Felicity llevó la mano al pecho, como si intentara sujetar con ella el corazón desbocado. Lyon, con la compostura de siempre, avanzó hasta las puertas dobles, las abrió con gesto solemne, y un aire húmedo y frío se coló en la casa justo cuando el carruaje se detenía ante la escalinata.

Era un coche oscuro, aún brillante por la llovizna reciente, que despedía destellos metálicos bajo el cielo gris. Los criados acudieron de inmediato: uno se adelantó a abrir la portezuela, otro corrió a sujetar a los caballos, mientras un tercero aguardaba órdenes para descargar el equipaje. El cochero descendió del pescante con un ademán satisfecho, se quitó el sombrero y se secó la frente húmeda por el esfuerzo del trayecto.

La hora había llegado.

La portezuela del carruaje se abrió con un crujido metálico, y un instante después una pequeña figura saltó al suelo con la agilidad nerviosa de quien no conoce el cansancio. Robert apareció entre los pliegues de la capa que lo resguardaba del frío, pero no tardó en zafarse de ella para mostrar el rostro encendido por la excitación del viaje. Sus botas chapotearon en un charco, y la risa clara que escapó de sus labios iluminó la penumbra de la tarde como un relámpago de alegría.

Felicity no pudo contenerse. El protocolo, la compostura, las miradas de los criados, todo se desvaneció en un segundo. Corrió escaleras abajo y, cuando lo tuvo a su alcance, lo alzó en brazos con la fuerza desesperada de quien había aguardado ese momento durante noches interminables. El niño rió con una carcajada cristalina y ella giró sobre sí misma, arrastrada por la alegría pura de tenerlo de nuevo entre sus brazos.

—¡Madre! —gritó el niño, radiante.

—¡Robert, mi vida! —susurró entre lágrimas, cubriéndole la frente de besos apresurados—. Gracias a Dios que estás aquí…

Él la abrazó con sus bracitos, aferrándose a su cuello como si temiera volver a perderla. La inocencia de aquel gesto hizo que las lágrimas brotaran sin freno de los ojos de Felicity, que lo miraba con ansiedad para comprobar que estaba sano, que el viaje no había quebrado su energía.

—Estoy bien, mamá —aseguró con la convicción de un adulto disfrazado de niño—. No he dormido nada en el camino porque quería ver Londres cuanto antes.

Ella rió entre sollozos, acariciándole el pelo revuelto.

—Y aquí estás ya. Mi Robert, entero y feliz.

Martha observaba la escena desde el umbral de la puerta, con las manos juntas contra el pecho. Sus ojos, acostumbrados al velo de la enfermedad, brillaban ahora con un fulgor húmedo. Era la primera vez que veía a su nieto y, en aquel instante, comprendió de golpe todas las penas que su hija había soportado en silencio. El parecido era innegable: aquel niño era la viva imagen de Jackson, como si el destino hubiera querido devolverle a su hija, en forma de hijo, lo que el tiempo y los rumores le arrebataron.

Entonces entendió también la magnitud del sacrificio: Felicity había criado en la casa de un duque al hijo de otro hombre, sosteniendo sola el peso de ese secreto durante años. La soledad y el reproche del esposo, las humillaciones veladas, la indiferencia de un marido que dedicaba su afecto a amantes efímeras mientras

descuidaba a su esposa… todo eso se desplegó ante Martha como un látigo tardío. Y, sin embargo, allí estaba la prueba de que su hija había resistido: aquel niño, sano y radiante, era fruto de un amor imposible y de una fortaleza que ninguna adversidad había logrado quebrar.

Cuando madre e hijo se separaron un poco, Felicity tomó al pequeño de la mano y lo condujo hacia la escalinata.

—Robert, quiero presentarte a alguien muy especial. Mira, ella es tu abuela, mi madre.

El niño, que hasta entonces había estado saltando de un pie a otro, se quedó súbitamente serio. El peso de aquella palabra, "abuela", parecía haber despertado en él una ilusión inesperada. Avanzó con pasos firmes, liberándose suavemente de la mano materna, y cuando se plantó frente a Martha, se inclinó en una cortesía pequeña pero impecable, fruto de la educación recibida.

—Milady —dijo, con voz clara y solemne.

Martha se llevó una mano a los labios. El parecido con Jackson era tan evidente que por un instante el mundo le dio un vuelco. La forma de los ojos, oscuros y penetrantes, la curva de la barbilla, incluso la manera de erguirse con dignidad impropia de su edad… todo era un espejo en miniatura del hombre que llevaba días apostado frente a la verja.

No pudo contenerse más. Extendió los brazos con un gesto tembloroso y, cuando el niño se arrojó hacia ella, lo acunó contra el pecho, rompiendo a llorar.

—Bienvenido a casa, tesoro mío —murmuró con la voz quebrada—. Bienvenido.

Robert se aferró a su cuello con espontánea ternura, dejando que las lágrimas de su abuela le humedecieran el cabello. Sus ojillos brillaban de ilusión infantil.

—¿De verdad puedo quedarme aquí, abuela?

—Para siempre, si tú quieres —respondió ella, apretándole con fuerza—. Esta es tu casa.

Felicity los contemplaba con el corazón encogido. Verlos juntos, a los dos seres que más amaba, unidos al fin bajo un mismo techo, era un milagro que ni siquiera se había atrevido a soñar. Durante un instante olvidó el peso de los rumores, la amenaza de los salones, la figura obstinada frente a la verja. Solo existía aquella escena: el calor de un hogar recomponiéndose alrededor de un niño.

Pero la realidad la devolvió pronto a la cautela. Lanzó una mirada rápida a la calle, temiendo que alguien pudiera haber presenciado la llegada.

—Entremos —dijo al fin, con firmeza—. No es lugar para quedarnos aquí fuera.

Se inclinó hacia su hijo y añadió en voz más ligera:

—Vamos, Robert. La abuela ha preparado para ti un sinfín de galletas y dulces.

El niño abrió los ojos como platos.

—¡Me encantan las galletas! —exclamó, y se dejó guiar alegremente hacia el interior.

Las puertas se cerraron tras ellos, dejando atrás el rumor de la calle y envolviéndolos en la calidez de la casa, donde el perfume de canela y mantequilla aguardaba como la más dulce de las bienvenidas.



Jackson avanzaba despacio por la acera empedrada, con el ramo de flores bien sujeto en la mano derecha. Las había escogido aquella misma mañana, tras pasar la noche en vela,

ensayando una y otra vez las palabras que quería pronunciar. Lirios blancos entremezclados con rosas pálidas: flores que no gritaban pasión, sino respeto. Cada paso estaba medido, como si de la contención de su andar dependiera el dominio sobre la tormenta que lo habitaba.

El viento húmedo agitaba su capa y arrancaba pétalos del ramo, que iban a caer atrapados en los charcos de la calzada. El eco de sus botas se mezclaba con el rumor lejano de carruajes, pero el barrio permanecía inusualmente tranquilo. Avanzó hasta situarse frente a la verja y allí se detuvo, erguido como siempre, con la respiración contenida.

Y entonces lo oyó.

El crujido metálico de ruedas contra adoquines, el golpeteo de cascos acelerados acercándose por la calle lateral. Un carruaje oscuro irrumpió en la escena, cubierto aún de la humedad de la lluvia. Jackson frunció el ceño y, de manera instintiva, retrocedió un paso hacia la sombra de un plátano desnudo de hojas. No era un visitante cualquiera. Había demasiada expectación en el movimiento de los criados que aguardaban en la escalinata, demasiada premura en Lyon al abrir de par en par las puertas de la residencia.

El vehículo se detuvo con un chirrido, y el cochero bajó de un salto para asegurar los caballos. Jackson apretó los dedos sobre los tallos del ramo hasta sentir las espinas clavarse en la piel. Algo en su interior le advirtió que estaba a punto de presenciar un acontecimiento decisivo.

La portezuela se abrió, y de su interior emergió una figura menuda, envuelta en una capa azul marino. Un niño. Se zafó de la prenda con impaciencia y saltó al suelo con la vitalidad de sus seis años, chapoteando en los charcos como si la lluvia fuese un juego. Su risa cristalina se elevó en el aire, vibrante y despreocupada, y Jackson se quedó clavado en el sitio.

En la escalinata, la mujer que llevaba días obsesionándole descendió a toda prisa. Felicity. No hubo compostura ni protocolo:

corrió hacia el pequeño con los brazos abiertos y, cuando lo alcanzó, lo alzó del suelo como si quisiera retenerlo contra sí para siempre. La risa del niño se mezcló con los sollozos de ella; giraron juntos, fundidos en un abrazo que irradiaba un amor tan absoluto que a Jackson le pareció casi indecente contemplarlo.

El mundo a su alrededor se desvaneció. El ramo temblaba en su mano, olvidado, mientras el viento lo deshojaba. En sus oídos resonaba solo esa risa, esa palabra que el niño pronunció con voz clara, inocente, perfecta:

—¡Madre!

Jackson sintió que la sangre se le helaba en las venas. Necesitó un instante para asimilar lo que acababa de escuchar, pero el golpe lo alcanzó con una fuerza devastadora. Madre. Esa palabra lo arrojó contra una verdad para la que no estaba preparado.

Se quedó inmóvil, un espectador invisible, con el corazón convertido en un campo de batalla.

Capítulo 36



El club de White's, a media mañana, respiraba el aire denso de los lugares donde la rutina se vuelve rito. El olor persistente del tabaco impregnaba las tapicerías, mezclado con el dulzor pesado del brandy que aún permanecía en las copas olvidadas de la noche anterior. Entre las mesas de juego quedaban periódicos arrugados, abiertos en páginas de política y economía que casi nadie leía con atención. Los caballeros presentes mantenían la compostura de costumbre: un murmullo grave, pausado, apenas interrumpido por el chasquido de una cerilla o el roce monótono de una baraja barajada por manos ociosas.

En un rincón apartado, junto a una mesa de caoba pulida, Jackson se hallaba solo, con un vaso de licor ámbar que brillaba como un pequeño incendio domesticado. Era demasiado temprano para beber, incluso en aquel club habituado a excesos discretos, pero no parecía importarle. La espalda, recta de costumbre, se curvaba apenas hacia delante, y los ojos permanecían fijos en el líquido, como si en él buscara una verdad que se le escapaba. Tenía el porte de un hombre en guerra consigo mismo, y cada sorbo lo hundía más en la batalla.

No estaba allí por azar. Weston, siempre vigilante, había cumplido su deber informando a quienes podían arrancarlo de aquella espiral: Alexander y Ezra. Por eso, cuando el mayordomo empujó la puerta del salón, dos figuras se recortaron tras él con la familiaridad de quienes se sabían en casa. El marqués de Huntingdon avanzaba con la elegancia contenida de quien jamás

pierde el control; Ezra, en cambio, dejaba caer los guantes en la mano como si la misma pereza fuese un gesto de estilo.

Se acercaron sin prisa, sin provocar ruido. Saludaron con un leve asentimiento a un par de conocidos y se dirigieron al rincón donde su amigo se consumía en silencio. Alexander tomó asiento a la derecha de Jackson con un movimiento sereno, mientras Ezra se acomodaba a la izquierda con una sonrisa ladeada que no suavizaba la dureza de sus ojos.

Un gesto breve bastó para llamar al camarero. Tres copas fueron servidas con destreza, el cristal tintineando apenas. La camaradería masculina del club envolvía el momento, pero bajo ella latía un propósito más grave.

Alexander habló primero, su voz baja, sin adornos:

—¿Qué ocurre ahora?

Jackson permaneció inmóvil, la mirada fija en su vaso. El silencio se alargó hasta volverse insoportable. Solo cuando el brandy le abrasó la garganta en un trago hondo, encontró palabras. Su voz salió áspera, grave, cargada de un peso que ninguno de los dos recordaba haberle escuchado antes.

—Felicity tiene un hijo.

La frase cayó sobre la mesa como una losa. Ezra arqueó una ceja, Alexander se quedó un instante rígido, y el murmullo distante del club pareció extinguirse, como si incluso el aire hubiera percibido la magnitud de aquella revelación.

Ezra rompió el silencio. Dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco, aunque controlado, y lo observó con una sonrisa tan irónica como peligrosa.

—¿Y qué esperabas? —murmuró—. Se casó, ¿no? Una mujer en un matrimonio tiene… obligaciones.

El comentario, lanzado con frialdad deliberada, encendió algo en Jackson. Su mandíbula se tensó, los nudillos se blanquearon en torno al vaso húmedo. La imagen de Felicity entregándose a otro

hombre, a su marido, mientras él había vivido consumido por la abstinencia y la espera, lo golpeó como un puñetazo invisible. Una punzada de celos feroces le atravesó, abrasándole el pecho.

Alexander intervino al instante, con un tono conciliador que intentaba frenar la chispa antes de que prendiera fuego.

—Basta, Ezra. No es momento para tus ironías.

Pero Jackson ya estaba perdido en su tormenta. El rostro de Felicity regresaba en oleadas: la risa entrecortada en las noches de juventud, el perfume de su piel contra su pecho, los labios rendidos en un beso que había creído eterno. Y luego, la sombra de la duda: ¿había borrado ella ese recuerdo con la misma facilidad con que se había entregado a su marido? ¿Había amado de verdad al duque?

Se inclinó hacia delante, como si necesitara expulsar lo que lo devoraba.

—¿Y si para ella fui solo un error de juventud? —dijo con voz ronca—. ¿Y si lo que vivimos no significó nada más que un capricho pasajero antes de aceptar la vida que le imponían?

Ezra lo miró sin pestañear, con esa expresión suya que parecía leer lo que Jackson no se atrevía a decir.

—Lo que te atormenta no es que tenga un hijo, sino que ese hijo lleve la sangre de otro. Que la hayas amado en castidad y ella, en cambio, haya cumplido como esposa mientras tú ardías en silencio.

El conde apretó los puños hasta que el cristal crujió, pero no respondió. Porque era cierto. Ezra había dado en el centro de su herida.

Alexander posó una mano firme sobre el brazo de su amigo, buscando contenerlo.

—Escúchame, Jackson. Ese niño no es un obstáculo. Al contrario. Si ella es feliz como madre, si la criatura está en el centro

de su vida, entonces no queda más que aceptarlo. El amor verdadero incluye también lo que amamos a través del otro.

Ezra, que rara vez se mostraba de acuerdo con discursos tan nobles, asintió despacio, aunque no perdió la ironía en la mirada.

—Y más aún: si conquistas al niño, tendrás medio camino ganado. Créeme, no hay llave más segura para el corazón de una madre que la sonrisa de su hijo.

Las palabras flotaron en el aire como una revelación incómoda. Jackson no respondió. El peso del licor y del tormento lo mantenía en silencio, pero en sus ojos ardía la chispa de un propósito nuevo.

Ezra y Alexander se miraron entre sí y decidieron no añadir más. Dejaron que el silencio se adueñara de la mesa, conscientes de que cualquier palabra sobraba.

Jackson permaneció inmóvil, el ramo olvidado en alguna parte de su memoria y la voz del niño resonando como un eco: *Madre*. Se aferró a esa última idea, la que Ezra había lanzado con calculada ligereza. Si el niño era la clave, entonces debía encontrar el modo de girarla.

Y con esa certeza ardiente, permaneció callado, mientras en su interior se trazaba un plan que aún no se atrevía a nombrar.

Capítulo 37



La mañana se había vestido de calma en el jardín de la residencia. El sol, tamizado por un cielo gris perlado, se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles, dejando destellos irregulares sobre el césped húmedo. El aire olía a tierra recién removida y a las primeras flores que se atrevían a desafiar el invierno. Era un día sereno, de esos en los que parecía que el mundo se concedía un respiro.

Robert corría libre, con la risa desbordada en la garganta y una cometa que se negaba a obedecer. La hacía girar en torbellinos torpes, mientras sus botas chapoteaban en la hierba empapada. El hilo se tensaba y se aflojaba con cada sacudida, y la tela coloreada ondeaba contra el cielo como un pájaro enloquecido. Su alegría llenaba todo el espacio, vibrante, inocente, imposible de contener.

Desde un banco bajo la sombra melancólica de un olmo, Felicity lo contemplaba junto a su madre. Sus ojos brillaban con orgullo, aunque el gesto severo de la boca intentara disimular la ternura que la desbordaba.
—Es incansable —murmuró, casi para sí.

Martha tenía un pañuelo blanco arrugado en el regazo. Lo apretó con los dedos y, alargando la mano, buscó las de su hija para entrelazarlas en un gesto sencillo, cálido.

—Lo has hecho muy bien, hija mía. —Su voz, quebrada por la emoción, no necesitaba adornos—. Es un niño sano, educado, feliz, lleno de energía. —Sus ojos siguieron la figura menuda que

corría tras la cometa—. Has cargado tú sola con un peso insoportable, y míralo ahora: es la prueba viva de tu fortaleza.

Felicity apartó la vista hacia el horizonte del jardín. El reconocimiento de su madre le pesaba como una caricia que dolía. Todo el silencio y las renuncias, todo el frío soportado, se le vinieron a la memoria con la violencia de lo reprimido.

—He procurado que nada le faltara —susurró, con la voz temblando más de lo que quiso permitir—. Que no conociera nunca las sombras que me rodeaban.

—Y lo has conseguido —replicó Martha con firmeza suave, apretando los dedos de su hija—. Nadie podría haberlo hecho mejor.

Se quedaron calladas, envueltas en la música lejana de la risa del niño. Era un silencio que pesaba, pero también consolaba. Felicity respiró hondo, como quien se atreve a liberar un pensamiento largamente guardado:

—Cuando todo esté resuelto, marcharemos a París. Allí Robert tendrá nuevas oportunidades, lejos de las habladurías.

Martha bajó la mirada al pañuelo, acariciando sus bordes como si en ellos buscara calma. La palabra *París* se le clavó como un alfiler. No quiso mostrar su angustia; temía que una objeción demasiado evidente empujara a su hija a marcharse al día siguiente. Y, sin embargo, en su interior gritaba una certeza: *no debes irte todavía*. Percival le había devuelto una ilusión serena, un afecto maduro que no debía perder. Y ella, frágil y enferma, necesitaba a su nieto tanto como al aire que respiraba: aquel niño era un regalo tardío que el destino le ofrecía.

—París es tentadora —dijo al fin, con una sonrisa que intentó disimular el temblor de su corazón—, pero yo creo que tu lugar, por ahora, está aquí.

Felicity giró el rostro, sorprendida por la convicción de su madre.

—¿Aquí? ¿Después de todo lo que he vivido? —preguntó con un dejo de amargura.

Martha le acarició la mano con ternura, como cuando era niña.

Martha le acarició la mano con ternura, como cuando era una niña.

—Aquí, donde al fin empiezas a recuperar la paz. Puede que aún no lo veas, pero lo harás.

Felicity no respondió. Las palabras de su madre le calaron hondo, pero no quiso discutir. Aunque su corazón se negaba a aceptarlas, tampoco quiso contradecirla. Guardó silencio y desvió la mirada hacia el jardín, donde Robert corría de un lado a otro, incansable, con la cometa ondeando como un estandarte de colores. Esa visión la serenó lo suficiente para encontrar una salida sencilla.

—Madre, voy a buscar una limonada para Robert. Con tanto correr, estará sediento. —Su voz sonó calmada, casi práctica, como si la decisión de levantarse fuese una tregua silenciosa entre ambas.

Martha asintió sin apartar la vista del nieto, que ascendía entre las ramas con ímpetu temerario. Una oleada de orgullo y miedo se mezcló en su pecho. *Tan valiente, tan testarudo… igual que su madre.* Y, en silencio, suplicó a Dios que el destino no los castigara con nuevas pruebas.

El viento agitó las copas, la cometa se balanceó atrapada en lo alto y Robert, encaramado con entusiasmo imprudente, estiró el brazo para alcanzarla. Entonces, un crujido seco quebró la quietud del jardín.

—¡Robert! —gritó Martha, incorporándose de golpe, la voz desgarrando el aire al ver cómo el pequeño perdía el equilibrio.

El eco de su alarido espantó a los pájaros de los setos, y la calma de la mañana se rompió en mil pedazos.



Jackson avanzaba por la alameda con el porte de quien se prepara para una batalla íntima. En una mano llevaba un estuche alargado de terciopelo azul oscuro, cerrado con un broche de plata: dentro reposaba una gargantilla de diamantes, elegante sin ostentación, pensada para devolver a Felicity un destello de la reina que había sido antes de tantas renuncias. En la otra sostenía un juguete singular: un autómata de madera pintada que, al darle cuerda, caminaba con graciosa torpeza. No era un obsequio común; solo los niños más privilegiados podían poseer algo semejante. Y Robert, pensó con una mezcla de nerviosismo y ternura, merecía sentirse privilegiado.

Había pasado la noche en vela repitiéndose la misma resolución: no volver a perderla. Si debía empezar desde cero, la cortejaría como a una desconocida, la conquistaría como a la dama más esquiva, hasta arrancarle otra vez el corazón. Solo imaginarla lejos le helaba el pecho, como si una garra invisible le paralizara la vida.

Se detuvo a cierta distancia del jardín. El césped húmedo brillaba bajo la luz pálida de la mañana, y el aire traía consigo el frescor limpio de la estación temprana. Allí, bajo el cielo claro, Robert corría tras una cometa de colores, riendo con esa vitalidad que parecía empaparlo todo. Felicity y Martha lo observaban desde un banco de piedra, pero mientras la primera se levantaba con calma para encaminarse hacia la casa, la anciana permanecía sentada, absorta en sus pensamientos.

Jackson se inclinó apenas hacia delante, como un halcón que presiente el peligro. El niño había soltado la cuerda de la cometa y, con la determinación de un pequeño conquistador, trepaba ya por el tronco de un árbol.

—No, pequeño… —murmuró Jackson, sin voz.

Miró hacia la casa: solo Martha, distraída, seguía en el banco. Nadie más reparaba en el ascenso del niño. Entonces, sin dudar, echó a correr.

Los segundos se estiraron como una eternidad. Robert, aferrado con uñas y botas, trepaba con sorprendente agilidad hasta que la madera seca crujió bajo su peso. El sonido cortó el aire como un presagio. Jackson alzó los brazos justo en el instante en que el niño perdía el equilibrio.

El impacto los derribó a ambos. Robert cayó sobre su pecho y Jackson rodó contra el suelo, sintiendo cómo el aliento se le escapaba en un golpe seco. Durante un instante quedaron tendidos en la hierba húmeda, jadeantes, unidos por el azar de aquel rescate.

Entonces el niño lo miró. Sus ojos, oscuros y profundos, eran un reflejo imposible, un espejo de una verdad que Jackson no se había permitido sospechar. El aire se espesó entre ambos. La garganta del conde se cerró; ninguna palabra lograba escapar.

El grito de Martha quebró aquel silencio hechizado.

—¡Robert!

Jackson giró apenas el rostro hacia la casa. Y fue entonces cuando apareció Felicity, corriendo con una bandeja en las manos. El estrépito del cristal contra la piedra retumbó en el jardín: los vasos se hicieron añicos a sus pies, brillando como lágrimas derramadas.

Capítulo 38



La caída había sido brusca y, durante unos segundos, el mundo se redujo a un silencio extraño, roto solo por el jadeo entrecortado de Jackson. El peso cálido de Robert subía y bajaba sobre su pecho con cada respiración del niño, que aún no comprendía del todo lo ocurrido. La hierba húmeda le empapaba la camisa como una segunda piel helada, y un dolor áspero le recorría las costillas en un surco ardiente. Tragó saliva, intentando dominar el mareo, pero lo único real, lo único que mantenía sus manos firmes, era que el pequeño seguía vivo.

Con un esfuerzo se incorporó, apretando los dientes ante el latigazo que le subía por el flanco. Sintió cómo la espalda protestaba y los músculos se tensaban, pero no lo soltó. El niño se removió, como si quisiera liberarse, y enseguida se acurrucó otra vez contra él, todavía tembloroso. Jackson lo sostuvo con fuerza, apoyando una mano en la nuca frágil, y se descubrió dividido entre la rabia y la ternura: dos venas irreconciliables latiendo en un mismo pecho.

Entonces resonó el grito desgarrado de Martha, rompiendo la calma del jardín como un trueno inesperado:

—¡Por Dios, Robert!

El clamor de la anciana lo arrancó de su estupor. Alzó la vista y vio a Felicity corriendo, con el rostro desencajado y los ojos desbordados de pavor. El cabello se le había soltado en mechones rebeldes que enmarcaban una expresión feroz, irreconocible. Al

contemplar a Jackson con su hijo en brazos, un grito brotó de lo más hondo de su garganta:

—¡Suéltalo! ¡He dicho que lo sueltes!

Avanzó hacia ellos con los brazos extendidos, decidida a arrancarle al niño de las manos, como si aquel contacto fuese en sí mismo un ultraje. Él permaneció inmóvil, con el corazón martilleándole en el pecho, incapaz de soltar al pequeño que aún temblaba contra él.

Antes de que pudiera alcanzarlos, Martha la sujetó del brazo con firmeza inesperada.

—Felicity, calma —murmuró, aunque su voz se quebraba —. Estamos fuera de casa, y lo mejor es que lord Everton lleve a Robert a su alcoba.

El contacto, el tono cargado de súplica y sensatez, la detuvieron por un instante. El silencio, apenas roto por los sollozos del niño, fue más persuasivo que cualquier argumento. Ella cerró los labios con un gesto crispado, tragando su furia, y se volvió hacia la puerta principal.

—Sígueme —ordenó, sin mirarle directamente.

El grupo echó a andar: ella al frente, rígida como una estatua; detrás, Jackson con el niño aún abrazado a su cuello; y al final, Martha, que caminaba más despacio, murmurando plegarias ahogadas.

Lyon aguardaba en la entrada, erguido, testigo mudo de la escena. Vio pasar primero a su señora con paso enérgico, luego al caballero con el pequeño en brazos, y por último a la anciana, apenas capaz de contener la angustia.

—Lyon —le dijo Martha al pasar, con voz quebrada pero imperiosa—, mande llamar al médico de inmediato. Y prepare té de tilo para todos.

El mayordomo inclinó la cabeza y se alejó con la eficacia de quien sabe que cada minuto cuenta.

El silencio se espesó mientras cruzaban el vestíbulo. Ella avanzaba sin volver la cabeza; Jackson la seguía, sintiendo cada paso como una sentencia; y la anciana cerraba la comitiva con pasos fatigados, los labios moviéndose en oración. El eco de la escalera amplificaba la respiración agitada de Robert y el peso contenido de la tensión.

Al llegar al pasillo principal, Felicity abrió de golpe la puerta de la alcoba. La estancia, preparada con esmero para recibir al niño, aguardaba iluminada por la claridad de la mañana, como si no supiera que estaba a punto de convertirse en escenario de un estallido.

—Aquí —dijo con voz tensa, girándose apenas para señalar el interior—. Déjalo en la cama.

Jackson depositó con cuidado al pequeño sobre la colcha azul, procurando no alterar su respiración agitada. Apenas tuvo tiempo de enderezarse cuando el sonido seco de una bofetada le estalló en el rostro. El golpe le hizo girar la cabeza con violencia; el ardor punzante en la mejilla era insignificante comparado con la ferocidad que ardía en los ojos de Felicity.

—¡Canalla! —gritó ella, la voz rota pero poderosa—. ¡Te atreves a poner tus manos sobre él! ¡Sobre un niño indefenso!

Abrió los labios, pero ningún sonido logró escapar. La veía alzando los brazos como si quisiera proteger a Robert de un lobo.

—¡Lo asustaste! —continuó, empujándole el pecho con ambas manos, una y otra vez, sin piedad—. ¡Lo arrojaste al peligro con tu sola presencia! ¿Es que no te basta con todo el daño que me hiciste a mí? ¡Ahora también a él!

Cada palabra era un cuchillo. La mujer tímida que recordaba había desaparecido: en su lugar rugía una leona desgarrada por el miedo.

—¡Traidor! —lanzó de pronto, con un sollozo que sonó como un rugido—. ¡Mentiste, me robaste, me condenaste a una vida de sombras! ¡Y ahora vienes a arrebatarme lo único que me queda!

El conde se dejó empujar sin defenderse. El dolor de sus costillas era mínimo frente a la avalancha de acusaciones que lo golpeaban. Quiso responder, pero la garganta se le cerró.

—¡Felicity, basta! —exclamó Martha, intentando sujetarla del brazo.

—¡No lo defiendas, madre! —replicó, girándose un instante para apartar a la anciana—. ¡No merece piedad! ¡No después de haber puesto en riesgo la vida de mi hijo!

—No es cierto —se oyó entonces, en un murmullo que rompió el aire como un rayo.

Los tres volvieron el rostro hacia la cama. Robert, incorporado sobre los cojines, los miraba con el rostro encendido y los ojos húmedos. Su voz temblaba, pero se obligaba a hablar con firmeza:

—Él… él me salvó. Antes de tocar el suelo, me recogió en sus brazos.

El silencio cayó como un manto. Felicity sintió que las rodillas le flaqueaban; quiso negar, pero la voz de su hijo era incuestionable. Tragó saliva, incapaz de sostener la mirada de Jackson, y se aferró al borde del colchón.

—¿Dónde te duele, hijo mío? —preguntó con ansiedad febril, palpando sus brazos, sus hombros—. ¿Te has hecho daño?

El pequeño señaló su lateral con un gesto inseguro. Ella le levantó la camisa con manos trémulas, recorriendo la piel clara en busca de moretones o rasguños. Sus dedos vibraban de nerviosismo, pero su atención estaba fija en la respiración del niño, en comprobar que no hubiera huesos rotos, en escuchar su voz todavía firme.

Jackson también miraba… y entonces lo vio.

En el costado, allí donde una madre angustiada solo buscaba heridas, brillaba una mancha oscura en forma de media luna. Exactamente igual a la que él llevaba grabada en su propio cuerpo desde el nacimiento.

El tiempo se detuvo. Sintió que la sangre le abandonaba el rostro, que el suelo bajo sus botas se deshacía en polvo. La garganta se le cerró. Se aferró al dosel de la cama para no caer, contemplando esa huella imposible.

Y entonces, como en un torbellino, los detalles se agolparon en su mente: el gesto obstinado del niño, el tono oscuro de los ojos, la curva de la barbilla que tantas veces había besado en el rostro de Felicity. Todo estaba allí, concentrado en aquel cuerpo pequeño que respiraba con esfuerzo sobre la colcha azul.

Robert… era su hijo.

El mundo se quebró y volvió a erigirse distinto, en un solo segundo.

Capítulo 39



La alcoba del niño se llenaba de un silencio denso, roto únicamente por la respiración agitada de Robert y el goteo tenue del agua olvidada en una jarra sobre la cómoda. Felicity se inclinaba sobre la cama, con los dedos crispados alrededor de los de su hijo, incapaz de apartar los ojos de su rostro pálido. A su lado, Jackson permanecía inmóvil al borde del lecho, como un guardián maldito con la mirada fija en el pequeño. No se atrevía a acercarse más, ni tampoco a retirarse. Aquella habitación se había convertido en una celda invisible y él en su prisionero más voluntario.

Martha, sentada en una banqueta junto a la ventana, movía los labios en plegarias entrecortadas, aunque en realidad sus pensamientos volaban de un extremo a otro: el recuerdo de su hija niña, los años de dolor y silencio, la certeza de que aquella verdad que todos intentaban negar era ya imposible de contener.

Unos golpes discretos interrumpieron la tensión. Lyon asomó la cabeza con la gravedad de quien entra en un templo.

—El doctor Pemberton ha llegado, mi señora.

Felicity alzó la vista apenas un instante y asintió con brusquedad. El mayordomo se hizo a un lado y dejó pasar al médico, que entró con porte sereno y el maletín de cuero en la mano. Era un hombre de mediana edad, de semblante curtido, habituado a los sobresaltos de las familias respetables.

—Déjenme espacio —pidió con voz grave, depositando el maletín sobre la mesa.

Ella se apartó lo justo para no estorbar, aunque sin soltar la mano de su hijo. Jackson retrocedió hasta apoyarse en el dosel de la cama, como si necesitara que la madera le sostuviese. Martha, en cambio, se persignó antes de bajar la cabeza y guardar silencio absoluto.

El doctor inició la exploración con método. Retiró la manta y palmeó suavemente los brazos del niño, comprobando su resistencia.

—Levanta este brazo, hijo. Eso es… ahora el otro.

Robert obedeció dócil, aunque un leve temblor recorrió sus dedos. El médico asintió, como si aquel primer gesto descartara lo peor.

—Bien. Ahora mueve las piernas. Arriba… más fuerte.

Felicity se inclinaba a cada movimiento, con el corazón en la garganta. La tela de su vestido crujía de lo tensos que estaban sus músculos. Jackson, desde su puesto, seguía cada gesto como si en ello se decidiera la vida.

El médico palpó las clavículas, revisó el cuello, apartó mechones de cabello sudado para pasar los dedos por la frente.

—Mírame los ojos —ordenó con firmeza amable.

Levantó un párpado, luego el otro.

—Bien, la pupila responde. No hay signo de conmoción.

El alivio recorrió a Felicity en un suspiro quebrado que intentó ahogar. Se inclinó sobre el niño y le besó la sien, incapaz de contener las lágrimas que le resbalaban.

Jackson apretó los puños tras la espalda. Quiso hacer lo mismo: inclinarse, besar aquella frente tibia, dar gracias al cielo por verlo respirar. Pero sabía que ese lugar no le correspondía. No aún.

El médico pidió que Robert se incorporase. Le pasó la mano por la espalda, palpó la caja torácica con presión firme.

—Respira hondo, hijo. Otra vez.

El niño obedeció. Un quejido leve escapó de sus labios, lo suficiente para tensar a su madre como una cuerda.

—¿Duele? —se inclinó angustiada.

—No, madre… solo un poco al moverme.

El doctor asintió, tomó una pequeña lámpara de aceite que Lyon le tendió y la acercó a los ojos del niño. Observó con atención el reflejo, la reacción de las pupilas. Luego pidió que abriese la boca, que mostrara dientes y lengua.
—No hay lesiones internas visibles —dictaminó por fin—. Los reflejos están bien, no aprecio fracturas.

Ella asintió en silencio, con el rostro húmedo de lágrimas, incapaz de articular palabra. Acariciaba la frente de su hijo, murmurando frases entrecortadas que solo él escuchaba. Robert, vencido por el agotamiento, se acurrucó bajo las sábanas como un cachorro en busca de refugio.

Jackson, en cambio, no se movía. Permanecía erguido, clavado junto al dosel, con los ojos fijos en el niño. Apenas respiraba. Nadie podía ignorar el temblor de sus manos ni el fulgor helado de su mirada.

Martha lo contemplaba desde la banqueta y, mientras lo hacía, la memoria la arrastraba a tiempos lejanos. Recordó a la madre de aquel hombre, la muchacha con la que compartió pupitre en el internado de Bath: dócil, risueña, siempre con un cuaderno de dibujo en las manos, pintando paisajes campestres como si en ellos pudiera encerrar un mundo más amable. La habían prometido al conde de Everton siendo apenas una niña, y nunca se rebeló contra su destino. Obediente, callada, cumplió lo que se esperaba de ella. Sin embargo, Martha siempre temió que aquella obediencia escondiera una semilla de dolor.

«Pobre criatura», pensó, apretando el pañuelo en el regazo. «Nadie supo entonces que la historia de sus abuelos paternos pesaría sobre él como una losa. Nadie imaginó que el hijo heredaría también el látigo invisible de esos prejuicios».

Suspiró, y en su pecho se mezclaron ternura y amargura. Miró a su hija, arrodillada junto a la cama, y se preguntó cómo habría sido su vida si su padre no hubiera intervenido para separar a los amantes. ¿Habría conocido Felicity la felicidad junto a ese hombre? ¿O el destino se habría ensañado igualmente con ellos?

El murmullo de la estancia se reducía al roce del médico guardando sus instrumentos y al crujido de la colcha bajo el cuerpo del niño. Era como si el mundo entero se hubiera recogido en aquel espacio, obligándoles a compartir el mismo aire cargado de tensión.

Entonces, un gemido leve rompió la calma. No venía de la cama, sino del rincón donde Jackson se aferraba al dosel.

Todos volvieron la vista hacia él. El conde tenía el rostro desencajado, blanco como la cera, los labios entreabiertos en un intento fallido de tomar aliento. Sus ojos, que un instante antes fulguraban con intensidad, se enturbiaron de repente.

—Señor… —murmuró el doctor, alzándose con rapidez.

Jackson no respondió. Un latido más, y su cuerpo cedió. El bastón del dosel se le escurrió de entre los dedos y cayó al suelo con estrépito.

Felicity se incorporó de golpe, el corazón desbocado.

—¡Por Dios!

El conde se desplomó de lado, pesado como un árbol abatido por la tormenta. El golpe resonó en la tarima y arrancó un grito de espanto a Martha. El médico acudió de inmediato, arrodillándose junto a él.

—¡Lord Everton! —exclamó, palpándole el cuello, buscando el pulso—. Está inconsciente, pero respira.

Ella se llevó las manos a la boca. Durante un segundo sintió un vértigo extraño: la visión de su enemigo, su verdugo, tendido a sus pies como un hombre derrotado. El pecho le ardía de rabia, pero también de un desconcierto insoportable.

Martha, en cambio, comprendió en seguida. Aquel hombre podía fingir o no, pero lo cierto era que había salvado la vida de Robert y ahora yacía ante ellas como un mártir improvisado. El destino jugaba de nuevo sus cartas.

—Hija —susurró, posando una mano en el brazo crispado de Felicity—, ha salvado a tu niño. Ahora es nuestro deber atenderle.

Ella la miró incrédula, los labios temblando de furia contenida.

—¿Debo… cuidarle? ¿A él?

—Dios lo ha permitido por una razón —replicó la baronesa, firme a pesar de las lágrimas—. No lo ignores.

El médico pidió agua fría y gasas limpias. Lyon, que había regresado al oír el estruendo, corrió a obedecer sin hacer preguntas. Felicity permanecía de pie, paralizada entre el rechazo y la obediencia, con las manos apretadas contra el pecho.

En la cama, Robert abrió los ojos al escuchar el alboroto.

—Madre… —murmuró débilmente, señalando al hombre caído.

Ella se inclinó hacia él, acariciándole la frente.

—No te preocupes, hijo mío. Todo está bien.

Pero el temblor de su voz la delató. Sabía que nada estaba bien. El niño estaba sano, sí, pero la verdadera batalla apenas comenzaba: la que se libraría en su interior, entre el odio que la mantenía en pie y la compasión que amenazaba con doblegarla.

El doctor acomodó el cuerpo del conde de lado, revisó la cabeza y palpó con cuidado la base del cráneo.

—No puedo determinar aún qué lo ha provocado —dijo con gravedad—. Podría ser consecuencia del golpe, aunque también de otro motivo. Necesito examinarlo con calma para asegurarme de su estado.

Las palabras cayeron como plomo. Ella bajó la cabeza, mordiéndose los labios hasta sentir el sabor metálico de la sangre.

Martha apretó el pañuelo entre las manos, convencida de que el destino estaba urdiendo un lazo imposible de desatar.

—Lyon, doctor… —murmuró Felicity, con un temblor en la voz que trató de ocultar bajo la firmeza—, levanten al conde y llévenlo a la habitación del barón.

Un susurro áspero le rozó el oído.

—Olvidas, hija mía… que fuiste tú quien destruyó esa estancia —le recordó Martha con calma, aunque sus ojos delataban una mezcla de compasión y cálculo.

Felicity cerró los puños hasta clavarse las uñas en la piel. El odio hacia sí misma se mezclaba con el rencor hacia él. La idea de tenerlo bajo su techo ya le resultaba insoportable; en su propia intimidad, era un suplicio. Sin embargo, no tenía elección.

—Que lo lleven a mi alcoba —ordenó con un gesto brusco de la cabeza, odiándose por cada palabra.

El médico y Lyon obedecieron de inmediato. Se inclinaron para alzarlo y, aunque Jackson mantenía los ojos cerrados y el gesto inerte, su cuerpo parecía ceder con una docilidad engañosa, facilitando el movimiento. No habló, pero en sus labios se insinuó una sombra de sonrisa.

Ella lo advirtió y apartó la vista, helada de rabia. Permaneció inmóvil, con los puños crispados, contemplando cómo sacaban al intruso de la alcoba de su hijo. Supo entonces que había abierto la puerta a una convivencia forzada, y que esa decisión la encadenaba a un destino del que ya no podría escapar con facilidad.

Capítulo 40



Lyon sostuvo al conde por los hombros mientras el doctor Peberton le acomodaba las piernas. Entre ambos lograron recostarlo con cuidado sobre el lecho, procurando que la cabeza quedara bien apoyada en la almohada. Cuando el mayordomo comprobó que nada faltaba, inclinó la cabeza con gravedad y salió de la alcoba, cerrando la puerta con un gesto lento, como si sellara un secreto.

El silencio se adueñó de la estancia.

Solo se oía el leve chisporroteo del fuego en la chimenea y, a intervalos, el crujido apagado de la madera al dilatarse. El resplandor anaranjado proyectaba sombras inquietas sobre las paredes y perfilaba en claroscuros la figura erguida del médico. Peberton, con los brazos cruzados, observaba en silencio al hombre tendido, sin apartar la vista de su respiración irregular.

Durante unos minutos, creyó hallarse ante un cuerpo rendido. La palidez de las mejillas, el gesto inmóvil, los labios entreabiertos: todo hablaba de una convalecencia real. Dio un paso hacia el cabecero y, con gesto automático, tanteó el pulso. Firme, demasiado firme para alguien que había caído como un fardo en el pasillo.

Frunció el ceño. Algo no encajaba.

Entonces, un leve parpadeo quebró la quietud.

El conde entreabrió un ojo, con cautela, como quien asoma desde un escondite. La pupila, encendida de lucidez, se clavó en el médico con la intensidad de una daga.

Peberton se sobresaltó.

—Milord… —susurró, como si temiera romper el hechizo—. ¿Se encuentra mejor?

Un dedo alzado lo detuvo en seco.

—No lo diga en voz alta —murmuró Jackson, con voz ronca pero firme—. No quiero que me descubran.

El médico permaneció inmóvil, incrédulo. Tardó unos segundos en recuperar la compostura.

—¿Qué significa esto? —preguntó por fin, en un tono bajo y receloso.

Jackson no respondió de inmediato. Con esfuerzo, se incorporó hasta quedar medio sentado en el lecho. El movimiento le arrancó un gemido auténtico: sus costillas protestaron, pero la voluntad lo sostuvo. La lámpara de aceite iluminó su perfil duro, marcado por el dolor, pero sus ojos permanecieron fijos y despiertos.

—Usted es Peberton, ¿cierto?

—Sí, milord.

—Entonces escúcheme bien. Lo que voy a pedirle puede salvarme… o condenarme.

El médico frunció el ceño, la expresión severa de quien se prepara a escuchar una locura.

Jackson guardó silencio unos segundos, como si calibrara hasta dónde podía revelar. Su respiración era entrecortada, y aun así la firmeza en su voz no dejó resquicio de duda.

—Hace ocho años perdí a la única mujer que he amado. No porque me faltara el valor, sino porque el destino se la llevó lejos de mí. —Apretó los puños sobre la colcha—. Hoy la he visto de nuevo… y no pienso dejar que se marche otra vez.

Las palabras cayeron con el peso de un juramento.

Peberton lo escrutó en silencio, con un destello de incredulidad en los ojos.

—¿Y qué espera de mí, milord?

Jackson inclinó la cabeza hacia él, con gesto conspirador.

—Tiempo. Necesito que todos crean que mi estado es grave: un golpe en la cabeza, un brazo roto, lo que usted juzgue convincente. Insista en que no debo moverme bajo ningún concepto. Quiero permanecer aquí, en esta casa. Una semana me bastará.

El médico se irguió, cruzando los brazos con dureza.

—¿Fingir una convalecencia? —repitió, como si pesara cada sílaba.

—Exacto. Una semana. —La voz de Jackson fue firme, acerada—. Si el destino me ofrece esta oportunidad, no voy a desperdiciarla.

El silencio volvió a instalarse entre ambos, roto solo por el latido del fuego en la chimenea.

—¿Y qué recibo yo a cambio de todo esto? —preguntó el médico, con la sequedad de quien mide su propio riesgo.

Jackson sostuvo su mirada sin pestañear.

—Dígame qué necesita.

Peberton vaciló. Sus labios se curvaron en una mueca de duda, hasta que habló con firmeza:

—Un centro. Un lugar donde cualquiera pueda ser atendido, sin importar la bolsa que lleve en el bolsillo. Londres clama por ello.

El conde asintió, sin titubear.

—Lo tendrá.

La respuesta cayó como una sentencia. El médico lo observó largo rato, hasta que comprendió que aquel hombre no hablaba en vano.

Finalmente inclinó la cabeza, grave.

—Sea, entonces. Fingiremos su fragilidad.

Lo ayudó a recostarse de nuevo, ajustó la manta sobre su pecho y añadió:

—Cierre los ojos. Respire con dificultad. Yo me encargaré del resto.

Jackson obedeció. El dolor verdadero lo obligó a apretar los dientes, pero una sonrisa breve, casi insolente, cruzó sus labios.

—Una semana al borde de la muerte… —susurró—. Con eso me bastará para recuperar la vida.

Peberton recogió su maletín. Mientras se preparaba para salir, pensó que rara vez un galeno bendecía la mentira. Aquella sería la excepción.



El doctor Peberton se detuvo un instante frente a la puerta antes de abrirla. Ajustó el maletín bajo el brazo y, con gesto ensayado, se dio un segundo para adoptar la gravedad que su papel requería. El chirrido de la bisagra pareció anunciar una sentencia.

Felicity se levantó de golpe, los ojos abiertos de ansiedad. Lyon aguardaba erguido junto a la pared, y dos criadas contenían la respiración con las manos apretadas contra el delantal. El silencio del pasillo se quebró apenas con la pregunta que salió de los labios de ella:

—¿Cómo está?

El médico bajó la mirada unos instantes, lo suficiente para añadir peso a sus palabras, y después habló con solemnidad:

—El conde Everton ha sufrido un golpe fuerte en la cabeza. El daño puede ser más profundo de lo que aparenta. Hay

riesgo de visión borrosa, de pérdida de memoria… incluso de parálisis en las piernas.

Un murmullo recorrió a los presentes. Una de las doncellas se llevó la mano a la boca; la otra dejó escapar un suspiro de espanto. Lyon, más contenido, frunció el ceño, como si aquellas palabras le pesaran más que el silencio.

Felicity sintió que el aire se le atascaba en la garganta.

—¿Qué quiere decir? —logró articular, con un hilo de voz —. ¿Que podría quedar inválido?

—Exactamente eso, milady. —La voz de Peberton no tembló—. El golpe es delicado. Si lo movemos, podríamos precipitar consecuencias irreversibles.

Ella retrocedió un paso, como si el suelo se hubiera vuelto frágil bajo sus pies.

—Entonces… —buscó el aire con desesperación—. No puede quedarse aquí. Yo no puedo cuidarlo. Lo más sensato será avisar a su familia o a sus amigos para que lo trasladen a un lugar adecuado.

El médico negó con firmeza, cortando cualquier resistencia.

—Si lo mueven, corre el riesgo de morir en el trayecto. Necesita reposo absoluto. Esta casa es ahora su única salvación.

El pasillo quedó suspendido en un mutismo incómodo. Martha, que hasta entonces había permanecido en un rincón, avanzó un paso. Sus manos se crisparon sobre el pañuelo que sostenía, y sus ojos brillaron con una emoción difícil de nombrar. Sabía que lo que estaba escuchando era una exageración… una mentira. Y, aun así, comprendía que en esa mentira podía esconderse la posibilidad de una dicha mayor.

Felicity negó con la cabeza, los labios temblorosos.

—Una semana… —repitió con incredulidad—. ¿Una semana entera en mi casa?

Peberton la sostuvo con la mirada, implacable.

—Al menos siete días. Si en ese tiempo el conde no muestra mejoría, reevaluaremos su estado. Pero moverlo ahora sería condenarlo.

La joven apretó los labios, conteniendo el impulso de protestar. Sentía que cada palabra del médico la empujaba contra una pared invisible. El recuerdo del pasado, del dolor que Jackson le había causado, se mezclaba con la imagen de tenerlo bajo su techo, indefensa.

Martha, en cambio, se llevó una mano a la boca, ocultando un estremecimiento. En el fondo de su corazón, reconocía que el destino estaba llamando de nuevo a la puerta de su hija. Quizá aquella semana, tan temida, fuese también una oportunidad para sanar lo que nunca debió quebrarse.

El médico cerró el maletín con un chasquido seco.

—Señora —dijo con solemnidad—, su deber es proporcionarle calma, silencio y cuidados constantes. La vida del conde depende de ello.

El pasillo entero pareció inclinarse bajo el peso de esas palabras. Felicity se quedó inmóvil, la respiración contenida, como atrapada en una red invisible. Al fin asintió con un gesto apenas perceptible.

—Haré… lo que sea necesario —murmuró.

Peberton inclinó la cabeza, satisfecho. Dio media vuelta y se alejó con paso firme, mientras Lyon y las criadas lo seguían con la mirada, sobrecogidos.

Martha permaneció unos segundos más en silencio, los ojos fijos en la puerta cerrada de la alcoba. En su interior, una convicción crecía con fuerza: aquella semana lo cambiaría todo.

Capítulo 41



Felicity empujó despacio la puerta de la alcoba. La luz del día, tamizada por las cortinas corridas, se filtraba en haces suaves que llenaban el aire de un resplandor opaco. No había lámparas encendidas ni velas: bastaba aquella claridad apagada para descubrir la figura inmóvil en el lecho.

Jackson yacía sobre la cama, la cabeza rodeada por un vendaje que parecía más una banda de corredor que un vendaje real. Sus labios entreabiertos, el gesto contraído, las manos relajadas sobre el cobertor: todo en él parecía la imagen de un convaleciente.

Ella se detuvo a los pies de la cama, los brazos cruzados contra el pecho, y frunció el ceño. ¿Por qué todo se le estaba complicando de esa manera? Había regresado a Inglaterra con un propósito claro: cuidar de su madre, ofrecer a Robert la vida tranquila que merecía y, en cuanto fuera posible, marcharse fuera del país. Ahora, en lugar de esa paz anhelada, tenía a su antiguo amor bajo el mismo techo, en su propia habitación de invitados, convaleciente por haber salvado a su hijo.

Una caída sin importancia se había convertido en una posible tragedia. Y no solo por la salud de Jackson, sino por las verdades ocultas que esa situación podía sacar a la luz. Verdades que ella había protegido durante más de seis años y que, de revelarse, alterarían el destino de todos.

Felicity lo contempló en silencio, con el ceño más fruncido a cada segundo. El nudo en su estómago se apretaba con la certeza

de que el destino la había arrinconado una vez más.

De pronto, un gruñido ronco rompió la quietud. Jackson se movió con torpeza, llevó la mano a la corbata como si esta lo estrangulara.

Felicity reaccionó sin pensar.

—Por el cielo… —murmuró al acercarse de golpe.

Le apartó la mano con firmeza y deshizo el nudo. El gesto fue rápido, práctico, carente de ternura. La pieza de tela cayó arrugada sobre la colcha. Ella lo miró de reojo, crispada, como si le reprochara aquel desorden.

Jackson respiró con dificultad. Sus dedos, torpes, tantearon el chaleco.

—No… respiro… —susurró, apenas audible.

Felicity apretó los labios y, aunque el corazón le latía con violencia, desabrochó el chaleco. La tela cedió con un chasquido suave. Entonces, para su horror, él buscó los primeros botones de la camisa.

Ella retrocedió un instante, horrorizada.

—No… —balbuceó, indecisa.

Pero la voz débil volvió a murmurar:

—Me ahogo…

La joven contuvo una maldición y se inclinó sobre él. El médico había sido claro: un movimiento brusco podía ser fatal. No podía arriesgarse. Con dedos temblorosos, fue desabrochando los botones de la camisa, uno tras otro.

Cada botón abierto era un recuerdo que regresaba con violencia: las manos de él sobre su piel, los besos robados en la penumbra, las promesas que nunca llegaron a cumplirse. Su respiración se aceleró; el aire parecía espesarse a su alrededor, como si la alcoba se hubiera convertido en una trampa. *¿Estaba inconsciente de veras… o sabía exactamente lo que provocaba en ella?*

Jackson, con los ojos cerrados, percibió su agitación. Cada roce, cada pausa, cada temblor de sus dedos llegaba hasta él como un triunfo silencioso.

Cuando Felicity se incorporó para apartarse, la mano de Jackson se alzó con sorprendente seguridad y atrapó su muñeca. Ella se sobresaltó. Antes de que pudiera liberarse, él guió su mano hasta su pecho y la presionó contra él.

Felicity abrió los ojos de par en par. Sintió bajo la palma el latido fuerte, poderoso, como si sostuviera el órgano mismo entre sus dedos. *Cada pulso era una acusación, un recordatorio del amor que había querido enterrar y que, sin embargo, seguía vivo, más testarudo que nunca.*

Intentó apartarse en silencio, forcejeando con suavidad, pero él no la soltó. Su respiración se volvió más agitada. La cercanía la desarmaba; la memoria de lo que fueron la hería como un cuchillo.

Entonces, con la voz quebrada de un hombre al borde del delirio, él murmuró:

—Te quiero, Felicity…

El mundo se detuvo.

Ella se quedó rígida, como si esas palabras hubieran atravesado los años para golpearla de lleno. El corazón le martilleaba en las sienes; el aire se volvió espeso. Logró zafarse con brusquedad, dio un paso atrás y salió de la alcoba casi a trompicones, como si huyera no de él, sino de sí misma.

Cerró la puerta con un golpe seco, y se quedó apoyada contra la pared, con el pecho agitado. El pasillo, bañado por la luz clara del día, parecía más largo y estrecho que nunca.

Necesitaba serenarse, ordenar el caos que la desbordaba. La sensación de los latidos de Jackson bajo su palma seguía vibrando en su mano, como si aún sostuviera aquel corazón entre los dedos. Y esas palabras… *Te quiero, Felicity.* Un susurro débil, tal

vez inconsciente, pero capaz de abrir de golpe las compuertas de un pasado que llevaba años sellado.

—Felicity.

La voz de Martha la arrancó de sus pensamientos. Su madre estaba de pie a pocos pasos, observándola con una serenidad que resultaba insoportable. Había en sus ojos un brillo inquisitivo, como si hubiera adivinado cada una de las emociones que su hija intentaba ocultar.

—¿Cómo está? —preguntó, con fingida angustia.

Felicity se enderezó, intentando recomponer su expresión.

—Es mejor que Lyon se ocupe de él —respondió con firmeza—. No es correcto que una dama lo asista, y mucho menos que esa dama sea yo.

Su voz sonó cortante, como si las palabras fueran un escudo contra la tormenta que llevaba dentro. Sin esperar respuesta, echó a andar con paso rápido hacia la habitación de Robert.

Martha la siguió con la mirada hasta que desapareció al final del pasillo. Permaneció quieta, los dedos crispados en el pañuelo que sostenía, mientras el eco de los pasos de su hija se apagaba poco a poco. Había visto demasiado en el rostro de Felicity como para engañarse: aquel encuentro en la alcoba la había sacudido hasta lo más hondo.

Suspiró despacio y volvió la vista hacia la puerta cerrada. El silencio tras la madera parecía llamarla, como si la misma casa la empujara a actuar.

Caminó hasta el umbral, apoyó la mano en el picaporte y lo giró con suavidad. La bisagra emitió un leve gemido al abrirse, y cruzó el umbral con paso firme, decidida a enfrentarse al hombre que yacía en ese lecho. Tras ella, la puerta se cerró con un chasquido sordo, aislando la alcoba del resto de la casa.

Capítulo 42



Martha cerró la puerta tras de sí con un gesto lento, y el murmullo de la bisagra quedó flotando en la alcoba como un eco solemne. El silencio era casi absoluto, interrumpido solo por el leve crujido de la madera y el resuello fingido del conde.

La luz del día, tamizada por las cortinas corridas, caía en franjas oblicuas sobre la cama. Aquel resplandor apagado iluminaba el vendaje blanco que rodeaba la cabeza de Jackson, semejante más a una cinta improvisada que a un verdadero remedio médico. El rostro, inmóvil, transmitía la calma de un hombre postrado; las manos reposaban abiertas sobre el cobertor; los labios, entreabiertos, dejaban escapar un aliento pausado, demasiado calculado.

Martha lo observó desde el umbral con la serenidad de quien conoce la verdad antes de escucharla. Dio unos pasos hasta situarse a los pies del lecho. Durante un instante, la gravedad de sus rasgos se suavizó y, en sus labios, apareció una sonrisa leve, cargada de ironía.

—Lord Everton —murmuró con calma, como quien ofrece una salida elegante—. Estoy sola. Puede dejar de fingir.

Jackson no se movió de inmediato. Continuó con el mismo gesto rígido, como si no hubiera escuchado. Pero el leve parpadeo que quebró su quietud lo delató.

—Al principio —prosiguió Martha, con voz serena, paciente —, quizá haya engañado a Lyon y hasta a mi hija. Pero no a mí.

Los párpados del conde se abrieron al fin, y la luz se reflejó en sus ojos con un brillo acerado. Se incorporó despacio, apoyando una mano en el colchón. El dolor verdadero de su costado le arrancó un gesto tenso, pero no lo disimuló: era preferible mostrarse vulnerable que torpe.

—Milady… ¿cómo lo ha sabido? —preguntó con un dejo de sorpresa, aunque en el fondo sabía la respuesta.

Martha sostuvo su mirada con una serenidad que imponía respeto.

—En primer lugar —repuso—, he visto demasiadas obras de teatro para no distinguir entre la realidad y la farsa. Y en segundo lugar… ¿quién queda postrado en semejante estado por una simple caída?

Jackson llevó una mano a la cabeza y se acarició el cabello con un gesto entre resignado y frustrado. Su plan, que había parecido tan perfecto, mostraba sus grietas ante aquella mujer que lo observaba con una lucidez implacable. Si la baronesa sabía la verdad, ¿cuánto tardaría en revelársela a Felicity?

—No he venido a desenmascararte —continuó Martha, en un tono más suave—, sino a informarte de que voy a ayudarte.

La sorpresa dio paso a un destello de alivio en el rostro del conde. La sonrisa que se le escapó era amplia, franca, imposible de contener.

—Amo a su hija —dijo con vehemencia—. Y quiero recuperarla. Lo que ocurrió en el pasado tiene explicación, y necesito que me crea.

Martha relajó ligeramente los hombros. Caminó con calma hasta el sillón colocado junto a la cama, se sentó con dignidad y acomodó el pañuelo entre sus dedos. Sus ojos lo examinaron con una mezcla de compasión y severidad.

—Siento mucho lo que te ocurrió —dijo al cabo—. Y quiero pedirte perdón.

Jackson parpadeó, desconcertado.

—¿Perdón? No comprendo, milady.

—Martha —lo corrigió con suavidad—. Llámame así. Al fin y al cabo, si consigues tu propósito, me convertiré en una madre para ti también.

Jackson inclinó la cabeza, aunque sin relajarse. La ternura en sus palabras era evidente, pero intuía que eran solo el preámbulo de algo más profundo.

—Bien, Martha —repitió con cautela—. No entiendo qué quiere decirme.

La baronesa bajó la vista hacia el pañuelo y lo apretó entre los dedos. Cuando volvió a hablar, su voz era grave, cargada de un dolor antiguo.

—Quiero pedirte perdón por lo que ocurrió la noche en que pensabas marcharte con mi hija. Nunca imaginé que mi difunto marido fuera capaz de algo tan atroz.

El corazón de Jackson dio un vuelco. No lo sorprendía del todo: durante años había sospechado que el barón estaba detrás de aquel asalto. Pero escuchar la confirmación en boca de Martha era distinto, como si la sospecha se transformara en sentencia.

Martha tomó aire y prosiguió:

—Cuando mi esposo se enteró de vuestro romance, perdió la razón. Había apalabrado un matrimonio para Felicity y no estaba dispuesto a romperlo. Y aunque tú eras más rico que ese miserable al que había prometido a mi hija, aunque una unión con tu nombre nos habría librado de la ruina que se cernía sobre nosotros, él se empecinó. No le importaba tu fortuna, sino los rumores sobre tu origen. Y cuando descubrió lo que planeabais… tomó medidas.

Jackson apretó los puños sobre el cobertor, los nudillos tensos, blancos.

—Jamás pensé que deseara tu muerte —añadió Martha, con un hilo de voz—. Pero cuando, semanas después, supe lo que te

había ocurrido, me devoró la culpa. Lloré como si me lo hubieran hecho a mí misma.

El conde cerró los ojos un instante. La confirmación no lo destrozaba —porque ya lo había sospechado—, pero sí lo hería escucharla de labios de la madre de Felicity, con el peso de una confesión tardía.

—No se atormente, Martha —respondió al fin, con voz grave—. Usted no podía evitarlo. Y como ve… sigo vivo. Vivo, y dispuesto a recuperar el amor de Felicity.

Ella lo observó en silencio unos segundos, hasta que inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Lo sé. Y por eso voy a ayudarte a conquistar de nuevo su corazón. Creo que ambos merecéis una segunda oportunidad. Y… —su mirada se suavizó, aunque no perdió firmeza—, creo que mi nieto al fin merece tener a su padre.

Los ojos de Jackson se abrieron de par en par. No era una revelación nueva; en su interior ya lo había dado por cierto. Pero escuchar esa certeza en boca de Martha lo atravesó como un rayo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de significados. Jackson apartó la vista hacia la chimenea, donde las brasas ardían con calma. Apretó la mandíbula y volvió a cerrar los puños, luchando contra el impulso de dejarse arrastrar por la rabia.

—Mi vida no ha sido buena —dijo con voz ronca—, pero la de Felicity tampoco. Imagino lo que ha debido de sufrir: casada con alguien que no amaba, embarazada de otro hombre, obligada a callar y a proteger a nuestro hijo.

Martha inclinó la cabeza. Sus ojos brillaban, no de lágrimas, sino de una verdad demasiado pesada.

—Así es —respondió—. Ha cargado con esa cruz más de seis años. Y aunque lo ha hecho con entereza, yo sé cuánto le ha costado.

Jackson volvió la vista hacia ella. Había dolor en su rostro, pero también una determinación férrea.

—Quiero recuperarlos. Necesito darles la vida que siempre debieron tener.

Martha sostuvo su mirada con firmeza.

—Me parece justo —dijo al cabo—. Ya es hora de reparar el desorden que creó el maldito barón de Chatham.

El silencio se instaló entre ellos, pero ya no era incómodo. Era una calma cargada de promesas no pronunciadas, de entendimiento tácito. Sus ojos se encontraron, y en ese cruce no hubo desafío, sino reconocimiento. Sin necesidad de juramentos, habían sellado un pacto. Uno en el que el dolor de dos destinos fracturados se había unido para abrir paso a una esperanza nueva. Y en ese instante, sin palabras, Martha y Jackson se convirtieron en aliados.

Capítulo 43



Felicity caminaba por el pasillo con la bandeja entre las manos. La madera encerada brillaba bajo la luz de la mañana, y el ambiente conservaba todavía el leve aliento de las chimeneas apagadas. Lyon le había dicho minutos antes que lord Everton apenas había conciliado el sueño, que había pasado la noche inquieto, entre quejas y movimientos bruscos. Aquella noticia la había perseguido como una punzada de culpa: no podía permitir que un hombre en tal estado quedara sin atender, aunque ese hombre fuera precisamente el único al que había jurado no volver a abrirle el corazón.

Se detuvo frente a la puerta de la alcoba. El picaporte estaba frío, metálico, tan distinto al calor que palpitaba en su pecho. Tragó saliva y empujó con suavidad.

La claridad del día, filtrada por las cortinas corridas, bañaba la habitación en un resplandor sereno. El aire olía a jabón de lavanda y a lino recién planchado. Lyon había cumplido con su deber: la estancia estaba impecable, y el enfermo, cuidado al detalle.

Jackson yacía recostado, apoyado en la cabecera. El cabello aún húmedo se pegaba en mechones rebeldes a su frente; la mandíbula, recién afeitada, resaltaba la dureza de sus facciones. La camisa blanca, sin chaleco ni corbata, estaba desabrochada más de lo conveniente, dejando al descubierto la línea firme de su garganta y parte del pecho. Una venda clara rodeaba su cabeza como una cinta, demasiado pulcra para inspirar compasión.

Ella dejó la bandeja en la mesa lateral y se irguió, cruzando los brazos contra el pecho. El tintineo de la porcelana al posarse en la madera fue el único sonido que quebró la quietud que los separaba.

—Buenos días —dijo al fin, con voz contenida—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Jackson entreabrió los ojos y una sonrisa apenas insinuada se dibujó en sus labios.

—Como si un regimiento entero hubiera cabalgado sobre mí.

La réplica la desarmó. Una parte de ella quiso sonreír ante la ocurrencia, pero se contuvo. Lo observó con el ceño fruncido, obligándose a recordar que estaba allí solo como enfermera involuntaria.

—Entonces procura no moverte demasiado —respondió con sequedad—. No es momento para bromas.

Él sostuvo su mirada con calma, como si detrás de la ironía hubiera una verdad que solo él conocía.

Felicity desvió los ojos hacia la ventana, buscando refugio en la claridad que se filtraba tras las cortinas. La tensión entre ambos se estiraba como una cuerda a punto de romperse.

De pronto, unos pasos menudos resonaron en el pasillo. Ella apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Mamá! —exclamó Robert, irrumpiendo en la alcoba con la energía de siempre.

—Robert… —susurró Felicity, desconcertada, mientras lo veía correr hacia el lecho.

El niño se plantó junto a Jackson y lo miró con los ojos muy abiertos, fijos en la venda de su cabeza.

—¿Le duele mucho? —preguntó con un candor que desarmó a ambos.

Jackson, aún reclinado en la cama, dejó escapar una sonrisa leve.

—Un poco… pero ahora mucho menos.

Robert bajó la mirada, y su voz se volvió insegura:

—Si no me hubiera cogido, no se habría caído… es culpa mía.

El corazón de Felicity se encogió al oírlo. Dio un paso, dispuesta a intervenir, pero Jackson se adelantó con firmeza.

—No digas eso jamás —replicó con un tono que no admitía dudas—. Tú no hiciste nada malo. Al contrario, fuiste muy valiente, y yo solo hice lo que debía.

El niño lo miró con los ojos redondeados, buscando confirmación. Jackson le tendió la mano y añadió con voz más suave:

—Mírame. Estoy bien. ¿Ves? Hasta puedo bromear contigo.

—¿De verdad? —preguntó Robert, aún dudoso.

—De verdad. Y te diré algo más… Puedes tutearme si quieres. Entre nosotros no hacen falta formalidades.

Robert parpadeó, sorprendido, y asintió tímidamente.

—Entonces… gracias.

Una chispa de alivio brilló en sus ojos. Después, con el desparpajo recuperado, alzó la barbilla:

—Eso es porque no tiene cuidado —sentenció con la seriedad que solo un niño podía mostrar.

Jackson soltó una risa baja, que enseguida le arrancó un gesto de dolor fingido al llevarse la mano a las costillas.

—Tienes razón. Prometo aprender de ti. Seguro que tú nunca tropiezas, ¿verdad?

El niño sacudió la cabeza con una seguridad desbordante, y acto seguido empezó a contar una anécdota de su última carrera

por el jardín. Jackson lo escuchó como si aquellas palabras fueran el mejor bálsamo, asintiendo con atención y lanzándole preguntas que lo animaban a seguir.

Felicity contemplaba la escena en silencio, con los brazos aún cruzados. Sentía que el aire se le volvía denso, como si cada intercambio entre los dos removiera capas de recuerdos y de miedo. Quiso interrumpirlos, pero la dulzura de aquella complicidad recién nacida la dejó sin fuerzas.

Una criada apareció en el umbral, jadeante, y se detuvo al ver al niño instalado junto al lecho.

—Señora… —murmuró, nerviosa—. Ha escapado de mí.

Felicity asintió con brusquedad, recuperando la compostura.

—Robert, es hora de dejar que lord Everton descanse.

El niño hizo un mohín, pero obedeció. Antes de bajar de la cama, extendió la mano y acarició con suavidad los dedos de Jackson.

—Mejórase pronto —dijo con voz queda, y solo entonces se dejó guiar hacia la salida.

La puerta se cerró tras Robert con un leve chasquido. La criada lo condujo por el pasillo, y el murmullo de sus voces se fue apagando hasta que la alcoba recuperó su sosiego.

Felicity permaneció de pie, los brazos cruzados, mirando hacia la madera de la puerta como si todavía pudiera contener al niño del otro lado. Sentía el pecho agitado; lo que acababa de presenciar había sido demasiado. No debería haber permitido que Robert se encariñara de ese modo, y sin embargo, aquella imagen se le había grabado en el alma con una fuerza que no lograba rechazar.

—Es fuerte —murmuró Jackson, rompiendo la calma con un hilo de voz—. Como tú. Es un buen niño.

Felicity se giró hacia él, desconcertada. La serenidad en su tono le resultaba insoportable.

—No deberías decir esas cosas —replicó con brusquedad —. No es asunto tuyo.

Jackson la observaba con calma, recostado sobre las almohadas. La camisa blanca, abierta hasta el pecho, dejaba entrever el movimiento acompasado de su respiración. La venda en la cabeza parecía una mera excusa; en su actitud no había debilidad, sino una autoridad tranquila que la hacía sentir atrapada.

—Me importa, Felicity —contestó con suavidad—. Me importa más de lo que imaginas.

Ella dio un paso atrás, como si el ambiente a su alrededor se hubiera vuelto demasiado espeso.

—Lo único que deberías hacer es descansar —dijo con voz tensa—. No representes lo que no eres. Estás demasiado cómodo para un hombre herido.

Él sonrió apenas, ladeando la cabeza.

—Quizá me curo deprisa. O quizá tengo un motivo para querer parecer fuerte.

Las palabras, dichas con calma, calaron en ella como un desafío. Sintió el calor subirle por el cuello y, de inmediato, apartó la mirada. No podía dejar que ese hombre la arrastrara de nuevo al torbellino que había sido su vida tantos años atrás.

Dio media vuelta y caminó hacia la puerta con pasos rápidos. Cuando la cerró tras de sí, se apoyó en la pared del pasillo, intentando serenarse. El recuerdo de los latidos de Jackson bajo su camisa, de su sonrisa tranquila al hablar de Robert, seguía vibrando en su interior como una herida abierta.

«No podía permitir que la venciera otra vez», se dijo, aunque el temblor de sus manos le confesaba que, quizá, ya era demasiado tarde.

Capítulo 44



La tarde había caído sobre la residencia con un sosiego engañoso. Desde la ventana entreabierta se colaba la luz anaranjada que teñía la alcoba con reflejos suaves, mientras en el exterior los pájaros callaban poco a poco. Felicity entró con paso silencioso, llevando consigo un pequeño cofrecillo con vendas limpias, linimento y una palangana con agua fresca. No era un gesto de ternura, sino de deber: el médico había insistido en revisar de nuevo la herida y cambiar el vendaje.

Jackson la esperaba recostado, con el torso apenas cubierto por la sábana. Su camisa reposaba sobre el respaldo de una silla, abandonada como si no perteneciera a aquel momento. Tenía el pecho desnudo, amplio, marcado por una fortaleza que el tiempo no había desgastado, y la venda que cubría su costado asomaba bajo el hombro. Sus ojos, sin embargo, eran lo más desafiante: oscuros, vivos, atentos a cada movimiento de ella.

—El médico dijo que debía hacerse —murmuró Felicity, colocando las cosas sobre la mesilla, como si justificara su presencia.

Él asintió despacio, sin apartar la mirada.

—Me alegra que seas tú quien lo haga. Prefiero tus manos a las de cualquier otro.

La frase cayó entre ellos como una provocación apenas disimulada. Felicity apretó los labios, resistiéndose a contestar, y mojó un paño en el agua antes de acercarse.

Al inclinarse sobre él, sintió el calor de su piel rozando el borde de sus dedos. El aire estaba impregnado del olor limpio de

jabón de afeitar mezclado con el aroma cálido de su propio cuerpo. Jackson, por su parte, sintió cómo el corazón le golpeaba en el pecho al tenerla de nuevo tan cerca; podía percibir el temblor mínimo de su respiración, la suavidad del cabello que casi rozaba su mejilla.

Felicity retiró la venda con cuidado, procurando no pensar en lo que veía. El costado, firme y fuerte, mostraba apenas una marca rojiza del golpe. Pasó el paño sobre la piel, despacio, sin querer pero sin poder evitar que sus dedos se demoraran en aquel contacto. La memoria la traicionó: recordó la última vez que había vendado una herida suya, mucho más grave, cuando él volvió de aquella cacería empapado en barro y sangre. Entonces, sus manos temblaron por miedo a perderlo; ahora, temblaban por el recuerdo de haberlo amado. Tragó saliva y apartó la mirada, como si el suelo pudiera salvarla de aquella emoción.

Un crujido seco de la madera en el pasillo la hizo sobresaltarse. El mundo exterior volvía a recordarle que no estaban solos, que cada gesto podía ser observado. Se apresuró a enjuagar el paño como si nada hubiera ocurrido, aunque su corazón latía demasiado rápido.

—No necesitas fingir tanta fragilidad —dijo al fin, en un intento de recuperar su compostura—. Apenas hay un rasguño.

Jackson sonrió con cierta ironía.

—¿Y qué harías, Felicity, si realmente me desangrara?

Ella levantó la vista, sorprendida por el tono bajo y grave con que lo dijo. Había en sus ojos una mezcla de burla y sinceridad, como si quisiera confundirla adrede. Retiró el paño y tomó una venda limpia, rodeando su torso con ella. Para ajustarla, tuvo que inclinarse aún más, hasta sentir el roce de su brazo contra la piel desnuda de él.

Jackson cerró los ojos un instante, embargado por la cercanía. No había imaginado volver a tenerla tan próxima, sentir cómo su perfume suave lo envolvía, cómo sus manos temblaban al

tocarlo. Contuvo el impulso de atraparle la muñeca, de impedirle retirarse, porque sabía que un solo movimiento en falso bastaría para que ella se alejara para siempre.

—¿Te tiembla la mano? —susurró, apenas audible.

Felicity se sobresaltó, consciente de que él lo había notado.

—No es nada. Estoy cansada —mintió. Y entonces, tal vez demasiado consciente de su vulnerabilidad, ajustó el nudo con una fuerza innecesaria.

Jackson exhaló con un gemido breve, entre dolor y placer, y abrió los ojos con intensidad.

—Así también sabes herir, Felicity —murmuró con una sonrisa ladeada.

Ella sintió la sangre subirle a las mejillas. Quiso apartarse de inmediato, pero Jackson movió la mano y rozó apenas sus dedos. No fue un gesto firme, apenas un contacto, pero suficiente para hacerla contener la respiración.

—Me recuerdas a la Felicity de antaño —dijo con voz queda, sin apartar los ojos de los suyos—. La que cuidaba de mí no porque debiera, sino porque quería.

Ella retiró la mano de golpe, como si se hubiese quemado. El corazón le golpeaba con violencia, pero se obligó a recuperar la compostura.

—Esa mujer ya no existe —respondió con dureza, recogiendo el cofrecillo para marcharse.

Jackson no replicó. La siguió con la mirada mientras ella se alejaba hacia la puerta, erguida y altiva, pero con el paso demasiado rápido de quien huye. Cuando la hoja se cerró, él dejó escapar un suspiro que mezclaba dolor y esperanza.



En el pasillo, Felicity apenas dio un par de pasos antes de alzar la vista y encontrarse con los ojos de Martha. Su madre la observaba en silencio, con los brazos cruzados y un brillo inquisitivo en la mirada. Felicity bajó la cabeza de inmediato, temiendo que el rubor de sus mejillas la delatara.

—Felicity —dijo Martha con voz firme, sin levantarla apenas—. Sígueme. Tenemos que hablar.

No fue una petición, sino una orden teñida de afecto. La condujo hasta su propia alcoba, un aposento donde el aire olía a lavanda y a medicinas, donde la lámpara encendida proyectaba una luz suave sobre los retratos familiares. En la mesilla, un rosario y un frasco de tónicos recordaban la fragilidad de la baronesa. Allí, con la puerta cerrada tras ellas, Martha se volvió con determinación.

Se apoyó brevemente en el respaldo de la butaca antes de hablar.

—No puedes seguir fingiendo, hija mía. Dices que lo cuidas por agradecimiento, porque salvó a tu hijo. Pero lo que haces por él va más allá de una simple deuda. Eso podía haberlo hecho una sirvienta, y sin embargo eres tú quien cambia sus vendas, quien se inclina sobre él, quien tiembla cada vez que lo toca. Eso es posesión, Felicity. Y la posesión viene del amor.

La joven apretó los puños, conteniendo el temblor que le subía por la garganta.

«¿Amor? Esa palabra la había enterrado hacía siete años, junto con su juventud.»

—¡No hables de amor! —replicó, alzando la voz—. Ese sentimiento murió. Lo que siento ahora es solo gratitud, nada más.

Martha la miró con severidad, pero también con la ternura de quien ve más allá de las defensas.

—Si quieres engañarte, hazlo. Pero todos en esta casa lo han visto con claridad. Tú y Jackson formaríais un buen matrimonio. Y podrías devolverle a Robert a su padre.

Las palabras golpearon a Felicity con la fuerza de una bofetada.

—¿Crees que ese niño no se ha dado cuenta? —continuó Martha, con los ojos brillantes—. ¡Son dos gotas de agua! Cuando lo mira, es como si se mirara en un espejo.

—¡Eso no importa! —estalló ella, con el pecho en llamas—. Criaré a mi hijo sola, y lo haré bien.

—Por supuesto que lo harás. No lo dudo. Pero dime… —la voz de Martha bajó un tono, cansada, casi dolida—, ¿estás segura de que él quiere crecer sin un padre? Sin su padre. Un hombre que amó a su madre, que podrá amarlo a él, que le dará un hogar, un nombre, una familia. ¿Has visto cómo lo mira? Los niños reconocen a quienes les pertenecen.

Felicity tragó saliva, incapaz de responder.

—¿Y qué hay del engaño? —rompió al fin, con un grito que se quebró en sus labios—. ¡Me mintió con un falso amor! ¿Has hablado con él? ¿Te ha contado lo que ocurrió aquella noche?

—Sí —respondió Martha sin vacilar—. Y lo creo.

—¡Lo has creído! —exclamó Felicity, horrorizada—. ¿Cómo puedes confiar en sus mentiras?

Martha reprimió una tos breve, y se irguió con un esfuerzo que dejaba entrever su debilidad.

—No son mentiras. Es cierto que lo asaltaron aquella noche, y todo Londres lo sabe. Lo que ocurre es que nadie lo compadece porque, según dicen, se merecía la paliza. No lo olvides, Felicity: ese muchacho nunca ha estado bien mirado por ese rumor cruel sobre sus orígenes.

El mundo se le vino abajo en un instante. Toda la furia que había ardido en su interior se extinguió de golpe, dejándola vacía. Ella misma había visto esas miradas, había escuchado esos susurros venenosos. Y, aunque sabía que no era justo, se negó a ceder. Tener un buen corazón no era razón suficiente para volver a amarlo.

Respiró hondo, clavando las uñas en la palma de la mano como si con ello pudiera sostenerse.

—Esperaré a la segunda visita del doctor. Si confirma que está bien, que el peligro ha pasado, se marchará.

Y, sin más, abrió la puerta con un gesto brusco. Al salir, la cerró con tanta fuerza que el marco vibró. Se apoyó un instante en la pared del pasillo, buscando aire, con el pulso desbocado. *No lo amaba. No podía amarlo. Y, sin embargo, cada palabra de su madre seguía latiendo en sus sienes.* Después, se alejó con paso apresurado, como si la persiguiera el mismísimo demonio.

Capítulo 45



El carruaje se detuvo bruscamente ante la residencia, levantando un torbellino de polvo en el camino. Las puertas se abrieron de inmediato y Violet, vizcondesa de Ashbourne, descendió casi al unísono con Emily, marquesa de Huntingdon. Ninguna de las dos midió sus pasos ni cuidó sus modales: corrieron hacia la entrada con el rostro encendido, como si la vida de alguien dependiera de ello.

Sus maridos las seguían a pocos pasos, más contenidos, aunque con el gesto adusto de quienes no terminaban de creer lo que habían oído. Weston les había asegurado que el conde de Everton estaba postrado en la casa de lady Felicity tras un accidente, incapaz de moverse de la cama. Pero ellos recordaban demasiado bien la última conversación en White's, en la que Jackson había deslizado con cinismo su plan de conquista. Aquello olía a artimaña, aunque debían comprobarlo.

Los nudillos resonaron contra la puerta con tanta fuerza que el eco recorrió el vestíbulo. Lyon, que había reconocido el emblema del carruaje desde la ventana, abrió con una rigidez poco habitual, como si se hubiera convertido en una estatua. Sus labios formaron una línea tensa antes de saludar con una inclinación impecable.

—Miladies.

—¿Dónde está? —jadeó Emily, con el rostro demudado.

—¿Cómo se encuentra? —añadió Violet, sin aliento.

El ruido había atraído a Felicity, que apareció corriendo desde el salón contiguo. Llevaba aún las manos húmedas por haber dejado la palangana a medias; su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Buenas tardes —dijo, intentando dominar la agitación de su voz.

—¡Felicity! —exclamaron ambas, precipitándose hacia ella —. ¿Estás bien? ¿Te ocurrió algo a ti?

Ella se detuvo en seco, incapaz de comprender.

—¿A mí? ¿Por qué lo decís?

—Dicen que hubo una discusión en tu jardín —explicó Emily con premura—. Que hubo heridos…

El desconcierto la dejó sin palabras, y durante un instante tuvo la impresión de que todo Londres inventaba rumores sobre su casa a cada hora.

Alexander, marqués de Huntingdon, dio un paso al frente y la saludó con una leve inclinación solemne.

—Lady Felicity, un honor verla de nuevo, aunque sea en circunstancias tan alarmantes.

—Milord —respondió ella con corrección, devolviendo una ligera reverencia primero al marqués y luego al vizconde.

Ezra la observó con una chispa irónica en los ojos, aunque guardó silencio.

—Lord Everton está en la planta superior —dijo Felicity con firmeza—. Se encuentra bien, fuera de peligro. Pero no hubo ninguna disputa. Solo… atrapó a mi hijo cuando se cayó de una rama.

—¡Santo Cristo! —exclamó Ezra al fin, llevándose la mano al cabello con gesto incrédulo—. Eso debió de ser grave. Comprendo por qué nuestro amigo ha quedado, según nos informaron, en un estado lamentable.

—El médico lo visitó y ordenó reposo en cama, para evitar complicaciones —añadió Felicity.

—¿En cama? —repitió Emily, con un hilo de voz.

—¿Complicaciones? —insistió Violet, frunciendo el ceño.

Felicity apretó los labios, sintiendo cómo la vergüenza y la duda se le mezclaban en la garganta.

—Agnes, acompaña a nuestros invitados a la alcoba para que vean a lord Everton. Así calmarán la angustia.

—¡Jackson! ¡Mi pobre Jackson! —murmuró Violet, aunque sus ojos se desviaron fugazmente hacia Ezra, como si advirtiera que aquello podía ser una treta de su viejo amigo.

—Si son tan amables de seguirme —dijo la doncella con compostura, adelantándose con paso firme.

Los cuatro la siguieron escalera arriba en procesión, como un grupo de visitantes tras su guía. Felicity los contempló desde abajo, con el corazón encogido, mientras Lyon aguardaba rígido a su lado.

—Lyon —ordenó en voz baja, sin apartar la mirada del rellano—, pide a la señora Stey que prepare té de tilo para nuestras invitadas.

—Sí, milady.

El mayordomo se inclinó y se retiró. Felicity permaneció sola en el vestíbulo, con la mirada fija en lo alto de la escalera. Le pareció que cada peldaño se alzaba como un muro entre ella y una verdad que aún desconocía.



Agnes avanzaba por el pasillo con su compostura habitual, llevando a los invitados como sólo ella sabía hacerlo: sin prisas aparentes, pero con la eficacia de quien conoce cada rincón de la

casa. Sentía a sus espaldas la presión de cuatro pares de ojos: Violet y Emily, que no podían ocultar la urgencia en el paso, y Alexander y Ezra, más contenidos, con el gesto adusto de quienes sospechan.

Emily y Violet cruzaron el umbral de la alcoba casi como un torbellino, sin esperar anuncio ni protocolo, mientras los caballeros las seguían con un ritmo más medido. Agnes se quedó junto al marco, manteniendo la puerta entreabierta, como había aprendido de su señora: atenta por si la necesitaban, pero sin entrometerse. Sus ojos recorrieron la escena: las damas precipitándose hacia la cama, los caballeros midiendo con cautela el ambiente, y el conde recostado entre almohadones, con gesto sereno pese al supuesto mal estado.

El ambiente dentro era de penumbra cálida: lámparas encendidas, cortinas pesadas que dejaban filtrar apenas la luz de la tarde, y ese olor inconfundible a linimentos y vendas limpias. Jackson estaba recostado en la cama, apoyado en un par de almohadones, el torso cubierto por una bata ligera. El vendaje asomaba bajo el escote abierto, pero sus ojos brillaban demasiado intensos para un hombre al borde de la muerte.

—¡Jackson! —exclamó Violet, precipitándose hasta la cabecera. Le tomó la mano entre las suyas, sin importarle protocolos ni testigos—. ¡Por todos los cielos, qué susto nos has dado!

Emily fue tras ella, conmovida hasta las lágrimas.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás muy mal? Dime que no es tan grave…

Jackson curvó los labios en una sonrisa apagada, como si le costara esfuerzo mantenerla.

—No os preocupéis. No estoy tan mal como parezco — dijo, bajando la voz para sonar vulnerable.

Alexander se había quedado junto al pie de la cama, observando en silencio, con esa expresión que podía cortar el aire. Ezra, en cambio, permanecía recostado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una chispa incrédula en los ojos.

—No hables —le rogó Violet, acariciándole el dorso de la mano—. Descansa, Jackson, por favor.

Agnes permaneció unos segundos más, discreta como una sombra, evaluando si la necesitarían. Al ver que las damas y caballeros se apañaban solos, inclinó levemente la cabeza y cerró la hoja con suavidad. Dejó la intimidad protegida entre esas paredes y se retiró con paso silencioso, siguiendo el protocolo que Felicity apreciaba.

El clic del picaporte resonó como una señal. Ezra enderezó la espalda, echó un vistazo rápido al pasillo y luego empujó con el pie la puerta para asegurarse de que quedaba bien cerrada. La atmósfera cambió al instante: del teatro cortesano a la confidencia entre viejos amigos.

—Bien —dijo en tono bajo, con un deje de sorna—. Ya no hay doncellas cotillas rondando. Jackson, deja de fingir. Nuestras esposas casi te lloran como si ya hubieras muerto. Cuéntanos qué demonios ha pasado en realidad y por qué corren por Londres rumores de que estabas a punto de morir.

—¡Ezra! —lo reprendió Violet, girándose hacia él con indignación—. ¿Cómo puedes hablarle así?

—Porque alguien tiene que hacerlo —replicó el vizconde, encogiéndose de hombros—. Y porque le conozco demasiado bien.

Jackson soltó un resoplido que fue mitad risa, mitad suspiro. Se incorporó un poco, apoyándose en los almohadones, y se pasó la mano por el rostro. Durante un instante bajó la vista, respiró hondo, y cuando volvió a alzarla su expresión se había endurecido.

—En fin… —murmuró con un tono entre cansado y divertido—. Supongo que no puedo seguir representando esta farsa con vosotros.

Emily lo miró perpleja.

—¿Farsa?

Jackson asintió despacio, clavando en ellos sus ojos oscuros.

—No estoy tan grave como parece. Digamos que… esta supuesta invalidez me permite quedarme bajo este techo.

Alexander arqueó una ceja.

—¿Y qué hay en este techo que no puedas encontrar en tu propio palacio?

Hubo una pausa pesada. Jackson bajó la mirada, apretó la mandíbula y sólo entonces pronunció, muy despacio:

—Felicity. Y mi hijo.

Las palabras fueron como un rayo en la habitación. Violet parpadeó, incrédula; Emily se quedó rígida, con la respiración entrecortada.

—¿Tu hijo? —susurró Violet, como si la palabra le quemara en los labios.

Emily, con un temblor en la voz, se adelantó un paso.

—Jackson… ¿de qué niño estás hablando?

Él tragó saliva. La culpa y el alivio se le mezclaban en la garganta. Cuando por fin habló, cada palabra sonó grave, como si le arrancara un pedazo de alma.

—De Robert. El hijo que Felicity trajo al mundo en secreto. El niño al que mantuvo apartado, en un colegio lejos del duque y de la maldita lengua de la sociedad. El testigo de que nuestro amor fue verdadero.

Las dos mujeres llevaron las manos al pecho. Violet dejó escapar un jadeo.
—¡Dios bendito!

Emily, con los ojos brillantes de lágrimas, negó con la cabeza.
—¡Qué calvario ha debido sufrir Felicity! Tener que criar a ese niño sola, luchar contra todo y todos, sin un esposo que la respaldara.

Jackson cerró los ojos un instante. Cada palabra de Emily era un látigo que lo azotaba. *«Sí, la dejé sola. Aunque no fue mi elección, fue mi culpa.»*

Alexander, hasta entonces callado, habló con voz grave.

—Al menos el niño está vivo. He conocido hombres que, por salvar su honor, mataron a sus hijos recién nacidos.

La frase cayó como una losa. Violet ahogó un sollozo, Emily se llevó la mano a la boca horrorizada. Jackson palideció, estremecido de pies a cabeza por la sola idea. Nunca había considerado esa posibilidad, y el imaginarlo lo revolvió hasta las entrañas. Un silencio espeso, casi físico, llenó la habitación durante unos segundos que parecieron eternos.

Alexander lo rompió, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Bien. ¿Cuál es tu plan exactamente, Jackson? ¿Necesitas nuestra ayuda?

El conde se acomodó contra los almohadones, entrelazando los dedos detrás de la cabeza con gesto de aparente suficiencia.

—Mi plan es simple. Permanecer aquí, al lado de Felicity y de mi hijo. Le pedí al doctor que me ayudara en esta farsa y me ha dado una semana.

Violet lo miró con desesperación.

—¿Una semana? ¿Qué puedes lograr en tan poco tiempo? Siete años de ausencia no se borran con siete días.

—No quiero borrar nada —replicó él, con los ojos fijos en un punto del techo—. Solo quiero que Felicity vuelva a ver en mí al hombre del que se enamoró, que confíe en lo que digo y en lo que hago.

Ezra soltó una carcajada breve.

—Si descubre que estás fingiendo, no confiará en nada.

—Entonces no debe descubrirlo —intervino Emily con firmeza—. Jackson, tienes que demostrarle que siempre la amaste,

que tú también fuiste víctima de esa noche. Solo así creerá en un futuro contigo y con vuestro hijo.

Él la miró agradecido, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa amarga.

—Eso pretendo. Pero ya solo me quedan cinco días.

Alexander inclinó la cabeza, con un brillo duro en los ojos.

—¿Y si ese plan no funciona? ¿Qué harás entonces?

—Si no consigo nada —respondió Jackson, encogiéndose de hombros—, cuando me levante de esta cama me lanzaré por la escalera. Quizás un brazo roto me dé otra semana.

—¡Jackson! —gritó Emily, horrorizada—. ¡No digas esas barbaridades!

Ezra, divertido, dio un paso al frente.

—Si de verdad quieres hacerlo, avísame. Yo mismo te lanzo. Haré cualquier cosa por un amigo.

Las dos damas le fulminaron con la mirada, mientras Alexander, pese a la gravedad del momento, soltó una carcajada breve.

Nadie advirtió que, tras la puerta cerrada, en el pasillo, Felicity se había quedado inmóvil, escuchando cada palabra. Tenía las uñas clavadas en las palmas y los labios apretados hasta dolerle. Sentía cómo la madera vibraba con las voces del interior, cada frase llegándole como un golpe físico.

No temblaba de emoción ni de nostalgia, sino de pura rabia. Cada confesión era un puñal: el engaño, el reconocimiento de Robert como hijo suyo, el plan urdido con premeditación. El corazón le golpeaba con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Se obligó a alejarse, aunque cada músculo de su cuerpo ardía con furia contenida. No era el momento de estallar. Cuando la visita se marchase, ella actuaría…

Capítulo 46



La tarde se había deslizado con una calma engañosa, como si la propia casa hubiera decidido encubrir lo que latía bajo sus muros. Felicity había permanecido junto a Emily y Violet en el salón principal, compartiendo conversaciones que a ojos de cualquiera hubieran parecido triviales, ligeras, propias de damas que se visitan por cortesía. Hablaron de la fragilidad de Martha, de lo agotador que debía de resultar para ella recibir visitas, de la inquietud que despertaba la convalecencia de lord Everton.

Ella había respondido con frases medidas, siempre correctas, siempre en el tono adecuado, como si nada la hubiera perturbado. Sonrió cuando debía hacerlo, inclinó la cabeza con gravedad cuando Violet suspiró con auténtica angustia, murmuró palabras de consuelo cuando Emily, con la voz entrecortada, expresó lo doloroso que sería perder a un amigo tan antiguo.

Ninguna de las dos sospechó lo que de verdad bullía en su interior. Ninguna imaginó que cada gesto amable, cada palabra pronunciada con serenidad, no era más que el disfraz de una paciencia férrea. Porque Felicity había escuchado, y lo que había escuchado ardía como un hierro candente en su pecho.

«Qué sencillo resulta fingir», pensó mientras revolvía el té en su taza con un movimiento delicado. «Lo he hecho durante años frente a la sociedad, frente a todos los que me observaban y cuchicheaban. ¿Cómo no iba a hacerlo también esta tarde, ante dos mujeres que apenas me conocen?».

El murmullo de la conversación se entrelazaba con el chisporroteo tenue del fuego en la chimenea. Afuera, la luz declinaba lentamente; las sombras se alargaban sobre las paredes enteladas, sobre los espejos que devolvían imágenes más pálidas de lo que eran. Emily, siempre tan viva en su modo de hablar, le tomó la mano en un arranque de ternura.

—Lady Felicity, debéis estar pasando por momentos terribles. No puedo imaginar lo que supondrá tener en vuestra casa a un hombre herido, y además con tantas habladurías circulando.

Felicity retiró la mano con elegancia, como si aquel contacto hubiera sido excesivo. Se permitió una sonrisa breve, perfectamente calculada.

—No es más que un deber de hospitalidad. El médico está satisfecho con su estado; pronto se repondrá.

La serenidad de su voz no revelaba nada. Ni el temblor que le recorría la espalda, ni la rabia que le golpeaba las sienes con cada recuerdo de la conversación escuchada tras la puerta.

Violet, más reservada pero no menos preocupada, inclinó la cabeza hacia ella.

—Rezad, por favor, que no sea imprudente. Conocéis a Jackson: jamás ha sabido aceptar la debilidad.

—Sí —murmuró Felicity, y fue todo.

Su respuesta cayó como una piedra en el agua; no hubo eco, no hubo comentario posterior. Emily cambió pronto de tema, evocando un recuerdo de juventud compartido con Jackson en White’s, una anécdota que arrancó sonrisas a su propia memoria y a la de Violet. Felicity, en cambio, escuchó en silencio, con los labios apenas curvados, mientras por dentro sentía que cada palabra de aquellas mujeres era otra prueba de que él seguía siendo el mismo: el hombre capaz de urdir planes y de arrastrar en ellos a todos cuantos lo rodeaban.

El té se prolongó hasta que la tarde empezó a hundirse en tonos de cobre. La charla fue languideciendo, y poco después las

damas se retiraron a la alcoba de Martha para interesarse por su salud. Felicity aprovechó entonces para salir al pasillo, en busca de aire. Sus pasos resonaron sobre la madera encerada, demasiado nítidos para su gusto. La casa parecía contener la respiración, como si aguardara el momento en que ella decidiera al fin bajar la máscara.

Se apoyó un instante en el alféizar de una ventana, contemplando el jardín que se oscurecía con rapidez. El cielo aún retenía un resplandor pálido, pero los árboles proyectaban ya sombras densas sobre la hierba.

«He soportado bastante», se dijo, con la mandíbula apretada. «He jugado a la anfitriona paciente, he dejado que ellas me mirasen como a una mujer serena, resignada. Ni una palabra, ni un gesto las ha alertado. Pero ya es suficiente. Ha llegado la hora de que el traidor se arrepienta».

El pensamiento le recorrió el cuerpo como un latigazo. Su respiración se hizo más profunda, y notó que los dedos le hormigueaban con una impaciencia apenas contenida.

Fue a la cocina y le pidió a la señora Stey que preparase una cena ligera para lord Everton. Lo dijo con un tono tan natural, tan cotidiano, que cualquiera hubiera creído que se trataba de un simple acto de cuidado. Pero ella sabía lo que estaba haciendo. Cada detalle de aquella bandeja iba a convertirse en un arma, en un recordatorio de lo que él había hecho con su vida.

Mientras la cocinera cumplía sus órdenes, Felicity se permitió recorrer de nuevo el pasillo en penumbra. Escuchaba su propio corazón como un tambor dentro del pecho, fuerte y constante. A cada paso sentía más claro el propósito que la guiaba.

La paciencia había terminado.



La señora Stey cumplió sus órdenes con la eficacia acostumbrada. Poco después, Felicity regresó a la cocina y encontró dispuesta sobre la bandeja una cena ligera: un cuenco de caldo aún humeante, pan recién cortado, un guiso aromatizado con tomillo y una copa de vino oscuro.

Se detuvo unos segundos a contemplar aquellos objetos corrientes. Para cualquiera habrían significado cuidado y alimento; para ella eran piezas de un ritual. El vino parecía sangre contenida en cristal, el pan evocaba la sencillez de un hogar compartido que él había destruido, y el aroma del caldo se le antojó casi una burla: ternura para un hombre que jamás supo cuidar lo que se le entregaba.

Cogió la bandeja con ambas manos. No titubeó, aunque el peso metálico de la plata y el calor del caldo le parecieron un recordatorio de la carga que había soportado demasiado tiempo.

El pasillo estaba en silencio, un silencio solemne, como si la casa entera aguardara el desenlace. Las lámparas ardían inmóviles, proyectando sombras largas sobre la tarima. Sus pasos sonaron acompasados, firmes, como si cada uno la acercara no a la alcoba de un enfermo, sino al cadalso de un reo.

En el rellano de la escalera se detuvo. La madera crujió bajo su pie y el eco resonó en las paredes, devolviéndole la sensación de que la residencia escuchaba, cómplice y atenta.

«No será una cena», pensó, clavando los ojos en la puerta cerrada al fondo. «Será un juicio. Y yo seré juez y verdugo».

Apretó la bandeja contra el pecho y continuó.

Al girar el picaporte, una bocanada de aire impregnado de linimentos y cera la envolvió. La penumbra cálida de la alcoba se

abrió ante ella, con el rumor del fuego en la chimenea y el perfume discreto de las flores frescas que Agnes había colocado en un jarrón sobre la cómoda.

Jackson se incorporó un poco al verla, apoyándose en los almohadones con gesto estudiadamente fatigado. Sus ojos, sin embargo, brillaban demasiado intensos para un hombre al borde del colapso.

—Felicity —murmuró, con un deje agradecido—. No esperaba que vinieras a estas horas.

Ella avanzó despacio, con la bandeja en las manos. Sus movimientos parecían pacientes, incluso delicados, como si aún quedara un resquicio de cuidado en su interior. Depositó la bandeja sobre la mesa auxiliar y se volvió hacia él con una sonrisa neutra.

—Pensé que agradecerías algo caliente antes de dormir. Ha sido un día agotador.

Él esbozó una mueca que quiso ser sonrisa.

—Lo ha sido. Mis amigos no han dejado de interrogarme.

—Es lógico —replicó Felicity con calma—. Se preocupan por tu salud.

—Ya, pero debían entender que necesito tranquilidad —explicó él, con un leve gesto de enfado.

—Entonces soportaste la visita con paciencia.

—Tuve que hacerlo —respondió, suavizando el tono—. No quería ser descortés.

Ella tomó la copa de vino, se acercó hasta la cama y se la tendió. Cuando él alargó la mano, sus dedos se rozaron apenas. Jackson sintió el estremecimiento inmediato de ese contacto, como si esa chispa devolviera de golpe los años perdidos.

—Bebe un sorbo —dijo Felicity, inclinándose lo suficiente para que su voz le rozara la oreja. El aliento cálido de ella le provocó un escalofrío que recorrió su espalda.

Jackson obedeció, sin apartar los ojos de su rostro.

—Sigues siendo demasiado orgulloso —susurró ella, con un hilo de voz casi seductor—. Demasiado para tu propio bien.

Él cerró los ojos, entregándose a la ilusión de que aún había esperanza. Cuando los abrió, ella ya se había apartado. Destapaba el plato con calma, acomodaba los cubiertos, como si de verdad pensara servirle la cena. La serenidad de sus gestos era hipnótica, engañosa.

Entonces, la calma se quebró. Felicity giró hacia él con los ojos encendidos, la respiración agitada. La copa aún temblaba entre sus dedos. De pronto, voló contra la pared. El cristal estalló, el vino se deslizó como una herida abierta por el empapelado.

—¿Qué pretendías, Jackson? —su voz era un trueno—. ¿Hacer de mi vida un espectáculo otra vez? ¿Convertirme en la comidilla de tus amigos, igual que hace siete años?

Él intentó alzarse, tambaleante.

—Felicity, escúchame, no es así…

—¡No! —le interrumpió, como un látigo—. ¡Lo he oído todo! Tu plan, tus confidencias, tus farsas. Finges fragilidad para quedarte bajo este techo, como si Robert y yo fuésemos un premio al que tienes derecho.

Cogió el plato de la bandeja y lo estrelló contra el suelo. La porcelana se quebró en un estallido seco.

—Ese niño ha sido mío, solo mío, cada día de su vida. Yo lo cuidé, yo lo protegí, yo soporté miradas y rumores mientras tú desaparecías.

Jackson avanzó hacia ella, con desesperación.

—¡No lo sabía! Créeme, no supe de su existencia hasta que lo vi caer de aquel árbol. Fue entonces, solo entonces, cuando comprendí…

—¡Y ahora quieres apropiarte de él! —lo interrumpió Felicity, lanzándole la camisa, luego el chaleco, hasta que toda su ropa quedó esparcida en el suelo—. ¡Hablas de Robert como si fuera

tuyo, como si esos años de sacrificio me pertenecieran solo a medias! ¡No! ¡Ese niño es mío porque yo lo crie sola!

Él recogió la camisa del suelo, la apretó contra el pecho con desesperación.

—No quiero arrebatártelo. ¡Quiero estar con él! Quiero que me mire y sepa que soy su padre. No quiero que crezca creyendo que nunca lo busqué, que nunca lo quise.

Ella lo observó con el rostro desencajado, como si cada palabra fuera un cuchillo.

—¡Tarde, Jackson! Donde tú no estabas, yo sí estuve. Donde tú callabas, yo resistía. No puedes presentarte ahora y reclamar lo que nunca defendiste.

Él se inclinó hacia ella, con la voz rota.

—Déjame ganármelo, aunque me cueste la vida.

El silencio se tensó. La respiración de ella ardía, la de él era un ruego contenido. Finalmente, Felicity señaló la puerta con un brazo rígido.

—Quiero que salgas de mi casa en cinco minutos. No te quiero en mi vida y mucho menos en la de mi hijo.

Giró sobre sí misma, con la espalda erguida, el paso firme, los puños cerrados. Abrió la puerta de golpe y salió al pasillo. El portazo retumbó como un cañonazo, sacudiendo los candelabros.

La casa pareció contener el aliento.

Jackson quedó solo, rodeado de cristales rotos, ropa esparcida y vino derramado como sangre seca. El eco del portazo aún vibraba en sus oídos, más fuerte que cualquier grito. Se dejó caer en el borde de la cama, con las manos hundidas en el cabello, y por primera vez en años sintió miedo.

No al dolor, ni al escándalo, ni siquiera a la muerte.

Miedo a perderla otra vez.

Miedo a perder a su hijo sin haber llegado a tenerlo.

Capítulo 47



Diez días después…

La noche en que lo expulsó quedó grabada como una cicatriz ardiente. El portazo que sacudió la casa resonó durante horas en su memoria, más cruel que los gritos, más hiriente que el estrépito del cristal roto o de la ropa arrojada contra él. Jackson había obedecido: salió tambaleante, con el rostro pálido y los ojos ensombrecidos, y se perdió en la penumbra como un condenado que acepta su sentencia.

No volvió a verlo. Supo de su partida porque Lyon, con la discreción de siempre, le comunicó al día siguiente que el carruaje del conde había partido pasada la medianoche. La noticia debió traer alivio, pero en su interior dejó un silencio insoportable. Su casa volvía a ser solo suya, sí, pero la atmósfera parecía vacía, como si la furia que la sostuvo durante aquella batalla campal se hubiera extinguido y en su lugar quedara un hueco imposible de llenar.

Durante los días siguientes se condujo como una mujer dueña de sí misma. Supervisó la casa, revisó cuentas, dio instrucciones a la servidumbre… todo con una precisión automática, como si funcionara por inercia. Solo Robert lograba resquebrajar esa máscara. Con esa inocencia implacable de los niños, preguntó por el hombre que lo había salvado.

—¿Se ha marchado ya, mamá? —dijo una tarde, mientras hacía girar un trompo en la alfombra.

—Sí, Robert. Se recuperó y tuvo que irse.

El juguete rodó unos centímetros y el niño frunció el ceño.

—¿Cuándo? ¿Por qué se fue sin despedirse de mí? Yo quería darle las gracias.

El corazón de Felicity se contrajo. Ese reproche inocente la hirió más que cualquier acusación adulta. Se inclinó, le acarició el cabello con ternura y respondió en voz baja:

—Tenía asuntos urgentes que atender, y tú estabas dormido, cielo. Estoy segura de que no quiso molestarte.

Robert bajó la cabeza, pero aún murmuró, con una seriedad impropia de su edad:

—Parecía alguien que quería quedarse.

Ella apartó la mirada. Sintió cómo esas palabras, tan sencillas, abrían una herida que creía cerrada.

«Quedarse… sí. Y también capaz de destrozar una vida con una mentira».

La contradicción la devoraba. Recordaba con nitidez la furia que la había hecho lanzarle contra la pared cuanto tuvo a mano, las palabras con que lo expulsó como a un intruso. Y, sin embargo, no podía borrar la última mirada de Jackson antes de cruzar el umbral: un dolor desnudo, un ruego contenido, como si en verdad hubiera querido permanecer allí.

«¿Qué gané con aquella escena?», se reprochaba en las noches, cuando la soledad era más cruel. «¿Demostrarle que aún me importa? ¿No fue eso lo que delaté con cada objeto que le arrojé?»

La rabia era su única defensa, pero en la penumbra de la alcoba esa coraza se transformaba en algo más peligroso: miedo. Miedo a reconocer que, pese a todo, la había estremecido descubrir que él seguía amándola.

Y no era solo él. Era también Londres. La sociedad entera se alzaba en su mente como una sombra que nunca dormía. No había damas cuchicheando en ese instante, ninguna lengua viperina en un salón, pero ella oía ya esas voces:

“Ese niño es el vivo retrato de lord Everton. ¿Lo sabías? ¿Lo sospechabas?”

La sola idea bastaba para obligarla a pensar en huir. París. Bath. Cualquier destino donde su apellido no arrastrara el mismo juicio implacable.

Una noche, abrió la caja de las cuentas en su escritorio. Sus dedos, helados, desplegaron recibos y facturas. La pluma temblaba al calcular lo que podría mantenerla si vendía las joyas, lo que costaría empezar de nuevo en una ciudad extraña. La vela sobre la mesa se consumía gota a gota, derramando cera como un reloj de arena, marcando la urgencia de una decisión que parecía inevitable.

No lloró. No podía permitirse lágrimas. Pero al apagar la luz, apoyaba la mano en el pecho, allí donde el corazón latía desbocado, y se juraba que no volvería a dejar que un hombre la hiciera temblar así.

Y, aun así, cada vez que cerraba los ojos, la figura de Jackson regresaba. No como el amante traidor del pasado, ni como el farsante que fingía enfermedad para quedarse bajo su techo. Sino como lo había visto la última vez: derrotado, con los labios entreabiertos en un intento inútil de suplicar.

Esa imagen era la más peligrosa de todas. Porque ya no podía verla como a un enemigo. Lo veía como al hombre al que aún temía amar.



La mañana amaneció pesada, con un cielo plomizo que se abatía sobre los tejados como si quisiera aplastarlos. En la casa reinaba una quietud extraña, apenas rota por el crujido del fuego en la chimenea y el golpeteo lejano de algún cubo de agua en la cocina.

Martha llevaba días sintiendo ese vacío como un enemigo, un silencio que se colaba por cada rendija y le recordaba que algo había cambiado para siempre desde la noche en que Felicity expulsó a Jackson.

Estaba sentada en su butaca favorita, junto a la ventana entreabierta, donde la luz grisácea apenas alcanzaba a iluminar el bordado que reposaba olvidado en su regazo. Había intentado varias veces concentrarse en la labor de aguja, pero sus dedos temblaban y la vista se le nublaba pronto. No era solo el cansancio físico: era ese desasosiego constante que no le permitía fijar la mente en nada.

Un golpe discreto en la puerta la hizo alzar la cabeza. Lyon apareció en el umbral, tan erguido como siempre, y le tendió una carta cerrada con un lacre rojo.

—Ha llegado hace un instante, milady. Traída por un mensajero de Huntingdon Hall.

Martha inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento, aunque apenas logró articular palabra. El escudo impreso en el sobre era inconfundible: el sello de los marqueses de Huntingdon. El corazón le dio un vuelco. Emily rara vez escribía, y nunca sin una razón grave.

Esperó a que Lyon cerrara la puerta tras de sí. Durante unos segundos se limitó a sostener la carta, como si aquel pedazo de papel pesara lo mismo que una losa. El lacre reflejaba un destello apagado bajo la luz de la mañana, y ella se sorprendió acariciándolo con el pulgar, como si así pudiera retrasar lo inevitable.
«¿Qué será ahora?», pensó con un nudo en la garganta.

Por fin, con una torpeza que no era habitual en ella, rompió el sello y desplegó la hoja. La caligrafía de Emily, firme y elegante, se inclinaba ligeramente hacia la derecha. Sin embargo, en varios puntos la tinta aparecía corrida, como si una mano nerviosa hubiera dejado caer alguna lágrima. Martha acercó el papel al rostro, casi con miedo, y leyó despacio, en voz baja, cada palabra:

Mi querida lady Martha:

Le ruego que no ignore esta carta. Jackson no atiende a nadie; se ha encerrado en su residencia, se pasa el día bebiendo y gritando a sus criados. Ezra y Alexander han intentado hablar con él, pero sufre como un hombre derrotado.

Sé que Felicity lo expulsó de su casa, y no puedo juzgarla, pero el dolor que ambos se causan es insoportable. Se lo suplico: interceda.

Piense en su hija, pero también en su nieto. ¿Qué futuro tendrá ese niño si el mundo lo señala sin un padre reconocido? La sociedad es cruel, usted lo sabe.

No deje que por un malentendido se condene el destino de tres vidas. Si Felicity decide marcharse, si huye a París —como temo que haga—, jamás encontrará respaldo. Y Jackson, sin ella, se perderá para siempre.

Perdóneme la osadía de escribirle así, pero estoy convencida de que solo usted puede salvarlos.

Emily.

La hoja resbaló hasta su regazo. Sus manos, arrugadas pero fuertes aún, se aferraron al brazo de la butaca para contener el temblor. Durante unos segundos no oyó nada más que el repiqueteo acelerado de su propio corazón. Emily había escrito con lágrimas, de eso estaba segura.

La imagen de Jackson, encerrado entre botellas y gritos, la atravesó como una lanza. Casi podía verlo: la mirada perdida, los cabellos revueltos, la voz ronca de tanto maldecir. Ese muchacho al que había visto crecer, al que tantas veces reprendió como a un hijo, estaba hundiéndose sin remedio.

Se llevó un pañuelo a los labios y lo presionó con fuerza. Un ruido breve, entrecortado, escapó de su garganta, tan extraño que apenas lo reconoció como propio.

—Dios mío… —susurró, con la voz velada—. ¿Cómo hemos llegado a este punto?

El silencio que había guardado durante años se volvía insoportable. Había callado la verdad, había permitido que Felicity alimentara un rencor que tal vez no le correspondía. Había creído protegerla con ese mutismo, cuando en realidad quizá la había condenado a un dolor mayor.

El temblor en sus manos la obligó a dejar la carta sobre la mesa auxiliar. Cerró los ojos y, contra su voluntad, regresó a aquella noche lejana: la noticia del ataque a Jackson, la confusión, los rumores que corrían como pólvora… y ella, sin saber qué creer, escogiendo callar. Era más sencillo mirar hacia otro lado que enfrentarse a la sospecha de un complot.

Emily tenía razón. Ya no podía seguir así. Felicity hablaba de marcharse, de huir, y si lo hacía, sería el final. Ni siquiera París, ni Bath, ni la ciudad más lejana podrían borrar la verdad de los rostros: Robert era el vivo retrato de su padre. Y sin un nombre que lo amparara, sería el blanco de todas las lenguas.

Martha apretó el pañuelo con los labios y se obligó a respirar hondo.
—No más silencio —susurró al fin, como un voto íntimo—. No más cobardía.

Se irguió con dificultad, dejando la carta abierta sobre la mesa, muda testigo de su decisión. Avanzó hacia la puerta con pasos lentos pero firmes, y al apoyar la mano en el marco comprendió que ya no había vuelta atrás: en cuanto mirara a su hija a los ojos, las palabras que había enterrado durante años saldrían a la luz.

Capítulo 48



El pasillo estaba en penumbra, silencioso, salvo por el leve crujido de la madera bajo sus pasos. Martha avanzó despacio, con el pañuelo todavía en la mano, y se detuvo frente a la puerta de la biblioteca. El murmullo de hojas moviéndose llegó hasta ella: su hija estaba dentro.

Empujó la hoja con suavidad y se encontró con Felicity inclinada sobre el escritorio. Tenía los codos apoyados en la mesa, rodeada de cuentas y recibos; las lámparas encendidas iluminaban las cifras con una claridad implacable, mientras afuera el cielo gris apenas dejaba pasar la luz del día.

Martha se quedó un instante en el umbral. Su hija parecía tan absorta que ni siquiera notó su presencia. Había una rigidez en sus hombros, una concentración febril en el modo en que repasaba cada cifra. La baronesa reconoció esa obstinación: era la misma con la que Felicity había resistido los últimos años.

Se aclaró la garganta con suavidad.

—¿Qué haces, hija mía? —preguntó, procurando que la voz no le temblara.

Felicity levantó la vista, sorprendida, aunque sin perder la compostura. Tenía el rostro pálido y las ojeras marcadas, pero en sus ojos brillaba una determinación férrea.

—Preparo todo para marcharme —respondió sin rodeos—. Robert y yo dejaremos esta casa en cuanto pueda organizarlo. Quizá en una semana.

Martha avanzó despacio, acercándose a la mesa. La carta que acababa de leer aún ardía en su memoria, y cada palabra de su hija le hacía más insoportable el peso del secreto.

—¿Marcharte? —repitió, incrédula—. ¿A dónde piensas ir?

Felicity bajó la mirada hacia los papeles, apartando de un manotazo uno de los recibos como si le estorbara.

—A París, tal vez. O a Bath. No lo sé aún. Lo que sí sé es que aquí no puedo quedarme. No después de… —se interrumpió, mordiéndose el labio.

Ese quiebro en la voz golpeó a Martha en el pecho. Dio un paso más y posó una mano temblorosa sobre los papeles.

—Hija mía, llevas días sin salir de esta biblioteca. No puedes decidir en medio de ese enojo que te consume.

Felicity alzó la cabeza con brusquedad. Había cansancio en sus facciones, pero también fuego.

—¿Enojo? —repitió con una risa amarga—. Lo llamas así… Yo lo llamo dignidad, madre. Lo llamo sobrevivir después de haber sido burlada una vez más.

El silencio se espesó entre ellas. Martha retiró lentamente la mano, como si quemara.

—No todo es como imaginas —musitó, con la garganta cerrada.

—¡Claro que lo es! —Felicity golpeó con la palma la mesa, haciendo que los tinteros tintinearan—. He soportado miradas, rumores, la carga de criar a Robert sola… ¿y para qué? Para que él regrese tras siete años, finja estar enfermo y pretenda quedarse bajo mi techo.

Se incorporó de golpe. El respaldo de la silla chirrió al arrastrarse contra el suelo. Caminó hasta la ventana y apartó las cortinas de un tirón, dejando que la luz grisácea entrara en oleadas.

—No me engaña ya. Ni con palabras ni con gestos. No pienso darle otra oportunidad de destrozarme.

Martha la contemplaba con el corazón encogido. Cada reproche era un cuchillo contra su silencio.

—¿No ves que aún le amas? —se atrevió al fin—. Tu propio corazón lo sabe.

Felicity giró sobre sí misma, los ojos encendidos.

—¡No, madre! ¡Mi corazón está muerto!

Martha no retrocedió. Una chispa de severidad iluminó su mirada entre tanta ternura.

—Entonces dime, ¿por qué lo enviaste a tu alcoba, teniendo en esta casa habitaciones de sobra? ¿Por qué revisabas cada plato de la cocinera? ¿Por qué aguardabas junto a la puerta cuando Lyon lo atendía? ¿Por qué no prohibiste de veras a Robert que hablara con él?

Las defensas de Felicity vacilaron. Bajó la vista, murmurando apenas:

—Eso… eso…

—Eso, todo eso —insistió Martha, con la voz quebrada—, lo hiciste porque aún le amas. Porque sigues esperando que un día todo vuelva a ser como antes.

El grito de Felicity desgarró la estancia.

—¡Jamás lo será! —sus manos se cerraron contra el pecho —. Y si todavía lo amo, soy capaz de arrancármelo de raíz. La traición es inolvidable. El calvario que viví por su culpa tampoco lo olvidaré nunca.

Martha dio un paso más, la voz encendida por un coraje desesperado.

—¡Él no te engañó!

—¡Sí lo hizo! —insistió, llevándose las manos a la cabeza, como si quisiera sofocar los recuerdos.

—Escúchame… —suplicó Martha, jadeante—. Lord Everton iba a buscarte aquella noche. Fue entonces cuando lo asaltaron.

—¡Otra vez con esa historia! —clamó Felicity, con las sienes palpitando.

Martha la sujetó de los brazos, obligándola a mirarla.

—No es una historia. Es la verdad.

Felicity la miró con un destello de desafío en medio del temblor.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

Martha tragó saliva. El secreto que había callado durante años quemaba en su garganta, pero ya no podía contenerlo.

—Porque fue tu propio padre —susurró, con voz quebrada —. Él dio la orden. Mandó a sus hombres impedir que Jackson llegara hasta ti… y que lo mataran.



El silencio pesaba como una losa, tan denso que parecía llenar la biblioteca hasta asfixiarla. Felicity permanecía de pie, inmóvil, con la respiración entrecortada. Aquellas palabras «tu padre dio la orden» seguían golpeándole los oídos como un eco imposible de acallar.

Extendió una mano hacia atrás, buscando a tientas algún apoyo. Sus dedos toparon con el respaldo de una silla y, con torpeza, se dejó caer en ella. El crujido de la madera fue el único sonido en medio de su aturdimiento. Bajó la vista hacia el suelo, incapaz de sostener los ojos de su madre, como si temiera que ese contacto confirmara que no había soñado, que la revelación era real.

Martha, al verla hundida en aquel estupor, respiró con un poco más de calma. Dio un par de pasos vacilantes hasta llegar junto a ella y se sentó despacio a su lado. Durante unos instantes no

pronunció palabra; solo la contempló: el rostro pálido, los labios entreabiertos sin hallar voz, las manos abandonadas sobre la falda como si ya no le pertenecieran.

La baronesa alargó una mano y tomó una de las suyas. La encontró helada, temblorosa, como si toda la sangre hubiera huido de aquel cuerpo joven que hasta hacía un instante ardía de furia. La apretó con suavidad, intentando transmitirle el calor que a ella misma le faltaba.

Felicity no reaccionó al principio. Se limitó a respirar, cada vez más despacio, hasta que por fin logró articular una frase en un hilo de voz que parecía arrancado de lo más hondo de su agotamiento:

—Cuénteme, por favor… qué sabe.

La súplica quedó suspendida en el aire, frágil, vulnerable, tan distinta de la mujer orgullosa que minutos antes golpeaba la mesa con rabia.

Martha cerró los ojos un instante y se armó de valor. Apretó un poco más la mano de su hija, consciente de que las siguientes palabras abrirían una herida que quizá nunca cerrase del todo.

—Tu padre nunca quiso que te presentaras en sociedad —empezó con voz grave, aún vacilante—. Desde el principio trazó un destino para ti: ibas a casarte con el duque, y nada debía interponerse en sus planes.

Felicity alzó lentamente la cabeza. La rigidez de su cuello revelaba que se obligaba a escuchar, aunque cada palabra era un cuchillo que se hundía más hondo.

—Por eso —continuó Martha— te envió a la residencia de campo. No fue un gesto de cuidado ni de afecto, como se te hizo creer. Fue conveniencia. Allí, lejos de bailes y pretendientes inoportunos, te mantenía intacta, como una moneda de cambio que nadie podía tocar.

Un suspiro se escapó de los labios de Felicity. No era sorpresa: siempre había sabido que su padre era capaz de cualquier cosa por ambición. Pero escucharlo con tanta claridad, de boca de su madre, dolía más de lo esperado.

—Sin embargo —prosiguió Martha, bajando la voz—, lo que él jamás imaginó fue que en un lugar tan apartado pudieras encontrar a un hombre que desbaratara todos sus planes.

El corazón de Felicity dio un vuelco. Sabía perfectamente a qué hombre se refería.

—Envió a un hombre de confianza —añadió la baronesa—. Su tarea era vigilar, observar, anotar cada cosa que hacías y con quién hablabas. Tu padre quería saberlo todo, cada detalle, cada movimiento.

Un escalofrío recorrió la nuca de Felicity. Le parecía oír todavía el crujido de la hierba bajo sus pasos juveniles, la risa de Jackson bajo los árboles, el murmullo de promesas compartidas al caer la tarde. ¿Acaso incluso entonces había habido ojos ocultos que los espiaban?

—¿Y qué hacía usted mientras todo eso ocurría, madre? —preguntó, con un reproche apenas contenido.

Martha tragó saliva.

—Mantenía correspondencia con mi hermana —respondió con sinceridad—. Ella me aseguraba que estabas bien, que eras feliz, que la gente del lugar te quería. Pero yo no podía preguntarle si sospechaba de un romance. De haberlo hecho, habría levantado sospechas en mi propia familia, y tu padre lo habría sabido al instante. Lo recuerdas: siempre pensó que yo no servía para otra cosa que hablar de sombreros y de té. Me escondí tras esa máscara porque era la única forma de protegerte.

Un suspiro largo se escapó de Felicity, mezcla de cansancio y amarga confirmación.

—Sí… siempre fue así.

Martha bajó la mirada unos segundos, como si le pesara continuar. Pero la súplica de su hija aún resonaba en el aire: «Cuénteme qué sabe».

—Una mañana —dijo al fin—, el hombre que tu padre había enviado a vigilarte regresó pidiendo verle con urgencia. Lyon, fiel como siempre, me avisó y me llevó hasta las puertas del despacho. No escuché toda la conversación, pero lo suficiente para comprender la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

Los ojos de Felicity se abrieron con alarma, incapaces de parpadear.

—Ese día —prosiguió Martha—, tu padre decidió acelerar sus planes. Te escribió una carta, anunciándote tu compromiso con el duque. No era un aviso paternal, sino una trampa.

—¿Una trampa? —murmuró Felicity, conteniendo el aliento.

—Sí. Él sabía que, al recibirla, Jackson intentaría buscarte, escapar contigo antes de que la boda fuese inminente. Y por eso envió más hombres para seguirlo.

Martha cerró los ojos un instante, como si reviviera aquella escena que nunca presenció, pero que la perseguía desde entonces.

—Cuando salió en tu búsqueda… lo asaltaron.

Felicity se levantó de golpe, como si un resorte la hubiera impulsado. El corazón le golpeaba con violencia bajo el pecho.

—¿Asesinarlo? —la voz se le quebró—. ¿Mi padre? ¿Cómo pudo?

—No lo consiguieron —replicó Martha, apresurándose a sujetar sus manos—. Porque yo también había enviado gente a protegerlo, aunque llegaron tarde. Evitaron el golpe final, pero no lo anterior.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Felicity con la voz rota, llevándose las manos a la garganta.

Martha vaciló.

—El sobrino de Lyon me contó lo suficiente, aunque quiso ahorrarme los detalles más crueles. Dijo que perdió muchísima sangre, que sus piernas quedaron destrozadas… y que, aun en ese estado, murmuraba tu nombre.

El suelo pareció hundirse bajo los pies de Felicity.

—No recobró la conciencia hasta un mes después del ataque —prosiguió su madre—. Y no logró sostenerse en pie hasta pasados cuatro años.

—¡Santo Dios! —exclamó ella, dejándose caer de nuevo en la silla, con el rostro desencajado.

Martha se inclinó hacia adelante y tomó otra vez sus manos temblorosas.

—¿Ves ahora? —susurró—. Es cierto que no te engañó. Fue a buscarte, pero tu padre se lo impidió. ¿Cómo iba a hallarte después, si apenas podía levantarse? Además, tu paradero estaba oculto, incluso para mí. La única forma de mantener un hilo contigo eran mis cartas, y él las leía antes de enviarlas. Por eso parecían frías, impersonales, como si yo no te quisiera. Créeme, hija mía: me obligaban a fingir.

Felicity alzó la mirada al fin. Sus ojos brillaban de incredulidad y dolor.

—¡Madre! —susurró, como si aquella revelación le desgarrara—. ¡Cuánto hemos sufrido todas!

Martha la estrechó contra su pecho. Felicity, incapaz ya de sostener el peso de su resistencia, se aferró a ella. Ambas lloraron en silencio, y en aquel abrazo madre e hija liberaron años de dolor contenido, verdades ocultas y heridas nunca cerradas.

Capítulo 49



La noche había caído sobre Londres con un peso húmedo, y las farolas de gas apenas conseguían abrir claros en la bruma. El carruaje avanzaba sobre los adoquines mojados, y cada traqueteo parecía latir en el pecho de Felicity. Durante todo el día había estado presa de la duda, incapaz de decidir si acudir o no a él, hasta que Martha puso en sus manos la carta de Emily. Sus palabras, temblorosas y suplicantes, habían borrado cualquier excusa.

Jackson se estaba destruyendo, y ella no podía ignorarlo.

Antes de salir, había dado órdenes precisas para que Robert quedara atendido y tranquilo con los cuidados de la casa. Después, se envolvió en un chal oscuro y, con un murmullo casi inaudible, rezó para que no fuera demasiado tarde. Ahora, al sentir cómo las ruedas del carruaje se detenían frente a la residencia de Jackson, la respiración se le encogió en la garganta.

Descendió con prisa, sosteniendo la falda para no tropezar, y corrió hasta la puerta principal. El aldabón resonó con fuerza en el silencio de la noche. Esperó, cada segundo convertido en un suplicio. Nadie respondía. Estaba a punto de llamar de nuevo cuando distinguió, tras una de las ventanas laterales, una figura que se movía. Weston, el mayordomo fiel, apartó la cortina y la reconoció de inmediato. En un instante abrió la puerta, inclinándose con respeto y con un alivio evidente en el rostro.

—Gracias por venir, milady —dijo en un susurro apresurado—. Mi señor se encuentra en un saloncito.

—Llévame ante él —ordenó ella, sin titubeos.

El interior estaba en penumbra. Las lámparas daban una luz mortecina que apenas conseguía dominar las sombras. Weston la condujo hasta una puerta al fondo del pasillo, donde el silencio se hacía más espeso. Se inclinó antes de abrirla.

—Está advertida, milady. No ha querido recibir a nadie en días. Pero… quizás usted consiga lo que ninguno hemos logrado.

Ella asintió y entró.

La escena la golpeó de inmediato. Jackson estaba hundido en un sillón, con la camisa arrugada y el chaleco desabrochado. El cabello revuelto le caía sobre la frente y sostenía un vaso a medio llenar con una mano temblorosa. La mesa cercana estaba cubierta de botellas vacías, algunas volcadas como testigos de un naufragio. La habitación olía a brandy y a humo de chimenea mal apagada.

Emily no había exagerado: aquel no era el conde arrogante que recordaba, ni el hombre que había resistido con fiereza todos los golpes de la vida. Era un cuerpo desgastado, un espíritu al borde de quebrarse.

Jackson levantó la cabeza despacio. Tardó un instante en enfocar la mirada. Cuando por fin la reconoció, un amago de sonrisa amarga le torció el gesto.

—¿A qué has venido? —preguntó con voz ronca, quebrada —. ¿A confirmar que estoy destruido?

El corazón de Felicity se estremeció, pero no retrocedió. Dio unos pasos hacia él, con la determinación que había madurado en esas horas de incertidumbre. Se inclinó y le arrebató el vaso de la mano, dejándolo sobre la mesa con un golpe seco.

—No —dijo, mirándole de frente, con los ojos brillantes—. He venido porque sé la verdad. Porque supe que fuiste a buscarme. Que nunca me traicionaste.

Jackson parpadeó como si no hubiera entendido. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Qué… qué estás diciendo? —murmuró, casi sin voz.

Felicity sintió cómo el aire se espesaba entre ambos. Se acercó hasta quedar a un paso, y el temblor de sus labios la delató.

—Que te odié por un error —susurró—. Y que, a pesar de todo, nunca dejé de… amarte.

No le dio tiempo a reaccionar. Se inclinó y lo besó, uniendo su boca a la suya con la furia contenida de los años. Jackson se quedó inmóvil al principio, sorprendido, incapaz de creer que era real.

—¿Qué estás haciendo, Felicity? —susurró entonces, con voz ronca, temerosa.

Ella apoyó la frente contra la suya. Sus manos firmes le enmarcaron el rostro, obligándole a mirarla.

—Amarte, Jackson. No sé hacer otra cosa.

El aire pareció detenerse. Él dejó escapar una risa rota, mezcla de incredulidad y dolor.

—No vuelvas a jugar conmigo —dijo, con el temblor de quien no se atreve a creer en la salvación—. No después de todo.

—No es un juego. He luchado contra esto hasta desgarrarme por dentro, y he perdido. Te odio por lo que sufrí, sí… pero también te amo más de lo que jamás podré odiarte.

Las palabras, dichas en un hilo de voz temblorosa, lo atravesaron como cuchillas y bálsamo a la vez. Jackson soltó un gemido breve, casi un lamento, antes de atraparla contra él con una desesperación feroz.

El siguiente beso fue distinto: ya no era solo furia, sino una necesidad irreprimible. Felicity lo buscó con los labios, con las manos, con el cuerpo entero. Jackson respondió con un gemido contenido, tomándole el rostro entre las palmas como si no pudiera arriesgarse a perderla otra vez.

La sala quedó atrás sin que ninguno lo advirtiera. Entre besos entrecortados y tropiezos, Jackson se incorporó con un ímpetu que ni él mismo creía conservar. La alzó, sintiendo cómo las piernas

de Felicity se enredaban en su cintura, y la apretó contra sí con la fiereza de quien se aferra a la vida. Ella se aferró a su cuello, jadeante, mientras él avanzaba tambaleante hacia la puerta.

El pasillo estaba en penumbra, y Weston, con el instinto de un servidor leal, se mantuvo a distancia, dejando que la intimidad de los dos fuera inviolable. Jackson abrió a tientas la puerta de su alcoba. Apenas la cerró tras ellos, la apoyó contra la madera, besándola con una prisa que era hambre, con un deseo contenido durante demasiado tiempo.

Felicity respondió igual, enredando los dedos en su cabello, empujándole el chaleco hasta arrancárselo de los hombros. Las ropas cayeron al suelo sin orden. No había espacio para la calma ni para la cortesía: cada botón, cada hebilla, fue vencido por manos torpes que no sabían de paciencia.

—Te he soñado tantas noches… —murmuró Jackson contra su boca, con la voz quebrada.

—Y yo… a ti —susurró Felicity, apenas separándose para tomar aire antes de volver a besarlo.

Avanzaron hasta la cama, tropezando con la silla caída, riendo entre sollozos como dos condenados que por fin se conceden el perdón. Cuando cayeron sobre las sábanas, no hubo pausa: solo la certeza de que ni el orgullo, ni la rabia, ni los años habían podido apagar lo que ardía entre ellos.

Jackson la sostuvo contra él, incapaz de dejar de besarla, como si cada roce de sus labios fuera una súplica. Sus manos recorrieron su espalda, bajando hasta la cintura para aferrarla con la fuerza de quien teme que todo sea un espejismo. Ella se arqueó contra su pecho, sintiendo el calor de su piel traspasar la delgada tela de la camisa que aún los separaba.

Con un gesto tembloroso, Felicity le desabrochó los botones uno a uno hasta dejar al descubierto su torso marcado. El aire le escapó de los labios al contemplar aquellas cicatrices que

surcaban su piel: viejas, profundas, huellas de una lucha soportada en silencio.

—Jackson… —murmuró con voz quebrada.

No esperó respuesta. Se inclinó sobre él y posó los labios en cada cicatriz, una tras otra, como si quisiera borrar con besos todo el dolor que encerraban. El hombro, el pecho, incluso el costado: su boca fue recorriendo cada herida con una devoción que mezclaba ternura y deseo.

Él gimió, un sonido bajo, gutural, que lo traicionó. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, con los dedos enterrados en el cabello de ella.

—No… no lo hagas —jadeó, temblando—. No quiero que me veas así, marcado, roto.

Ella levantó la vista y lo obligó a mirarla. Sus ojos ardían, húmedos, pero firmes.

—Te amo así —dijo con un hilo de voz cargado de fuego—. Entero. Con tus cicatrices, con tu dolor, con tu cuerpo. Nada me alejará de ti.

Las palabras lo derrumbaron más que cualquier golpe. La atrajo con violencia, apretándola contra sí, y la besó con una furia salvaje. Las ropas se convirtieron en un estorbo insoportable: ella se deshizo del corsé con manos torpes, él apartó faldas y enaguas sin paciencia, hasta que el roce de sus cuerpos desnudos les arrancó un gemido compartido.

Jackson la alzó en brazos de nuevo, sintiendo cómo sus piernas lo abrazaban por la cintura. La condujo tambaleante hasta la cama, sin dejar de besarla, tropezando apenas con los muebles. Cuando al fin la dejó caer sobre las sábanas, fue como si el mundo entero se redujera a ellos dos.

Se arrojaron el uno contra el otro con hambre, con la necesidad de quienes habían estado muertos en vida y al fin respiraban. Sus bocas se buscaron con avidez, sus manos recorrieron cada curva, cada músculo, cada secreto. Felicity deslizó

los dedos por su espalda y encontró nuevas cicatrices. No dudó: inclinó la cabeza y las besó, una tras otra, con lágrimas que se mezclaban con sudor.

—Eres mío —susurró contra su piel—. Mío, ahora y siempre.

Él tembló, como si esas palabras le atravesaran la carne. Giró sobre ella, la aprisionó bajo su cuerpo y, al penetrarla, un gemido desgarrado escapó de ambos. Fue un golpe de placer tan intenso que casi dolió.

Se movieron con desesperación, con la cadencia irregular de quienes no buscan ternura sino redención. Ella arqueó la espalda, clavando las uñas en sus hombros; él la sujetó de las caderas, empujando con fuerza una y otra vez hasta arrancarle gemidos que llenaron la alcoba.

El sudor resbalaba por sus cuerpos, mezclándose con lágrimas y jadeos. No había espacio para palabras: solo mordiscos, susurros ahogados, respiraciones rotas. Felicity lo envolvió entero con sus brazos y piernas, arrastrándolo más hondo en ella, mientras su cuerpo temblaba bajo la embestida.

El clímax llegó como una ola brutal. Ella gritó su nombre, desgarrada por un orgasmo que la sacudió entera; él la siguió al instante, derrumbándose dentro de ella con un gemido ronco, estremecido, como si entregara la vida misma en ese instante.

Quedaron unidos, jadeantes, con el corazón desbocado, temblando bajo el peso de lo que habían hecho. Jackson apoyó la frente contra la de ella, aún dentro, respirando como un hombre que vuelve a nacer.

—Nunca más —susurró, con la voz rota—. No vuelvas a dejarme.

Ella lo besó suavemente, sin aliento, con lágrimas frescas aún en las mejillas.

—Nunca más —repitió.

Y así, entrelazados, exhaustos y plenos, se dejaron vencer por la oscuridad, con la certeza de que aquella noche era el principio de una vida nueva.

Capítulo 50



El amanecer se filtraba tímido por los cortinajes, dibujando franjas doradas sobre las sábanas revueltas. Felicity fue la primera en despertar. El calor del cuerpo de Jackson aún la envolvía, y durante un instante se quedó inmóvil, temiendo que todo hubiese sido un sueño. Lo observó: el gesto relajado del sueño, la respiración acompasada, la sombra de barba que enmarcaba unos labios que conocía ya con la intimidad de los besos desesperados.

Con una mano temblorosa apartó un mechón rebelde de su frente. La yema de sus dedos rozó su sien con ternura reverente. Sintió una punzada en el pecho: aquel hombre, al que había condenado en su mente tantas veces, estaba allí, en su cama, en sus brazos. El tiempo perdido no volvería, pero el presente ardía de una forma que nadie podría arrebatarles.

Jackson abrió los ojos despacio, como si despertara de un sueño demasiado largo. Cuando la vio tan cerca, sonrió con incredulidad. Una sonrisa breve, frágil, cargada de un cansancio dulce.

—Creí que me habías abandonado para siempre… —murmuró, la voz ronca del amanecer.

Felicity bajó la mirada, con lágrimas brillando en sus pestañas.

—Y yo creí que me habías traicionado. Hemos malgastado años en el dolor, Jackson… pero ya no más.

Él extendió la mano y la atrajo contra su pecho desnudo. La apretó como si quisiera asegurarse de que no se desvanecería. El

silencio los envolvió, roto solo por el latido frenético de sus corazones.

—No pienso dejar que Londres, ni nadie, nos arrebate otra vez lo que es nuestro —dijo al fin, con voz grave—. Felicity, vamos a casarnos lo antes posible. Quiero que seas mi esposa, que Robert sea reconocido como nuestro hijo ante todos. No puedo esperar más.

Ella apoyó la frente sobre su piel, justo en el lugar donde una cicatriz se dibujaba como un surco de memoria. Lo besó allí, con una ternura que le hizo cerrar los ojos de golpe.

—Sí, Jackson. Esta vez no habrá miedo ni dudas. Seré tuya delante del mundo entero.

Sus palabras fueron bálsamo y sentencia. Jackson soltó un suspiro quebrado y la besó. Al principio con cuidado, casi con timidez, como si temiera romper la promesa recién hecha. Pero poco a poco el beso creció, se encendió en fuego, y ambos se reconocieron en la urgencia de quienes saborean un nuevo comienzo.

Felicity rió entre jadeos cuando él la cubrió con su cuerpo, atrapándola bajo su calor. Sus manos recorrieron las cicatrices de su torso, una a una, sin miedo. Jackson trató de apartarse, incómodo por mostrarse marcado, pero ella lo detuvo con firmeza.

—No te escondas para mí —susurró.

Él hundió el rostro en el cuello de ella, temblando como un hombre desarmado. Nunca la había sentido tan cerca, nunca tan libre.

El deseo volvió a nacer con naturalidad, sin la furia de la noche anterior, pero con la fuerza de lo inevitable. Se besaron de nuevo, largo, profundo, como si el amanecer quisiera ser testigo de su resurrección. Felicity lo envolvió con sus brazos, y Jackson deslizó los labios por su hombro hasta arrancarle un gemido suave.

El mundo se redujo a la cama, al roce de sus cuerpos entrelazados, al murmullo de su respiración compartida. Afuera,

Londres despertaba; dentro, ellos renacían.

Entonces, un golpe seco en la puerta quebró el embrujo.

—Milord… —la voz de Weston, contenida y tensa, atravesó la madera—. Debe salir. Tiene visita que no puede evitar.

Jackson gruñó, hundiendo el rostro en el cuello de Felicity.

—¡Ahora no! ¡Que se vayan!

—Señor… —insistió el mayordomo, con tono grave—. No solo han llegado el vizconde de Ashbourne y el marqués de Huntingdon con sus esposas. También los acompañan lady Chatham y lord Gainsborough.

El silencio se extendió en la alcoba. Felicity abrió los ojos de par en par, buscando la mirada de Jackson. Ambos comprendieron de inmediato lo que aquello significaba: la sociedad entera llamaba a su puerta.

Jackson suspiró con furia contenida.

—Muy bien —murmuró—. Que esperen en el salón.

Se levantó de la cama, recogiendo el pantalón del suelo con movimientos bruscos. Felicity lo imitó en silencio, reuniendo sus ropas esparcidas con manos aún temblorosas. No había tiempo para el pudor ni para la vergüenza: lo que les esperaba al otro lado de la puerta era demasiado grande.

Cuando por fin estuvieron vestidos, el cabello aún revuelto y la piel enrojecida por el recuerdo de la noche, Jackson se volvió hacia ella y le tomó la mano con firmeza.

—Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos.

Felicity asintió, y en ese gesto ya no hubo duda ni miedo, solo valentía.

—Juntos.

Abrieron la puerta. Y de la penumbra de la alcoba pasaron a la claridad del pasillo, avanzando hacia el destino que habían decidido no volver a esquivar.



El murmullo de voces llenaba el gran salón cuando Jackson y Felicity entraron, tomados de la mano. El fuego de la chimenea crepitaba con solemnidad, arrojando destellos anaranjados sobre los rostros expectantes de quienes los aguardaban: Alexander y Violet, Ezra y Emily, y un poco más apartados, Martha junto a Percival.

Aunque se habían vestido con prisa, no lograron borrar del todo la huella de la noche: el rubor aún persistía en las mejillas de Felicity, y en los ojos de Jackson brillaba un fulgor nuevo, distinto, que ningún esfuerzo podría disimular. Nadie en aquella sala necesitaba preguntar qué había ocurrido entre ellos: estaba escrito en cada gesto, en la manera de caminar unidos, en la fuerza con que él sostenía su mano.

El silencio se prolongó unos segundos, hasta que Alexander carraspeó y se permitió una sonrisa ladeada, mezcla de alivio y complicidad.

—Creo que no debemos preocuparnos demasiado por la situación.

Jackson lo miró con severidad.

—¿Qué situación?

Con paso firme condujo a Felicity hasta un sillón, donde ella se acomodó junto a Martha. La madre la contemplaba con un orgullo sereno, los ojos brillantes por la emoción, como si por fin pudiera redimirse de los años de silencio y dolor.

Emily fue la primera en romper la contención que flotaba en el ambiente. Se inclinó hacia delante, visiblemente inquieta.

—Han llegado noticias… —comenzó con voz tensa—. Sirvientes del duque han empezado a difundir rumores. Aseguran

que Felicity trajo consigo a un niño y juran que el difunto jamás tuvo un hijo con su esposa.

El rostro de Felicity palideció, pero Jackson le apretó la mano con firmeza antes de hablar.

—Eso no dañará nada —dijo con un tono firme que cortó el aire—. Porque nos vamos a casar.

Un murmullo recorrió la estancia, breve pero elocuente. Ezra, con su habitual pragmatismo, fue el primero en replicar:

—Pero un hijo ilegítimo siempre es un problema en esta maldita ciudad. Sabes bien que Londres se alimenta de escándalos como este.

Jackson se enderezó en el asiento, los ojos encendidos, la voz grave como un juramento.

—Ese niño es mi hijo. Y haré todo lo que esté en mi poder para que no sufra jamás.

Entonces, Percival carraspeó suavemente. Su expresión, serena pero firme, atrajo de inmediato todas las miradas.

—Yo puedo ayudarte, hijo.

El impacto fue inmediato. Todos lo observaron, sorprendidos no solo por la declaración, sino por el modo en que había pronunciado aquella palabra. Felicity abrió los ojos con incredulidad; Emily se llevó una mano a la boca; Alexander arqueó las cejas, divertido.

—¿Hijo? —repitió el vizconde, con una mezcla de asombro y sonrisa contenida.

Percival no retrocedió. Primero miró a Jackson, después a Martha, y su voz sonó clara, implacable.

—No permitiré que mi familia sufra ningún tipo de agravios.

—¿Familia? —intervinieron casi al unísono Ezra y Violet, con idéntica sorpresa.

Un silencio expectante se adueñó del salón. Fue Martha quien lo rompió. Ruborizada hasta las orejas, bajó la mirada un instante, pero luego la alzó con una decisión que nadie le había visto antes.

—Bien… —dijo, con un hilo de voz que fue creciendo hasta volverse firme—. Hemos decidido que… nos vamos a casar.

El asombro se expandió como una oleada. Ezra levantó ambas cejas; Emily dejó escapar una exclamación ahogada; Violet se llevó la mano al corazón; Alexander, incapaz de contenerse, soltó una breve carcajada que alivió la tensión por un momento.

Martha y Percival, sin embargo, parecían ajenos a todo. Se miraban como dos jóvenes sorprendidos por un amor tardío, con la timidez de los primeros sentimientos y la dignidad de quienes saben que la vida no concede muchas segundas oportunidades.

Felicity, conmovida, apretó con más fuerza la mano de Jackson. Una sonrisa temblorosa asomó a sus labios, y sus ojos se llenaron de lágrimas que ya no eran de dolor, sino de esperanza.

Por primera vez en muchos años, aquel salón —testigo de intrigas, secretos y reproches— se impregnaba de un aire distinto: una paz nueva, un soplo de futuro que hablaba de heridas al fin dispuestas a cerrarse.

Jackson se inclinó hacia Felicity, y susurró lo bastante bajo para que solo ella lo escuchara:

—Sea cual sea el juicio de Londres, ya hemos ganado lo único que importa.

Ella asintió, con el corazón rebosante, consciente de que lo peor había quedado atrás. Y mientras las voces se mezclaban en el salón, ella supo que, por primera vez, no estaban solos. Eran una familia.

Epílogo



El jardín estaba dispuesto con una elegancia sobria, propia de un día destinado a quedar grabado en la memoria de todos. Los setos, recortados con esmero, se adornaban con guirnaldas de flores blancas, y sobre las mesas laterales reposaban jarras de cristal con agua fresca, preparadas para los invitados que comenzaban a acomodarse. La brisa ligera hacía ondear las cintas de seda que colgaban de los arcos, mientras el murmullo de las voces se confundía con el canto temprano de los pájaros.

En medio de aquella expectación, Robert avanzaba con la seriedad de quien comprende, aunque sea de manera instintiva, la importancia de su papel. Vestía un traje oscuro hecho a medida, con chaleco marfil y una corbata que su madre había ajustado con esmero poco antes de salir. Entre sus dedos pequeños sujetaba una caja de terciopelo: custodiaba en ella los anillos de dos uniones.

El corazón le latía como un tambor secreto. Cada paso sobre la hierba fresca le parecía resonar en el silencio solemne del jardín. Había ensayado la caminata una y otra vez en su mente, pero ahora, con tantas miradas fijas en él, sentía que el aire pesaba distinto, cargado de expectación.

Alzó la vista un instante. Frente a él se alzaba el arco de flores bajo el que aguardaba el ministro, con la Biblia abierta sobre la mesa cubierta de lino. A su lado, los criados permanecían en discreta formación, y más allá, los invitados llenaban los bancos dispuestos a ambos lados del pasillo. Reconocía algunos rostros: Emily, que le sonreía con dulzura; Violet, que inclinaba apenas la

cabeza; Alexander, erguido como una estatua; Ezra, con un brillo irónico en los ojos que esta vez se contenía por respeto.

Un murmullo leve lo hizo girar apenas la cabeza. Tras él avanzaban las dos parejas. Jackson y Felicity caminaban del brazo: él con la seriedad de un hombre que al fin hallaba paz, ella con el porte digno de quien había sobrevivido al dolor y lo había transformado en fuerza. A su lado, Percival y Martha mostraban otro tipo de serenidad, madura y casi solemne, como si hubieran llegado hasta allí desafiando al tiempo mismo.

Robert se enderezó. La caja pesaba menos que la responsabilidad que sentía sobre sus hombros, pero en su pecho había un orgullo silencioso, heredado sin duda de aquel hombre que lo seguía con paso firme. Cuando alcanzó el altar, depositó los anillos sobre el lino con un gesto cuidadoso, y el ministro inclinó la cabeza en reconocimiento.

El niño retrocedió después unos pasos, buscando la mirada de su madre. Felicity le devolvió una sonrisa que temblaba entre lágrimas contenidas, mientras Jackson posaba una mano breve sobre su hombro antes de situarse a su lado.

El murmullo de los invitados se extinguió. El ministro alzó la voz, grave y clara, y el aire mismo pareció recogerse para escucharle:

—Estamos reunidos en este lugar para presenciar y bendecir la unión de dos parejas. Un mismo instante, dos historias que el tiempo apartó y que hoy vuelven a encontrarse bajo la mirada de Dios.

Un estremecimiento recorrió a los presentes. El silencio se hizo profundo, cargado de emoción. El clérigo abrió la Biblia, y las páginas crujieron como si también ellas quisieran atestiguar lo que estaba a punto de suceder.

El ministro bajó la vista hacia la primera pareja. Jackson se erguía con el porte firme que la guerra y la vida no habían conseguido quebrar del todo, aunque en sus ojos brillaba una

emoción contenida, más vulnerable que cualquier cicatriz. A su lado, Felicity sostenía la mirada con la serenidad de quien ha conocido el dolor y aun así ha decidido creer de nuevo.

El ministro extendió la mano hacia ellos.

—Milord, milady, habéis llegado hasta aquí tras muchas pruebas. Si en verdad deseáis sellar este compromiso ante Dios y ante los hombres, extended vuestras manos y repetid después de mí.

Jackson tomó la mano de Felicity con una reverencia apenas disimulada por la fuerza de sus dedos. El gesto fue sencillo, pero en él se concentraba la batalla de años enteros: la espera, el rencor, la soledad y, al fin, el hallazgo.

—¿Prometéis amaros, sosteneros y guardaros fidelidad en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, mientras ambos viváis? —entonó el clérigo.

Jackson tragó saliva. Su voz, cuando surgió, fue grave, entrecortada por la emoción:

—Lo prometo. Con toda mi vida y con lo que aún quede de mí.

Felicity cerró los ojos apenas un instante, como si esas palabras atravesaran el velo del tiempo. Cuando respondió, lo hizo con voz clara, sin titubeo:

—Lo prometo. Y no hay juramento que haya deseado más que éste.

Robert avanzó de nuevo, con la caja de terciopelo entre las manos. El ministro la abrió y tomó el primer anillo, que depositó en la palma de Jackson. El metal brillaba con un resplandor sobrio, sin adornos excesivos, como si reflejara la sencillez de lo esencial.

Jackson sostuvo la mano de Felicity y, al deslizar el anillo en su dedo, murmuró:
—Con este anillo te entrego no solo mi nombre, sino cada instante que me resta.

Un sollozo escapó entre los invitados; nadie se atrevió a romper el silencio que siguió. Felicity tomó entonces el segundo anillo. Sus dedos temblaban, pero no de miedo, sino de la fuerza contenida del amor.

—Con este anillo —dijo, mientras lo colocaba en la mano de Jackson— te entrego no solo mi amor, sino la certeza de que los años que nos arrebataron no podrán volver a separarnos.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero no las ocultó. Jackson se inclinó apenas, apoyando su frente en la de ella. No era todavía el beso que todos aguardaban, pero en aquel contacto breve, en esa respiración compartida, se sellaba algo tan profundo como cualquier voto.

El ministro asintió con gravedad.

—Que el Señor bendiga esta unión. Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.

El murmullo de los asistentes estalló en un aplauso contenido, como un suspiro colectivo. Cuando la algarabía se fue apagando, el ministro volvió la mirada hacia la segunda pareja.

Percival ofreció su brazo a Martha, y ella lo tomó con un temblor apenas perceptible en los dedos. Ambos avanzaron un paso, colocándose frente al altar, bajo el mismo arco floral que acababa de acoger a Jackson y Felicity.

El ministro los contempló con respeto.

—Vosotros también habéis sido llamados hoy a renovar la vida con un nuevo comienzo. Prometed ahora, como hicieron ellos, amaros y sosteneros hasta que el Señor disponga lo contrario.

Martha levantó los ojos hacia Percival. Había en su expresión una mezcla de pudor y determinación, como quien sabe que ya no queda tiempo para juegos ni para dudas.

—Lo prometo —dijo en un hilo de voz que fue ganando firmeza, con un brillo de lágrimas suavizando cada palabra—. Lo

prometo con la gratitud de quien pensó que nunca volvería a pronunciar estas palabras.

Percival la observaba con la intensidad de un hombre que había atravesado demasiados inviernos y al fin encontraba la primavera.

—Lo prometo —replicó, con voz profunda y segura—. No como quien sueña, sino como quien sabe que la vida concede pocas segundas oportunidades, y que ésta es la última que necesito.

A unos pasos de distancia, bajo la sombra de un gran roble, los tres hijos de Percival intercambiaron miradas cargadas de ironía. El mayor susurró al oído del segundo:

—Escúchalo… todavía habla como si fuera el héroe de una balada.

El segundo reprimió una carcajada.

—Y lo peor es que todos le creen.

El menor, sin embargo, no sonrió. Sus ojos permanecían fijos en su padre, y en su silencio había algo más hondo que burla: un respeto que no se atrevía a confesar.

Robert volvió a acercarse al altar. El ministro abrió de nuevo la caja y entregó a Percival un anillo sencillo, de oro mate. Percival lo tomó con manos firmes, aunque un leve temblor lo delató cuando lo deslizó en el dedo de Martha.
—Con este anillo —murmuró—, te doy la certeza de que no habrá más soledad.

Martha, con lágrimas ya sin disimulo, tomó el segundo anillo y lo colocó en la mano de Percival.

—Con este anillo —respondió—, acepto no solo tu amor, sino los años que nos quedan para vivirlo en paz.

Las palabras resonaron con la gravedad de lo irrevocable. El ministro juntó las manos y, con voz solemne, pronunció la bendición final:
—Sean bendecidas estas dos uniones, espejo una de la otra,

promesa de amor nuevo y de amor maduro. Que en Greystone Manor florezca lo que la vida una vez arrebató.

Un segundo aplauso recorrió el jardín, más fuerte que el primero. Las damas no ocultaban ya las lágrimas, y hasta los caballeros asintieron con gravedad. Alexander y Emily compartieron una mirada cómplice; Ezra inclinó la cabeza hacia Violet, y ella le respondió con una sonrisa que hablaba de complicidad.

Percival llevó la mano de Martha a sus labios y la besó con una delicadeza que conmovió a todos. Y aunque la ceremonia había sido compartida, en ese instante cada pareja brillaba con luz propia, testigos de que el amor podía nacer joven o maduro, pero siempre verdadero.



El silencio reverente que siguió a los votos permitió a los invitados recogerse en sus pensamientos. No lejos del altar, Alexander y Emily, junto con Ezra y Violet, se habían reunido de manera natural, como si los años de confidencias y heridas compartidas los empujaran a permanecer cerca.

Alexander mantenía la espalda erguida, la compostura de siempre, aunque en su semblante se adivinaba una calma que antes le resultaba desconocida. Su mirada osciló entre el altar, Emily y el niño que ella sujetaba con firmeza de la mano. Entonces habló en voz baja, como si el pensamiento se le hubiera escapado sin proponérselo:

—Hubo un tiempo en que pensé que ninguno de nosotros llegaría a ser feliz, que el pasado nos había robado toda oportunidad de volver a amar.

Emily alzó los ojos hacia él y, sin soltar al pequeño, apoyó la cabeza en su brazo.

—Y, sin embargo, aquí estamos —respondió con suavidad —. No porque el destino se haya mostrado generoso, sino porque no nos rendimos.

Él inclinó apenas la cabeza, dejando que esas palabras lo envolvieran. Siete años de culpas y renuncias quedaban detrás, y en aquel instante comprendió que la dicha no era un don caprichoso, sino una conquista hecha de paciencia y resistencia.

A su lado, Ezra contemplaba la ceremonia con la sonrisa ladeada de siempre, aunque en sus ojos ya no brillaba la insolencia de otros tiempos. Había en ellos una hondura nueva, el reflejo de cicatrices que Violet conocía demasiado bien. Ella, erguida y serena, parecía irradiar la calma que lo había rescatado de sí mismo.

Fue ella quien rompió el silencio, con la emoción humedeciéndole la voz mientras se fijaba en Martha.

—La vi tan frágil, tan próxima a despedirse del mundo… Y ahora la contemplo radiante, casándose bajo este cielo. Si esto no es un milagro, no sé qué puede serlo.

Ezra bajó la voz, sin asomo de burla.

—Lo llaman milagro. Yo lo llamo ganas de vivir y de ser feliz.

Ella lo miró sorprendida, y él, tras un breve silencio, añadió con un brillo distinto en la mirada:

—Aunque, si lo pienso, el verdadero milagro de mi vida fuiste tú. Me salvaste incluso cuando yo no quería ser salvado.

Violet se estremeció y apretó su brazo con fuerza contenida, incapaz de añadir palabra alguna. Su gesto bastaba: aquella confesión era lo más sincero que él le había dicho nunca.

Las miradas de los cuatro se encontraron entonces. Alexander sostuvo la de Ezra, y lo que en otro tiempo había sido rivalidad se transformó en respeto. Emily y Violet compartieron una

sonrisa cargada de complicidad, como dos mujeres que sabían bien lo que había costado llegar hasta allí.

Alexander volvió a hablar, su voz grave marcando el pulso de los recuerdos:

—Hace siete años estábamos todos quebrados. Y, aun así, encontramos el valor de luchar por lo que habíamos perdido.

Ezra dejó escapar una risa breve, limpia de ironía.

—Yo estaba convencido de que acabaríamos peor, cada uno hundido en sus propias ruinas. Pero me equivoqué: parece que la vida todavía guarda indulgencias.

Emily lo miró con dulzura.

—No fue solo la vida, Ezra. Nos sostuvimos los unos a los otros, y esa es la verdadera razón por la que hemos llegado hasta aquí.

Violet asintió despacio.

—Y esa será también la razón por la que seguiremos unidos, aunque los años sigan cambiando.

El aire alrededor se impregnó de un significado profundo. Se oían los crujidos de los bancos al moverse algún invitado, el suspiro contenido de una dama, el golpeteo de una cinta arrastrada por la brisa. Sin embargo, para ellos, el único sonido era el de ese silencio compartido, denso de promesas.

Comprendieron en ese instante que también ellos cerraban un ciclo. No necesitaban juramentos formales: bastaba con la certeza de saberse supervivientes, transformados, unidos no solo por la amistad, sino por la memoria de un amor que, aunque perdido, había sabido ser recuperado.

Desde la sombra protectora de un gran roble que dominaba parte del jardín, los tres hijos de Percival contemplaban la ceremonia con una mezcla de incredulidad y orgullo. Nadie diría que eran muchachos tímidos ni carentes de mundo: todos habían recibido una educación esmerada, conocían los salones de Londres y

sabían cómo desenvolverse en sociedad. Sin embargo, aquel día no se sentían protagonistas de nada, sino testigos de una escena que parecía desafiar el propio orden natural: su padre, ya maduro y con dos matrimonios en su haber, estaba a punto de volver a pronunciar votos.

El mayor, de semblante serio y mandíbula marcada, se cruzó de brazos con gesto adusto. No era un hombre de palabras fáciles, pero la tensión de la escena lo obligó a hablar.

—Míralo… —dijo en voz baja, sin apartar la vista de Percival—. Se casa otra vez con la dignidad de un joven de veinte.

El segundo, más inclinado a la ironía, arqueó una ceja y dejó escapar una risa breve.

—Con la dignidad de un joven y la osadía de un veterano. ¿Acaso no resulta ridículo que mientras él disfruta de un tercer comienzo, nosotros seguimos enredados en promesas rotas o en conquistas pasajeras?

El menor, el más impulsivo y de mirada encendida, no tardó en replicar:

—Ridículo no. Vergonzoso, quizá. Si alguno de nosotros hubiera heredado su magnetismo, ya estaríamos comprometidos, y no escondidos bajo este árbol como colegiales sorprendidos en travesuras.

El mayor frunció el ceño.

—No hables de magnetismo como si fuera un truco barato. Lo que padre tiene… —titubeó un instante, buscando la palabra— …es algo que no se aprende. Esa forma de imponerse sin alzar la voz, de hacer que la gente lo siga, aunque no lo comprenda del todo.

El segundo sonrió con sarcasmo.

—O quizá es simple inconsciencia. Ya ha arriesgado demasiado y, contra todo pronóstico, la suerte siempre lo acompaña.

El menor golpeó el suelo con la punta del bastón que llevaba consigo, impaciente.

—Sea como sea, es él quien vuelve a casarse mientras nosotros nos resignamos a las sombras que arrastramos.

Por un momento callaron. A lo lejos, el murmullo de los invitados y el tintinear de copas les recordaba que no formaban parte del círculo inmediato donde brillaban los nombres y los votos. Aquella distancia les pesaba más de lo que estaban dispuestos a admitir.

El mayor, finalmente, dejó escapar un suspiro.

—Quizá sea cierto que ninguno de nosotros ha heredado su carisma. Pero también es verdad que, de alguna manera, llevamos en la sangre esa obstinación suya.

—Obstinación, sí —replicó el segundo, con media sonrisa amarga—. Aunque en nuestro caso parece destinada a conducirnos más al desastre que a la gloria.

El menor, sin embargo, no sonrió. Se mantuvo en silencio unos segundos, como si meditara algo que no se atrevía a decir en voz alta. Luego, con tono más grave del habitual, añadió:

—Tal vez aún no hayamos encontrado la razón que nos obligue a luchar como él lo hizo.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, más densas que la broma o la burla. Ninguno quiso responder de inmediato, pero todos comprendieron que había verdad en aquel juicio.

A lo lejos, su padre avanzaba tomado del brazo de Martha con paso solemne, y los tres hermanos, pese a sus ironías, no pudieron evitar sentir un estremecimiento de respeto. Podían cuestionar sus decisiones, incluso burlarse de ellas, pero lo cierto era que había algo en Percival que los superaba a todos.

Y en lo más íntimo, aunque no lo confesaran, cada uno empezó a preguntarse si algún día serían capaces de encontrar,

como él, aquello que da sentido a la vida más allá del título, la fortuna o la reputación.

¿FIN?

Libros publicados hasta el momento:

SERIE REGENCIA 1:

Un amor orgulloso

Sinopsis

Una tarde tormentosa, el destino de Vivian cambia cuando rescata a un hombre herido en los vastos terrenos de su hogar. Este hombre es lord Alaric Montagu, el enigmático marqués de Windermere.

Desde el momento en que los labios de ella tocaron los suyos para salvarle la vida, Alaric queda irremediablemente enamorado.

Sin embargo, Vivian, acostumbrada a la indiferencia y el rechazo de la sociedad, duda de sus intenciones, creyendo que él solo busca retribuir su gratitud.

«Un amor orgulloso» es una historia apasionante de redención y romance, donde dos almas valientes descubren que el destino y el amor pueden superar cualquier adversidad.


ADELAIDE SINCLAIR
Un Amor ORGULLOSO

Un corazón como garantía

Sinopsis

Tras la muerte de su madre y con un padre devastado, Marianne Roselind se ve obligada a tomar las riendas de la familia, manteniendo su dignidad a pesar de la precaria situación económica que los asfixia.

Aunque su belleza natural y porte elegante no pasan desapercibidos, el peso de las deudas y la falta de una dote considerable la relegan a los márgenes de la alta sociedad.

La oportunidad de salvar a su familia llega en forma de una proposición inesperada: un matrimonio con Merrick Carrington, el imponente y enigmático marqués de Wexford. Para Marianne, esta unión podría significar la salvación, pero también implica sacrificar su libertad. A pesar de todo, decide casarse y buscar la forma de ser feliz.

Cuando ella comienza a descubrir el motivo por el que Merrick decidió elegirla como esposa, llega un peligro que creará un terrible dolor a ambos.

Ahora, Marianne y Merrick deberán enfrentar desafíos que pondrán a prueba su amor y su capacidad para mantenerse unidos.


Adelaide Sinclair
Un Corazón como Garantía

El encanto de *lady* Books

Sinopsis

Obligado por su tía a encontrar esposa para asegurar la continuidad del título familiar, Louis Langston, conde de Langley, ha rechazado a más de veinte candidatas, utilizando su ingenio y carácter agrio para esquivar el matrimonio.

Sin embargo, su determinación comienza a tambalear cuando conoce a *lady* Bárbara, la hija de un barón y una lectora apasionada, conocida por su lengua afilada.

Bárbara es la única mujer en todo Londres que no tiene interés en casarse y su desinterés despierta en Louis un inesperado deseo.

Al principio, él cree que su indiferencia es solo una estrategia, pero pronto descubre que ella realmente no quiere enamorarse.

Ahora, más intrigado que nunca, Langston se ve envuelto en un inesperado y divertido juego de seducción, donde el amor podría ser el premio final.


ADELAIDE SINCLAIR
El Encanto de Lady Books

SERIE AMOR RECUPERADO

Bajo el Umbral del Amor

Sinopsis

La muerte de su padre liberó a Alexander Beaumont, marqués de Huntingdon, y regresa a Londres decidido a reclamar su lugar en la sociedad y confirmar que la vida de la mujer a quien nunca dejó de amar está resuelta, tal como le informaron.

Sin embargo, el reencuentro con Emily lo deja atónito: las noticias sobre su matrimonio y felicidad resultaron ser falsas.

Enfadado por conocer la verdad y más decidido que nunca a no dejarla escapar, Alexander hará todo por recuperar su amor.

Pero… ¿Emily será capaz de enamorarse otra vez del hombre que se marchó sin decir adiós?


Adelaide Sinclair
Bajo El Umbral del Amor
AMOR RECUPERADO I

Enamorarte de Nuevo

Sinopsis

Ezra Whitmore, Vizconde de Ashbourne, lo tenía todo: juventud, amor y una prometida con la que soñaba compartir su vida. Sin embargo, cuando su familia cae en la ruina debido a una mala inversión, toma la dolorosa decisión de abandonar a la mujer que ama, convencido de que estará mejor sin él.

Siete años después, ya recuperado económicamente y con un estatus renovado, Ezra hará todo lo posible para recuperar su antiguo amor. Pero ella no es la misma. Ahora es una mujer que ha soportado el dolor del rechazo, la pérdida y la traición.

Ezra tendrá que enfrentar la realidad de que, para ganar su corazón de nuevo, primero ha de reparar el daño que él mismo causó.


Adelaide Sinclair
Enamorarte de Nuevo
AMOR RECUPERADO II

Miedo a Perderte otra Vez

Sinopsis

Jackson Hastings, conde de Everton, siempre estuvo enamorado en secreto de Felicity Chatham, la hija de un barón. Cuando finalmente deciden huir para casarse en secreto, el destino interviene cruelmente.

Al despertar, descubre que Felicity ha abandonado Londres para casarse con un duque irlandés. Devastado y creyendo que lo ha traicionado, Jackson intenta reconstruir su vida, aunque nunca pudo olvidarla.

Siete años después, Felicity regresa a Londres con un solo propósito: vengarse de Jackson, a quien cree responsable de su desgracia.

La pasión y el resentimiento se entrelazan en un juego peligroso donde Jackson ha de demostrar que jamás la abandonó y que está dispuesto a todo para no perderla otra vez.


Adelaide Sinclair
Miedo a
Perderte
Otra Vez
AMOR RECUPERADO III

Espero que sigas leyendo mis próximas novelas...